



El ángel oscuro

El segundo caso
de la agente Marian Dahle

UNNI LINDELL

Siruela/ Policiaca

UNNI LINDELL

El ángel oscuro



Ediciones Siruela

Unni Lindell

El ángel oscuro
El segundo caso de
la agente Marian Dahle

Traducción del noruego de
Lotte K. Tollefsen

Nuevos Tiempos **Ediciones Siruela**

Índice

Cubierta
Portadilla
El ángel oscuro
Epílogo
Créditos

El ángel oscuro

Nuestra querida hija,
sobrina y nieta

**Hanne Elisabeth
Wismer**

nacida el 3 de enero de 1956

Astrid
Oluf

Rolf
Karin

Abuela

*Aunque te echo de menos,
nada me daña.
Aún llevo conmigo
todo lo que me diste.*

**Funeral en la iglesia de Halden
viernes 29 de septiembre de 1972
a las 13:00**

Sábado, 21 de julio (9:47-10:01)

Los insectos zumbaban en la jardinera de la terraza. Las avispas adoran la sustancia pegajosa que las petunias tienen alrededor de sus corolas aterciopeladas. Arrancó unas hojas marchitas y las dejó caer planeando los siete pisos que las separaban del suelo. Sobre la pequeña mesa de la terraza había una taza de cerámica azul y un platito. Cambió de sitio el tarro de mermelada de fresa y puso un poco de queso francés sobre los panecillos integrales abiertos por la mitad. Las placas de uralita que hacían de barrera con los vecinos crujían. Echó un vistazo a la residencia para mayores del bloque contiguo. Estaba bastante silencioso, no como los días de diario, cuando los coches formaban caravanas en el tráfico de la mañana y un mar de niños, vigilados por sus madres desde las ventanas, colgaban de los columpios armando jaleo.

Antes de salir a la terraza a tomar café, recogería el *Aftenposten* del día del buzón. El cual, desde que su documento de identidad mostraba que estaba más cerca de los 60 que de los 50, estaba lleno casi a diario de publicidad a su nombre. Le decían que urgía utilizar cremas de noche, lociones antiarrugas, vitaminas y soluciones para la incontinencia. También había folletos de viajes con ofertas para ir por el mundo con sus iguales, como si fueran un rebaño. Parecía que las jóvenes de los folletos le gritaban: sé fea y cállate.

Fue a la cocina y se puso los guantes de goma, agarró la bolsa de basura y salió al descansillo. La puerta estaba entreabierta tras ella, oscilaba con la corriente de la terraza. Sentía tanta paz, ahora deseaba barrer todo lo malo, como si fuera polvo. Simplemente el hecho de que él hubiera venido, que se hubiera sentado en el sofá verde y la hubiera mirado, que hubiera puesto su mano cálida sobre su brazo y le hubiera dicho que ahora todo iba a ser diferente, hacía que lo espantoso se fuera para siempre. Él le dijo:

–Somos tú y yo, a partir de ahora seremos nosotros.

Apretó el botón del ascensor con la mano enguantada, saboreó las buenas sensaciones. Ayer puso en lejía la vieja vajilla de porcelana, hoy limpiaría las ventanas. Zumbaba el ascensor que se acercaba. Por un momento vio su cara reflejada en la puerta azul del ascensor. En el cristal distinguió profundas arrugas alrededor de su boca.

De pronto, oyó ese sonido. El silbido. Se quedó paralizada, quieta un segundo antes de volver a apretar el botón de forma instintiva. Repentinamente,

la letra de la canción estaba en su memoria. El cerebro no era capaz de establecer la conexión. El dolor... No quería...

El agudo sonido subía como un hilo de plata por los pisos. Afilado y frío. *El oso duerme, el oso duerme... en su cálida madriguera.* Retiró la mano bruscamente, y dejó caer la bolsa de la basura. El tufo de flores podridas, posos de café y peladuras de patata emanó de la bolsa rajada. El contenido estaba derramado por el suelo de piedra. Se llevó las manos a la cara. El grito se atascó en su garganta.

(10:01)

La agente de policía Marian Dahle encontró sitio en el aparcamiento de la tienda de muebles. Llegaba temprano. Casi no había gente. Abrió la guantera, sacó una botella de agua, bajó un poco la ventanilla y se volvió hacia el asiento trasero para decirle a Birka que volvería enseguida mientras cogía su desastrado bolso de piel. Salió del coche y cerró de un portazo. Dio un trago rápido a la botella caminando hacia las puertas de cristal. Oía a la perra ladrar en el coche, dio vueltas con la lengua al agua que tenía en la boca, tragó y enroscó el tapón.

En el interior cogió un carrito y buscó entre las estanterías. Odiaba Ikea. No soportaba ir de compras ni las grandes aglomeraciones de gente, pero era su último sábado libre y necesitaba una mesa de trabajo para su pequeño salón. El lunes volvería al trabajo en la comisaría, en homicidios, donde llevaba cerca de tres meses. Había pasado las vacaciones de verano en la ciudad, haciendo de vez en cuando pequeñas excursiones al campo con la perra. Lo que más le gustaba de la ciudad es que nunca se sentía aislada o sola. En verano las calles de Grünerløkka, donde vivía, estaban animadas día y noche, y los cafés sacaban las mesas y las sillas a las aceras.

No tenía amigos, sólo colegas. Le producía inquietud quedar o tener conversaciones personales, era sensible a las interferencias. Tres semanas antes se sentía agotada. Eran mil cosas, asesinos, idiotas, normas, papeleos, informes, rollos y temas sin parar. Ahora estaba relajada.

Con la ayuda de un empleado consiguió cargar en el carrito un tablero de escritorio en esquina, de madera clara, patas de acero, dos cajoneras, una silla de respaldo alto con ruedas, dos módulos de estantería con archivos, clasificadores y un protector de piel negra para la mesa. También pilló una cama nueva para Birka. Una cama morada con aspecto de tumbona. Era un poco ridícula, pero ésa era la gracia.

Arrastró el carro sobrecargado por la tienda, hacia la caja. Se iba hacia un lado cuando lo empujaba. Paró de golpe. Cato Isaksen estaba a cinco metros de ella.

Estaba de espaldas y descargaba de una estantería muebles de jardín, de madera y metal. Marian miró fijamente a su jefe y sintió una repentina necesidad de echar a correr y de hacerlo antes de que él viera el efecto que tenía sobre ella. Retrocedió con el pesado carro poniéndose a cubierto tras una estantería llena de utensilios de cocina. Le observaba entre dos bandejas de cristal azul. A Cato Isaksen le costaba subir al carro los largos paquetes planos de los muebles. Su hijo iba con él. El niño rubio saltaba de un lado a otro y daba golpes a expositores de felpudos y macetas. Llevaba desatado uno de los cordones, que se le enredaba alrededor del tobillo.

Cato Isaksen parecía diferente en este entorno, ahora veía que tenía dos maneras de ser. Había un campo de energía a su alrededor, recargaba a los demás. Cuando hablaba, todos le miraban. Tenía fuerza intelectual y sexual, aunque ella prefería redefinir esta última como energía vital.

Por un momento, de golpe se sintió en el mismo estado anímico de antes de las vacaciones de verano. Marian comprendía que el afán de tener que superar a Cato Isaksen, en realidad, tenía su origen en lo contrario, en que se sentía inferior. En pocas palabras: se trataba de angustia por una posible tragedia, aprendizaje de guerra y lucha con los enemigos. Recordó de pronto lo que escribió su psicólogo después de la catástrofe de sus 16 años. *Un posible tratamiento no debe basarse en cosas que puedan recordarle las destructivas circunstancias familiares de las que viene. Es intuitiva, sensible y una aguda observadora. Descubre deprisa toda clase de fingimientos, también los suyos propios.*

No paró hasta volver a estar en la sección de muebles de oficina. El intenso olor a cuero, madera y cartón la aturdió. Había acabado harta de enviar citaciones a testigos; tener un puesto en el equipo de Cato Isaksen era emocionante, un reto del que aprendía mucho. Deseaba trabajar con personas que estaban al límite de algo, que habían ido demasiado lejos. Era buena juntando piezas, piezas tácticas. Creció teniendo que estar constantemente vigilante, adelantándose siempre a lo que pudiera ocurrir. Había desarrollado un esquema de pensamiento negativo, que desencadenaba posibles secuencias de hechos destructivos. En realidad, la diferencia con los asesinos y asesinas con los que trabajaba no era muy grande, pensó apretando su estómago contra el carro. Se hizo policía para no ir demasiado lejos ella misma.

(10:03)

Su respiración cambió de ritmo. Su cabeza zumbaba, como si tuviera dentro un ventilador a toda velocidad. Las imágenes del pasado aparecían todo el

tiempo en cortos fognazos. La torturaban: la habitación calurosa, el sendero del bosque, los sonidos de la casa desconocida, callar.

El guante de goma amarillo brillaba en el estrecho cristal del ascensor. Dividía la imagen en dos, mientras el detestable sonido continuaba: *Él no es malvado si andas con cuidado. El oso duerme, el oso duerme en su cálida madriguera.*

Él no podía estar aquí, en su portal. Dio la vuelta y anduvo torpemente los dos pasos que la separaban de la barandilla de acero, se inclinó todo lo que pudo sobre ella. La barandilla bajaba girando y girando. En el piso inferior un haz de luz cruzaba el descansillo. Vio la mano y el antebrazo peludo muy abajo. Por un momento el ancho cuello y la cabeza entraron en su campo de visión. Abajo del todo estaba el suelo del sótano, una dura superficie de pavimento gris.

Se asustó del sonido del ascensor al llegar, como si despertara de una anestesia. La rugosa ventana de rejilla del descansillo estaba entreabierta. Dejaba pasar una corriente de aire veraniego junto con los trinos de los pájaros posados fuera, en el alféizar. Los sonidos se mezclaban. Los muros, las escaleras de piedra y el metal de la barandilla intensificaban el silbido. Pero repentinamente todo quedó en silencio. Un nuevo chasquido del ascensor hizo que se encogiera. Volvía a bajar.

Huyó al interior del piso, pero dejó la puerta abierta tras ella, para poder volver a salir. En la cocina se arrancó el guante de goma y lo tiró al suelo. Abrió la puerta de la nevera y sacó la jarra de cristal con agua fría. Bebió directamente de ella, con ansia. Por la rendija de la ventana sonaban cada vez más altos los pitidos de los pájaros. El agua cayó por la comisura de sus labios y mojó la blusa a la altura de los pechos. De la tela subió un suave olor a perfume. Había luchado para pasar invierno tras invierno. La intranquilidad y los reproches. La doble huella sobre la que vivía le robaba la vida. Ojalá hubiera podido hacer retroceder la película y volver a empezar...

De pronto, vio la nota prendida de la puerta de la nevera bajo el pequeño imán con forma de corazón. «Acuérdate de olvidar», decía. Cerró los ojos. La sangre latía en las venas de su cuello. Volvió a abrir los ojos y se dio a sí misma órdenes cortas y precisas. «¡Ésta es una mañana de verano perfectamente normal! ¡Vuelve a salir, no es él! Es tu imaginación la que manda en tu vida y hace que estés sentada aquí en las alturas, noche tras noche, en la pequeña terraza, con la cabeza en las nubes. Pensando.»

Salió dubitativa al descansillo otra vez. Se arrodilló y devolvió la basura al interior de la bolsa. La cerró con un nudo. Las sombras llegaron arrastrándose por los muros blancos. Se alternaban oscuras y más oscuras aún. La corriente cerró de golpe la puerta del piso con un agudo estruendo. Se hizo un silencio

total. Un doble silencio descansaba sobre el sonido que acababa de abandonar la escena.

(11:55)

Las paredes se movían. Lilly Rudeck notó el fuerte y penetrante olor a orina en la pequeña cabina. Dio la vuelta, se puso de rodillas sobre la tapa del inodoro y miró rápidamente por el pequeño y sucio ventanuco de ventilación. Una autocaravana estaba parada con el motor en marcha junto a la caseta de la recepción.

Ella vivía en una sección de las instalaciones de duchas y lavadero. Era una construcción de madera pintada de marrón situada en un extremo del camping, al inicio del bosque. La casa estaba montada sobre pilares de piedra. Rodeando las planchas de piedra, frente a la puerta, se abrían camino hojas ásperas y otras malas hierbas. Las casetas de camping se estiraban en fila hacia la playa. Eran diez en total y su trabajo consistía en limpiarlas todas.

Aquella noche los silbidos habían vuelto a despertarla. La sensación estaba adherida a su estómago como una garra. Los tres últimos días pasó la hora del almuerzo en el aseo de señoras.

La primera noche que descubrió la sombra se encontraba completamente abstraída combinando ropa: ensimismada con un vestido rojo que iría a juego con unos zapatos rojos. Creyó que había dormido, y despertado. Pero no estaba segura. Se encontraba en el límite entre el sueño y la vigilia cuando, de pronto, descubrió los ojos. La miraban fijamente tras la rejilla que cubría la ventilación del techo. Una sombra estrecha y alargada se movía sobre el rostro desconocido.

Recordaba las láminas de una persiana.

En las paredes zumbaba la red de tuberías. Los paneles de falso mármol tenían grietas aquí y allá. Sostenía una botella de refresco en una mano, dio un trago y puso la boca sobre el antebrazo bronceado. Cubierto de una corta pelusa clara, muy visible bajo la blanca luz de interior.

Vio al motorista hablar con los recién llegados por la ventanilla del coche. Ahora salía Ewald Hjertnes para asignarles un sitio a los nuevos. Llevaba el torso descubierto y se pasaba una mano por el pelo canoso. Solía quedarse sentado en la cabaña de la entrada, bebiendo café recalentado y fumando. Pensó que la autocaravana tendría problemas para pasar entre las tiendas de campaña y las caravanas. Porque estaban muy juntas.

Le dolían las rodillas. Pasó el hombre de la barba y la guitarra. Se agachó rápidamente. Los aseos de caballeros estaban pared con pared con los de

señoras. El hombre de la guitarra vivía solo en la tienda más cercana al bosque. Por la noche cantaba bajito a la puerta de su tienda. Llevaba una cruz colgada del cuello y estaba completamente solo.

Lunes, 23 de julio (8:31)

El inspector de policía Cato Isaksen se abrochaba, torpemente con una mano, la camisa camino del garaje. La urbanización de Frydendal, en Asker, estaba bañada por el sol. Las malas hierbas de las cunetas, junto a la hilera de garajes, crecían altas. Las margaritas, los tréboles rojos y la paja amarilla competían por el espacio. Todo brotó salvajemente las tres semanas que estuvo fuera. Era el primer día de trabajo después de las vacaciones. La fila de adosados aún estaba vacía de gente. Bente y sus dos hijos mayores seguían en la casita de vacaciones, podía trabajar sin mala conciencia. Lo habían pasado tan bien este verano, preparando buenas comidas en la barbacoa y bebiendo vino blanco a la orilla del mar. Bente hacía unas ensaladas fantásticas, con nueces, melocotón y hojas de hierbas frescas.

Cato Isaksen salió en coche de la urbanización y siguió hacia la E18. Bajó un poco la ventanilla, sintió el impacto del aire fresco y los humos contra su rostro. Se miró en el retrovisor, bostezó y se pasó la mano rápidamente por los ojos. Tenía un aspecto bronceado y animado, pero debería haberse afeitado.

Esa tarde pasaría por Maxbo, de vuelta a casa del trabajo, para comprar unas cuantas tablas barnizadas. Iba a reemplazar algunas que estaban podridas y montar una pequeña cerca en torno a la terraza. Y poner jardineras alrededor. Llenarlas con tierra y petunias. Rojas y moradas, mezcladas. Bente se pondría contenta. Había comprado muebles nuevos para el jardín, más modernos. Tiraría los de madera, medio podridos, que Bente lijaba y pintaba de azul campanilla cada primavera.

Había vuelto a casa con Bente y sus hijos Gard y Vetle, tras su escapada con Sigrid, con quien tuvo al más pequeño, Georg, de 7 años. Ayer lo había llevado de vuelta con Sigrid.

De repente, sintió que también tenía ganas de volver a encontrarse con sus compañeros. Con todos, salvo con Marian Dahle. Su estómago se contraía sólo con pensar en ella. La habían contratado la pasada primavera, mientras Cato Isaksen estaba de baja unos días. De pronto, la veía frente a él con su cara plana y el pelo negro. Había sido adoptada en Corea, y era a la vez introvertida y pesada. Venía de la sección de orden público donde había trabajado en citaciones. Sintió un dolor en la sien izquierda. La comisaria Ingeborg Myklebust fue inusualmente blanda antes del verano, dejando que Dahle se

presentara en el trabajo con su perra. Era cierto que se había mostrado competente en la investigación del asesinato en las afueras de Høvik, a principios de verano, pero la perra era una señal de cómo abusaba, pensó parando ante un semáforo en rojo. Asle Tengs, el veterano del equipo, había pasado el verano en Francia. Y ayer habló con Roger Høibakk por teléfono. Randi Johansen le mandó una postal de Copenhague, visitaba el parque de atracciones con su marido y su hija. No tenía noticias de Tony Hansen. Sentía cierta expectación ante la idea de volver a encontrarse con la inspectora de escenarios del crimen Ellen Grue.

El aire de verano entraba caliente por la rendija de la ventanilla. Puso el intermitente a la izquierda y cruzó sobre el gran paso elevado de la Estación Central de Oslo. Volvió a echarse una mirada en el retrovisor.

—Cincuentón y desilusionado —murmuró, pero casi al momento se echó a reír alegremente. Ellen era muy capaz y bella, con su cabello oscuro y los labios rojos. Aunque ya hacía unos años que habían tenido una relación, aún no se relajaba cuando estaban en la misma habitación. Se casó con un abogado bien situado, mayor. Ahora estaba embarazada, en realidad era un alivio. No debería rebajarse a dedicarle ni un solo pensamiento.

La comisaría apareció frente a él. El sol se reflejaba en las grandes fachadas acristaladas. Junto a la entrada principal, en las jardineras, crecían abigarrados racimos de rosas. Por un instante sintió una gran expectación, pero disminuyó nada más pensar que, por supuesto, le esperaban montones de informes y documentos de varios metros de altura. Se acumulaban en cuanto uno estaba ausente un día o dos. Y ahora iban a llegar, otra vez, nuevas directivas. Al bajar al aparcamiento, tuvo de nuevo la misma sensación de cuando era niño y empezaba el colegio tras las vacaciones. Giró para entrar en su plaza, apagó el motor y salió del coche. El de la comisaria Ingeborg Myklebust ocupaba la plaza contigua a la suya. Era extraño lo desconocido que resultaba todo en cuanto te ausentabas una temporada. Esperaba de verdad no tener que empezar la rutina discutiendo por el maldito bicho de Marian Dahle otra vez.

(8:57)

Se dejaba caer edificio abajo en el ascensor. Habían pasado dos días desde que oyó el silbido. Llevaba dos coloridas alfombrillas apretadas contra el pecho, una bolsa de plástico con el detergente en una mano y las llaves del lavadero en la otra. Las alfombrillas no estaban realmente sucias, pero la última vez que las sacudió estaban llenas de arena y partículas de polvo. Pasó todo el domingo con las puertas de la entrada y de la terraza cerradas. Pensó en los dos. En todo.

Se miró en el espejo sintiendo que no tenía columna vertebral, ni cuerpo, que su rostro había cambiado por otro.

Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando el ascensor se detuvo de golpe. Estaba abajo, abrió la puerta empujando con la espalda, paró un momento y escuchó. Medía los sonidos. Comprobó que en las profundidades del bloque reinaba el silencio de una tumba. Normalmente niños de todas las edades entraban y salían del portal matando el tiempo o esperando a que sus padres volvieran del trabajo. Pero ahora el silencio era total. Buscó a tientas el interruptor y, cuando lo encontró, le dio con el codo. Partículas que flotaban en el aire gris del sótano irritaban su nariz. La luz brillaba en dos bombillas del techo. Las bastas paredes estaban pintadas de blanco, el suelo era gris y polvoriento. Junto a la pared había dos latas de pintura vacías.

La melodía era una casualidad. Sucedió que estaba tan acostumbrada a la oscuridad y al dolor que, cuando por fin volvía a sentir alegría, era incapaz de relajarse. Fueron tantos inviernos...

Había perdido gran parte de su vida. Desapareció, tan irrevocablemente como una piedra lanzada entre la alta hierba de un prado. Ahora todo iría bien. Aun así, la angustia la seguía como la cola de un vestido mientras recorría el pasillo del sótano. Le costó meter la llave en la cerradura. Por fin pudo. Dentro, abrió las manos y dejó caer las alfombrillas sobre el suelo pintado. Soltó la llave en el bolsillo del delantal. Un rayo de sol entraba por la ventana del sótano e iluminaba las partículas de polvo que bailaban sobre las alfombrillas. Las lavadoras tenían bocas de grandes depredadores.

Por la rejilla de la ventilación abierta escuchó el ruido de un motor que arrancaba. Puso la bolsa con el detergente sobre la encimera de formica, levantó la mano y dejó que sus dedos se deslizaran por el collar de piedra verde que rodeaba su cuello. A través de la ventana del sótano vio una raya de cielo azul. Miró fijamente el color del cielo y sintió un vacío infinito y repentino.

Tuvo una instantánea sensación de *déjà vu*, fragmentada y fría. Era tan desagradable que no quería fijarse en su mente. En el aire flotaba un dulce olor a detergente. Por la mañana había limpiado el espejo del baño, porque al peinarse vio la superficie llena de motitas de dentífrico. Parecía que tenía estrellas blancas diseminadas por el rostro. Y vio que era bella. Sentía angustia ante el vacío de la luz limpia, porque al fin y al cabo había una forma de seguridad en la oscuridad conocida. Era una costumbre, tan familiar como la sangre que corría por sus venas. Con la llegada de las golondrinas en verano y su marcha en otoño, sabía que todo era como antes. Que la máquina del tiempo no se quedaría sin electricidad. Pero ahora todo había cambiado. Ahora su vida daría un vuelco.

Empujó cada alfombrilla al interior de una lavadora. Cerró las puertas y buscó el envase del detergente. Dosificó el polvo en el cajetín del lateral y apretó

el botón de inicio. Dando una palmadita al cuerpo azul metalizado de una de ellas, puso encima la caja del detergente.

Descubrió de pronto una colonia de arañas en un rincón del techo, en una fina telaraña. Buscó la fregona y estaba a punto de hurgar en la telaraña cuando notó que algo estaba mal. En una décima de segundo intuyó que no era la distancia, sino la cercanía del recuerdo lo que le daba miedo. Sencillamente lo sabía. Era un movimiento, otro sonido. Junto a la puerta, tras el zumbido de las máquinas.

(9:03-9:05)

La bóxer marrón oscuro y jaspeado esperaba expectante al final del pasillo cuando se abrió la puerta del ascensor y salió Cato Isaksen. Paró de golpe lanzando a la perra una mirada maligna. Tenía las patas separadas y la cabeza baja mientras observaba al inspector. En el momento en que le reconoció, explotó de alegría, dio unos ladridos altos y agudos, y saltó feliz hacia él meneando la cola como un látigo. Cuando le alcanzó se frotó babosa y feliz contra sus rodillas. Cato Isaksen intentó apartarla con decisión. Maldijo irritado.

—Hola, Cato. ¿Has tenido unas buenas vacaciones? —la comisaria Ingeborg Myklebust apareció de improviso en la puerta del archivo con una carpeta en una mano y el móvil en la otra. Estaba radiante con un top y pantalones blancos. Aparentaba menos de sus 53 años.

—Todo como siempre, por lo que veo —empujó a la perra, que meneaba la cola, con un significativo gesto de su pierna—. Lo he pasado bien —contestó seco—, ¿y tú?

—He estado aquí todo el mes de julio, ya sabes. Me voy a las Maldivas en diciembre. Por cierto, mi despacho de la esquina, el grande, queda libre. Quería esperar a que volvieras para hacer algo al respecto —continuó sonriente mientras se abanicaba con la carpeta—. Es que me mudo al piso de arriba. No sé qué será mejor: si que te lo quedes tú o que lo compartan entre dos o tres del equipo. Lo decides tú, Cato. El sol entra por todas partes, así que casi hace demasiado calor en esta época del año. Pero hay persianas. Eso sí, pensaba llevarme las cortinas rojas. Supongo que no te interesan, en cualquier caso.

—No, cortinas...

—Seguro que has tenido unas vacaciones estupendas. Estás morenísimo y tienes muy buen aspecto, como una estrella de cine.

—Estrella de cine —rió. La perra se había sentado muy cerca de él y apoyaba su gran cabeza en su muslo—. Sí, bueno, gracias, pero...

El móvil sonó en la mano de Ingeborg Myklebust. Apretó el botón verde y lo acercó a su oreja.

–Comisaria Myklebust –dijo alegremente y se dio la vuelta.

Cato Isaksen saludó brevemente con la cabeza y siguió por el pasillo. Birka se puso de pie, estiró la espalda y correteó tras él.

Marian Dahle apareció de pronto en el pasillo. Metió las manos en los bolsillos.

–¿Ya estás de vuelta?

Pensó que tenía 32 años pero aparentaba 18. Tres semanas fuera no habían cambiado nada. Sabía que había tenido vacaciones a la vez que él, pero no le dio la gana de preguntarle dónde había estado ni si había viajado o se había quedado en la ciudad.

–Sí, tú también, por lo que veo –no había ninguna duda de que las expresiones faciales eran contagiosas. En algún lugar leyó que los músculos reaccionaban instantáneamente ante una sonrisa o un gesto agrio del interlocutor–. La perra está en buena forma, ¿no?

–Sí, claro –Marian Dahle esbozó una sonrisa–. Parece que te ha echado de menos. Estás moreno.

–Sí, ha hecho sol.

–Lo sé.

–¿Hay muchos informes nuevos para revisar?

–Sí, por supuesto.

–Más vale que aclaremos esto ahora mismo, Marian. Sabes lo que voy a decir.

–Claro, Cato Isaksen, sé lo que vas a decir. Que Birka no puede estar aquí y que esto no es un zoo.

–Te dimos un ultimátum antes del verano. Tenía la esperanza de que lo hubieras entendido. Con todas las vueltas que le hemos dado...

–No empieces nada más volver, por favor. No quiero que tú y yo discutamos esto interminablemente. Se arreglará, ¿entiendes? Resulta que el despacho de Ingeborg Myklebust queda libre. Randi y yo lo hemos hablado, nos gustaría compartirlo. Y entonces Birka puede...

Cato Isaksen se incorporó.

–Soy yo quien va a quedarse con el despacho de Ingeborg Myklebust –afirmó tajante.

–Pero Cato, en ese caso Birka no te molestaría y además...

–La perra sale del departamento –saludó brevemente a una de las secretarias que pasaba. Sentía que al ver a Marian Dahle se había fijado en su pecho una especie de dolor. Era como si ella y él fueran víctimas de un hechizo maligno. Ya había conseguido que se sintiera como un monstruo.

El nudo de la angustia se alojaba como una bala en su pecho. Las lavadoras iban desacompañadas. Dos zumbidos, como provenientes de dos saltamontes. Las paredes de cemento eran compactas y aislantes. Su sombra, grande y oscura, se fue deslizándose lentamente sobre el umbral, antes de que repentinamente llenara el hueco de la puerta y la mirara fijamente. Ella, instintivamente, tiró la fregona. Restalló al dar en el suelo. Todo era igual, y a la vez no. Sabía por qué había venido él, pero a la vez no relacionaba cómo había podido saberlo. Algo impedía la conexión. Agarró la caja del detergente y la sostuvo contra el pecho a modo de protección.

Él fue hacia ella, la empujó hacia atrás con duros golpes, hizo amago de coger la caja del detergente y ella le dejó, estiró los dedos y la soltó. Él lanzó la caja por el suelo, saltó el umbral y resbaló hasta el pasillo del sótano.

Levantó las manos en un gesto instintivo. Para protegerse. El vapor de las lavadoras subió hacia las ventanas del sótano hasta empañarlas. Un sonido pequeño escapó de su boca, un ruido inarticulado de tristeza, pánico, furia y agotamiento. En el suelo el detergente se esparcía como arena.

«Esto no está sucediendo, puedo pasar de largo junto a él, hasta mis jardineras. Le diré que puedo compensar cada segundo del espanto, que yo no lo deseaba. Que el tiempo perdido, las noches de vigilia, las mareas, que todo eso habrá pasado. Todo. Yo también quiero que la función acabe, que el telón baje y vuelva a subir. Que el escenario esté vacío.»

Él acercó su cara hasta pegarla a la suya y abrió la boca. Ella vio sus labios, carnosos y escurridizos. Notó el olor a hierro de su boca.

—No creas que te voy a morder —bufó él—. Sé todo sobre mordeduras. Son como huellas dactilares. Reconozco el olor de tu perfume —el sudor le empapaba el nacimiento del cabello, el cuello y las axilas—. Me contaron lo de tu visitante. Alguien le vio, ¿sabes? Te he vigilado los últimos días, he visto que te sentabas en el banco, frente a la tienda, con *ella*. Ahí sentada, como si no hubiera pasado nada... y ella, la vieja arpía. Te prometo que será la siguiente. Joder, pensé. Me cago en la leche, pensé. ¿Lo entiendes?

Su piel era basta. Ella miró la protuberancia que crecía en su mejilla y gritó hasta que le dolió la garganta. Todo desapareció de pronto, las paredes, el techo y el suelo. Cerró los ojos. Los apretó haciendo que todo fuera rojo y negro dentro de su cabeza. Él la zarandeó y apartó el pelo de su frente con un soplido.

—¡Abre los ojos! —berreó—. Vas a contármelo todo sobre él.

(9:06-9:09)

El calor atrapado en su despacho le recibió como una pared compacta. El dibujo infantil que había colgado en la pared junto a su mesa estaba medio caído. El celo se deshacía por el calor. «Para papá Policía», «De Georg», ponía con letras torcidas sobre el coche azul.

Cato Isaksen exhaló el aire que llevaba en los pulmones, relajó los hombros. Sobre el escritorio había tres grandes montones de papeles y documentos. La foto de Bente y los chicos tenía una fina capa de polvo. Dio un portazo y cruzó la habitación hasta la ventana, apartó las cortinas marrones, y la abrió de par en par. Las hojas intensamente verdes de los arces colgaban flojas en el aire inmóvil. Al dar la vuelta, vio que la silla también estaba llena de papeles.

El inspector Roger Høibakk abrió la puerta y entró sonriente en el despacho. Las cortinas de estampado marrón se agitaron con la corriente.

–Buenas, jefe, me alegro de verte. Por tu aspecto has tenido un verano romántico. Barba incipiente y piel morena. ¿Lo has pasado bien?

Cato Isaksen sonrió.

–Hola, Roger. Lo he pasado bien. Tú tampoco tienes mala pinta.

–Gracias. La vida me va bien. Y lo mejor de todo es que los asesinos parecen reprimirse con el calor. Del asesinato del indigente junto al río Asker se ocupa el otro equipo.

–Menos mal. Demonios, voy a necesitar semanas para revisar todos los informes que se han acumulado.

–Igual que yo. En mi despacho me esperaba la misma montaña. ¿Hace un café?

–Hace –Cato Isaksen se acercó a su mesa de trabajo, abrió el primer cajón y sacó un rollo de papel celo–. Si lo traes tú, yo iré apartando estos malditos documentos mientras tanto, y pegando el dibujo de mi hijo, que se está cayendo –sonrió y se pasó la mano por la barbilla.

–Vale, también traeré un par de panecillos.

(9:09)

Su voz le desgarraba el oído. Ella se agitó y volvió a golpear sus hombros con el puño cerrado.

–Me lo vas a contar todo –gritó él. Ella cayó hacia atrás. La agarró por los antebrazos y apretó. Ella intentó zafarse, pero estaba al final del lavadero, notaba el borde de la encimera de formica contra su espalda. El dolor físico ocupó el lugar del dolor que provocaba su voz arisca. La acribillaba a órdenes.

De pronto, se oyó una penetrante risa infantil en el pasillo del sótano, frente a la puerta del lavadero. Dos agudas voces infantiles rompieron el silencio. Una dijo:

–Barbie puede vivir aquí en el sótano. Da miedo. Podemos hacer que está en la ciudad. Y esto es como una calle grande.

Ella miró hacia la entrada, mantuvo la mirada fija en el marco de la puerta. Veía la sombra de las dos niñas que caía parcialmente sobre el umbral.

La otra voz se hizo dominante:

–Aquí hay una caja de plástico. La cojo. Tenía detergente, pero parece un coche. Puede hacer de coche de Barbie. No nos dejan jugar aquí en el sótano, pero si nadie nos *ve*... Si no hay nadie aquí, pues..., pero da un poco de miedo.

Él soltó sus hombros y fue hacia la puerta. Asomaron dos caritas. Una de las niñas pequeñas dijo:

–Oh, hay alguien aquí. Vámonos. ¡Corre, Elianne! ¡Hay un hombre!

Se volvió hacia ella antes de salir.

–Espera. No te librarás. Quiero saberlo todo.

Desapareció por la puerta y salió al pasillo detrás de las niñas.

La puerta se cerró tras él con un golpe. Su cabeza parecía una centrifugadora. Los pensamientos rodaban de un lado a otro. Sus ojos le escocían por las lágrimas. El ruido de las lavadoras escaló hasta un intenso gruñido. Esperó. Vio huellas de pisadas en el detergente del suelo. Fue con mucho cuidado hasta la puerta y la abrió despacio. Atisbó por el pasillo. Había apagado la luz.

La certeza crecía en su interior. Un recuerdo apareció de pronto: se operó de las amígdalas a los 12 años. Estaba en el hospital, desnuda, salvo por un camisón de papel azul claro. La habitación estaba llena de grandes máquinas. La seguridad de que los médicos y las enfermeras la mirarían cuando dormía le producía una angustia tremenda. Al día siguiente, con el dolor de la herida en su garganta, bajó descalza a la recepción. Había visto un pájaro disecado en una vitrina y sentía una profunda tristeza al contemplar el pájaro muerto. El polvo sobre las alas, las plumas descoloridas. Un cristal lo aislaba de la habitación. El pájaro estaba muerto, pero parecía vivo. Nunca olvidó la sensación de engaño.

Abrió la puerta, dio unos pocos pasos inseguros por el pasillo del sótano. Metió la mano en el bolsillo del delantal y tocó la llave fría. Luego corrió. No podía coger el ascensor. No debía ver dónde vivía, en qué piso.

Se abrió camino escalera arriba, esforzándose por recuperar sus pensamientos y la concentración. Se agarraba a la barandilla desesperadamente. La piel de sus antebrazos escocía. Paró, respiró y siguió subiendo.

En algún lugar había una puerta abierta. Oyó llorar a un niño y una voz radiofónica dando las noticias. Bajó la frente hacia la barandilla y miró por encima. En el segundo alguien abrió una puerta. En el límite de su campo de

visión algo se movía muy abajo, como ocurría sobre el asfalto cuando hacía mucho calor. La distancia se dividió en dos. Todo volvía. La furia, la pena, el dolor, la soledad, el odio, la impotencia y el asco. Y la angustia terrible que caía sobre ella como una red de color invernal.

(9:11)

Roger Høibakk estaba de vuelta con una bandeja de panecillos, dos platos, tazas y una jarra de café cilíndrica de acero.

–¿Prefieres salami o queso, o quieres jamón?

Cato Isaksen notó que su estómago rugía.

–Salami –dijo cogiendo el plato–. ¿Olvidaste las servilletas? –pasó el dedo por el polvoriento borde de la mesa.

–Las llevo en el bolsillo –Roger Høibakk sacó un montón de servilletas blancas y las sembró sobre la mesa, centró las tazas y sirvió el café. Acercó una silla al escritorio–. A comer.

Cato Isaksen cogió un panecillo y echó un vistazo al primer documento de la pila. Decía: «la Dirección General de la Policía ya no puede contribuir económicamente al análisis de huellas biológicas».

Cato Isaksen sintió un dolor en la sien.

–Por cierto, has oído la tontería esta de que Marian y Randi quieren compartir el despacho de Ingeborg Myklebust. Apenas he andado más de diez metros por el pasillo y Marian ya estaba dando la lata. ¿Se puede saber qué le pasa?

Roger Høibakk reía.

–He oído que Myklebust sube una planta. ¿Por qué las mujeres siempre se alían? Tú, que eres un zorro viejo con matrimonio, divorcio e hijos –le miró con intención de tomarle el pelo, pegó un mordisco al panecillo y con la boca llena siguió–: ¿Quieres que te diga lo que estoy pensando, jefe?

Cato Isaksen tragó.

–Dispara –dio un trago al café. La habitación se llenaba de fragmentos de ruidos de la calle. El olor a gasolina era intenso.

–Ríndete, Cato, recoge la tienda. Temporada nueva, nuevas oportunidades.

–Recoge la tienda, menuda expresión.

–Con respecto a Marian, quiero decir.

–Te aseguro que no voy a dedicarle mucho tiempo –dijo Cato Isaksen desanimado–. Te lo prometo. Es una bomba de hormonas. Divide al equipo. Lo más importante para todos es que los demás funcionemos juntos. Marian

puede entretenerse torpemente con lo suyo. Tendrá que quedarse en su oficina, pero la perra tiene que desaparecer.

–¿Qué quieres decir con entretenerse con lo suyo?

–Es incapaz de dejar de ser una bocazas. Pasaron diez segundos desde que salí del ascensor hasta que me estropeó el día. ¿Entiendes? Sólo hace unas semanas que vino del departamento de citaciones. Es completamente distinto trabajar en homicidios. ¡Aquí vamos en serio!

–Pero si lo sabe, Cato. Pronto hará tres meses que está aquí y lo hizo bastante bien en junio, cuando solucionó el caso de la anciana de Høvik.

–¿Ella lo resolvió? ¡Lo resolví yo! –Cato Isaksen sostenía el plato en la mano. Se sacudió unas migas de la manga al suelo y se puso de pie.

–Fuisteis los dos, juntos. Y los demás también –añadió Roger Høibakk. Se inclinó sobre la mesa y sirvió más café de la jarra-. Y hablando de mujeres –Roger Høibakk se quitó un trozo de pepino de la pernera del pantalón–, vuelve a sentarte, tengo algo que contarte.

Cato Isaksen le miró y se dejó caer sobre la silla. Intuía que no iba a gustarle lo que Roger le quería contar. Lo notó por la forma en que recogió el trozo de pepino.

–Hay algo que no hemos dicho.

–¿Quién? ¿Marian y tú?

–No, yo y Ellen.

Cato Isaksen apoyó los codos sobre la mesa. Observó el árbol por la ventana, vio el rostro de la inspectora de escenarios del crimen Ellen Grue ante él. Recordó el aliento leve de su respiración contra su oído.

–¿Qué pasa con Ellen y contigo?

Roger Høibakk esbozó una sonrisa.

–¿De qué se trata? –repitió sintiendo un leve dolor en el pecho-. ¿Hay algo entre Ellen y tú?

Roger Høibakk se puso serio.

–Pero si está embarazada.

–Sí, lo sé. ¿Y?

–Ellen se viene a vivir conmigo.

Una campana empezó a sonar en la torre de la iglesia al otro lado de la calle. Cato Isaksen recolocó la foto de Bente y sus hijos.

–En esa porquería enana de piso tuyo. Joder, Roger, ¿por qué?

–No es tan pequeño, y además su ex tiene separación de bienes, así que no se lleva una mierda. Me parezco a ti, Cato. Tú lo sabes todo de esto, ¿verdad?

–Su ex, ¿qué quieres decir? ¿El abogado ahora es su ex? ¿No serás tú el padre, no?

–Sí, yo soy el padre.

Cato Isaksen empujó el plato por la mesa. Desapareció el sonido de las campanas de la iglesia.

–Demonios, Roger... habéis hecho esto a mis espaldas.

–Sí, claro, jefe –Roger esbozó una sonrisa–. Por supuesto que lo hemos hecho a tus espaldas.

Cato Isaksen intentó remar. Tenía que hacer un esfuerzo. Primero el encuentro con Marian y ahora esto. ¿No podía la gente mantener su vida privada lejos de él? Molestias, bagatelas. Tenía que elevarse sobre ellas. Era investigador, no cuidador en una guardería.

–No consigo verte como padre –dijo secamente.

–Pues no lo intentes –Roger se apoyó sobre el respaldo de la silla, esbozó una sonrisa y puso las manos en la nuca–. Si es una niña, heredaremos un montón de ropa de la hija de Randi. Pero no va a ser una niña, añadió.

–¿Lo sabes? ¿Os han hecho una ecografía?

–No, quiero un hijo. Sale de cuentas el 12 de diciembre.

Cato Isaksen dio otro trago al café. Se había quedado tibio. Un coche se detuvo en el exterior. El motor vibró un momento en punto muerto, luego desapareció en el tráfico atronador.

(11:46)

El hombre del traje de cuero negro pasó la pierna sobre la moto y se colocó el casco en la cabeza. Lilly se puso en cuclillas y pasó los brazos como una correa alrededor de sus piernas. Tenía que resistir. Pronto le darían el sueldo. Compraría ropa nueva. Aparte de la falda, las camisetas, un pantalón largo y el vestido de florecitas tenía botas de agua, sandalias, deportivas, una gabardina, ropa interior, un bañador anticuado y un chaquetón. *Eso* era lo que tenía. Y un par de leotardos de lana que venían bien por la noche. En realidad había sido una bendición conseguir trabajo en este camping. Había estado muy bien las primeras semanas. Atendía el quiosco, limpiaba las cabañas y los aseos, se libraba de estar agachada en un caluroso campo de fresas, como había tenido que hacer los primeros dos años que estuvo en Noruega. Pero luego todo había cambiado.

Esa noche se despertó, fue hasta la pequeña ventana, levantó las cortinas de color naranja bordadas y miró fuera. Al otro lado del camino el bosque parecía amenazante y cercano. De pronto, vio un ciervo y pensó que tal vez fuera lo que la había despertado. El ciervo se dio la vuelta, antes de desaparecer en el bosque. Puso los brazos sobre el pecho, como para protegerse. Evitó mirar hacia el respiradero cuando volvió a la cama y subió el edredón hasta el cuello.

Al final se durmió, a pesar de todo, pero despertó con la sensación de que había algo que debería entender.

Unas voces airadas hicieron que diera la vuelta, se volviera a poner de rodillas y mirara por la ventana. Tres chicos, uno de ellos con el pelo de punta como hierba recién brotada, pasaron corriendo camino de la playa. Una niña de unos 10 años llevaba un cocodrilo hinchable en la cabeza y hacía un sonido chirriante que pretendía asustar.

Lilly siguió el cocodrilo verde con la mirada. Faltaba exactamente un mes para que cumpliera 19. Julie y Shira insistían para que fuera con ellas a tomar el sol en la orilla. Sólo tenían dos descansos de media hora al día. Las de 16 llevaban vaqueros estrechos de cintura baja y tops cortos. No sabían que Lilly estaba encerrada en el baño con la espalda contra la pared. No sabían que tenía miedo.

El hombre de la moto giró el volante y salió despacio de la zona. La nube de polvo se movía de lado hacia la cuneta de las flores violetas y los insectos que zumbaban. El otro día Lilly había salvado una rana, la quitó del camino y la tiró a la hierba alta y amarilla por falta de lluvia.

Alguien la vigilaba. Recuperó el sentimiento acre de cuando era niña. Su hermano trabajaba en una obra en Oslo. No podía llamarle. ¿Qué podía hacer él?

Se llevó la mano a la boca y mordió fuerte, la piel estalló. Un delgado hilo de sangre cayó por las articulaciones hasta los pliegues de los dedos.

(20:47)

Los insectos en la jardinera. Las petunias, con una sustancia pegajosa en torno a las flores. Las abejas que zumbaban. Los pájaros en el cedro grande. Los adoquines bordeando el césped. Le había llamado antes para contarle lo que había pasado. Que tenía miedo. Él le dijo que no podía hacer nada desde donde estaba. Ella ya lo sabía.

No debía dejarse la cazuela con el agua caliente en el fuego. Tenía que comer algo. Dentro de un rato echaría un sobre de comida preparada Fjordland, stroganoff con arroz. De pronto, arrastraron sillas por la terraza de abajo, y la voz penetrante de Alanis Morissette cantó: «And I am here to remind you, all the mess you left when you went away» [Y estoy aquí para recordarte, todo el caos que dejaste atrás al marcharte]. Se acabó el silencio, pensó, se levantó y miró por encima de la barandilla.

El patio asfaltado estaba rodeado por una valla de metal verde. Había farolas situadas simétricamente en paralelo al límite, y bancos gastados junto a la

instalación de juegos infantiles para escalar, cerca de la tienda. Unas gruesas nubes blancas colgaban sobre la carretera principal que podía verse por la apertura entre los bloques C y D, por lo demás el cielo estaba azul.

Estuvo tumbada en el sofá toda la tarde, no se atrevió a bajar al sótano para recoger todo lo que había tirado y colgar las alfombrillas ya lavadas. Tampoco había ido al centro para mayores, como había prometido. Volvió a sentarse. Echó más vino en el vaso. Miró fijamente las flores rojo sangre de las jardineras.

La vida podía ofrecer coincidencias absurdas. Relaciones sin sentido, como si hubiera algo más escondido tras los acontecimientos. Como si un poder superior realmente pudiera dirigir la mascarada, como si ella fuera una marioneta con hilos de los que alguien tiraba. Lo ocurrido era, ni más ni menos, una coincidencia de fuerzas maléficas, un bucle en el tiempo.

La inquietud la llevó al interior del piso otra vez. Fue al baño. Miró fijamente al espejo picado con manchas negras. Vio su cara en la superficie helada. Subió las mangas del chándal de chenilla y observó sus brazos con marcas rojas. Cogió el jabón del platillo y lo pasó entre sus manos, como si fuera una piedra pulida que hubiera encontrado en una playa.

Volvió a salir a la terraza. Casi no había coches entre los bloques. Desde arriba parecía un gran agujero cuadrado. Se sentó. Jugueteó con el collar verde que llevaba al cuello. Abrió el paquete de cigarrillos que había sobre la mesa. Sacó uno y lo encendió con el mechero de plástico.

Entre los barrotes veía el césped. Recién cortado y regado. El olor verde oscuro y húmedo llegaba hasta su altura. El portero había llegado en su moto hacia la una. El ruido del cortacésped resonó entre los muros de los bloques, se abrió camino en su apartamento. Elianne y su amiga, las dos que habían bajado al sótano esa mañana, estaban recogiendo las mantas y las muñecas Barbie con las que jugaban.

Echó más vino tinto en el vaso y dio dos grandes tragos. Sacudió la ceniza del cigarrillo y dio otro trago más al vino, sintió que la angustia se evaporaba. La cortina del salón salió de pronto en toda su extensión por la puerta de la terraza, se agitaba como una bandera roja de emergencia. Se levantó y cerró la puerta. Luego tendría que cerrar la ventana de la cocina, para que no se hiciera corriente. Las dos voces infantiles subían hacia ella, fuertes y débiles a la vez. El dolor de estómago se agudizó. Sus ojos volvieron a inundarse. Un impulso repentino hizo que cogiera el bolígrafo de la mesa y escribiera el nombre en un folio que estaba sobre la otra silla. Dobló la hoja hasta hacer un avión, se levantó y lo lanzó. Voló adelante y atrás, subió un poco impulsado por el aire del anochecer, antes de aterrizar junto a las dos niñas pequeñas. Elianne lo recogió y miró hacia las nubes.

Bajó la vista hacia las uñas de sus pies recién pintadas. Era una cosa absurda,

sobre todo porque una certeza se abría camino entre sus pensamientos. Sentía la angustia como un calor. Se había preparado, no quería ser un cadáver desastrado.

Una gran bandada de pájaros levantó el vuelo desde el abeto del aparcamiento, sus alas restallaban. Los pájaros dieron vueltas al árbol unas cuantas veces, pasaban unidos de un lado a otro, antes de salir de lado de su campo de visión y desaparecer en el cielo blanco del anochecer. El sol poniente se reflejó en una ventana que abrían en el bloque contiguo. Un rayo de luz. Sonó el picaporte. Se puso de pie tan deprisa que sus rodillas golpearon el borde de la mesa.

El sol del atardecer caía entre el follaje y dejaba franjas amarillas en la hierba alta. Cato Isaksen estaba de rodillas en la terraza trasera, en un chalet adosado. Llevaba el torso desnudo y unos vaqueros gastados. Se levantó espantando una mosca. Aún estaba alterado y enfadado con Marian y Roger. Podrían ser un poco más profesionales. El primer día de vuelta al trabajo y todo era un desastre.

Por la puerta abierta del jardín veía el montón de documentos que se había llevado a casa. Estaban sobre la mesa del comedor y gritaban «¡léeme!». Los nuevos tablones pintados estaban apilados ordenadamente junto a la valla del vecino. Arrancaría un tablón más y sería suficiente por esa tarde. Tenía que cambiar el foco de su atención o todo se haría insoportable. Dio un trago al café de la taza de cerámica, sintió el fuerte olor de la madera que había arrancado. Alguien quemaba rastrojos en el vecindario. Bajo la ventana del salón, las rosas de Bente se habían secado hasta quedar reducidas a unos tallos irregulares de color marrón claro. Junto al muro, en el interior, formaban un cinturón las hojas secas del otoño anterior. Tréboles y hierbas daban un aspecto descuidado al césped.

Sobre la mesa azul del jardín había una botella de agua Imsdal recalentada y media baguette que había comprado camino de casa. Dejó la taza y volvió a agacharse. Era una postura cansada para la espalda. De pronto, pensó en lo fácil que sería enterrar un cadáver bajo una terraza como ésta. Se agachó y sacó un clavo de dos centímetros. Si construía las jardineras que rodeaban la terraza de un metro de alto, podría hacer un agujero entre ellas y rellenarlo de tierra. Daría a las plantas unas condiciones especialmente favorables.

Le había dicho a Georg que tal vez había llegado la hora de quitar su arenero. Estaba lleno de malas hierbas. Iba al colegio y sólo venía de visita en fines de semana alternos. Georg vivía en la ciudad con Sigrid, su padrastro Hamza y su nueva hermanita pequeña.

—Qué mierda que Roger haya dejado embarazada a Ellen —dijo de repente y tiró el martillo. Al momento pensó que era bueno. De esa manera en ningún caso iba a tener nada que ver con Ellen. Tampoco con Sigrid. Ya era suficiente. Se quedaría con Bente. Sabía exactamente en qué momento había tomado la decisión. Cuando Bente, a la que había abandonado, empezó a sobreponerse. Cuando su rostro triste volvió a ser bello. Un día ella dijo:

—Sé que lo conseguiré. Sobreviviremos, los chicos y yo también —y sonrió. De pie justo donde él estaba de rodillas ahora. Todo era tan familiar: el sonido

del balón que los niños de los vecinos tiraban contra la pared, el ruido de la carretera, el color del cielo, la radio del vecino...

Sonó el móvil en la mesa del salón. Se incorporó y fue hacia la puerta de la terraza, apartó las cortinas y echó un vistazo al reloj. Eran poco más de las nueve.

–Se acabaron las vacaciones, jefe –Roger Høibakk hablaba rápido y estresado–. Una señora ha caído desde un séptimo piso de un bloque en Stovner. Una tal Britt Else Buberger, de 57 años.

Cato Isaksen salió descalzo a la cocina.

–Pero ése no puede ser un caso para nosotros –abrió el grifo y se aclaró las manos mientras sostenía el móvil entre la mejilla y el hombro–. Suena a suicidio o accidente. Estoy liado con la terraza. Cerró el armario de la cocina con la rodilla. Por la ventana vio al gato del vecino haciendo equilibrios sobre la valla. Los maceteros vacíos del alféizar se iluminaron frente a él.

–La empujaron, hay un testigo. La llamada es de las 21:03, acababa de caer. Alarma total. Vamos hacia allí ahora mismo.

Cato Isaksen agarró una camiseta blanca que colgaba de una de las sillas de la cocina.

–Vale, voy de camino, sólo tengo que ponerme otra ropa. ¿La dirección?

–Centro Stovner, 16. Pasa Tøyen, coge la calle Aker Este hacia Stovner, conduce hasta que veas el centro y estarás allí.

El aire fresco del atardecer le envolvió al salir del coche civil. Varios coches de policía estaban aparcados allí mismo. Altos bloques impedían ver el cielo. Los cristales de las ventanas de una de las torres brillaban en amarillo y naranja bajo el sol del atardecer. Un pequeño grupo de personas se había juntado tras la barrera policial en el lugar que ocupaba el cadáver. Las cintas blancas y rojas se tensaban entre unos palos clavados en el césped. La gente se asomaba a sus terrazas y miraba a los policías y la mujer muerta en el suelo. Cato Isaksen cruzó rápido el aparcamiento hacia el montón de curiosos. A cinco metros de donde estaba la mujer vio una manta de fieltro descolorida, un cubo amarillo y un pequeño montón de ropa de muñeca. Junto a un periódico desgarrado había una pala.

La inspectora de escenarios del crimen Ellen Grue levantó la mirada cuando llegó. Estaba en cuclillas junto a la muerta, llevaba puesto su mono de papel. El sol del verano había dado a su piel un brillo de miel, y su boca era naturalmente

roja. Sintió que su garganta se cerraba. Saludó brevemente con la cabeza, también a los otros dos técnicos.

La mujer tenía una postura retorcida. Llevaba un chándal de chenilla rojo burdeos de dos piezas, chaqueta y pantalón. Cato Isaksen se fijó en que las uñas de los pies estaban cuidadas y pintadas de rojo. Uno de sus brazos estaba doblado bajo el cuerpo y el pelo oscuro, con pequeños rizos, cubría en parte el rostro con la boca abierta que era un agujero negro que se abismaba frente a ellos. La sangre, alrededor de su cabeza, había teñido el césped de rojo en un gran círculo. Los ojos estaban abiertos de par en par.

Ellen Grue le miró.

–Parece que tiene marcas en los antebrazos. Tiré con cuidado de una de las mangas. Mira aquí.

–Sí, lo veo.

–Esta postura me provoca calambres en las piernas –Ellen Grue se levantó–. Asle y Roger están en su portal. Pero creo que aún no han podido entrar en su piso. Parece que no consiguen localizar al portero.

–Lo sé. Hablé con Asle por el camino. Él y otro están comprobando el terreno –dijo Cato Isaksen echando un rápido vistazo a la tripa de Ellen. Una pequeña curva era claramente visible bajo el mono.

–Nadie sobrevive a una caída desde un séptimo piso –dijo señalando una terraza muy arriba–, ahí, la de las jardineras con flores rojas.

Cato Isaksen se puso un par de escaupines de plástico azul sobre los zapatos. Por un instante la vio con Roger, cómo le atraía hacia ella y cerraba las manos sobre su nuca.

–El séptimo es bastante alto –dijo, y volvió a pasar su mirada sobre la mujer muerta.

–Por cierto, la boca de la fallecida huele a alcohol –Ellen Grue pasó una mano cansada por su rostro–. Necesitamos cerca de una hora más. Luego acompañaré el coche fúnebre al anatómico forense.

William Pettersen se inclinó sobre la moto. La Yamaha le llevaba donde él quisiera en muy poco tiempo. Era como una avispa irritada, como ir sentado sobre un barril de pólvora. Adoraba el sonido de los dos tubos de escape, notar la presión del viento contra el cuerpo según aumentaba la velocidad. Aceleró hasta adelantar a varios coches de una vez, como una flecha, y se puso detrás de un Audi Q7 gris.

La tripa apretaba contra el traje de cuero negro. La barriga se había hecho demasiado grande, en otoño se pondría a dieta. Reduciría el número de latas de cerveza. Pero ahora no, ahora era verano. Salió del camping por la mañana. Cortó el césped entre los bloques, regó las jardineras, barrió los senderos, recogió algunas botellas, bolsas de patatas fritas y tubos gastados junto al banco, frente a la tienda. Luego quitó las malas hierbas bajo las instalaciones de los juegos infantiles y comprobó que el muro, frente al supermercado barato, estaba lleno de grafitis otra vez. Malditos jovenzuelos. También había ayudado a un anciano a cambiar los plomos y había lavado sus camisas hawaianas. Ya se habían secado y estaban enrolladas en una de las maletas de la moto. Había cosas de sobra que hacer. Cuando llegara a Rødvassa, abriría una lata de cerveza, sacaría el juego de dados y contemplaría cómo la marea deshacía el paisaje de acuarela. Toda la vida había tenido la caravana aparcada en Son. Iba desde que era niño, nunca iba a otro sitio en las vacaciones, sólo hacía cortos viajes de ida y vuelta a Rødvassa. Así también evitaba tener que contratar un suplente. El trabajo de portero era un estilo de vida, mucho más que un trabajo. No le gustaba la idea de que cualquier desconocido anduviera por sus portales, cortara su césped, regara sus rosales, barriera sus senderos o cambiara sus bombillas. Tuvo un sustituto una sola vez, cuando tuvo una peritonitis aguda y le llevaron en ambulancia. Era invierno, y había que quitar la nieve y echar sal. Cuando regresó le llevó días conseguir que las cosas volvieran a fluir.

A veces le invadía una sensación desesperada de impotencia. Toda su razón para vivir eran tres bloques. ¿Era patético preocuparse tanto? El reto era convertirlo en un estilo de vida, ignorar las quejas de gente malhumorada y hacer que todos comprendieran que, a pesar de todo, era él quien decidía. Ahora la gente hablaba de poner barandillas nuevas. Increíble, como si las viejas no fueran lo bastante buenas. Acero y cristal, decían. Tonterías de diseño, decía él. No soportaba la idea de tener andamios, obreros, desorden y polvo durante meses. La gente se había hecho muy pija, incluso en Stovner.

Algunas veces deseaba tener su propio jardín. Una casita de verano. Era sólo

un pensamiento, pero esos jardines de verano podían estar llenos de flores silvestres y paja. No necesitaban muchos cuidados.

La gente daba mucha lata. Ponían la música demasiado alta o llenaban el portal de arena. Algunos no recogían lo que sus perros dejaban. En una ocasión le había mordido un cocker spaniel. Ese mismo día el perrito pijo del sexto había arrancado tres plantas del portal A. No sólo las arrancó, sino que las cogió con la boca zarandeándolas de un lado a otro hasta ponerlo todo perdido de tierra. Luego las niñas del séptimo y del octavo se habían negado a mover la manta en la que jugaban cuando iba a cortar el césped. Sintió que deseaba golpearlas hasta quitarles las ganas de vivir. Finalmente cortó iracundo el césped alrededor de la manta. Más tarde puso el aspersor junto a los rosales y llenó de corteza de árbol la jardinera que daba a la bajada a los sótanos. Después sólo tuvo que montarse en la moto y largarse de allí.

Una mujer descalza, de unos ³⁰ años, con un perrito tembloroso en la cadera, llamó a Cato Isaksen con un gesto de la mano.

–Es mi vecina de arriba –gritó pasándose una mano por el pelo negrísimo con una mecha morada sobre una oreja–. Es Britt Else Buberger. Debe de haberse caído de su balcón –continuó con voz temblorosa y señaló una terraza allá arriba, mientras apretaba al perro contra ella–, ahí, en el séptimo.

–Eso lo hemos comprendido –Cato Isaksen sacó una pequeña libreta del bolsillo–. ¿La has visto o hablado con ella hoy, o esta tarde?

–No, esta tarde no. Hace unos cuantos días que no la veo. Pero solía echarme la bronca cuando ponía música. Decía que estaba demasiado alta, y cosas así. Y que mi perro ladraba en la terraza, cuando lo había sacado a pasear.

–¿Puedes contarme algo de ella?

La mujer se encogió de hombros.

–No sé mucho. Creo que estaba bastante sola. Y obsesionada con la limpieza –añadió.

Asle Tengs venía cruzando el césped. Se pasó rápidamente la mano por el cabello gris. Cato Isaksen saludó con la cabeza a la mujer del perro y fue al encuentro de su colega.

–¿Quién vio que la empujaban?

–Una señora del bloque contiguo. Dice que vio cómo un hombre la levantaba a pulso por encima de la barandilla. La patrulla canina ya está en acción, buscan por la zona a un hombre que lleva un jersey oscuro y gorra. Buberger vivía en el séptimo piso, tendremos que asumir que ése es el piso que ha señalado la testigo. Hemos empezado preguntando por los alrededores. Dos coches circulan buscando por la zona.

Cato Isaksen se giró para pedir a dos chavales curiosos, de unos ¹⁵ años, que se apartaran con sus bicicletas.

Randi Johansen llegó en un coche civil junto con Tony Hansen. Aparcaron metiendo medio coche sobre el césped.

–Todavía no hemos conseguido entrar en su piso –dijo Asle Tengs mirándolos. A Cato Isaksen le irritaba que Tony Hansen aún llevara un aro en la oreja. Se volvió hacia Randi Johansen preguntándole en voz baja dónde estaba Marian.

Randi recogió su pelo claro en una coleta.

–Está en un curso de adiestramiento de perros.

–¿Un qué?

–Curso de adiestramiento de perros. Con Birka. Tiene el móvil apagado. Es lejos, en Fredrikstad.

Cato Isaksen miró a Tony Hansen.

–Tony, ve al coche y busca por Buberger. Britt Else, dicen varios vecinos. Supondremos que es ella.

–A lo mejor está en un curso de adiestramiento con ella misma –Asle Tengs rió bajito.

Cato Isaksen se arrancó los escarpines de plástico mientras reprimía un comentario.

–Y de paso buscas el nombre del portero –gritó a Tony Hansen.

Randi Johansen se acercó a la manta de juegos abandonada. Se agachó para mirar la ropa de muñecas. Los cuellos tenían puntillas y los vestidos lentejuelas, bordados y vainicas.

Tony Hansen volvió llevando un pequeño ordenador portátil.

–Britt Else Buberger nació el 7 de octubre de 1951. Es ciudadana sueca, percibe una pensión. La dirección coincide. Así de entrada no me aparecen parientes, pero lo volveré a intentar –miró a Asle Tengs–. ¿Cómo se llama el portero?

–William Pettersen –dijo Asle Tengs dándoles la espalda para dirigirse otra vez al portal.

Dio al intermitente y frenó al llegar al desvío de Son. En algunos sitios el asfalto se había agrietado. A la izquierda del camino había un campo de trigo. A su derecha brillaba el amarillo intenso de la retama. Aceleró de nuevo. Llegó a la casa roja con la gran chimenea. Por supuesto, al ser verano, no salía humo.

Pensó en las dos niñas y se arrepintió de haberlas regañado. Eran unas santitas monstruosas. Sólo eran crías que pasaban todo el verano en la jungla de asfalto –pensó girando para entrar en la gasolinera que había justo antes del desvío al camping. Paró detrás de un Golf con manchas de óxido en el maletero, bajó de la moto y levantó la visera del casco. Pasó la mano por su cabeza calva. Sólo entonces sintió el calor opresor. Bajó un poco más la cremallera del compacto traje de cuero. Le apretaba la barriga.

Una música de rap atronadora surgía de un equipo de música portátil. El solar que había detrás de la gasolinera era un sitio ideal para que se reunieran jóvenes en moto y ciclomotor. Luego bajaban a la playa para emborracharse. William Pettersen miró a dos chicas que apoyaban la espalda sobre la caseta prefabricada azul, con los ojos cerrados, como si el sol bronceara tan tarde. Pescó la cartera en el bolsillo del estrecho traje de cuero.

Por la ventana de la gasolinera vio al hombre de color darle un helado a una mujer joven vestida de amarillo. Entró. Olía a patatas fritas y hamburguesas. El calor vibraba bajo el techo. Se puso en la cola y esperó. Cuando llegó su turno pidió una taza de café, un donuts y un helado.

Volvió a salir hacia la moto. Se apoyó sobre ella, poniendo a duras penas el trasero en el asiento. Así, de pie, bebió el café y comió el bollo. Arrancó el envoltorio del helado, lo dobló y fue a tirarlo a la papelera.

El sol se ponía por el oeste, tras la colina. Condujo hacia la ciudad sobre las doce del mediodía. Pronto estaría de vuelta en la caravana. El cielo aparecía lleno de nubes que asemejaban naves cromadas. Justo antes de que el sol desapareciera tras el montículo, las nubes se abrieron y la vibrante luz del anochecer se dejó ver en un largo instante.

Ewald Hjertnes notó cómo el tufo a mar salado y algas podridas le envolvía. Llevaba un chándal azul con «Rødvassa» impreso en el pecho y una gorra con visera y publicidad de una marca de pintura. En la comisura de los labios tenía un cigarrillo y en la mano derecha un gato.

Con el aire frío del anochecer la humedad llegaba en oleadas desde el agua. Los tréboles rojos lanzaban un aroma dulce. El camping sólo estaba a unos pocos centenares de metros de la carretera principal, aun así no se oía ni un sonido del tráfico. Estaba orgulloso de eso. Era el tupido bosque el que detenía el ruido, pero también la disposición del paisaje. Aunque la mayoría de las familias con niños estaban a punto de retirarse, quedaban críos que gritaban, balones inflables botando de un lado a otro y gente que caminaba descalza por el sendero empedrado que iba de la playa a las duchas y los aseos. Llegaba un coche. Era el tipo con pinta de Jesucristo que vivía en la tienda pequeña al principio del bosque. Ewald Hjertnes se hizo a un lado y saludó. La grava crujió bajo las ruedas cuando el coche pasó despacio.

Siguió el sendero que llevaba al agua y tiró la colilla entre unos arbustos, antes de cambiar el gato de mano.

Gente vestida de verano tenía preparada una festiva cena frente a las cabañas de camping. Había cerveza y barbacoa sobre pequeñas mesas de plástico blanco, con manteles de color chillón. Olía bien, tenía hambre. En un rincón un perro agotado descansaba tumbado. Tres niños gritaban y hacían ruido en los columpios. Su madre intentaba hacerles comprender que era hora de irse a la cama. Ewald no pudo evitar pensar en William. Odiaba los chillidos y el jaleo. Tal vez el trabajo de portero no fuera el idóneo para él. Debería tener su propia casita.

Él pasaba todo el invierno en el piso de Stovner, esperando. Sólo tenía estos meses, de mayo a agosto, en Rødvassa. Cuando bajaba en un primer viaje en Semana Santa, era como si la vida recomenzara. Siempre tenía una sensación ritual cuando aparcaba el Lada ante la cancela e introducía la llave en el candado húmedo de la cadena que cruzaba el camino. Todo tenía un aspecto miserable en primavera. Los ratones se habían comido parte de la madera y los cojines de la caseta. La hierba amarillenta y las hojas oxidadas asomaban entre la nieve. A menudo, las caravanas estaban cubiertas de hielo y nieve hasta abril. Estaban allí todo el invierno con tablones de madera y fundas de plástico sobre las ventanas. Muchas veces, el hielo había quemado la hierba. Siempre se parecía a principios de mayo. En otros sitios tenía que atacar la hierba marchita con una

guadaña. Los campistas no empezaban a llegar hasta junio, y entonces siempre asignaba a las tiendas de campaña los sitios más frondosos. Ponía especial cuidado en rastrillar y adecentar en torno a las caravanas que tenían alquileres largos. Era importante cuidar de los visitantes fijos. Algunos llevaban treinta años viniendo. El verano era su época. A mediados de agosto cerraba. Y estaba cansado, eran muchas las cosas que tenía que atender.

Sonrió a la señora exuberante. Era una de las visitantes habituales. Estaba recogiendo dos grandes toallas de baño amarillas colgadas de la silla de plástico frente a la entrada de la tienda.

Ewald Hjertnes hizo un gesto con la mano y continuó entre las tiendas hacia el agua y las caravanas.

–¿Cómo te fue en Moss? –gritó tras él.

–Acabo de volver, mi hermano no estaba en casa.

–Por Dios bendito –miró fijamente el gato que llevaba en la mano–, ¿vas a matar a alguien?

–La caravana de Pettersen está inclinada. Llegará en cualquier momento. Ya sabes lo puntilloso que es con las cosas.

En ese mismo momento le vio. William Pettersen estaba al final del sendero, donde empezaba la playa, y esperaba con su traje de cuero.

–Vi cómo salía lanzado al balcón –Cato Isaksen miró de reojo a la mujer que estaba a su lado. Llevaba el pelo teñido de rubio y tenía la voz grave y sonora. Sus brazos eran más gruesos que los muslos de Cato–. No consigo quitarme esa visión de la cabeza –la mujer señaló la fachada del número 16–, mis ojos se limitaron a seguir la luz, automáticamente. Entonces, ¡Dios mío!, vi que casi la levantaba en vilo sobre la barandilla.

–Me gustaría llevarla a la comisaría esta misma noche para una declaración oficial. Es muy importante. Espero que le sea posible.

La mujer asintió con la cabeza y siguió hablando.

–Veo cómo cae una y otra vez. Como una película que empieza y vuelve a empezar. Mi marido dice que son cosas que a veces pasan en los bloques. Pero ella no saltó. Si es así, no quiero vivir en un lugar como éste. Tengo un niño pequeño. No va a crecer rodeado de gente que se cae o la tiran por los balcones. Dos niñas pequeñas jugaban sobre una manta poco antes de que cayera. Podía haber caído encima de ellas.

La testigo llevaba puesta una túnica poco favorecedora, estampada con grandes flores. Su marido era delgado y caído de hombros, con una media melena grasienda.

–No obligues al policía a estar de pie en la terraza –dijo, y dirigió a Cato Isaksen al pequeño cuarto de estar donde había un sobredimensionado sofá de piel negra. En la mesita reinaba una lámpara enorme. El investigador se descubrió sintiendo pena por esta gente y su vida. Una sensación mezclada con vergüenza. Una alfombra de grandes dibujos cubría el suelo. Sobre la mesa un álbum de recortes. Alguien había pegado cromos con purpurina sobre las páginas negras. En la mitad del cuarto esperaba un barreño lleno de ropa recién lavada.

Se quedó un ratito junto a la puerta del balcón, antes de sentarse en un extremo del sofá. Veía su cara reflejada en el niquelado del pie de la lámpara. Notó que volvía a tener una arruga de preocupación en la frente.

–Así que discutieron antes de que cayera.

–Lo que pasó fue que él salió a la terraza. Ella se levantó de golpe y empezaron a discutir. Yo no oía lo que decían, claro, pero él estaba enfadado y ella estaba... sí, histérica. Pareció que ella intentaba empujarle primero. Pero no era lo bastante fuerte. Él la pasó por la barandilla y soltó. El hombre cerró la puerta. Y luego no bajó. Si hubiera sido un accidente, habría bajado luego, ¿no?

–¿Puedes describirle?

–Bueno, desapareció hacia el interior del piso en ese mismo instante. Pero llevaba una gorra azul marino o negra y un jersey o chaqueta oscuros.

–¿Qué edad crees que podría tener?

–Puede que 35, o 40 o 50. La verdad es que no lo sé. Pobre señora. Las imágenes dan vueltas y más vueltas en mi cabeza. ¿Puedo beber algo? –miró a su marido que aún estaba parado en medio de la habitación.

El hombre delgado trajo un vaso de agua y se lo alcanzó. No preguntó si Cato Isaksen quería uno.

La testigo bebió el agua a grandes tragos.

–Fue tan rápido. Parecía una muñeca al caer. No gritó. Pero cuando llegó al suelo se oyó un ruido sordo. Fue horrible. Grité y me llevé las manos a la cara. No supe que había gritado hasta después, pero tenía la garganta en carne viva. Mi marido vino corriendo y preguntó qué pasaba. Sólo señalé, era incapaz de hablar. Entendió lo que había pasado, entró corriendo, encontró su móvil y llamó al número de emergencias. Luego intentó tranquilizarme. Pero yo estaba fuera de mí. Era tan espantoso.

El móvil de Cato Isaksen pitó. Le echó un vistazo rápido y abrió un sms. Era de Roger Høibakk. *Tenemos que abrir la puerta. No encontramos al portero.*

–Cayó tan despacio –dijo bajito la mujer–, fue tan desagradable. Era exactamente como si estuviera muerta antes de caer, pero eso es imposible, ¿verdad?

–Eso lo dirá la autopsia –dijo Cato Isaksen poniéndose de pie.

–Puede que haya pasado algo en el sótano –explicó Roger Høibakk, manteniendo abierta para él la puerta del portal.

Cato Isaksen entró. Los inspectores de escenarios del crimen trabajaban intensamente. Un sargento recién licenciado llevaba el dispensador blanco en la mano y estiraba la cinta roja y blanca entre el ascensor y la barandilla de acero. El aspirado de los escalones y recogida de otras pistas en las escaleras de piedra se sucedían sin descanso.

–Parece que ha ocurrido algo en el cuarto de la colada –repitió Roger Høibakk dando un paso atrás.

–¿Qué? –Cato Isaksen echó un vistazo a la hilera de gastados buzones verdes. Sus ojos recorrieron rápidamente los nombres deteniéndose en Britt Else Buberg. Su buzón estaba en la mitad de la segunda fila.

–Detergente por todo el suelo, jefe. La puerta estaba completamente abierta. Alfombrillas lavadas en las máquinas. Una fregona en el suelo, como si alguien hubiera intentado protegerse. Claro que pueden haber sido unos niños jugando. No tiene por qué tener nada que ver con el caso. Pero los investigadores están asegurando las pistas, por si acaso.

Randi Johansen subió del sótano.

–El portero se llama William Pettersen. Su apartamento está en el sótano, pero no está en casa.

–Estaba aquí muy poco antes de la caída –comentó Roger Høibakk–, le han visto varias personas.

–Vale, investiga eso –Cato Isaksen se pasó la mano por la frente sudada.

–Su piso está junto al cuarto de la colada –continuó Randi–, mientras que los trasteros están tras la otra puerta. Hemos hablado con los vecinos que están en casa. Apunté los nombres de los que aún están de vacaciones. Un matrimonio del quinto, Agnes y Roar Lunde. Y un tal Ewald Hjertnes, del segundo. Además de Sally Wahlstrøm y Alf Toregg en el octavo y cuatro familias más.

–Está bien –Cato Isaksen se puso un nuevo par de escaupines de plástico y se mantuvo pegado a la pared mientras subía unos cuantos pisos. Randi Johansen le seguía.

Varios vecinos sacaron la cabeza por la puerta y miraron con curiosidad a los investigadores. La policía había bloqueado el ascensor e intentaba convencer a la gente de que volviera a sus casas.

–Comprueba los antecedentes de todos los vecinos del portal, y verifica posibles vendedores o comerciales por la zona.

Tony Hansen bajaba.

–Lo he comprobado con tráfico, jefe. Buserg no tenía permiso de conducir. Los perros han seguido una huella, Cato, pero se pierde en la parada del autobús. Y la parada está justo al lado del aparcamiento. Así que quien sea también puede haberse ido en coche. Voy a verificar los horarios de los autobuses y hacer que alguien interroge a los conductores.

Cato Isaksen murmuró una respuesta y continuó escaleras arriba. Sonó su móvil. Era Sigrid que decía que su hijo pequeño quería hablar con él.

–Tengo un problema, Sigrid. Acaba de surgir un nuevo caso. Sí, en este momento –Cato Isaksen notó irritado que le molestaba el eco de las paredes.

–Vale, pero sólo va a decirte una cosa.

Cato Isaksen se giró resignado hacia Randi a la vez que la voz de su hijo Georg llegaba a su oído.

–No te doy permiso para quitar mi arenero, Papá. Es sólo eso.

–Pero si te has hecho muy mayor, Georg.

–No soy tan mayor, Papá.

Cato Isaksen esbozó una sonrisa.

–Vale, entonces no lo quitaré –cortó la conversación y se volvió hacia Randi otra vez.

–No hay nadie en el interior de su casa, jefe –Asle Tengs los recibió en la puerta. Cato Isaksen se fijó en la mirilla negra–. Abrimos la puerta. Tiene cierre automático. Ninguna huella evidente, pero la puerta de la terraza estaba cerrada por dentro y había una cazuela con agua hirviendo en la cocina; así que, definitivamente, la señora no se ha lanzado a la muerte de forma voluntaria, por decirlo así.

Alguien dio un portazo en el piso de abajo. El golpe reverberó por los pisos.

El apartamento de Britt Else Buberger era pequeño, pero ordenado. Un recibidor con linóleo gris en el suelo, una cocina con una mesa pequeña para comer, cuarto de estar con un sofá verde, una mesa con un mantel bordado, cortinas rojas y una estantería marrón con adornos. La habitación estaba empapelada, pero pintada por encima en color azul claro. Cato Isaksen pensó que parecía un nido. No sabía por qué tuvo esa impresión. En las paredes había cuadros bordados con motivos naturales de ciervos y casitas, y uno de un ramo de rosas en un grueso marco dorado.

–Ninguna foto familiar –comentó con Randi que le seguía de cerca.

La puerta de la terraza estaba cerrada por dentro. Cato Isaksen se acercó, pero no la tocó. Miró hacia el exterior. En la pequeña terraza cuadrada había una silla de plástico tirada en una esquina. La mesa estaba medio caída, apoyada en la barandilla. Sobre el suelo de cemento había una botella verde de vino, algo de tierra de las jardineras, unas flores rotas, un paquete de cigarrillos, dos colillas y un vaso de vino roto.

–Está claro que aquí ha habido pelea –le dijo Cato Isaksen a Randi. La investigadora de escenarios del crimen se movía por las habitaciones.

En el pequeño cuarto de baño las estanterías estaban llenas de colonias, cremas y champús.

Fue a la cocina. El vapor de la cazuela había formado pequeñas manchas en los azulejos sobre la encimera, en la que había un paquete sin abrir de comida precocinada Fjordland. Cato Isaksen se inclinó para mirarlo. Stroganoff. Repentinamente sintió hambre. La baguette reseca que comió de camino en el coche no era suficiente. En la puerta verde de la nevera había colgados varios papelitos sujetos por imanes con forma de flores y animalitos. «Acuérdete de olvidar», decía uno de ellos.

Una breve lista de fechas de mercadillos y subastas estaba sujeta a la puerta lacada con celo.

Cato Isaksen se acercó a la ventana y observó el aparcamiento. Un coche

blanco salía marcha atrás.

La niñita tenía un avión de papel en una mano y una caja de detergente en la otra. Le miraba desde el umbral de la puerta. Tenía la cara sucia y tierra en el pelo claro. Cato Isaksen le sonrió.

–Hola, ¿cómo te llamas?

–Elianne. Tengo 5 años.

Estaba descalza y llevaba un sucio vestido de verano verde claro con mariquitas en el dobladillo. Su madre abrió la puerta de golpe.

–Ay, mamá, me estás apretando. Duele.

Una señora delgada de pelo castaño miraba fijamente a Cato Isaksen. Llevaba una falda vaquera y blusa floreada.

–Es que no entiendo todo esto –dijo acalorada y apartó un par de zapatos infantiles del linóleo arenoso con el pie descalzo–, de verdad –repitió–. Vivimos puerta con puerta y no pensaba de ninguna manera que fuera una candidata a suicida. No se me ocurrió. Era una mujer bastante silenciosa. Si hubiera sabido que estaba tan sola, por supuesto que la hubiera invitado a tomar café y esas cosas. Elianne y su amiga del octavo jugaban al lado de donde cayó sólo diez minutos antes. ¡Imagínese si la señora Buberger hubiera caído encima de las niñas!

Cato Isaksen asintió comprensivo y miró hacia el interior de la desordenada vivienda.

–Y la llamas señora Buberger. ¿No os tuteabais?

–No, tal vez sea un poco extraño, pero era como un poco reservada. Aunque era maja con mi hija.

–¿No tenía hijos propios?

–No lo sé. En realidad nunca recibía visitas, estaba bastante sola. La barandilla es bastante alta. ¿No te parece?

–Creemos que la empujaron.

–¿Qué? ¿De verdad? Es horrible. ¿Y no tenéis ni idea de quién ha podido ser?

–¿Han venido vendedores de lotería u otros vendedores?

–No, ahora en las vacaciones, no.

–¿Cuándo fue la última vez que la viste?

–El sábado llamó a la puerta bastante temprano.

–¿El sábado?

–Sí, porque se le había cerrado la puerta.

–¿Hace dos días?

–Sí, dos días.

La niña del vestido verde acercó la caja de detergente a Cato Isaksen.

–Éste es el coche de Barbie. Y éste, su avión.

–Ve al baño y empieza a lavarte, Elianne. Enseguida voy yo –dijo la madre dándole un pequeño empujón. La niña fue hacia el interior del piso y desapareció. La mujer continuó–: Bajé corriendo a buscar al portero, porque estaba muy alterada. Me dio la llave universal, o como se llame.

–Llave maestra –corrigió Cato Isaksen–. ¿Por qué estaba tan alterada?

–No, por nada especial, creo. Sólo era que estaba de limpieza, iba a bajar al buzón y había corriente. Se le cayó al suelo la bolsa de la basura y se derramó todo.

Cato Isaksen asintió.

–Esperó mientras yo iba corriendo a buscar a Pettersen –la mujer se volvió hacia el interior del piso cuando un niño empezó a llorar–. Elianne –llamó–, ¿la puedes consolar?

A Cato Isaksen se le había formado una arruga en la frente.

–¿Por qué no fue a buscar Britt Else Buberger la llave ella misma?

–No lo sé. Parecía tan desorientada...

La niña lloró enrabiada en el interior de la vivienda.

Cato Isaksen esbozó una sonrisa.

–¿Alguna vez te hacía de canguro?

–No, nunca, ¿por qué habría de hacerlo? –respondió estresada la mujer–. El sábado abrió la puerta y yo volví a bajar a casa de Pettersen con la llave.

–¿Sabes dónde está el portero ahora?

–Sí, le he visto un momento esta tarde. Les echaba la bronca a las niñas, como de costumbre. Elianne subió lloriqueando. Le he dicho que no le haga caso, como siempre.

–¿Sabes dónde puede estar? –Cato Isaksen dio media vuelta hacia los policías que subían y bajaban las escaleras.

–No, pero en una ocasión me contó que tiene una caravana. Es todo lo que sé.

Se volvió hacia ella otra vez.

–¿Y no has visto si Britt Else Buberger ha tenido alguna visita hoy o si alguien ha llamado a su puerta?

–Pues hace una semana la visitó un hombre. Vi que salía con él. Sólo lo vi desde la terraza, así que no tengo ni idea de quién era.

–¿Qué aspecto tenía ese hombre? ¿Qué edad podía tener?

–Eso no lo sé, hay demasiada distancia desde el séptimo, pero vi que se sentaban en el banco que hay frente a la tienda. Creo que tenía el cabello gris. Y luego llegó la anciana.

–¿Qué anciana?

–Están juntas a menudo. Se llama Astrid. La señora Bubergr me lo contó en una ocasión. Se sientan en ese banco con frecuencia. Vive en la residencia de ancianos, encima de la tienda.

Pequeños insectos andaban por las raíces arrancadas. Del tronco caído emanaba un fuerte olor a tierra. Sabía cómo debía inclinarse hacia delante para poder observarla, sin que ella le viera. Por un momento reconoció la angustia total, la que desencadenaba todo lo oscuro.

Estaba sentado sobre una piedra. Le rodeaban la hierba y las margaritas. Y dientes de león sin flores. Sólo quedaban las hojas dentadas. Los troncos de los pinos se alineaban frente a él densos como una pared. Sus ojos conocían cada rincón del paisaje. Las matas de fresas junto a la piedra que se hundía en la tierra tenían pequeños frutos secos. Aunque eran casi las diez y media, hacía calor.

Se preparaba. Debía volver al profundo vacío. Tenía que ver con el hombre del ascensor. Todo había vuelto a la superficie. Al principio pensó que era pura fantasía, tontería y desvarío. Pero había conducido hasta Stovner para comprobarlo. Y después de un día espiando había verificado que era cierto. La locura le desconcertaba, el misterio le daba miedo. No había ningún consuelo en lo que había descubierto, más bien una tortura. De repente, su futuro se había perdido. En su interior la agresión crecía en forma de flor negra. ¿Cómo mataría esa flor?

El círculo que rodeaba la muerte. Estuvo en el piso, rompió un plato grande, blanco con pintitas azules alrededor. Tenía una mitad en cada mano y las miraba, como si sus bordes afilados le devolvieran repentinamente a la realidad. Ese método le ayudaba a reencontrar el punto en que el dolor se desintegraba. Era como caer de una dimensión a otra. Lo neutralizaba todo. Pensaba como antes. El método era peligroso. Hacía muchos años. Tenía que planificar, mantener la ira a raya todo el tiempo que pudiera. Era una parte de todo. Desplazó su mirada más allá del tronco rugoso y observó el cuerpo de la joven que apareció cuando levantó los brazos y se quitó el vestido.

Lilly Rudeck miró a su alrededor mientras pasaba el vestido sobre su cabeza. En el claro del bosque los troncos de los pinos se alineaban rectos y oscuros unos junto a otros. Las copas parecían lanzas oscuras contra el cielo gris del anochecer. Susurraban débilmente. Los últimos restos de la luz del sol aparecían como un triángulo rojo en el horizonte. Tras la colina de suelo reseco, donde llegaba el sendero desde la carretera.

Un Volvo viejo pasó por el camino de grava. El conductor apretó el acelerador y una nube de humo salió del tubo de escape.

Puso el vestido sobre la mesa polvorienta que estaba atornillada a los bancos de madera. Se abrió paso entre las matas de fresas salvajes, hasta la orilla, y caminó sobre el fondo cubierto de piedras hacia el mar abierto con su anticuado bañador turquesa. Algunas de las piedras eran afiladas. Abrió los brazos para mantener el equilibrio, llevó una mano a la nariz. Olía a jabón y desinfectante. Hoy había fregado los baños y las duchas durante varias horas. Ewald Hjertnes había recibido quejas sobre la limpieza y era ella quien tenía que hacer el trabajo, mientras que Julie y Shira se lo pasaban en grande vendiendo salchichas y helados en el quiosco.

Lilly notaba el frío del agua como un dolor en las piernas. Veía ante sí los ojos estrechos y grises de Ewald Hjertnes. Julie y Shira le contaron que, hacía muchos muchos años, habían matado a una chica joven justo aquí. Parece que habían encontrado su vestido entre la hojarasca.

El agua bailaba y resonaba en círculos contra las piedras marrones. Escuchaba a lo lejos el zumbido de la carretera principal. Camiones que reducían una marcha para subir la cuesta.

Su observatorio estaba a menos de cien metros. Aguzó la mirada. Desde allí la superficie del agua parecía casi negra. Pensó en lo ocurrido en el sótano. Tenía la sensación de que había pasado mucho tiempo, pero apenas habían transcurrido unas horas. Recreó todo en su mente: el vapor, el ruido de las lavadoras, el olor de la mujer. El desconcierto lo había activado todo de nuevo. Aquella foto estaba otra vez en su cabeza.

Y ahora era Lilly. Siempre llegaba sobre esa hora. Diez y media, once, cuando todos los demás se habían vestido y retirado a las tiendas o las caravanas. Entonces se desnudaba y nadaba junto al área de descanso que había a la entrada del camping. Lilly nunca se bañaba con las otras dos tontuelas,

nunca de día y nunca en la playa. Se escapaba hasta aquí, a este lugar solitario junto al camino. Se había recogido el pelo en un moño despeinado. Sus ojos decían: ven-a-cogerme-si-puedes-tonto. Al mirarla, todo en él se oscurecía de forma peligrosa. La sangre latía en su sexo. La furia y el odio. La pena y el llanto. Todo.

Su bañador tenía un corte recto, anticuado. Recordaba que su madre había tenido uno así en los años sesenta. Miró fijamente sus muslos. En la parte superior, junto a la goma del bañador, temblaban fofos.

–Desde luego que tienes comida suficiente, cerda gorda –susurró con los dientes apretados.

Ella echó a nadar alejándose de la orilla. Él vio que sacudía la cabeza un par de veces, miraba hacia los lados para comprobar si alguien la observaba. Parecía una gallina enjaulada. Pensó que éste era el mejor momento. A pesar de todo se sentía bien. Se daba fuerzas, planificaba, antes de que todo estallara.

Ladeó levemente la cabeza para oír mejor, pasándose la mano por la barbilla marcada por un lunar. Vio que atravesaba a nado una fina capa de semillas de flores que se mecían junto a la orilla. La miró fijamente. De repente, ella metió la cabeza bajo el agua y braceó enérgicamente unas cuantas veces, alejándose antes de volver a salir a la superficie, secarse los ojos, girar y mirar directamente hacia su escondrijo. Él se tiró al suelo de golpe, buscó esconderse tras un arbusto. Sintió frío y calor a la vez. El agua resonaba contra las piedras de la ribera.

El cadáver fue trasladado a una camilla e introducido en un coche fúnebre. Eran más de las diez y media. El rocío de la noche había humedecido la hierba. Ellen Grue se acercó a Cato Isaksen mientras se secaba las manos con una toallita antibacteriana.

–Te haré llegar un informe en algún momento antes de la media noche –afirmó mientras se quitaba el mono azul de un solo uso. Quitó el papel a una chocolatina y se la metió en la boca–. Te llamaré desde el Anatómico Forense –repitió arrugando el envoltorio transparente.

–Sí, vale. Voy a ver si puedo hablar con una anciana. Sé que es tarde, pero es importante. Veré si está despierta.

Ellen Grue le rozó apenas con la mano. Enrolló el mono y lo sostuvo contra su cuerpo.

–Me dicen que a los mayores los acuestan prontísimo. Y son las diez y media pasadas –esbozó una sonrisa–, hablamos –dijo quitando unos restos de chocolatina de la manga.

Cato Isaksen se quedó mirándola arrancar el coche civil y conducir despacio detrás del coche fúnebre que salía de la urbanización.

Cato Isaksen se volvió hacia un periodista pesado.

–Tranquilízate. No sabemos nada. La mujer probablemente se ha quitado la vida –mintió–, pero además ya es tan tarde que en ningún caso os entraría en la edición de mañana.

–¿Pero a qué se debe este despliegue de policías? –el periodista no tenía intención de retirarse.

–Pura rutina –Cato Isaksen esbozó una sonrisa y le dio la espalda. El periodista se quedó parado un momento antes de retirarse hacia el grupo de curiosos.

La residencia de ancianos estaba en el segundo piso, sobre el supermercado. La pintura de la escalera estaba descascarillada. Dos cochecitos de niño y un andador se alineaban sobre el suelo de piedra arenoso. Alguien había lanzado el viejo felpudo hacia el interior. Cato Isaksen entró en el ascensor y pulsó el botón con el gastado número dos y al lado el cartel de «Residencia de ancianos». No soportaba las instituciones.

Salió a lo que parecía un recibidor vacío. Del suelo de linóleo gris emanaba un olor nauseabundo a cera y desinfectante. Dos puertas llevaban al interior.

«Centro de día», decía una; «Internos», la otra. Abrió ésta y entró en un pasillo con ventanas que daban a un cuarto de estar vacío, a un lado, y puertas, al otro. El aire era pesado y olía a cerrado. Las paredes estaban pintadas de blanco.

Una auxiliar bajita de corto cabello rubio apareció por una puerta. Saltaban reflejos de la placa metálica que llevaba atornillada en la parte inferior para permitir el paso de sillas de ruedas. Le miró interrogante y preguntó si podía ayudarle en algo.

–Busco a uno de sus residentes. Sé que es tarde, pero es importante. No conozco su apellido, sólo sé que se llama Astrid –explicó Cato Isaksen con la mirada fija sobre una mancha gris en la pared blanca.

–¿Quieres decir Astrid Wismer de la habitación seis? –la mujer le miró interrogante antes de continuar–, está muy bien que reciba visitas, pero es tardísimo. Yo creo que probablemente ya esté durmiendo.

–Soy policía –Cato Isaksen le mostró su identificación–, lamentablemente debo hablar con esa mujer esta misma noche. Si está durmiendo, debo pedirte que la despiertes.

–¿De qué se trata? Ah, tiene algo que ver con... ¿Alguien se ha caído de un balcón, verdad? Hemos visto la ambulancia y los coches de policía allí fuera. Espera un poco que voy a ver.

Cato Isaksen se quedó esperando junto a la puerta abierta de un baño. Las paredes estaban pintadas de verde claro. En el borde del lavabo había una pastilla de jabón sucia. Los fluorescentes del techo estaban encendidos.

La auxiliar volvió. Sus zapatos sonaban contra el suelo.

–Está despierta. ¿Pero qué tiene Astrid Wismer que ver con esa caída?

–Una vecina de la fallecida nos ha contado que pasaba bastante tiempo con ella, con la que...

La auxiliar parecía asustada.

–Entonces es... la morena, ella...

–Creemos que se llama Britt Else Buberger y que tiene 57. Pero todavía no tenemos la identificación oficial, así que... pero una vecina ha dicho que a veces estaba con...

–Se ha quitado la vida, ¿verdad?

–No. Tenemos indicios de que la han empujado –Cato Isaksen miró serio a la auxiliar que cambió de expresión y pasó la mano con fuerza contra su bata blanca–. Ahí está la habitación número seis, ¿puedo pasar contigo?

Había dos camas blancas en la habitación. Cato Isaksen se resistió un poco antes de entrar del todo. Una de las mujeres dormía. Tan sólo asomaba una pequeña cabeza gris del gran edredón, y su respiración lo hacía crujir.

Sobre el edredón de la otra cama se encontraba la que debía de ser Astrid Wismer, llevaba un camisón blanco con el logo de la residencia estampado a lo largo del dobladillo.

La lámpara de la mesilla brillaba en un círculo amarillo sobre el edredón. Descansaba la cabeza sobre un gran almohadón. A su lado tenía una revista.

–Astrid, hay un policía que quiere hablar contigo –la mujer se incorporó a medias. Miró sorprendida a Cato Isaksen–, mejor siéntate en la silla, Astrid –dijo la enfermera, ayudando a la anciana a bajar de la cama las piernas de un blanco lechoso.

Cato Isaksen observó sus pantorrillas. Tenían líneas azul claro que parecían un tapiz. La anciana se reclinó pesadamente en el sillón.

Se acercó a ella, alargó la mano y notó el olor dulzón de la vejez en la habitación.

–Buenas noches, señora Wismer. Siento molestarla tan tarde, pero es completamente necesario. Soy de la policía. Levantó su identificación y miró rápidamente a su alrededor.

Junto a la cama Astrid Wismer tenía un aparador, una especie de anticuado tocador con un espejo ovalado. Estaba lleno de frascos de colonia, tubos y un montón de revistas. En la pared colgaban algunas fotos familiares. Un bebé rollizo con un lazo blanco de seda en el pelo y dos fotos de boda de los años cincuenta o sesenta. En otra foto reconoció a la que debía de ser Astrid Wismer, joven y morena, junto a los que serían sus padres y hermanos. Abajo del todo había una fila de tres cuadros bordados de rosetones con marco marrón.

La auxiliar se retiró un poco. De pronto, la mujer de la otra cama gimió bajito.

–Vaya, estoy tan despeinada... –sonrió Astrid Wismer echándose el cabello gris hacia atrás. Cato Isaksen se fijó en que era guapa, con ojos castaños y una dentadura bonita para ser tan mayor–. Esto es como estar en una jaula, suspiró –Cato Isaksen notó que tenía un marcado acento de la zona oeste de la ciudad, con una muy leve inflexión sobre la u–. Es verano, pero no vamos a ninguna parte. Es completamente horrible. En el fondo, es espantoso.

–Lo entiendo –sonrió el investigador. Su propia madre murió unos años antes en la residencia de Frogner. Sabía todo acerca de veranos claustrofóbicos–.

Lamento tener que preguntarte si conocías a una mujer llamada Britt Else Buberger.

Astrid Wismer parecía desconcertada.

—Sí, sí, pasamos mucho tiempo juntas, las dos. Vive justo aquí al lado, en el número 16.

—¿Era una visitadora voluntaria?

—¿Era? ¿Qué quieres decir? Viene todos los días.

—¿Venía todos los días?

De pronto, la mujer parecía asustada.

—Sí, pero hoy no ha venido. ¿Qué pasa?

La auxiliar de manos cortas tomó la palabra.

—¿Era amiga tuya, verdad Astrid?

—Sí, una buena amiga —dijo Astrid Wismer despacio—, muy buena.

Cato Isaksen la contempló.

—La mujer que creemos que es Britt Else Buberger estaba sentada en su terraza de la séptima planta con un cigarrillo y una copa de vino. De repente, cayó al vacío. O alguien pudo empujarla.

—¡No! —exclamó Astrid Wismer llevándose las delgadas manos a la boca—. No fumaba. No fumaba —repitió.

Cato Isaksen cambió el peso de su cuerpo a la otra pierna.

—Analizaremos las colillas de los cigarrillos para saber si era ella quien fumaba. Puede haber tenido visita.

—Sí, pero...

—No sabrás quién la visitó hace una semana...

—No —dijo Astrid Wismer con voz clara.

—Su vecina os vio a los tres en el banco que hay frente a la tienda.

—¿Qué tres? ¿Qué quieres decir?

—Britt Else Buberger, tú y un hombre. De pelo gris, dijo. ¿Es correcto?

—No —respondió Astrid Wismer cortante—, se sienta mucha gente en ese banco. ¿Está malherida?

Cato Isaksen la miró. Antes de que pudiera responder, ella continuó:

—Empezamos a hablar en ese banco frente a la tienda. Hace unos años. Ella es mucho más joven que yo, claro, pero nos hicimos amigas. Soy viuda, y sólo me quedan unas pocas amigas. En realidad, sólo una, así que se hace triste estar aquí sentada todo el día.

—¿Habló alguna vez de que tuviera miedo de alguien? —Cato Isaksen mantuvo su mirada—, ¿te ha contado algo de *alguien*? Es importante que tengamos esa información ahora, antes de que pase demasiado tiempo.

—¿Miedo de alguien? No, ¿qué quiere decir en realidad, señor policía?

La auxiliar se puso en cuclillas frente a la silla, cogió su mano y la apretó.

Levantó la vista hacia Cato Isaksen:

–¿No puede esperar con esto hasta mañana? Creo que está un poco cansada.

Se había dado la vuelta. Cato Isaksen cogió el vaso de agua vacío que había sobre la mesilla y se lo metió en el bolsillo.

–Lo entiendo, pero es que estamos hablando de un asesinato. Es importante que tengamos información...

–¿Asesinato? ¿Qué asesinato? ¿De qué habla usted?

La auxiliar se puso de pie, pero siguió sujetando en la suya la delgada mano de Astrid Wismer. Era como si le hubieran dado una descarga eléctrica. Sus manos se cerraron con fuerza. Su boca era una delgada línea. Respiró profundamente y miró hacia la cómoda. Se observó en el espejo ovalado. Luego empezó a reír histéricamente.

Ellen Grue dejó el coche en el parking del Rikshospitalet y salió del coche. Estaba cansada. Eran las 23:01. Se registró en la recepción y bajó por el luminoso pasillo. Reinaba la tranquilidad nocturna. Un paciente envuelto en un albornoz de felpa azul claro la seguía con la mirada desde su silla. En la claraboya del techo, el cielo del verano había oscurecido hasta un gris profundo.

Bajó en el ascensor hasta el Departamento de Medicina Legal y entró en el vestuario. Se desvistió deprisa, agarró un pantalón verde de algodón de una de las estanterías y se lo puso de un tirón. Sacó un par de zapatos flexibles del armario, se agachó y metió los pies.

Luego entró en la sala de autopsias. El olor dulzón de la muerte impregnaba las paredes. En el techo estaban encendidos los tubos de neón. El catedrático Wangen la esperaba. Era un cincuentón de aspecto deportista y pelo cano. Miró al jovial forense y sonrió.

–Caída desde un séptimo piso –informó. El rostro bronceado hacía que el pelo gris pareciera iluminado. Era el más simpático de los catedráticos de anatomía patológica.

–Eso lo había entendido. Enseguida traerán el cadáver –deslizó hacia ella una silla de acero con ruedas–, como estás embarazada, puedes estar sentada mientras trabajas.

–Gracias –Ellen Grue sonrió, cogió una bata amarilla de un gancho de la pared y se la puso.

–Tendrá importantes fracturas, y la muerte probablemente haya sido causada por lesiones craneales y grandes hemorragias internas. Creemos que se llama Britt Else Buberger. Tiene 57 años. Traeremos a alguien para identificarla lo antes posible, pero suponemos que es esa persona.

Se cubrió con un gorro de plástico el cabello y se puso unos guantes de goma en las manos. Las ventanas translúcidas que daban a la parte trasera del hospital dejaban entrar en la sala la luz grisácea de la noche.

–¿Te encuentras bien? –preguntó el profesor Wangen.

–Me voy a quedar con el niño después de todo. A pesar de lo que dije hace unas semanas. Ya sabes... dije que no lo tendría.

–Me he dado cuenta. Está muy bien. En esta ciudad también hacen falta seres vivos.

–Trabajaré hasta el *bitter end*, hasta el final. Cogió un par de esarpines de plástico de una estantería y se sentó sobre la silla de acero.

–¿Y cuándo es eso?

–A mediados de diciembre –informó mientras cubría sus zapatos con los esarpines de plástico.

–Ah, pero eso está muy bien. Así tendrás vacaciones de Navidad.

En ese momento entraron dos auxiliares con la fallecida sobre una camilla. Pasaron el cadáver a la mesa alta y cromada.

El catedrático Wangen se acercó a la mujer muerta y apartó el sudario. La mujer aún llevaba el chándal de chenilla y alrededor del cuello la joya con piedra verde. Las uñas de los pies pintadas de rojo brillaban frente a ellos. El rostro estaba manchado de sangre coagulada.

El catedrático Wangen la miró.

–Una mujer guapa. Tendremos que asegurarnos la ropa. Supongo que querrás investigarla.

–Sí, la empujaron. Por lo menos nos han dado un chivatazo de que la empujaron desde el séptimo. Lo que más me interesa inicialmente es ver si tiene otras lesiones que no sean de la caída. Hay unas marcas en sus brazos. Ha pasado algo en el lavadero, pero no necesariamente tiene que tener que ver con ella.

–Entiendo, entiendo. Me ha parecido oír que no ha caído sobre el asfalto.

–No, sobre la hierba.

–Por cierto, estamos a punto de recibir un nuevo instrumento para las autopsias. ¿Has oído hablar de él?

Ellen Grue asintió.

–He oído decir que es un escáner.

–Autopsia virtual. Es sencillamente fantástico. Se introduce el cuerpo en la máquina y pueden hacerse reconocimientos digitales. Cuando llegue, todo será más fácil. Veo que nuestra señora se ha teñido el pelo. ¿Qué mujer no lo hace hoy en día?

Ellen Grue sintió que su estómago rugía. Tenía hambre.

–Sólo voy a tomar unas fotos y le daremos la vuelta. Tendremos que continuar durante la noche, ver si ha sido maltratada de alguna manera. ¿Querrás llevarte el informe provisional de forma inmediata?

Asintió.

El profesor Wangen sonrió.

–Imprimiré un informe provisional de autopsia lo antes posible –hizo que uno de los ayudantes empezara a quitarle la chaqueta de chenilla.

–Alguien la ha sujetado con mucha fuerza por los antebrazos. Mira los moratones. Además tiene huellas de presión y derrames alrededor del cuello. No son recientes del todo.

–¿Quieres decir que no son de hoy?

–Sí, pueden serlo. La han lesionado antes de que cayera. Pudo ser ayer o el día anterior, u hoy mismo, temprano. No puedo establecer la hora concreta todavía, pero lo verificaré con más detenimiento. No es una mujer grande, no sería complicado para un hombre pasarla sobre la barandilla de un balcón. Tiene una serie de derrames justo sobre la cintura, como si la hubieran empujado contra un borde o algo así.

Ellen Grue le miró.

–Luego llamaré a Cato, a ver si alguien puede venir a identificarla.

–¿Isaksen está en forma, entonces?

–Está fenomenal, de buen humor y descansado tras las vacaciones –dijo con ironía–, le daré recuerdos tuyos.

–Hazlo –dijo el profesor Wangen levantando la vista un momento–. He oído que es de Roger Høibakk –hizo un gesto hacia su barriga–. Ese tipo de rumores corren como el fuego por la hierba seca.

Ellen Grue sintió que de pronto tenía frío.

Marian Dahle entró apresurada en el despacho de Cato Isaksen. Metió la camiseta azul por la cintura del vaquero y apartó unos cabellos de su mejilla.

–He venido en cuanto he podido. Tenía el móvil apagado. Molesta a los perros.

Cato Isaksen tenía el gesto adusto.

–¿Has ido hasta Fredrikstad?

–Sí, no podía saber que iba a pasar algo –sintió que tenía problemas para controlar sus emociones. De repente, las lágrimas desbordaron sus ojos. Era la manera en que le hablaba. Se dio la vuelta. Miró fijamente por la ventana. El anochecer tenía un color indiferente, como el agua.

–¿Un cursillo para perros policía? No me hagas reír, un bóxer...

Marian Dahle fingió un estornudo y se secó las lágrimas. Se volvió hacia él de nuevo y cambió su peso de una pierna a la otra.

–Por diversión, sólo quería probar... está claro que ella no va a ser un perro policía. ¿Estás tonto? Ningún bóxer es perro poli...

–Marian...

Le interrumpió irritada.

–Estoy informada del caso. He estado hablando por el móvil prácticamente todo el camino de vuelta –vio el reflejo de su cara en el cristal de la ventana. Estaba blanca como un huevo.

–Espero que tengas manos libres, en ese caso –dijo Cato secamente.

–Tengo –le miró–. Roger, Tony y Asle están interrogando a los vecinos de los tres bloques en Stovner. Randi acaba de empezar a tomar declaración a la testigo con un policía recién licenciado. Están en la sala de interrogatorios. Aquí tengo una nota con gente que está de viaje y que vive en el mismo portal que la fallecida. Randi me ha dado los nombres. Están sin localizar William Pettersen, Agnes y Roar Lunde, Ewald Hjertnes, y el matrimonio Sally Wahlstrøm y Alf Toregg y...

La interrumpió.

–Ya sé todo eso, Marian. Ahora lo más importante es localizar al portero. Puedes coger este vaso. Busca una bolsa de plástico para meterlo y dáselo a Ellen. Debe identificar las huellas dactilares de una anciana de la residencia de mayores, sólo para comprobarlas en el apartamento de Buberg.

Sonó su móvil. Contestó volviéndose hacia la ventana. Los árboles del exterior se teñían de gris en la oscuridad. Era Ellen Grue. La voz sonaba nítida en su oído.

–Estoy camino del Anatómico Forense. ¿Quién puede identificar a la fallecida? Es que tenemos que estar seguros de que es Britt Else Buberg. Alguien tiene que venir a identificarla mañana.

Cato Isaksen vio el reflejo de Marian Dahle en la ventana gris.

–Sí, lo arreglaremos. Oye, Ellen...

–Tiene que tener familia, ¿no?

Cato Isaksen recogió un papel que se había caído al suelo.

–Todavía no hemos podido averiguarlo –miró a Marian Dahle–. Ocúpate de ese vaso con huellas dactilares –le dijo haciendo una señal para que saliera de su despacho.

–Buscaré una bolsa –dijo contrariada y salió por la puerta.

Un suave olor a champú, gomina y jabón salía de las duchas. Las paredes de madera habían acumulado el calor del sol todo el día. La habitación era pequeña y cerrada y casi no quedaba oxígeno. La ausencia del sonido peligroso descansaba en el silencio. Caminaba arriba y abajo en la oscuridad. El oído, el ojo, la nariz y el pómulo en el respiradero, ¿serían imaginaciones suyas?

Lilly Rudeck se agachó y miró por el ojo de la cerradura. Llevaba puesto el gastado camisón. Había tres puertas en el pequeño distribuidor. Una daba a su habitación, otra a las duchas. Los aseos estaban en un edificio separado, más cerca del puesto de recepción. Pero y la tercera puerta..., ¿adónde llevaba?

Oyó un ruido, pero no podía ver a nadie en el respiradero del techo. ¿Se estaría alguien duchando en medio de la noche? Tenía que haber una habitación minúscula detrás de su cuarto. Tal vez pudiera abrir la cerradura de la tercera puerta. Descubrir quién se escondía allí, quién era él.

¿Sería Ewald Hjertnes o el hombre de la moto? ¿O el de la autocaravana? ¿O el de la barba, el que llevaba una cruz colgada del cuello y tocaba la guitarra a la entrada de su tienda?

La luz del exterior ya no dejaba ver cada hilo de la basta tela de las cortinas. En el árbol de enfrente los pájaros estaban callados. No se atrevía a dormir con la ventana abierta. No se atrevía a dormir de ninguna manera. Apartó las cortinas con un brusco tirón, abrió un poco la ventana, sintió el olor a tierra y hierba, dejó por un breve instante que el aire entrara por la rendija. Luego la cerró y se acurrucó en la cama. Oyó que alguien pasaba por delante y volvió a levantarse. Miró por una pequeña rendija de la cortina. Vio pasar al hombre de color que trabajaba en la gasolinera. ¿Qué hacía él aquí? Dio un trago al vaso de agua que estaba en la mesilla junto a un jarrón con flores marchitas. Tenía una grieta. Un hedor maloliente emanaba del agua con los tallos podridos.

Se tumbó boca abajo sobre el edredón, juntó sus manos y puso la cabeza entre los brazos. La angustia la atenazó otra vez. Ya no estaba a gusto en este trabajo. Las cosas habían cambiado. Los campos de fresas habían sido mucho mejor que esto, a pesar de todo, aunque tuviera que compartir la habitación con otras tres chicas.

¿Y si sólo fuera una sombra tras la rejilla o algo que estuviera allí? A lo mejor la rejilla se movía arriba y abajo con el aire, y era el sistema de ventilación el que hacía que pareciera una cara.

Se puso boca arriba y se metió rápidamente bajo el edredón. Oía su propia respiración, escuchaba. Se retorció en la cama, se enredó en las sábanas. Notaba

el escozor del sudor en sus axilas. Apretó la cara contra la almohada. Se durmió. Y soñó.

Junto a su cama había un hombre que se inclinaba hacia ella. Sabía quién era. Le había visto sin verle. La visión del hombre en la linde del bosque, cuando cerraba su chaqueta y se marchaba en dirección contraria, hizo que su corazón se parara un instante. El sueño era un prólogo. ¿Por qué se daba la vuelta cuando se encontraba con ella en el sendero? Levantó la vista hacia el cielo. Iba a llover. Pensó en la historia que Julie y Shira le habían contado, la de la chica joven a la que habían asesinado. Lilly Rudeck se oyó morir a sí misma.

Era de noche. Junto a la comisaría, el aire silbaba ligeramente en los árboles del parque. Había luz en las ventanas de la quinta planta. Roger Høibakk y Randi Johansen interrogaban a la testigo en la sala de interrogatorios. Cato Isaksen y Marian Dahle se apresuraban por el pasillo. Ella llevaba una caja de pizza en las manos.

Entraron en el despacho de Cato Isaksen.

–Parece ser que la fallecida no tiene ningún familiar –dijo Marian, apartó la tapa de cartón a un lado y puso la caja sobre el escritorio–, venga, come. A los otros les han llevado otra a la sala de interrogatorios. También he hablado con la policía de Suecia, y he hecho comprobaciones en el registro civil de allí.

Se sentaron cada uno a un lado del escritorio y se sirvieron un trozo de pizza. El queso colgaba en hilos entre las porciones y los hizo reír.

–Tiene que tener a alguien –Cato Isaksen cogió una servilleta, arrancó un trozo de papel grasiento que se había pegado por debajo y dio un mordisco.

–No todo el mundo tiene a alguien, Cato –Marian Dahle hizo una bola con la nota que tenía en la mano y se la metió en el bolsillo–. En realidad no tiene familia carnal, sólo un viejo padrastro o padre de acogida en Suecia. Nunca ha estado casada, no tiene hijos. Sus padres murieron. No hay hermanos.

Cato Isaksen tragó el último trozo y dejó el móvil sobre el escritorio.

–No arrugues la nota de los vecinos, anda. He visto que tenías apuntados sus nombres. Bubergh llevaba viviendo en Noruega más de treinta años.

Marian Dahle volvió a sacar el papel de su bolsillo y lo alisó.

–Yo tampoco tengo familia alguna, Cato. Por lo menos ninguna con la que quiera tener algo que ver –tragó y continuó–. Tenemos que encontrar amigos o conocidos que la puedan identificar. O el padrastro ese o lo que sea. Pero vive en Suecia y, en cualquier caso, es demasiado tarde para llamar a alguien ahora. Es de noche.

Cato Isaksen frunció el entrecejo.

–Sí, ya es muy tarde. Parece que la anciana de la residencia es la única que puede...

–Pobre –dijo Marian secándose las manos con la servilleta.

–Tendrá que identificarla mañana –concluyó Cato Isaksen y bostezó.

–¿Puedo coger el último trozo de pizza? –preguntó Marian mirándole.

Cato Isaksen empujó la caja plana hacia ella.

–Cógelo, venga.

Roger Høibakk y Randi Johansen entraron en el despacho.

–La toma de declaración de la testigo está hecha –dijo Randi dejándose caer sobre una silla–: tiene problemas para determinar la edad del hombre, porque llevaba gorra. Dice que iba vestido de oscuro y era bastante alto.

–Ninguno de los vecinos conocía bien a la fallecida –dijo Roger Høibakk y tiró un cuaderno de notas sobre la mesa–. He hablado con la mayoría. No tenían nada que añadir. Dicen que era educada y poco habladora. Y muy limpia –añadió.

–Y nadie ha visto a una persona desconocida en el portal a la hora de los hechos –continuó Cato Isaksen– ni tampoco en el exterior. Tan sólo la vecina de al lado, la madre de la niña pequeña cree haberla visto sentada en el banco que hay frente al supermercado con un hombre desconocido.

–He dejado un mensaje en el móvil del portero –dijo Marian Dahle– y he hablado con otros dos de la lista. Mañana llamaré a otro que lleva un camping por la zona de Son, pero parece que hace varias semanas que no viene por su casa.

Cato Isaksen la miró:

–Tenemos que localizar al portero enseguida. Es nuestra prioridad –apuntó algo en una pequeña libreta–. Necesito un café de la máquina. ¿Alguien más quiere uno?

Marian Dahle y Randi Johansen negaron con la cabeza. Cato Isaksen salió de la habitación. Marian Dahle suspiró.

–Yo me voy dentro de un momento, tengo que bajar al garaje con Birka.

Roger Høibakk sonrió.

–La perrita está en el garaje otra vez, ¿no?

–Pues sí, Birka está en el garaje otra vez porque Cato ha vuelto. Y entonces todo el mundo tiene que ponerse firme y decir que sí a todo.

Marian Dahle volvió a meterse en el bolsillo el papel con los nombres de los vecinos.

Roger Høibakk sonreía. Cato Isaksen volvió a entrar.

–Por cierto, la vecina de la puerta de al lado nos contó que Buberg se dejó las llaves dentro el sábado por la mañana. Que parecía alterada –pegó un trago al café y se dejó caer tras su escritorio–. Que tuvo que pedirle la llave al portero para poder abrir la puerta –miró a Roger Høibakk, que estaba junto a la ventana–. ¿Puedes comprobar ese asunto?

Asintió con la cabeza, se volvió hacia Marian Dahle y dijo:

–Sé buena y no me llames pelele.

–No soy buena –dijo Marian cansada.

–Astrid Wismer estuvo en casa de Buberg varias veces –continuó Cato Isaksen dándole otro trago al café.

–Y luego está todo el desorden del lavadero –continuó Randi mientras pasaba

el dedo por el borde de la mesa de reuniones—, habían empujado la mesa de formica hacia atrás y esparcido detergente por todo el suelo. Los investigadores de escenarios del crimen aún están trabajando allí. Se aseguran huellas tanto en el portal como en el lavadero y el apartamento. Puede haber huellas en las puertas de las lavadoras. También en una fregona que estaba tirada allí abajo. Había dos alfombrillas recién lavadas, cada una en una máquina. Las hemos fotografiado. Casi parece que la única persona que la conocía era esa anciana. Tú has hablado con ella, Cato. ¿Podrías enseñarle mañana la foto de las alfombrillas?

—Sí, mañana volveré a la residencia de ancianos.

—Tengo que irme a casa —dijo Randi—, nos vemos mañana.

Se puso de pie.

—Vale —dijo Marian Dahle—, sólo una cosa antes de que Randi y yo nos marchemos —miró alternativamente a Roger Høibakk y a Cato Isaksen—. El despacho de Ingeborg Myklebust.

—¿Qué pasa con él? Es para Cato.

—Así es —dijo Cato Isaksen.

—¿Qué vas a hacer con todo ese espacio para ti solo? Somos un equipo, Cato. Y resulta que Randi y yo queremos compartir ese despacho. Sigo pensando que sería... —miró a Randi en busca de apoyo y ésta dijo:

—Es que estaría muy bien que estuviéramos juntas, Cato, porque...

—De verdad que no veo ninguna necesidad de cambio. Estáis bien como estáis. Un poco estrechas, pero bien.

Marian Dahle apartó un poco la silla de la mesa, se inclinó y cogió una manzana del frutero.

—Bien, pues entonces te contaremos por qué, Cato. Randi y yo hemos pensado crear una especie de base de datos. Ya sabes de lo que se trata, hemos comentado muchas veces que los casos con frecuencia están relacionados. Es muy incómodo que la documentación esté abajo, en el archivo central. Y además podemos tener allí a Birka, así no te molestará.

Cato Isaksen la miraba con la boca abierta.

—Espero que no creas que puedes cambiar el sistema. Es la Dirección General la que ha decidido que los documentos se archiven y conserven en el Archivo Central.

—No tenemos intención de hacer nada ilegal. Pero, con frecuencia, sencillamente no tenemos tiempo de comprobar las cosas con el detalle suficiente... No es la primera vez que hablamos de eso. A Randi y a mí nos gusta intercambiar experiencias, trabajamos bien juntas.

Cato se obligó a sostenerle la mirada.

—Perdóname Marian, pero esto es un completo disparate. ¿Pretendes decir

que Randi y tú vais a montar vuestro propio archivo central en miniatura en la oficina en esquina de Myklebust, con un perro en una jaula?

Roger Høibakk rompió a reír espontáneamente.

Randi Johansen esbozó una sonrisa.

–Llevamos tiempo hablando de esto, Cato. Se trata más bien de hacer una versión resumida de los casos, una especie de base de datos.

–Esto no es un club de aficionados. Tenemos bases de sobra.

–No, eso es precisamente lo que no tenemos, Cato –dijo Marian Dahle pegándole un enérgico mordisco a la manzana–. No hace falta que hagas un drama de esto, fingir que somos unas maris que quieren montar un club de costura, o algo así.

Cato Isaksen levantó la voz.

–Pero si almacenamos información por todas partes, y la volvemos a sacar cuando surgen nuevos casos.

Roger Høibakk no había dicho nada desde que se echó a reír. Ahora comentó:

–¿No podemos solucionar esto mañana?

Randi Johansen fijó la mirada en el suelo, luego fue hacia la puerta y salió de la habitación.

Marian Dahle tenía una expresión adusta. Miró irritada a Roger Høibakk.

–Dame un abrazo, Marian. No estés tan enfadada. Abrió los brazos y Marian Dahle fue hacia él.

–Vale, querido Roger, pero nada de besos –dijo, sonriendo con frialdad–. Y cuento con que nos apoyes, con que seamos nosotros tres contra Cato.

–Nada de besos –dijo Roger Høibakk–. Y no os apoyo, Marian –miró un momento hacia Cato Isaksen–. No puedo, de ninguna manera, traicionar a mi jefe.

Los rayos de sol calentaban los toldos naranja de las tiendas de campaña. El olor de la cera llegaba hasta la caseta de la recepción. Ewald Hjertnes se acercó a la tienda de los jóvenes que habían llegado la noche anterior para recolocar uno de los vientos. No quería que nadie pudiera tropezarse en él, camino de la playa. Llevaba levantado desde las siete. Ahora eran las nueve. Sentía una oscura intranquilidad. A primera hora había llamado la policía. Era una inspectora que le contó lo que le había ocurrido a Britt Else Buberger la noche anterior. Contestó que era terrible mientras sentía que su cerebro hervía. La presión sobre su frente se hizo insoportable, le provocó un dolor tan agudo que anduvo tambaleándose hasta llegar a sentarse en una de las sillas plegables. La música de un programa matinal de radio salía por la puerta de una autocaravana. Dio la espalda a la tienda de campaña y levantó la cara hacia el sol. La mujer policía quería saber dónde había estado la noche anterior, y cosas así. Contestó que no tenía nada que ver con Britt Else Buberger, que llevaba en Rødvassá varias semanas. Le dijo que había pasado por casa apenas un momento hacía una semana. Y era cierto, porque había ido a buscar algo de ropa de abrigo. Notó que la policía le creía.

Cuando pensaba en la mujer que había caído del séptimo piso sentía una intranquilidad cercana al pánico. La veía ante él, visualizaba cómo debía de haberse visto la caída desde abajo. Despacio, con el cabello rizado despeinado por la fuerza del aire, con el sol como un telón de fondo reflejado en el bloque colindante.

Le costaba ordenar sus pensamientos. Se torturaba con imágenes del hombre que se había encontrado en el ascensor. Uno más uno no eran dos. Azul y amarillo no producían verde. Blanco y negro no daban gris. Daban sangre.

La semana anterior había hecho un breve viaje a casa para recoger un pantalón, una chaqueta gruesa y algo más de ropa de abrigo. Porque agosto se acercaba, los anocheceres empezaban a ser oscuros y fríos. También se llevó la tumbona a rayas de la terraza y otras cosillas, que metió en una nevera portátil de color turquesa con la tela rajada. En el piso olía a cerrado y polvo recalentado de las pesadas cortinas. Había quitado las moscas muertas del alféizar y se le había pasado por la cabeza ventilar. Pero no tenía sentido. Iba a estar en Rødvassá casi tres semanas más. La tumbona era difícil de manejar. Cuando llegó el ascensor, metió todo lo mejor que pudo. Había un hombre dentro. Se volvió hacia él a cámara lenta. Ewald le miró fijamente. La tecla del número siete estaba iluminada. Le observó y el hombre le devolvió la mirada.

Ewald reconoció sus rasgos y pensó, de pronto, en una película que había visto sobre el carnaval de Venecia, personas cubiertas por capas y máscaras sobre el arco de un puente. El ritmo de su corazón cambió. Se agachó y estuvo toqueteando la tumbona. Dio un paso atrás. Cuando sus miradas se encontraron, las expresiones de sus rostros jugaron un papel indefinible. La tranquilidad que había acumulado en todos estos años reposó por un momento en la agresiva luz de neón, antes de que se transformara en manchas pardas que bailaban ante sus ojos. La superficie del espejo estaba rebajada con pintura rosa. Apartó la vista del hombre, hasta un extremo en el que el color desaparecía. Como si esta escena ocurriera en otro lugar. La fantasía de quién era quién cambiaba repentinamente de sitio. Despacio, como una película visionada hacia atrás.

Observó su cabello, las manos, los ojos gris acero, el cuello, el torso con la camisa azul. Cuando el ascensor se detuvo en el séptimo, golpeó su hombro contra el marco de la puerta para dejar paso al hombre que salía. El dolor era casi placentero, trasladaba su atención a otra cosa. El hombre se abrió paso a su lado al salir. La puerta del ascensor se cerró. El ascensor subió a un piso superior antes de bajar. Su sonido metálico se atornilló a su conciencia mientras descendía.

La comisaria Ingeborg Myklebust mostraba en la frente una arruga causada por la preocupación. Vestía un pantalón gris y una camisola blanca con topos grises.

—Así que la causa por la que no creéis que sea una casualidad que esta mujer fuera empujada desde un séptimo piso es que la puerta de la terraza estaba cerrada por dentro y que había una cazuela con agua hirviendo en el fuego. Y que no hay señales de violencia en la puerta de la entrada.

Cato Isaksen entró apresurado.

—¿Habéis empezado?

El sol ya había calentado la sala de reuniones, aunque apenas pasaba de las nueve y media. La bóxer Birka jadeaba tumbada bajo la mesa. Los demás la tapaban lo mejor que podían con las piernas. Evitó mirar a Marian Dahle. Cogió dos de los periódicos que había repartidos sobre la mesa ovalada. Tanto *VG* como *Dagbladet* tenían el caso de la caída en su portada. «Probablemente la empujaron» era el titular de *VG*, con una foto grande de la testigo en portada. «Cayó desde el séptimo piso» era el texto de *Dagbladet*, con una foto granulada del bloque de pisos abriendo su edición.

—Así que, a pesar de todo, llegaron a tiempo de publicarlo hoy. ¿Habéis localizado al portero?

—No, tiene el móvil apagado —dijo Marian Dahle estirando las piernas mientras rascaba la espalda de Birka.

—Es raro que no conteste, debería estar localizable. Pero he hablado con el hombre del segundo. No tenía nada que añadir. Lleva un camping en alguna parte.

Randi Johansen se levantó para abrir la ventana, esbozando una sonrisa a Cato Isaksen.

—La verdad es que ya estoy harta del verano. Por mí ya podría empezar a hacer frío —el aire, mezclado con el humo de los coches, entró a ráfagas en la habitación—. He hablado con el conductor que llevaba el autobús esa noche. Cree recordar que subieron dos pasajeros en la parada de Stovner. Un hombre de cabello gris y otro que llevaba puesta una gorra y llevaba una bolsa de deportes.

—Venga, siéntate —Ingeborg Myklebust señaló la silla que había junto a Tony Hansen. Cato Isaksen sacó la silla y se sentó.

—La zona fue registrada con perros hasta bien entrada la noche de ayer, pero el rastro se pierde en el sótano —dijo Randi Johansen.

Ingeborg Myklebust desabrochó el primer botón de su blusa.

–¿En el sótano?

–Sí. Hay que atravesar el sótano y salir por una puerta trasera. Parece que nuestro chico malo la utilizó. Tenía que disponer de llave. Hace falta la llave para entrar en el sótano.

La comisaria Ingeborg Myklebust miró a Marian Dahle.

–Marian, a ti que se te da tan bien la gente mayor... Hay que reconocer que llevaste el caso de la anciana de Høvik con brillantez. Y dado que esta Astrid Wismer es la única que puede identificar a Buberger... ¿Podrías ir con Cato a buscarla? Luego habrá que llevarla al Anatómico Forense para que la vean.

Cato Isaksen miró malhumorado a la jefa de sección.

–Eso lo puedo hacer solo sin ningún problema. Por cierto, Ellen está allí ahora.

Roger Høibakk le interrumpió.

–Lo más probable es que el asesino sea alguien conocido, alguien que estaba de visita –tamborileó los dedos sobre la mesa–. Pueden haberse enfadado, puede haber pasado algo.

–Las colillas del suelo del balcón –dijo Randi Johansen–, la puerta de la terraza que estaba cerrada...

–Dentro de unos días tendremos los resultados de los análisis de ADN –confirmó Roger Høibakk–, en la copa de vino sólo estaban las huellas de Buberger. He hablado con Ellen. Y el picaporte estaba limpio.

–He contactado con el registro civil de Suecia otra vez, para asegurarme –Marian Dahle se agachó rápidamente y empujó a Birka bajo la mesa–, Buberger no tiene ningún pariente con vida. Sólo el padrastro jubilado. Llegó a Noruega hace más de treinta años. Antes de eso vivía en algún tipo de institución pública cerca de Kristinehamn.

–¿Institución pública? –Cato Isaksen se inclinó sobre la mesa.

–Sí, un hospital, Västerbörge.

–¿Qué clase de hospital? ¿Un psiquiátrico o qué?

–No, un hospital corriente.

–¿Has verificado por qué estaba allí?

–El hospital me envió unas pocas líneas por correo electrónico. Algo de unos valores hematológicos alterados y cosas así. Llamé a Ellen. Estaba con Wangen. Dijo que podía tratarse de una infección. Que podía ser grave, y también no tener ninguna importancia.

–Entonces se curó, ¿no?

–Por cierto, Marian, encontré el nombre de un médico de ese hospital –comentó Randi.

–Bien. ¿Le has localizado? –Marian Dahle pasó la mano por la superficie de la

mesa y a la vez recibió un sms–, un segundo, voy a contestar a este mensaje –dijo levantándose–, tiene algo que ver con el curso de adiestramiento de perros en Fredrikstad.

–He intentado localizarle –continuó Randi y miró a Cato Isaksen– ahora es viejo, claro, y ya no trabaja allí. Contestó a mi primera llamada, pero negó haber tenido nada que ver con el caso. Dijo que en Suecia hay cientos de personas que se llaman Oluf Carlsson.

Marian volvió a sentarse.

–He llamado a toda clase de organismos oficiales –continuó–. No colaboran mucho. La policía de Kristinehamn dijo que sería más fácil si fuéramos por allí.

Cato Isaksen suspiró profundamente.

–Ir por allí, ¿para qué serviría eso? Tienen que poder mandarnos información por correo electrónico, o zanjar el asunto por teléfono.

–No tienen capacidad. Y ahora menos, están invadidos por turistas nacionales y extranjeros. A ellos también les falta personal. Y es documentación que no tienen a mano. Algún policía pederro de por allí tendría que reunir información de distintas instancias. Recopilar informes de aquí y allá, escanearlos y enviarlos –Marian suspiró–. Es precisamente lo que había pensado que hiciéramos Randi y yo si tuviéramos una oficina más grande. Entonces podríamos...

–Entonces podrías ¿qué? –dijo Cato Isaksen echando una rápida mirada a Ingeborg Myklebust. Ella le sonrió con prudencia.

–Archivar...

–¿Archivar? ¿Para qué? Este asunto no tiene nada que ver con otros anteriores. Olvídate ya del despacho de la esquina, de una vez por todas –Cato Isaksen echó un vistazo al reloj y se puso de pie–. Voy a buscar a Astrid Wismer. Está informada y ha aceptado reconocer a la fallecida. Los demás podéis continuar con la reunión y planificar cómo vamos a repartir las tareas de ahora en adelante. Luego nos vemos.

Ingeborg Myklebust reunió sus papeles y se levantó.

–No te olvides de Marian, ¿vale? Yo tengo una reunión con el jefe de la Policía Criminal Martin Egge. El ministerio está trabajando en un nuevo plan de acción y quieren nuestra opinión. Así que nos vemos luego. Cato, tú me informas de los progresos que se hagan. Hasta luego –hizo un gesto con la mano, se dio la vuelta y salió por la puerta. Cato Isaksen la siguió con la mirada a través del tabique de cristal mientras desaparecía pasillo abajo.

–Vale, pues será mejor que vayamos a la residencia de ancianos –se levantó de golpe y miró irritado a Marian Dahle–. Que todos sigan con lo suyo. Marian, nos vemos en el aparcamiento dentro de cinco minutos. Y sé que ese animal está sentado debajo de la mesa –los otros sonrieron. Cato Isaksen tenía la boca seca.

El día anterior había comido demasiada pizza y había dormido mal—. Por supuesto que el animal no puede venir al Anatómico Forense. Te espero en el coche.

Ewald Hjertnes comprobó el termómetro. La gente se estaba levantando. Algunos iban hacia las duchas, otros trajinaban con el café y el desayuno. Dos gaviotas grandes levantaron el vuelo desde la caseta de la recepción chillando alteradas. Su sonido partió el cielo en dos. Tenía jaqueca. Pero cuanto más cálido y seco fuera el clima más huéspedes llegarían al camping. No era fácil hacerlo rentable. Pero no le gustaba hablar de dinero, con nadie.

Había salido con el café, revolvía la gravilla con la puntera del zapato. Alguien había pasado acelerando su coche. Saludó sonriente a una pareja.

–Un tiempo maravilloso –dijo con una inclinación de cabeza, forzando una sonrisa–. El olor a goma recalentada de las lonas irritaba su nariz.

Tenía que contarle a William lo de la vecina muerta. Seguro que la policía se pondría en contacto con él. Seguramente ya habría hablado con ellos. Si es que había encendido el móvil. Solía dormir hasta tarde, puesto que nunca cogía vacaciones seguidas. Él y William habían compartido secretos solitarios e insignificantes desde la adolescencia. Eran como hermanos. Habían ido a la misma clase en Moss. Podían estar callados mucho rato, cada uno con su taza de café. O tomarse el pelo con cariñosa ironía: «Joder», podría decir Ewald, «te has quedado más pelado que una bola de billar». «¿Y tú qué?», podría contestar William, «tú que eras tan moreno y tan guapo, ¿de qué color tienes ahora la manguera?, ¿eh?».

¿Dónde se metía Lilly? Tenía que limpiar la recepción. Ewald Hjertnes caminaba arriba y abajo frente a la caseta y tosía tapándose la boca con la mano.

Le gustaba ver cómo se movía. Era rápida y eficiente, no boba y distraída como las otras dos chicas que había contratado. La chica polaca hacía todo lo que le pedían. Y lo hacía a conciencia.

Le recordaba a su madre. Esbozó una sonrisa al pensar en ese parecido. Por supuesto que él era, con mucho, demasiado mayor para ella, 57 años. No era gran cosa lo que podía ofrecerle. Aparte de un nivel de vida mejor. Pero seguramente eso no era suficiente.

La mujer policía le había dicho que estaban seguros de que alguien había empujado a Britt Else Bubergh. Un hombre. Nunca le había gustado. Nunca le decía nada. Saludaba brevemente con la cabeza y seguía su camino. A lo suyo, como si él no existiera. Tenía una personalidad tranquila. Tal vez arrogante, distante. No conseguía visualizarla del todo. Como si ya se hubiera borrado de su recuerdo. Como si nunca hubiera existido.

Los gritos iracundos de un bebé sonaron repentinamente tras él. El sonido le

atravesó como una cuchilla. Luego volvió el silencio. Dejaba la radio puesta en la mesa de fuera todo el día y oía el pronóstico del tiempo a corto y largo plazo una y otra vez. Si llovía o estaba nublado, la metía en la caseta.

Tenía un pequeño cuarto en la trastienda de la caseta de la recepción, detrás del almacén de la tienda. No era gran cosa, sólo un camastro y una banqueta con un despertador. Por la noche oía a los ratones hurgar en el interior de las paredes.

De pronto, William Pettersen subía por el sendero en pantalón corto y sandalias. Ewald Hjertnes le miró sintiendo un desagradable dolor en la boca del estómago.

–Hay una marca en mi caravana. Han sido esos malditos críos, seguro. ¿Ha llegado tu hermano? Iba a traerme unas botas nuevas para la moto.

–La señora Buberg esa está muerta –dijo Ewald Hjertnes bajito–. Mi hermano llegó anoche.

–¿Quién dices? –William Pettersen le miraba fijamente–. ¿Muerta? ¿Cómo?

–Buberg, la morena esa del séptimo.

–¿Qué le ha pasado?

–Se cayó del balcón...

–¡Santo Dios! No lo hubiera pensado de ella.

William Pettersen le dio la espalda. Ewald Hjertnes percibió su olor. No era desagradable, pero sí intenso. Vio el pliegue que se formaba al final de su columna vertebral, que se perdía en su pantalón, el canal oscuro que separaba su trasero. Su espalda estaba llena de músculos y tendones.

–La policía ha intentado localizarte –dijo mirando un ratón que se deslizaba junto a la pared de la caseta. Desapareció en medio de las malas hierbas que asomaban entre la gravilla del camino.

Marian Dahle miraba fijamente a través del parabrisas del coche. Cato Isaksen paró para dejar pasar a unos niños que cruzaban la calle corriendo. Puso en marcha las escobillas y el agua para quitar el polvo que cubría el cristal.

—Por cierto, ya está decidido que yo me quedo con el despacho de la esquina —dijo girando a la derecha en el semáforo—. Roger hereda el mío y los demás os quedáis donde estáis.

Marian Dahle estaba callada como una tumba. Se cruzó de brazos, giró la cabeza y miró fijamente por la ventanilla.

Cato Isaksen sintió cómo la ira subía desde su estómago y hormigueaba por su pecho. Era su *manera* de hacer las cosas.

En el coche reinaba un silencio incómodo. Probablemente a *él* le molestaba más que a ella, pensó Marian. Sólo cuando estuvieron en el ascensor de la residencia de ancianos Cato Isaksen dijo:

—Es muy duro que Astrid Wismer la tenga que identificar.

Marian seguía sin contestar, se limitaba a mirar el reflejo de su cara en el acero de la cabina. La luz chillona le daba un tono verdoso. Parecía enferma. No quería entrar en ese sitio horrible. Sabía quién vivía allí. El ascensor subió dos plantas y se detuvo. Las puertas se abrieron y salieron. Una enfermera pasó a toda velocidad haciendo chirriar sus suelas de goma. Cato Isaksen abrió la puerta que daba a la sección de enfermería. Marian pasó delante de él. El aire olía a calefacción y a cerrado. La peste a lejía irritaba la nariz. Cato Isaksen hizo una pequeña señal con la cabeza.

—Hay ventanas que dan al cuarto de estar. Astrid Wismer está sentada allí, en el sofá marrón.

En la habitación había cinco señoras mayores y dos hombres. Todos ellos eran casi idénticos.

—Vale —dijo ella—. Yo espero aquí. Búscala tú.

—Tiene un aspecto bastante ajado, la pobre —dijo Cato Isaksen, dándose cuenta de que Marian Dahle de pronto observaba algo intensamente y se daba la vuelta al tiempo que sacaba una caja de caramelos del bolsillo. La miró—. ¿Qué pasa ahora, Marian?

Ella no contestó.

—Estaría bien que hablaras con el personal, averigua si saben algo de Buberger, y cosas así. Mientras tanto yo buscaré a Astrid Wismer.

—No soporto estas residencias de ancianos —se metió un caramelo en la boca—. Buberger cobraba una pensión de invalidez de Suecia —dijo acelerada—, tengo la

sensación de que quiso huir de algo. La calle Söder, número 12, en Kristinehamn. Ésa fue su última dirección, antes de llegar a Noruega en el 73.

—¿Por qué sales con eso ahora?

—Lo digo cuando me da la gana. ¿No puedes limitarte a buscar a Astrid Wismer? Yo salgo y te espero fuera mientras tanto.

—No puedes estar todo el rato enfadada por lo del despacho, Marian.

—No es eso. Es que no soporto estos geriátricos. Aire de enfermedad, de institución. No es para mí.

—Has trabajado en homicidios dos meses y medio. Somos Ingeborg y yo los que decidimos qué tipo de trabajos tienes que hacer.

—He trabajado allí tres meses. Estoy aquí porque Myklebust me lo pidió. Obedezco órdenes. Esperaré abajo —dijo, giró sobre sus talones y bajó por el pasillo con pasos decididos y varoniles. El pelo negro azabache estaba recogido en una delgada coleta.

Cato Isaksen la siguió con la mirada un par de segundos. Finalmente desapareció por la puerta. Salió tras ella rápidamente.

—Marian, ¡escúchame!

Ella se detuvo. Él observó su ancha espalda. Entonces se giró hacia él y dijo:

—Me he criado aquí.

—¿Aquí?

—Sí. En ese portal de allí —indicó con la cabeza una puerta de cristal con un acceso de rejilla en la entrada. Un trozo de papel y dos vasos de plástico rodaban movidos por el viento sobre el asfalto.

—Mira a través de los barrotes de la barandilla de ahí afuera. Cuenta seis ventanas hacia arriba y dos hacia la derecha. Ahí vivía yo.

—*So what?* No puedes seguir así, Marian. Es enfermizo y egoísta.

—No soy egoísta —dijo con firmeza y continuó—, soy honesta. Robar y mentir es ser deshonesto. Evitar poner límites y avisar es deshonesto. Me provocas. Vas detrás de mí todo el tiempo. Sólo pido no tener que estar aquí arriba —intentó con todas sus fuerzas detener un pequeño temblor de su boca—. Esperaré abajo.

Cato Isaksen la observó con cansancio.

—Retrasas la investigación. Simplemente hay demasiadas complicaciones contigo. Voy a informar a la jefa de sección de esto.

—Vale. Parece que hay que dártelo masticado —abrió la puerta de golpe y volvió al pasillo—, ¿acaso has olvidado lo que te conté de mi madre?

La siguió de prisa.

—Tu madre, ¿qué coño tiene que ver con esto?

—Está sentada ahí, demonios, en la silla de ruedas, junto a la mesa de salón.

Cato Isaksen vio por la ventana a una mujer delgada que estaba inclinada hacia adelante en su silla de ruedas.

–¿Esa de ahí?

–Ésa, sí.

Marian le había hablado de su infancia, justo antes de las vacaciones, cuando estaban en plena investigación del asesinato de Høvik. Sus confidencias le habían desconcertado. Se volvió hacia ella de nuevo.

–¿Cuánto hace que no la ves?

Marian Dahle sostuvo su mirada. Los recuerdos la atravesaban como alfileres en una tela.

–Dieciséis años –dijo, dirigiendo la mirada por encima de él hacia el pasillo revestido de linóleo marrón y tubos fluorescentes.

Cato Isaksen nunca antes había visto tanta furia en estado puro en unos ojos, innegociable. En lugar de apartarse se inclinó hacia adelante y puso una mano sobre su brazo.

–No, Cato –se liberó de su mano y fue otra vez decidida hacia la puerta. Sin darse la vuelta dijo–: tú busca a Wismer.

Cato Isaksen se dirigía hacia Astrid Wismer con paso decidido, pero repentinamente cambió de dirección.

La mujer, hundida en la silla de ruedas, no reaccionó hasta que Cato Isaksen puso la mano sobre su hombro. Estaba esquelética y vestida con un traje de nylon con estampado de cuadros grandes.

–Hola, señora Dahle. Sólo quería saludar. ¿Cómo está?

–Bueno –suspiró brevemente. Tomó aire y levantó la mirada. Cato Isaksen se puso en cuclillas frente a ella. La mujer no le miró, sino que observó fijamente algún punto por encima de su hombro. Se dio la vuelta. Marian se había marchado. ¿La habría visto su madre antes?

Marian le había contado que tenía 3 años cuando la adoptaron en Corea. Oía con claridad su voz, exactamente como se lo había contado en aquella ocasión, antes del verano: *Todos creen que los niños que son adoptados van a hogares seguros. No fue mi caso. Mi madre tenía casi 40 años cuando llegué, mi padre 42. Eran una pareja lamentable. Llegué a un bloque de Stovner, fui entregada a una madre mentalmente enferma. Mi padre lo sabía, pero pensó que un niño ayudaría.*

La mujer de la silla de ruedas se quedó completamente muda. Tenía los ojos mortecinos y una mirada aguada. Como si tuviera una película sobre los ojos. Tomó sus manos entre las suyas. Le dejó hacerlo. Seguía mirando por encima de su hombro.

La voz de Marian siguió sonando en su cabeza: *Olía a locura en su casa. Tal vez los locos tengan un olor propio, de la misma manera que algunos perros*

pueden detectar con su olfato a las personas que tienen cáncer, yo puedo oler la esquizofrenia.

–¿Quién eres? –dijo repentinamente con antipatía.

–Me llamo Cato Isaksen, trabajo con su hija.

–No me conoce –dijo, adoptando de pronto un gesto de superioridad.

–No.

–¿Entonces por qué me habla?

–Buena pregunta. Supongo que no está acostumbrada a recibir visitas –se incorporó–. ¿Tal vez prefiere no tener visitas?

–No las quiero.

Una enfermera con pecas tanto en la cara como en los brazos venía hacia él.

–Que tenga un buen día –dijo Cato Isaksen a la mujer de la silla de ruedas y se volvió hacia la enfermera para decirle que había venido a buscar a Astrid Wismer.

–¿Conoces a la señora Dahle? –preguntó la enfermera pelirroja con acento de Stavanger.

–No.

–Astrid está lista. Pero es terrible...

–Lo lamento –dijo Cato Isaksen–, no hay nadie más que la pueda identificar. Puedes venir con ella si quieres.

–Estamos faltos de personal –dijo la enfermera.

Astrid Wismer llevaba un vestido negro y unos pendientes en forma de bola de cristal verde. Tenía mal aspecto, con el pelo sin arreglar y la cara desencajada.

–Hola otra vez –saludó Cato Isaksen.

–No tiene ningún sentido hablar con la señora Dahle –dijo secamente Astrid Wismer–, no conocía a Britt Else –pasó la mano por el mantel blanco que cubría la mesa que tenía delante.

–Lo sé –dijo Cato Isaksen–, es la madre adoptiva de una colega mía. Lamento tener que pedirte una cosa más –sacó del bolsillo las fotos de las alfombrillas y se puso en cuclillas frente a ella–. ¿Sabes si estas alfombrillas son de Britt Else Buberg? –le dio la foto.

–Sí –dijo–. Tenía unas así en el suelo. Una en la cocina y la otra en... ¿Pero qué tiene esto que ver con el caso?

–Puede que nada –dijo Cato Isaksen volviendo a coger la foto. Se incorporó–. Parece que limpiaba mucho.

–Todas las personas son distintas. Algunas comen hasta ponerse gordas y voluminosas, a otras les da por leer... o por limpiar. Ella limpiaba. Siento mi exabrupto de ayer. A veces, cuando me asusto, río.

Astrid Wismer se apoyó en el sofá para darse impulso. Cato Isaksen le ofreció

su mano y la ayudó a incorporarse.

–La gente reacciona de formas diversas ante las noticias traumáticas.

–Necesito mi abrigo, aunque haga calor. No puedo salir sin abrigo.

–¿Cuánto hace que conoces a Britt Else Buberg? ¿El abrigo está en tu habitación?

–Me lo dan ahora –señaló a la enfermera pelirroja que lo traía–, muchas gracias. Me dieron una pastilla para dormir a las cuatro de la mañana.

–¿Desde cuándo la conoces? –repitió Cato Isaksen, le ofreció su brazo y empezaron a caminar lentamente por el pasillo.

–Pues no me acuerdo muy bien. Unos cuantos años.

–Pero Buberg era sueca.

La anciana le restó importancia.

–Vivió aquí la mayor parte de su vida. Para mí era noruega.

–¿Te contó algo de Suecia?

–No.

–¿Por qué se trasladó a Noruega?

–Tal vez porque aquí era mucho más fácil encontrar trabajo.

–¿Qué clase de trabajo? ¿Tenía un trabajo?

–¿Sabes qué? Que no lo sé. Creo que sí, pero en todo caso sería antes de que yo la conociera. Tenía una pensión de invalidez.

–¿Sabes por qué?

–Hoy en día hay tanta gente que tiene una pensión de invalidez –la anciana parecía repentinamente contrariada.

Cato Isaksen apretó el botón del ascensor.

–¿Qué piensas de lo que ha pasado?

–¿Qué quieres que piense? En todo caso ya es demasiado tarde. Ella está muerta.

Entraron en la dura luz del ascensor. Astrid Wismer le miró.

–Para mí no es un problema ir a identificarla. En realidad lo hago gustosamente.

Cato Isaksen tuvo un escalofrío. La mirada de la anciana era glacial.

–El portero ha llamado –dijo Roger Høibakk por el móvil. Cato Isaksen adelantó a un coche que estaba aparcado con dos ruedas sobre la acera–. William Pettersen viene hacia aquí desde un camping en alguna parte –continuó Roger Høibakk.

–Ah, bien, Marian y yo llegaremos enseguida, ya estamos pasando la cárcel. La identificación fue bien. Wismer confirmó que es Buberg. ¿No había también algo de otro camping?

–Es el mismo camping. Nos llamó el portero, le había avisado un vecino del mismo portal, un tal Ewald Hjertnes. Marian habló con él esta mañana. Pettersen tiene su caravana aparcada en el camping que lleva Hjertnes, muy cerca de Son.

–Vaya –Cato Isaksen miró de reojo a Marian Dahle–, hemos localizado al portero –ella asintió con la cabeza–. Nos fue bien en el Anatómico Forense –repitió–, a Marian se le dan bien esas señoras mayores.

–Bien –dijo Roger Høibakk.

Marian Dahle miró hacia él.

–¿Por qué has dicho eso? ¿Pretendía ser un halago?

Cato Isaksen terminó su conversación con Roger Høibakk y se volvió hacia ella.

–Tenemos que concentrarnos en el caso, Marian. No seas tan malhumorada.

–No estoy de mal humor, Cato. Estoy jodidamente cabreada. Eres un egoísta. Un...

–Corta el rollo –dijo él.

Marian Dahle presionó el elevallunas hasta abrir una pequeña rendija en la ventana. Cato Isaksen entró en el parking que había bajo la comisaría, aparcó junto al coche de Ingeborg Myklebust y se quitó el cinturón de seguridad.

Marian Dahle dijo:

–Deberíamos organizar un nuevo sistema. Randi y yo necesitamos más espacio... Tanto en el caso del asesinato en Alnabru como en la desaparición en Høvik el autor era el mismo. Por no hablar de los asesinatos de Ekeberg y Sørumsand. No registramos los perfiles, no cruzamos datos porque habían pasado once años entre los dos casos. Por eso llevó tanto tiempo resolverlos. Nadie asumió la responsabilidad, precisamente porque era tan pesado obtener la información. Había pasado demasiado tiempo entre los dos sucesos. Todos creyeron que otro habría comprobado la relación. Imagínate que la prensa se hubiera enterado de ese fallo. Me he pasado todas las vacaciones poniendo al día

datos de casos de hace diez años, y, de hecho, hay un par de cosas a las que quiero que volvamos a echar un vistazo. Casos sin resolver. Y deberíamos ir aún más atrás.

Cato Isaksen la interrumpió.

–¿En las vacaciones? ¿Has estado metida en casa?

–No –contestó ella rápidamente mientras miraba hacia la entrada por la que en ese momento subía un coche patrulla–, pero quiero...

–Ahora no, Marian –abrió la puerta y salió del coche.

Marian Dahle hizo lo mismo. Se apoyó en el coche un instante, sintió el frío de la chapa a través de la ropa.

–Voy corriendo un momento a mi coche a ver cómo está Birka.

–Por cierto, hablé con ella –dijo Cato Isaksen.

Chirriaron las ruedas de un coche que salía del aparcamiento.

Se dio la vuelta precipitadamente:

–¿Con quién?

–Con tu madre.

–¿Hiciste qué? ¡No has podido hacer eso!

–Sí.

–¿Por qué coño hiciste eso?

–No parecía estar del todo consciente.

–¿A ti qué te importa?

–Eres tú la que siempre está hablando de eso, Marian. De tu madre, de tu infancia y todo eso. ¿Por qué lo haces?

–No lo hago.

–Sí, lo haces. Me tienes harto.

Se hizo un poco más pequeña ante su mirada. Se dio la vuelta y empezó a caminar deprisa hacia la furgoneta blanca.

–Y ahora no me digas que te pareció encantadora y simpática. ¡No lo digas! Me aconsejaron que me alejara. Me alegro de haberlo hecho antes de volverme loca.

–¿Quién te dio ese consejo?

–Un *coach* –se agachó y miró hacia el interior, habló por la rendija de la ventana–. Buena chica, quédate tumbadita. Vengo dentro de cinco minutos – Birka se levantó moviendo el rabo.

Cato Isaksen estaba justo detrás de ella.

–¿Un *coach*?

–Sí, yo le llamo así –se incorporó.

–¿Quién?

–No me da la gana de seguir hablando de esto. Trabaja en Bryn.

–¿En Bryn? ¿Quieres decir en la policía criminal?

Caminaban hacia el ascensor.

–Estoy tan cabreada contigo que casi vomito. No tienes derecho a invadir a mi madre.

Cato Isaksen no pudo evitar reírse.

–¿Cómo que invadir a tu madre? Reunión en mi despacho, el nuevo de la esquina, dentro de una hora.

–No puedo, dentro de una hora tengo que ir al juzgado con un detenido. Voy a testificar.

William Pettersen se pasó la mano por la frente ancha. Estaba incómodo. De pronto, se acordó del estribillo de una canción. No le gustaba cantar. No había ningún escondite en la sala de interrogatorios. Las paredes eran blancas. Llevaba puesto el traje de cuero negro. Hacía calor. Le recordaba las clases en el colegio, con polvo de tiza y olor a jersey.

–Casi voy a tener que quitarme un poco el traje, sólo hasta la cintura. Tengo una Yamaha R1. Acabo de llegar de Son. Por eso voy vestido así –su cerebro trabajaba con minúsculas fotos desenfocadas. Era algo que Ewald le había contado.

Roger Høibakk le miró:

–Tú te llevas la peor parte –sonrió y echó agua con gas en los tres vasos que había sobre la mesa–. Me llamo Roger Høibakk y ésta es Randi Johansen –señaló con la cabeza a su colega que estaba sentada junto a la ventana–. Vamos a interrogarte y a comprobar tu coartada. Que sepamos, tienes acceso a todas las viviendas. Considéralo una comprobación rutinaria –le pasó un vaso a Randi. Ella lo cogió remangándose un poco la chaqueta blanca. William Pettersen miraba fijamente detrás de los policías, a la pared. Roger Høibakk se volvió hacia él otra vez.

–Pues vamos a empezar. ¿Es correcto que eres portero y que también resides en el Centro Stovner, 16?

William Pettersen asintió.

–¿Cuánto tiempo has vivido allí?

–Quince años. He sido portero todo el tiempo. Pero ya no se llama portero, ahora se dice responsable de mantenimiento.

–No me sorprende, no –dijo Roger Høibakk con una sonrisa–. ¿Tienes 57 años y te llamas William Pettersen?

–Es correcto.

William Pettersen miró a los dos policías con gesto indiferente. Volvió a pasarse a mano por la frente sudada y siguió por la cabeza pelada. La sala de interrogatorios le recordaba un aula. No le había gustado el colegio.

–No tendrás nada en contra de que luego te tomemos las huellas dactilares, ¿verdad?

–No, claro que no. ¿Pero para qué va a servir eso?

–Es que tenemos que descartar las huellas del piso de Buberger que no tengan nada que ver con el caso. ¿Recuerdas haber entrado en su casa alguna vez?

–No que yo recuerde. No me acordaba mucho de ella. Me pidió ayuda un

par de veces, eso es todo. Aparte de eso, sólo nos saludábamos, lo normal.

–¿Qué clase de ayuda te pidió?

–Una vez el cierre de su trastero se había atascado por el óxido. Tuve que coger una tenaza y cortarlo. La otra vez, era algo de su frigorífico –inspiró profundamente y cerró los puños sobre su regazo.

–Así que ¿has estado en su piso? Roger Høibakk devolvió la mirada a Randi.

–Una vez, ahora que lo pienso.

–¿Ayer estuviste en Stovner?

–Sí, salí de Rødvassa hacia las doce y llegué a Stovner hacia la una. Corté el césped, regué, barrí un poco y cosas así. Llegué de vuelta a Rødvassa hacia las diez. Es época de vacaciones. De vez en cuando tengo que descansar un poco. ¿No queréis decir que soy sospechoso?

–Por supuesto que no –dijo Roger Høibakk–. Estamos haciendo una comprobación rutinaria para descartarte. Entenderás que tenemos que hacerlo. ¿Puedes ser más preciso sobre la hora en que te marchaste de Stovner?

–En realidad no, no me fijé mucho en el reloj.

Randi Johansen se puso de pie. Le parecía que había algo mecánico en las respuestas del portero:

–La policía recibió el aviso de que la mujer había caído a las 21:03 –dijo, arrancando un hilo de la chaqueta blanca.

–Diría que cogí la moto a las nueve menos diez. Me lleva cincuenta minutos llegar a Son. Creo que estaría más o menos en el desvío a Kolbotn o por ahí a la hora a la que la empujaron. Comprobadlo con el peaje. Ellos registran todos los vehículos que pasan.

–Por supuesto que lo comprobaremos –dijo Roger Høibakk–, pero ¿las motos no pasan gratis?

–Sí, bueno, pero a lo mejor las registran. Paré en la gasolinera del desvío a Rødvassa. Compré unas cosillas para comer.

–¿Qué hora era entonces? –Randi Johansen se sentó junto a la ventana.

–El sol se puso tras la colina justo cuando estaba allí. Pueden haber sido, aproximadamente, las diez menos veinte. Algo así.

Roger Høibakk tomó el relevo.

–¿Te vio alguien?

–El hombre de color que me atendió. Él me vio. Creo que Ewald Hjertnes llegó al camping unos diez minutos después que yo. Había estado en Moss.

–¿Y él también vive en Stovner?

–Sí, vive en el segundo. Yo tengo el apartamento del sótano. Somos amigos de la infancia en Moss. Su familia llevaba una zapatería. Mi madre trabajaba allí. Le conseguí el piso del bloque a Ewald hace diez años.

–¿Y esa caravana tuya?

–Hace años que la tengo. Antes era el padre de Ewald quien llevaba el camping. Ewald se hizo cargo cuando murió su padre. Su hermano lleva la zapatería. He ido a Rødvassa desde que era un niño.

–¿Cuánto tiempo había vivido Britt Else Buberger en Stovner? ¿Recuerdas eso?

–Unos seis años, creo.

–¿Has notado algo especial en ella últimamente? Si había tenido visitas, y cosas así.

–No, no me fijo en esas cosas.

–El sábado, ¿ocurrió algo especial?

–No sé en qué estás pensando, pero su vecina vino corriendo y dijo que necesitaba la llave. Dijo que Buberger se había quedado fuera.

–Así que tienes las llaves de todas las viviendas.

–Claro que las tengo. Todos los porteros las tienen. Tengo una llave maestra que sirve para todos los pisos.

–¿Pero tú no hablaste con Buberger en persona?

–No, para nada. La vecina esa trajo luego la llave otra vez.

–¿Bajaste al sótano ayer?

–¿Al sótano? Pero si vivo en el sótano. Las ventanas estrechas que dan a los rosales de la entrada son las mías.

–Sí, pero ¿estuviste en el lavadero?

–No. ¿Qué iba a hacer yo allí? Es otra puerta. Hay que abrir la puerta que está enfrente de mi apartamento para entrar allí. ¿Qué pasa con el lavadero?

–Puede haber habido un enfrentamiento. El suelo estaba lleno de detergente derramado.

El rostro de William Pettersen permanecía inexpresivo. Tomó un trago de su vaso.

–Ya se ha tirado gente en Stovner otras veces. La probabilidad de que sea eso lo ocurrido será bastante grande, ¿no?

Roger Høibakk le miró:

–Por supuesto que no lo descartamos. Por cierto, esa moto tuya ¿cuánto pagaste por ella?

William Pettersen miró al policía y bajó los hombros. Un rastro de sentido del humor provocó un pequeño movimiento en las bolsas de grasa que rodeaban sus ojos.

–Es un tigre. Costó casi doscientas mil coronas.

–Me encantaría tener una de esas –Roger Høibakk sacó el peine del bolsillo trasero de su pantalón y lo pasó rápidamente por su pelo oscuro.

–Se me olvidó decir que hubo algún enfadillo entre Buberger y su vecina de

abajo –dijo William Pettersen–, a Buber le parecía que ponían la música demasiado alta y que el perrito ladraba demasiado. La verdad es que lo hacía.

–De acuerdo –dijo Roger Høibakk–, gracias, tomo nota. ¿Te vuelves al camping esta tarde?

–No veo ningún motivo para quedarme dando vueltas alrededor de los investigadores de escenarios del crimen en Stovner.

–Supongo que, si no tienes nada que añadir, hemos terminado –dijo Roger Høibakk–. Tenemos que recoger tus huellas dactilares.

Randi Johansen se levantó.

–Hay un par de cosas más –dijo, volviendo a mirar a William Pettersen–. ¿Tienes hijos?

–¿En qué estás pensando?

–¿Nunca has estado casado?

–Soy viudo. No tuvimos hijos.

–¿Britt Else Buber estaba muy a menudo con una señora de la residencia de ancianos?

William Pettersen se encogió de hombros.

–En cada portal hay dieciocho viviendas, tengo que ocuparme de tres bloques con tres portales en cada uno. Es decir, unas cuatrocientas cincuenta personas en total.

–¿Sabes a quién me refiero? –Randi Johansen sostuvo su mirada. Él la apartó.

–Sí, claro –contestó secamente.

La cortina blanca oscilaba lentamente. Randi estaba en la puerta del pequeño y estrecho despacho. Se dio cuenta de que su colega parecía cansada. Marian Dahle se metió un chicle en la boca.

–Roger y yo hemos interrogado al portero –dijo Randi mirando los montones de documentos que había sobre el escritorio de Marian.

–Voy al juzgado –dijo Marian oyendo cómo latía su corazón– con un detenido. Tengo que darme prisa.

–¿Cómo fue en realidad la identificación?

–Fue duro para Astrid Wismer. Dice que sólo había visto una persona muerta una vez en su vida.

–Lo he estado pensando y hay algo que quisiera decirte. El despacho de Cato no es gran cosa. Entiendo bien que quiera cambiarse al de la esquina. ¿No será mejor que lo dejemos estar, Marian? Estamos bien como estamos.

–No –dijo Marian Dahle–, no estamos bien. Estamos en dos cubículos. Trataré el asunto directamente con Myklebust más tarde –intentó darle a un insecto con aspecto de mosquito–. Es la comisaria quien decide, no el inspector jefe.

–Se te dan muy bien esas cosas –dijo Randi agarrando una carpeta que estaba sobre la mesa–, pero no hace falta que provoquemos a Cato más de lo necesario –se quitó la chaqueta blanca.

Marian Dahle sintió cómo la sangre hervía en su cuello hasta llegar al rostro. Miraba fijamente el gesto dulce y el cabello rubio de Randi.

Randi le devolvió la mirada.

–Marian, no creas que...

Marian Dahle se incorporó:

–¿Que no crea qué? ¿Que soy *alguien*?

–No, no era eso lo que quería decir –Randi la miró insegura–. Pero Cato no deja de ser nuestro jefe y siempre ha tenido un despacho pequeño, es hora de un cambio.

–Sí, precisamente es hora de cambiar.

–Cato ha trabajado en homicidios durante dieciocho años, y ha sido el inspector jefe durante doce. En realidad es evidente que le corresponde el despacho de la esquina.

Cato Isaksen siempre creía que hacía las cosas *contra* él, que era una venganza personal. Marian estaba harta de eso. Se rascó el brazo distraídamente.

–Muchos mosquitos este año –dijo en tono sarcástico. No iba a darle a Randi

la satisfacción de ver que le afectaba, que sentía que los planes de compañerismo entre chicas y estar con la perra se hubieran frustrado. Randi era tan jodidamente débil.

Apretó contra su pecho los documentos que debía llevar al juzgado y miró a su colega con los ojos entrecerrados.

–¿Sabes qué, Randi? Nunca llegarás a nada. ¿Y sabes por qué?

–Por favor, Marian...

–Eres cobarde. Te da un miedo mortal parecer enfadada o ambiciosa. Sólo quieres ser una mujercita policía buena y bonita ¿verdad? –a través del cristal vio pasar a un hombre calvo con traje de cuero negro junto a un inspector. Llevaba un casco blanco debajo del brazo.

–¡No, Marian!

–¡Sí! Realmente Dahle es una friki descarada, ¿no? –volvió a tirar la carpeta sobre el escritorio y se cruzó de brazos. Seguía hablando de ella misma en tercera persona–. Ahí la tienes, recién llegada, y se atreve a decir que *ella*, que sólo ha estado aquí unos meses, quiere ocupar el despacho de la esquina.

–Déjalo, Marian. No sigas diciendo tonterías. No aguanto más tus podridas palabras, deja de hablarme así.

–Si no puedes vencerlos, únete a ellos. Ése es mi lema, Randi. Tengo que irme. Estaré de vuelta del juzgado dentro de una hora. El detenido sólo tiene que prestar declaración unos cinco minutos –agarró los documentos y se abrió paso junto a su colega–. Nunca hay que coger el último trozo de pastel, ¿a que no, Randi?

Dos policías recién licenciados trasladaban cajas de documentos del antiguo despacho de Cato Isaksen al nuevo. Irmelin Quist dirigía toda la operación. Era administrativa y había trabajado en la sección durante más de veinte años. Su cabello gris acero hacía juego con el traje gris oscuro. Traía un café para Cato Isaksen sobre una pequeña bandeja. Sonrió mientras cogía la taza. Tras el aroma del café percibía el olor de su perfume.

–Esto va a quedar muy bien, Irmelin –se dirigió a la ventana y bajó el toldo.

–Ya era hora de que tuvieras más espacio –contestó, indicando a los oficiales dónde debían dejar las cajas–. Ahora será mejor que tengáis vuestra reunión y luego organizaré el resto de la mudanza.

La mesa de reuniones era de caoba reluciente y las sillas, de respaldo alto, estaban tapizadas de verde oscuro.

Roger Høibakk entró en el despacho.

–Esto es *otra* cosa, jefe. Ahora no te hundas en ese gran sillón y te olvides de que también tienes un trabajo que hacer.

–Por lo menos aquí hay sitio para todos los documentos. Y las paredes están insonorizadas. Podré trabajar en paz.

Randi Johansen llegó silenciosa, se puso la chaqueta blanca, se sentó y dejó las manos sobre la mesa.

–Bonito despacho –dijo pensando en la conversación que acababa de tener con Marian. Cato tenía razón, meditó. Marian era agresiva. Randi decidió que, a partir de ese momento, ella también mantendría las distancias con Marian, le dejaría claro que no podía pasarse con los demás como lo hacía. Pero luego pensó otra cosa: nunca había tenido una colega que le gustara tanto. Que fuera tan cercana, de una manera diferente. A lo mejor tenía algo que aprender de la forma en que Marian hacía las cosas. La profesión de policía era masculina y marcada por la competitividad. Tal vez era hora de atreverse a coger el último trozo de pastel.

Cato Isaksen interrumpió sus pensamientos.

–Pues entonces sólo estamos los tres. Tony y Asle están en Stovner y Marian en el juzgado. Ellen llegará enseguida con el informe provisional de la autopsia.

Randi le interrumpió.

–Necesitamos otro despacho, Cato. Me refiero a Marian y a mí.

Cato Isaksen se puso de pie irritado y se acercó a la ventana. Miró fijamente hacia el exterior, puso las manos en el alféizar, se giró a medias hacia ellos y dijo:

–Como si no tuviéramos suficiente con todas las cosas nuevas que nos llegan.

Tengo dieciocho metros de estantería de nuevos informes que me están esperando. No he revisado ni la centésima parte. ¿Cómo demonios crees que Marian y tú vais a disponer de tiempo para revolcaros en casos viejos, sólo por diversión?

—No digas que es por diversión, Cato —Randi intentó atrapar la mirada de Roger Høibakk, pero se escabullía—. No es que vayamos a cambiar el método o algo por el estilo, y no va a ser a costa de los nuevos casos. Es sólo que Marian...

—Repito —Cato Isaksen la interrumpió y volvió a sentarse—, tenemos sistemas para eso. Tenemos más que suficiente que hacer con los nuevos casos. ¿Fue bien el interrogatorio del portero?

Randi Johansen cogió aire. Roger Høibakk se pasó la mano por el cabello y abrió la carpeta con fotos del lugar del crimen.

—William Pettersen llegó a Rødvassa hacia las diez menos diez, eso es lo que cree recordar.

—Le puede haber dado tiempo a empujarla —comentó inmediatamente Randi—. ¿Y por qué no ordenó el lavadero? Según parece, por lo que cuentan los vecinos, es muy organizado. Es responsable de tres edificios iguales.

—Recibí una llamada de Ellen —dijo Cato Isaksen—. Viene del Anatómico Forense. Han localizado unas huellas dactilares desconocidas en el apartamento de Buberg. La mayoría son tuyas, claro, y un par de Astrid Wismer. Pero en la puerta del aseo han encontrado unas huellas que no están identificadas. Y tuvo visita de un hombre desconocido hace más o menos una semana.

Cato Isaksen cambió unos papeles de sitio.

—Puesto que la puerta del balcón estaba cerrada, el asesino ha podido limpiar las huellas. Ni siquiera tenía las huellas de la propia Buberg. Eso nos indica que éste no es un ladrón cualquiera.

Ellen Grue abrió la puerta y entró en el despacho.

—Jo, qué oficina tan bonita, Cato. Cuánto espacio. Pero ¿no me digas que Myklebust ha arramplado con las cortinas, esas rojas tan bonitas?

—No quiero cortinas rojas —dijo Cato Isaksen—. Me hacen pensar en sangre.

Roger se puso de pie:

—¿Café Ellen?

—No, gracias. Hoy vuelvo a tener náuseas —puso la mano sobre su barriga con una sonrisa y tomó asiento junto a Cato. Dejó sobre la mesa un informe con mucho texto y algunas fotografías—. Tengo el informe provisional de la autopsia —empezó—. Wangen destaca que es evidente que la víctima ha sido objeto de violencia antes de caer por el balcón. Las señales tienen varias horas de antigüedad. Se las han infligido a primera hora de ese mismo día o el día anterior. La mujer no ha sido violada, ningún indicio de violencia sexual. Es

todo lo que tenemos de momento. La ropa, el cabello y otros elementos se han enviado para ser analizados, claro, pero las pruebas de ADN tardarán unos días. Así que tendremos que seguir trabajando con la hipótesis de que la empujaron. Tiene unas marcas en la parte más baja de la espalda, probablemente de la encimera de formica del sótano.

Cato Isaksen asintió.

–Y las alfombrillas del lavadero son suyas. Astrid Wismer lo ha confirmado. Ha estado en casa de Britt Else Buberger varias veces. Así que tiene que haber sucedido algo abajo, en el lavadero. Buberger se apuntó por la mañana temprano. Hay listas para pedir turno.

Randi pasó una mano por la superficie de la mesa.

–Lo que ha desenterrado Marian, que Buberger estuvo ingresada en algún hospital hace treinta años...

Roger Høibakk negó con la cabeza.

–¿Qué tiene que ver con el caso una infección sufrida hace treinta años?

–Nada, por supuesto –dijo Randi Johansen–, es sólo que no sabemos absolutamente nada de ella. No tenía padres, ni hijos. Ningún hermano. Sólo ese tutor que no contesta al teléfono.

–Es seguro que algún hijo tenía. El catedrático Wangen dice en su informe que ha dado a luz.

La sombra caía del gran árbol que crecía junto al acceso. Cubría el camino de grava y tapaba la esquina de la caseta de recepción. Los tres hombres estaban sentados al sol, cada uno en su gastada silla plegable, con la espalda contra la pared. Llevaban pantalón corto y el torso desnudo. Ewald Hjertnes estaba curtido por el sol. Partículas de olor de la madera impregnada escapaban de la pared recalentada. Apoyó la cabeza en los tablones y pasó la mano por el cabello gris. Al encontrarse con el hombre del ascensor pensó que su vista le engañaba, que sólo era el vacío que había vuelto. Que la herida adormecida se había desgarrado de nuevo bajo la luz fría. Recogió sus cosas, salió al día caluroso, fue al coche y tiró todo sobre el asiento trasero. Un largo instante permaneció con la mano en la puerta, mientras levantaba el rostro y miraba hacia las jardineras de las petunias rojas.

Pasaba una exuberante mujer con rizos de permanente y una toalla amarillo chillón atada como un vestido sobre los grandes pechos.

–Tres gatos al sol –dijo imitando el acento del sur–. Me alegro de verte a ti también –saludó con la cabeza al hermano de Ewald Hjertnes.

Ewald sintió un repentino dolor en forma de pinchazos en la zona del pecho. Miró a la basta mujer. Era voluminosa y de cuerpo descuidado. Pensó en el hombre que se había encontrado en el ascensor.

La mujer de la toalla amarilla estiró uno de sus pies:

–Todavía tengo los zapatos que me conseguiste el año pasado –los zuecos ya no eran blancos, sino grises sobre el dibujo trazado en la piel.

William Pettersen dejó la lata de cerveza vacía en el suelo.

–¿Cuándo me darás las botas para la moto?

Ewald Hjertnes se puso de pie y entró en la caseta. Hacía quince años que su hermano se había hecho cargo de la zapatería de su padre en Moss. La seguía llevando. Ewald heredó el derecho a gestionar el camping. ¿Pero qué es un camping comparado con una zapatería? Su hermano había sustituido la vieja autocaravana por una nueva. Estaba en el mejor sitio, abajo del todo, junto a la playa, dos plazas más allá de la caravana de William.

La mujer siguió su camino y Ewald Hjertnes volvió a salir.

–¿Qué le has contado a la policía, William?

William Pettersen se quitó la espuma de la cerveza del labio superior con el dorso de la mano.

–Nada. ¿Qué podría aportar yo? Querían las llaves de mi piso. Se las di. ¿Qué tengo yo que ocultar? Cuéntame, Ewald, ¿pescaste algo anoche?

–No, la pesca fue una mierda –Ewald Hjertnes volvió a pasar la mano por el cabello gris y los miró con sus ojos grises. Esbozó una sonrisa–. Sólo pesqué un resfriado.

–Pero ¿sabéis a quién vi anoche? –William Pettersen pasó la mirada de uno a otro.

–No –dijo Ewald Hjertnes y miró a su hermano. Le observó interrogante y le preguntó por qué estaba tan acelerado.

–No estoy acelerado. No es nada. ¿A quién viste ayer, William?

–Al hombre de color de la gasolinera –dijo William Pettersen–. No me gusta. Le vi ir y venir por la playa desde el barco. Al final se perdió entre las caravanas.

–¿Qué hacía? –Ewald Hjertnes se puso la mano en el pecho–. ¿No estaría rondando por ahí para robar? No me extrañaría. Los tipos como ése... –dijo dándole un trago a su taza de café.

William Pettersen se pasó la mano por la calva.

Ewald Hjertnes se dio cuenta de pronto de que Lilly Rudeck venía hacia ellos con un cubo en una mano y una fregona en la otra. Se levantó y fue a su encuentro.

–Escúchame, Lilly –dijo, viendo cómo el sol se reflejaba en su brillante pelo castaño–, ahora puedes limpiar mi alcoba –miró sus manos y pensó que le gustaría que pudiera librarse de fregar hasta que dejaran de estar hinchadas y rojas–. Y luego puedes sustituir otra vez a Julie y Shira en el quiosco si lo prefieres –no sabía muy bien con qué ojos mirarla. Tomó aire y dejó que llenara su pecho.

Negó con la cabeza.

–Te has vuelto muy silenciosa, Lilly. ¿Pasa algo?

–No –dejó el cubo en el suelo y estiró su camiseta.

–Puedo poner a Julie y a Shira a limpiar los baños mañana si prefieres no hacerlos. Y tú puedes estar en el quiosco.

Lilly esbozó una sonrisa. Notó que el idioma se esfumaba, las palabras se marchitaban. No podía contestar. Era buena en noruego, pero no *tan* buena. Por supuesto que no era divertido limpiar los retretes. Servir perritos calientes y sacar helados del congelador, por el contrario, era otra cosa muy diferente.

–No me importa limpiar –tartamudeó finalmente y decidió, en ese preciso momento, que iba a contarles todo a Julie y Shira.

Volvió a coger el cubo. Él alargó su mano hacia ella. Lilly tuvo un escalofrío. Bajó la mirada hacia el suelo de madera, se fijó en los tablones gastados y las pequeñas cagarrutas negras de ratón que había junto a los listones de la pared. No le gustaba su sonrisa, no le gustaba nada.

–Tenemos otro testigo –Roger Høibakk se inclinó sobre la mesa–. Un anciano que cree tener una foto del sospechoso. Quería fotografiar a los pájaros que levantaban el vuelo desde el árbol.

Cato Isaksen tenía la boca abierta.

–Es demasiado bueno para ser verdad –golpeó levemente la mesa con el puño–, tengo que verlo para creerlo.

Tony Hansen jugueteaba con el aro que llevaba en la oreja.

–¡No es posible! ¿Dónde está ese hombre?

–Vive en el bloque que está justo delante del número 16, en el sexto. Leyó sobre el caso en el *Aftenposten* –Roger Høibakk empujó una caja de documentos–, dice que no se había enterado de todo el lío porque tiene el balcón en la otra fachada. Pero el caso es que cree haber fotografiado al hombre de la terraza. Vio algo que caía cuando estaba en la cocina. Pero pensó que era una alfombra, o un vestido. Afirma que lo vio a través del objetivo de la cámara.

–Puedo acercarme a buscar la cámara ahora mismo –Tony Hansen miraba a Cato Isaksen–. Estupendo despacho en *corner* que te has agenciado, por cierto –sonrió.

–Dijo que era una cámara anticuada, con carrete –informó Roger Høibakk.

–Recógela, Tony –dijo Cato Isaksen–, trae la cámara entera, no le dejes enredar con sacar el carrete por sí mismo.

–Pero no consta registrado en ningún sitio que Buberger tuviera hijos –Marian Dahle miraba a Cato Isaksen y Roger Høibakk. Sólo el tictac del reloj de pared rompía el silencio.

–Vale –dijo Cato Isaksen–. ¿Puede haber abortado?

–No, Wangen afirma que ha dado a luz. Pero el bebé puede haber muerto nada más nacer. Ellen cree que podrán llevarse el cuerpo mañana por la tarde, puesto que no hay duda sobre la causa de la muerte.

–Pues entonces el entierro será en los próximos días –dijo Cato Isaksen–. Toda nuestra atención sobre esto del niño, Marian. Bucea en el pasado de Buberger.

–En cualquier caso, su tutor, o lo que fuera, ha dado su autorización para que llevemos a cabo el entierro. Acaban de avisarnos. Pasé por mi despacho antes de venir aquí. Por lo visto no quiere tener nada que ver con el asunto. De

hecho, en un primer momento negó conocerla, pero hace un rato llamó. Parecía tenso.

Roger Høibakk miró la hora.

–Enseguida llegará Tony con la cámara de fotos. ¿Qué dijo el tutor, entonces?

–Que no tenía información que pudiera ayudarnos, que no tiene contacto con ella desde hace años.

–Me parece que vamos a tener que cruzar hasta Kristinehamn –dijo Cato Isaksen–. Al fin y al cabo está a sólo cuatro horas de aquí.

–Podéis ir Marian y tú –dijo Roger Høibakk.

–Hace un calor insoportable aquí dentro, Cato –Marian Dahle negó con la cabeza–. Ventanas demasiado grandes. El sol da de pleno todo el día. Seguro que Myklebust se ha cambiado por eso. ¿Has pensado que podría ser una mujer?

–Es verano –Cato Isaksen se pasó la mano por la frente.

Una leve sonrisa onduló la comisura de los labios de Marian Dahle.

–Seguro que en invierno hace demasiado frío aquí.

–Seguro. Pero en todo caso tengo espacio. Esto es una cuestión de antigüedad, Marian. Por cierto, ¿en qué mujer estás pensando? Por supuesto que en Wismer no.

–Estoy pensando en la del piso de abajo. La del perro pequeño y la música demasiado alta.

–Una cosa que Astrid Wismer tiene muy clara es que a Buberger no le gustaban ni el follón ni los sonidos muy altos. Estaba cansada de la música y los ladridos del piso de abajo. William Pettersen ha confirmado que muchos estaban molestos por esa música y que Buberger se quejó un par de veces. Y si pasó algo justo antes de que la empujaran... que se inclinara sobre la barandilla para echarles la bronca... Que en un ataque de ira la vecina subiera la escalera y llamara a la puerta de Buberger... ¿No pueden las cosas ser un poco sencillas?

Cato Isaksen empujó una mosca medio muerta que zumbaba sobre la mesa hasta hacerla caer en su mano. La lanzó a la papelera.

–El único problema es que tiene una coartada perfecta. Estaba dando un paseo cuando empujaron a Buberger. Sacó al perro con otros dos vecinos y una amiga. Los tres confirman su coartada.

En ese preciso momento Tony Hansen abrió la puerta. Tenía un sobre en la mano. Lo lanzó sobre la mesa.

Tony Hansen daba vueltas al pendiente entre el pulgar y el índice.

–Por cierto, me acaban de avisar de que Pettersen no ha sido registrado en el

peaje de Mosseveien. Las motos no quedan registradas. Tendremos que ir al camping para comprobar su coartada.

Cato Isaksen, Roger Høibakk y Marian Dahle le miraban expectantes.

–¿Qué hay de la foto? –Cato Isaksen no podía esperar–. ¿Era cierto? ¿El anciano ha hecho una foto del asesino?

–Pse –Tony Hansen sonreía–, aquí está revelada la foto que hizo el viejo –sacó una foto grande y desenfocada del sobre. Los investigadores se inclinaron sobre ella.

–Está movida –dijo Marian.

Tony Hansen puso las manos sobre la mesa y se inclinó sobre ella.

–Pues sí, desde luego, pero se ve que es un hombre de estatura normal. También se ve que aparta el rostro, mientras levanta a Buserg por encima de la barandilla. Y se ve que lleva una gorra. Y además, mirad ahí: guantes.

Unas nubes de color metálico pasaban bajas sobre las copas de los altos árboles. Lilly Rudeck caminaba por el sendero de grava hacia la gasolinera abierta 24 horas que estaba en el cruce. No se sentía bien y había descartado bañarse ese atardecer. Tenía miedo a las tormentas. El aire llevaba corrientes eléctricas. Tenía puestos los zapatos rojos y el vestido de flores. Sabía que era una tontería ir a la gasolinera, podía conseguir las mismas cosas en el camping. Helado, refrescos y revistas. Pero estaba el hombre de tez oscura. Le había sonreído de una manera muy especial la última vez que pasó por allí. Pero cuando se dio la vuelta después de un momento, su expresión había cambiado.

De un cedro colgaba un globo rojo que alguien había olvidado quitar. Eran casi las once y media. Empezó a caer una lluvia ligera. Si se mojaba, seguro que se pondría enferma. Y entonces ¿quién haría su trabajo?

Los coches pasaban a gran velocidad por la carretera principal. En la cuneta había un camión detrás de un coche azul con una rueda pinchada. Echó un vistazo a los contenedores vivienda que había detrás de la gasolinera. Estaba lleno de desperdicios y carretillas oxidadas que habían dejado los albañiles.

En el interior de la gasolinera el aire acondicionado vibraba a tope. Aun así, el aire estaba saturado de olor a patatas fritas, el calor del aceite y el tufo a frito de las hamburguesas. El hombre de color estaba tras el mostrador. Tenía perlas de sudor en la frente. Lilly Rudeck le contempló. Debía proceder de un país africano. Le veía de perfil. Un hombro rotundo, un cuello musculoso, cabello negro corto, nariz ancha. Boca grande. Adivinó que estaba a finales de la veintena, o estrenando la treintena. Pidió un helado de chocolate, pero no le miró mientras pagaba, y se acercó a la tragaperras de la esquina. Nunca jugaba. Sólo se quedaba mirando los colores y las luces y escuchaba su sonido. A través del ventanal vio a Julie y Shira cruzar la carretera. Julie giró el rostro hacia Shira y, por un instante, Lilly vio que tenía miedo.

En los pasillos de la comisaría el aire estaba estancado y caliente.

–¡Randi! –Cato Isaksen llamó a su colega. Iba camino del ascensor. Ella se alejaba en sentido contrario y se dio la vuelta rápidamente.

–Sólo voy a buscar el paraguas.

Cato Isaksen la miró. Parecía diferente.

–¿Vas a Rødvassa y compruebas la coartada del portero? –preguntó.

–Sí. Marian y yo nos iremos mañana a primera hora.

–¿Puedes hacerme un favor?

–¿Qué?

–Llamar a Sigrid.

–¿Por qué?

–Se me ha descargado la batería del móvil. No tengo tiempo. El portero nos ha dado permiso para comprobar el armario donde guarda las llaves. Voy a Stovner con Roger ahora mismo. También tenemos que ir a Kristinehamn. Tengo que prepararlo con Marian. Es ella la que ha mantenido toda la comunicación con los organismos de allí. No tengo tiempo para recoger a Georg hoy –dijo metiéndose en el ascensor a toda prisa.

Randi suspiró irritada. No era la primera vez que llamaba a la mujer o a la ex mujer de su jefe para avisar de que no le daba tiempo a esto o lo otro. Randi lo odiaba. La decepción en sus voces. Se sentía casi como si fuera su culpa, pero no conseguía negarse cuando se lo pedía. Iba a contestar afirmativamente. Pero justo antes de que se cerraran las puertas del ascensor, gritó:

–No, eso será mejor que lo hagas tú mismo, o que se lo pidas a Irmelin.

Cuando el ascensor se puso en movimiento, se estremeció.

–Tendrás que hablar con ella tú mismo. En realidad yo tampoco tengo tiempo –murmuró. Luego giró sobre sus talones y siguió en dirección a su despacho.

El piso del portero era pequeño y oscuro. Para topos, pensó Cato Isaksen. Que alguien pudiera soportar vivir bajo tierra...

–Pero tiene ventanas –dijo Roger Høibakk–. Si no fuera por los rosales tan crecidos que hay en las jardineras de fuera...

Reinaba un silencio atronador en el sótano, y un frío sorprendente. La cocina era pequeña. Sólo tenía dos fuegos. Detrás del dormitorio había un baño

minúsculo. El papel pintado se había desprendido a la altura del techo. Había marcas de humedad en el suelo.

El armarito de las llaves estaba cerrado. Colgaba gris y metálico en el pasillo, entre el salón y el dormitorio.

–Quiero salir –dijo Cato Isaksen, abriendo la puerta.

Roger Høibakk rió. Cato Isaksen se dio cuenta de que su risa producía eco por la escalera.

Los investigadores trabajaron en el caso hasta bien entrada la noche. Se habían reunido para hacer balance. Estaban todos, salvo Ingeborg Myklebust y Randi Johansen. Britt Else Bubergh no tenía préstamos ni ninguna reclamación por impago. Había dado a luz una criatura. El hombre que la empujó llevaba guantes. Ninguno de los vecinos de su portal parecía sospechoso. Habían identificado sus huellas dactilares en la fregona del sótano. ¿Podía haberla sorprendido alguien? Una semana antes había recibido la visita de un hombre desconocido. Astrid Wismer afirmaba que no fumaba, pero aun así parecía probable que lo hiciera la noche en que la empujaron. Debía saber que vendría. Tenía miedo de alguien.

En verdad había una habitación más allá de su cuarto. Lilly había conseguido forzar la cerradura. No era ningún gran cerrojo, sólo uno normal, como en cualquier vivienda corriente. Consiguió abrirlo con una horquilla. Olía a la madera de los viejos tablones de las paredes. Dos moscas gordas zumbaban junto a los listones del suelo.

La habitación era pequeña, como un desván o un cuarto de contadores. El armario gris de los diferenciales de la luz ocupaba una pared casi entera. Sobre él había una bombilla desnuda que salía casi en vertical de la pared. Lilly no vio ningún interruptor para la luz. Eso explicaba que la luz estuviera siempre encendida. El único mobiliario era una silla. Tampoco cabía nada más. Oyó pasar a alguien hablando y riendo por algo divertido. Escuchó un momento, esperó a que hubieran desaparecido para subirse a la silla. Un pequeño altillo cubría la mitad de la habitación. Entonces vio la rejilla de ventilación inmediatamente. Entre las lamas blancas se había acumulado polvo y suciedad. Pero no era eso lo que impedía el paso de la luz. En el minúsculo habitáculo había claras huellas en el polvo.

Lilly pensó en el pueblo del que procedía. No quería volver allí, tampoco a los barracones de la fábrica, al cementerio, a la alta valla de hierro...

Abrió los ojos cuando oyó un débil ruido que se arrastraba. La sangre latía en su cuello. Ahora podía seguir sus movimientos, ahora que sabía qué aspecto tenía la habitación. Escuchó el sonido de sus pasos cuando subía a la silla y se arrastraba por el altillo.

Estaba completamente vestida bajo el delgado edredón de verano. ¿Quién podía ayudarla? No tenía ningún lugar adonde huir. La sombra se acomodó tras el respiradero. Subió el ligero edredón de verano hasta su garganta y se puso de lado. Se quedó tumbada mirando fijamente a la pared. Escuchaba. Oía la respiración, los ruidos tras la rejilla. El silbido, primero débil, luego más fuerte. Los labios que formaban un pasadizo, los músculos de la boca que se contraían. La mandíbula, la lengua, los suaves gemidos. Los sonidos de la nuez al tragar.

Marian Dahle salió de la gasolinera. El hombre de color no había entendido qué le estaban preguntando. No podía recordar a William Pettersen. Se limitó a negar con la cabeza y encogerse de hombros. Randi y Marian lo habían dejado por imposible.

Marian giró con el coche hacia el pequeño camino de grava. Los pinos y los abetos estaban muy juntos, sus copas de verde invernal casi oscurecían el cielo. Las ruedas levantaban el polvo reseco. Pasaron junto a un área de descanso con una mesa de madera y bancos. El trato entre ellas era aún un tanto distante, tras el enfrentamiento sobre el despacho. Randi intentó mantener viva la conversación bastante rato, pero finalmente desistió y se dejó caer sobre el reposacabezas. Pensó en diagnósticos que pudieran adaptarse a Marian, alguna clave que pudiera hacerlo comprensible. Se limitó a confirmar que Marian no se atenía a las normas convencionales. Después de unos centenares de metros llegaron al camping que estaba a mano izquierda. Randi asomó la cabeza.

–Un lugar acogedor –señaló con la cabeza el cartel donde ponía «Rødvassa».

–Seguro –dijo Marian Dahle cerrando los puños en torno al volante–, pero nunca me han gustado los campings. Hay algo desagradable en las tiendas de campaña. ¿Recuerdas aquel caso del norte de Suecia, ese loco que mataba a la gente a hachazos a través de la lona?

Randi esbozó una sonrisa:

–Hoy en día la mayoría tienen autocaravanas o caravanas.

–No seas tan modesta, Randi. No ha pasado nada, no hay ningún motivo para estar alicaída.

–¿Qué quieres decir?

–Que no tiene importancia. Simplemente me irrité un poco, eso es todo.

Marian tomó una curva frente a un edificio bajo de color marrón. Giró la llave para apagar el motor.

–Bueno, ya estamos aquí –miró a Randi con una breve sonrisa. Randi vio a un hombre con dos hijas pequeñas que corría cruzando el camino hacia su tienda de campaña. Una de ellas tenía los muslos bronceados cubiertos de barro.

–Pero a veces resultas demasiado brusca, Marian –sonrió y notó la sensación exultante que le producía. Había conseguido decir lo que realmente pensaba.

–¿Qué quieres decir? –Marian abrió la puerta y salió. Randi hizo lo mismo. El mar desprendía un olor levemente agrio, un rastro de algas podridas y agua salada las envolvió. Marian hizo sombra con la mano sobre los ojos–. No me gustaría pasar las vacaciones aquí. No me dejo ver en bikini.

Randi la contempló por encima del techo del coche.

–Defines tu entorno de una forma implacable, pero te libras de que tu entorno responda. Nos sentimos sobrepasados. No seas tan chula, tan altanera. Hay una diferencia entre autoestima y seguridad en uno mismo, ¿sabes?

Marian Dahle esbozó una sonrisa:

–El problema es que soy bastante buena, hasta que hace acto de presencia alguien mejor. Entonces siento que no valgo nada.

–¿Te refieres a Cato? ¿Él hace que te sientas así?

–Sí. Yo me puntuo con un nueve, en una escala del uno al diez. Pero me rebajo a un cuatro cuando él se pone en marcha.

–Él es un nueve, tú un ocho –dijo Randi Johansen esbozando una sonrisa–.Y yo un siete –añadió.

Lilly Rudeck contempló el follón que se organizó cuando el coche de la policía aparcó frente a la caseta de la recepción. El corazón empezó a latir en su pecho. Se agachó para que no la vieran en la ventana. En el alféizar había unos insectos minúsculos. Más pequeños que cabezas de alfiler. Volvió a asomarse. El coche paró y bajaron dos señoras vestidas de policías. Cuatro críos llegaron corriendo. Vio que los tres hombres de las sillas plegables se levantaban a la vez. William Pettersen anduvo hacia las dos policías. Una era rubia. La otra era extranjera y tenía aspecto severo.

Esa mañana, cuando se asomó al cuartucho, la bombilla había desaparecido. Se lo había confesado a Julie y Shira hacía una hora, cuando estaban reponiendo nuevos productos en las estanterías del quiosco. Les había hablado del hombre del respiradero, de los ojos y la respiración. Y el grave silbido. Les contó que soñaba que corría por un bosque, que oía susurros, ruidos y pasos. Se habían asustado.

La habían escuchado. Se había tapado la cara con el codo para que no vieran que empezaba a llorar. Julie dijo que debía denunciarlo. Pero ella contestó que no podía. ¿Dónde iba a presentar la denuncia? ¿Y si fuera el mismo Ewald Hjertnes quien la miraba?

Entonces vio cómo él agarraba la camisa hawaiana de manga corta que había sobre una silla, a la vez que su hermano desaparecía por el sendero, camino del agua. Julie y Shira abrieron la puerta del quiosco y se asomaron curiosas. ¡Olía tan bien en el quiosco! Las chocolatinas que se alineaban en los estantes tenían un papel tan bonito. Julie y Shira salieron con sus minúsculos bikinis. Miraban a las policías con la boca abierta, los morritos cubiertos de brillo rosa.

Lilly se dio la vuelta, encogiéndose sobre la tapa del retrete. Esa noche había soñado con una gran máquina de coser, con ella hilvanaba los días. Con tela clara.

Julie le había contado que la chica a la que mataron hacía mucho también vivía en el módulo de las duchas. Entonces su madre era joven. Lo recordaba. Habían escrito sobre el caso en todos los periódicos.

Lilly tragó saliva. Seguro que Julie y Shira habían llamado a la policía. Habían venido para ayudarla. Se dio la vuelta y puso los pies en el suelo, lista para salir a la luz del sol.

William Pettersen le dio la mano. Llevaba puesta una chillona camisa

hawaiana. Marian Dahle al apretar su mano se dio cuenta de que estaba pegajosa. Randi Johansen saludó brevemente con la cabeza y le enseñó su identificación.

–Somos de la policía.

–Ya nos hemos dado cuenta –añadió William Pettersen con una risita–. Me acuerdo perfectamente de vosotras. ¿Ya habéis terminado con mi piso?

–Creo que comprobaremos tu casa con especial cuidado, puesto que tienes acceso a todas las viviendas. Aquí tienes tu llave –le tendió un sobre.

Ewald Hjertnes se presentó. Marian Dahle le observaba. Iba desnudo de cintura para arriba.

William Pettersen continuó:

–¿Habéis podido comprobar el peaje?

–Las motos no quedan registradas.

–¿Eso no querrá decir que soy sospechoso? Eso sería completamente ridículo.

William Pettersen miró a Ewald Hjertnes.

Marian Dahle se hizo sombra con la mano.

–No eres sospechoso. ¿Te vio alguien esa tarde? –miró a Ewald Hjertnes y observó el mar de caravanas–. Estáis muy bien aquí –añadió en tono desarmante.

–Estamos bien, sí –Ewald Hjertnes la miró inseguro–. Esa noche llegué justo después de William, sólo tenéis que preguntarle a mi hermano. Está aparcado justo al lado de la caravana de William. ¿Te vería, no, William?

William Pettersen se pasó la mano por la cabeza.

–Os he dado acceso a mi piso. No tengo nada que ocultar. Por favor, no dejéis de hablar con los que tienen su caravana al lado de la mía.

–Eso haremos –dijo Marian Dahle–. ¿Puedes enseñarnos dónde está?

–¿Queréis algo? –Ewald Hjertnes estaba frente a la caseta cuando volvieron–. ¿Alguien le ha visto?

–Pues me tomaría con mucho gusto una Coca-Cola. El uniforme da mucho calor –dijo Randi Johansen–. Sí, tanto el matrimonio de la caravana de al lado como tu hermano confirmaron que estaba aquí.

–Acompañadme al interior de la caseta –Ewald Hjertnes levantó el brazo–. ¿Queréis un helado? –indicó el quiosco con un gesto.

La chica del pelo castaño apareció de pronto, como salida de la nada. Llevaba un vestido de verano floreado y parecía algo destemplada en el calor. Podía tener 18 o 19 años.

–Trabaja aquí –explicó él–. Puedes hacerte cargo del quiosco, Lilly –gritó.

Ella empezó a remover inquieta la gravilla con la punta del pie. Sólo él vio que sus ojos se llenaban de lágrimas.

–Venga, ahora vete a trabajar –dijo girándose hacia las investigadoras de nuevo–. Venid. Aquí sólo tenemos unas pocas galletas, sopas de sobre y cosas así. Pronto tendremos que hacer reformas. Los edificios están en mal estado.

Marian Dahle y Randi Johansen siguieron a Ewald Hjertnes al interior de la caseta. William Pettersen se sentó en una de las sillas plegables que había fuera.

Ewald Hjertnes dio la vuelta y se puso tras el pequeño mostrador. Un aparato de aire acondicionado zumbaba de fondo. Junto a una de las paredes se apilaban sillas plegables. En las paredes colgaban fotos de barcos y buques de guerra.

–Agua, por favor –Marian Dahle miró interrogante su rostro. Sus mejillas eran como las de una rana. Las comisuras de los labios caídas hacia abajo hablaban de reproches.

Una cliente entró en la caseta. Saludó tímidamente con la cabeza, miró un momento a las policías, recogió algo y volvió a salir al instante. Marian dio un trago a la botella de agua y la siguió con la mirada por la ventana. La chica del vestido de flores ya no estaba allí.

Volvieron a salir al sol. Dos grandes gaviotas levantaron el vuelo desde la barandilla. Randi dio un paso atrás y apretó la botella de agua contra su pecho. No le gustaban los pájaros, tenía la sensación de que le iban a dar en la cara cuando aleteaban.

Dos jóvenes madres iban camino del quiosco. Una de ellas contaba el dinero que llevaba en el pequeño monedero. William Pettersen volvió a su lado.

–Bueno, ya hemos hablado por teléfono –empezó Marian Dahle y miró a Ewald Hjertnes.

–¿Así que fuiste tú la que llamaste?

–¿Estás aquí todo el tiempo?

No contestó a la pregunta.

–William va y viene todo el rato. Ya le habéis interrogado, ¿no?

Marian Dahle miró al portero.

–Así es.

–Pasa por mi casa y comprueba que todo esté en orden cuando va por allí.

–¿Así que los dos tenéis llaves de la casa del otro?

–Claro que las tenemos –dijo William Pettersen.

Marian Dahle miró alternativamente a los dos hombres. Llevó a Ewald Hjertnes a un lado.

–El lunes pasado..., ¿me puedes contar algo?

–William debió llegar justo antes que yo –dijo rápidamente–. Yo fui a Moss a visitar a mi hermano, pero no estaba en casa. Lleva una zapatería y estaba allí, en

Moss, para trabajar. Volví hacia las diez menos cuarto. William ya estaba de vuelta. Bajé para ayudarlo a enderezar su caravana.

Randi Johansen miró la hora. Ewald Hjertnes la observó.

–Como dije, llevo aquí desde principios de junio. Tengo que estar muy pendiente. No se gana mucho con un camping.

–Seguro que no. Hablaremos con todos los vecinos y citaremos a los que creamos que tienen algo que contar.

–No tengo nada que aportar. Sólo estuve en casa unas horas una semana antes de que la empujaran. Yo vivo en el segundo, ella en el séptimo. No la conocía. Tengo que estar aquí. He visto su foto en los periódicos, eso es todo. Y por supuesto que he visto su nombre en el buzón. He visto su cara, pero podría haberme encontrado con ella por la calle sin saber quién era, ¿comprendes?

–Lo entendemos –dijo Marian Dahle–. El portero y tú sois buenos amigos, ¿no es cierto?

–Sí, conozco a William desde la infancia. Fue él quien me consiguió el apartamento –Ewald Hjertnes sacó con gesto nervioso un cigarrillo de un paquete, se lo metió en la boca, pero no lo encendió.

La autocaravana estaba pulida hasta brillar y bien situada entre una caravana y una tienda para cuatro. Las gaviotas se deslizaban por la superficie del agua y gritaban afónicas. La playa rebosaba de gente. Niños que corrían, jóvenes y mayores. Las risas y las voces se mezclaban con las olas que batían contra la arena. Dos niños de unos 10 años se tiraban cubos de arena.

Marian Dahle sintió que el sol le picaba en la cara. El sudor corría desde su nuca hacia la espalda. Se dio la vuelta y llamó levemente a la puerta de la autocaravana. El hombre que abrió la miró con curiosidad.

–Disculpe, mi colega está hablando con otras personas allí abajo –dijo señalando con la cabeza a Randi, que estaba de espaldas, junto a una tienda, mirando al interior de un coche–. Tengo entendido que eres el hermano de Ewald Hjertnes.

–Sí –dijo, saliendo a la luz del sol. Dejó la puerta abierta–. Lo soy –le tendió la mano. Ella la aceptó.

–Es una caravana estupenda.

–Sí, disfruto mucho aquí. ¿En qué puedo ayudarte?

Marian levantó las manos a modo de visera. Ewald Hjertnes era más guapo que su hermano, pensó mientras le explicaba brevemente el asesinato de Stovner y que debían comprobar la coartada del portero.

–No deja de ser un procedimiento formal, ya sabes, el trabajo policial es...

–Sí, sí, sí –el hombre suspiró profundamente–, pequeñas piezas que hay que encajar. William estaba aquí aproximadamente a la hora que dices. Eso me parece. Pero uno no se pasa el día mirando la hora en verano. Había estado en Moss. En la tienda que llevo. Iba a ver si habían llegado unas botas. Las había encargado para William. Pero no habían llegado, así que... lo que pasa es que últimamente Ewald está... últimamente, distraído.

–¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

El móvil sonó en su bolsillo. Marian contestó y se dio la vuelta.

–Hola, Cato –dijo mirando su reloj–. Astrid Wismer... de acuerdo, liberado. Bien, vale. Dentro de diez minutos vamos de vuelta –Randi Johansen venía hacia ellos–. ¿Qué quieres decir? –repitió mirando al hermano de Ewald Hjertnes.

–No, nada –dijo, y se pasó la mano por la mejilla.

–Deberían haber venido en un coche civil –dijo Ewald Hjertnes cuando el

coche de policía se alejaba del camping. Frunció el ceño—. No es precisamente buena publicidad para nosotros.

—La gente de aquí no sabe de qué se trata —dijo William Pettersen y le dio una profunda calada al cigarro.

—Eso es, precisamente, la gente no sabe que una señora de Stovner la ha palmado. Creen que pasa algo *aquí*.

—Pero no es así, a lo mejor la gente piensa lo contrario, ve el coche patrulla como algo seguro. A la gente le gusta la seguridad.

—Por cierto, ¿a qué hora te fuiste de Stovner el lunes?

Ewald Hjertnes se agachó y levantó un cubo de agua. Se fijó en que Julie y Shira corrían hacia el lavadero con sus bikinis. Lilly se había hecho cargo del quiosco.

—Me fui de Stovner un poco antes de las nueve. ¿Por qué me preguntas eso? —William Pettersen le miraba.

Ewald Hjertnes se dio la vuelta y dejó caer un trapo en un cubo de agua. Luego dijo:

—Esas malditas gaviotas han vuelto a cagar en la barandilla.

Randi Johansen pisó prudentemente el acelerador y salió despacio del camping.

—¡Qué bien que Cato nos haya avisado de que Astrid Wismer estará en la comisaría dentro de una hora! ¿Llegaremos a tiempo?

—A William Pettersen puede haberle dado tiempo de estar de vuelta aquí a las diez perfectamente —dijo Marian abriendo un paquete de caramelos—. Ewald Hjertnes le da coartada a su amiguito, pero a la vez... son unos minutos. No sé... ¿Quieres un caramelo?

—No, gracias. Tiene coartada, pero no es del todo segura. Por cierto, ¿has oído que Ellen tiene hipertensión?

—No me interesa mucho la tensión sanguínea —Marian dio un último trago a la botella de agua, se metió un caramelo en la boca y se inclinó para rascarse la pantorrilla.

Randi metió segunda.

—Casi parece que ha planificado esa coartada. Sabía exactamente a qué hora llegó. Y eso de que pasó por la gasolinera...

Marian Dahle dejó la botella de agua vacía en el suelo, entre sus piernas.

El coche de policía estaba a tan sólo veinte metros de la entrada cuando dos chicas salieron del seto verde oscuro que había un poco más adelante. Iban en bikini e hicieron señas para que el coche parara.

—¿Tú te pones bikini, Randi?

–Sí, claro. Quiero ponerme morena.

–Cuando estoy desnuda frente al espejo y me miro, tengo que reírme – Marian hizo una mueca–. Tengo un aspecto bastante gracioso, pero lamento decir que no tengo ganas de que otros compartan esa alegría.

Randi frenó y Marian bajó la ventanilla de su lado.

La rubia se agachó y miró al interior del vehículo. Puso las manos sobre sus rodillas.

–¿Estáis aquí por lo de la rejilla? –dijo falta de aire.

Marian la miró sorprendida:

–¿Qué rejilla?

–Lilly está segura de que alguien la mira por una rejilla. No se atreve ni a salir a la hora de comer porque no sabe quién es.

–¿Quién es Lilly? –Marian observó los minúsculos bikinis. El rojo de la morena y el rosa de la rubia.

–La que trabaja con nosotras. Es bastante callada, muy maja. Se acercó a vosotras hace un rato.

–Ah, la del vestido floreado –Marian pensó en la chica frágil de pelo castaño.

Las chicas asintieron.

–Acaba de relevarnos en el quiosco para que pudiéramos venir corriendo a hablar del peligro. Quería que se lo dijéramos a la policía. Creía que veníais por ella. No le gusta que los hombres la miren.

Marian Dahle sonrió.

–¿Cómo os llamáis?

La rubia se señaló:

–Yo me llamo Julie y ella se llama Shira.

–Si eso es un problema, ¿no podéis decírselo al dueño del camping? Es que nosotras no trabajamos con ese tipo de casos exactamente. Y cuando una se viste así... –indicó los bikinis con un gesto.

–¿Pues entonces qué? –la rubia la miraba fijamente.

–¿Qué quieres decir con que hay hombres que la miran?

–Mi madre me ha contado que alguien murió aquí cuando ella era joven. Una chica que trabajaba aquí.

–¿Cuándo fue eso?

–En algún momento de los años setenta. La violaron y asesinaron, y luego la metieron en un barco y la hundieron en el mar. Encontraron su vestido en el bosque. Lleno de sangre. Lo ponía en el periódico, me lo contó mi madre.

Marian se dio la vuelta y miró a Randi. Levantó una mano del volante y señaló su reloj.

–Dentro de una hora tenemos que interrogar a Astrid Wismer en la comisaría. Es justo lo que nos queda de camino.

Marian Dahle volvió a inclinarse hacia la ventanilla.

–¿No podéis hablar con el que lleva el camping? –repitió–. No os obsesionéis con algo que ocurrió hace 30 años. Si hay un mirón por aquí, será mejor que aviséis a la policía local. Os puedo dar un número de teléfono. Cero, veintiocho, cero, cero. Así contactaréis directamente con vuestros policías locales.

–No tenemos dónde apuntar nada –dijo la morena–. Y además, Ewald Hjertnes... está todo el rato mirando a Lilly. Casi como si estuviera enamorado.

Las chicas se miraron, se encogieron y se echaron a reír histéricamente. Marian Dahle subió la ventanilla e indicó con un gesto del brazo a Randi que siguiera conduciendo.

Astrid Wismer toqueteaba un pañuelo con una rosa bordada. Estaba en la sala de interrogatorios blanca. Llevaba una blusa azul satinada y una falda verde. El bolso estaba sobre sus rodillas. Tenía un gesto extrañamente tenso alrededor de la boca.

Randi Johansen encendió la pequeña grabadora, echó agua de la jarra en los tres vasos y tomó asiento junto a la ventana.

—Ésta es tan sólo una conversación, señora Wismer —Marian Dahle se rascó el brazo—. Podemos muy bien llamarlo una conversación, pero oficialmente tenemos que interrogar a todos los que han tenido algo que ver con ella. Te estamos agradecidos por habernos ayudado a reconocerla. Las marcas de los antebrazos indican que puede haber ocurrido algo antes. Estamos obligados a llegar al fondo de la cuestión. Y, por supuesto, ése es también tu deseo. Debes intentar recordar al hombre del banco. Es muy importante.

Marian Dahle se inclinó un poco hacia adelante y miró fijamente a los ojos de la anciana. Un pensamiento vago vibraba en su subconsciente. Notaba el olor característico a residencia de ancianos que desprendía la ropa de Astrid Wismer, y se acordó, de pronto, de que debía comprobar qué había pasado en Rødvassa en los años setenta. Si es que era cierto lo que habían dicho las dos chicas.

—Britt Else Buberger tenía hijos.

Astrid Wismer inclinó la cabeza:

—No —dijo con voz queda—. Y ese hombre del banco creo que era alguien a quien conocía de mucho antes.

—¿Sabes de qué? Un testigo ha dicho que tenía el pelo gris.

Hubo un brillo repentino en los ojos de la anciana. Un pequeño sonido se abrió paso por su boca cerrada.

—La verdad es que no lo recuerdo. No quiero estar aquí sentada contándoos cosas que sólo os van a desconcertar. Está muerta. No tiene ningún sentido. Se ha terminado.

—Britt Else Buberger tenía hijos —repitió Marian Dahle con firmeza.

Astrid Wismer levantó la cabeza y la miró.

—No —repitió—. Tiene que ser un malentendido.

—Un malentendido. ¿Por qué lo dices así? En todo caso había dado a luz, a un niño o a varios —Marian Dahle se había tomado un poco de pan con queso de cabra a toda prisa justo antes del interrogatorio. Todavía tenía en la boca su sabor pegajoso y dulce. Astrid Wismer estaba completamente inmóvil. Casi no

respiraba. Puso su mano arrugada sobre la mesa—. Tampoco la conocerías *tan* bien, ¿no? ¿Tenía necesariamente que habértelo contado todo?

—No lo sé...

—¿Cuánto hace que la conociste?

—Hace unos seis años, creo, algo así.

Randi Johansen la miró:

—Sabemos que te estamos dando mucho la lata, señora Wismer, pero eres la única que puede ayudarnos. Seis años no son tantos. Tuvo una larga vida antes de eso. Vivió en un hospital durante varios años, antes de que la trasladaran a otro. ¿No puedes intentar recordar algo que te haya contado? ¿Algo que le diera miedo?

Marian Dahle fue derecha al grano:

—Tenemos una hipótesis de que Britt Else Buberger le tenía miedo a algo.

—¿Y a qué iba a ser? Al contrario, estaba muy contenta...

—Ah, ¿sí?

—Sí, ahora estaba muy contenta.

—¿Por qué lo dices así? ¿Había ocurrido algo?

—Creo que... era feliz. Esto no tiene ningún sentido. Está muerta.

—Dijiste que no fumaba. Aun así creemos que lo hizo esa noche. Puede indicar que necesitaba calmar sus nervios.

—No fumaba —repitió Astrid Wismer.

Marian Dahle cruzó una mirada con Randi Johansen. Marian también había intentado eso, negar que fumaba. Pero Randi se había tropezado con ella varias veces y la había pillado.

—Pero es que realmente pensamos que esa noche Britt Else Buberger fumó —repitió Marian.

—No —mantuvo la anciana con decisión.

—Tendremos los resultados de las pruebas de ADN en unos días, entonces veremos.

Astrid Wismer negó con la cabeza:

—La música del piso de abajo le molestaba. Y el perrito.

—No creemos que esto de que hubiera dado a luz sea necesariamente importante —dijo Marian Dahle—; en realidad no le atribuimos ningún significado. Pero esas estancias hospitalarias...

—No sé nada de ninguna hospitalización. Nunca me dijo nada de eso.

—El problema es que no tiene familia alguna. Es extraño que no te contara nada...

—Puede haber perdido un niño en algún momento. Creí que la conocía, pero... ¿tiene importancia?

Marian Dahle tomó un trago de agua.

–Tenemos que saber más de ella. ¿Y tú? No tienes familia, ¿o amigos?

Astrid Wismer la observó con tristeza.

–Mi marido no tenía hermanos. Murió hace diez años. Yo no tenía primos ni primas. Nuestra familia siempre ha estado llena de hijos únicos. En realidad sólo me queda una antigua amiga, Margaret Jørp. Pero hace mucho tiempo que no la veo.

–¿Por qué no? –Marian Dahle retuvo el nombre y se fijó en una rama que oscilaba frente a la ventana. Un nombre pasó una décima de segundo por su conciencia.

Era un nombre que había visto. Algo que no cuadraba en uno de los faxes remitidos desde Suecia. Cerró los ojos, pero el recuerdo se fue aleteando.

–¿Por qué insistís en dar la lata con eso?

La voz de Astrid Wismer la trajo bruscamente de vuelta a la realidad.

–¿Por qué no puedo simplemente estar en paz? Sólo soy una anciana solitaria. Una de las enfermeras me dijo que habéis conseguido mis huellas dactilares. ¿Por qué?

La idea surgió de pronto como una especie de venganza. Marian Dahle estaba en el pequeño salón de la segunda planta de la calle Hesselberg, y miraba los paquetes planos de los muebles. Se haría un despacho en casa, ahora que precisamente se había comprado el escritorio. Antigüedad, ya. No se trataba de eso para nada. Se trataba de compartir los beneficios y escuchar. ¿Por qué iba Cato Isaksen a tener esa pista de baile para él solo? Se acercó a la ventana y observó el patio vacío. Algunos tramos del muro estaban cubiertos de pintadas muy poco profesionales. Un gato se deslizó por el agujero de la cerca de madera que lindaba con el bloque vecino. Desplazó una de las butacas hasta el centro de la habitación para dejar sitio para el escritorio, se levantó, fue al dormitorio y estiró una manta sobre la cama sin hacer. En la calle veía gente en bici o con carritos de bebés, perros que husmeaban y niños corriendo. Pensó que el verano era una estación abstracta. El cielo no tenía color. Prefería el invierno. Prefería estar en paz en la oscuridad.

Astrid Wismer la había llamado antes, insistiendo en el tema de las huellas dactilares, y preguntado por qué Cato Isaksen se había llevado ese vaso. Marian le había explicado que tan sólo era para descartar las huellas que encontraran en el piso de Britt Else Buberger. Que buscaban huellas que no pudieran identificar. Huellas desconocidas, que pudieran ser una pista.

Birka se acercó a ella, olisqueó su pantalón. Le acarició distraídamente el lomo y se decidió a organizar el pequeño salón como una oficina casera. Así podría trabajar en casa por las noches. De este modo no tendría que alargar las tardes en la comisaría ni estresarse por Birka.

Trabajar con la muerte era especial. Todo el tiempo se veía obligada a ver el reverso de la vida. Cuando era pequeña, las discusiones de sus padres la despertaban constantemente. Ya entonces la certeza de que vivir era peligroso se había establecido en su interior como un mantra. Y *veía* todo. Suponía que era eso lo que quiso decir el psicólogo al explicar que detectaba todos los fingimientos, también los suyos propios.

Se llevaría documentos a casa, construiría ese archivo del que habían hablado Randi y ella. Era ilegal llevarse a casa documentos así. Eran originales y se podían extraviar. Pero nadie lo sabría. Cato Isaksen podía pudrirse en su rincón soleado. Cato's Corner, lo había llamado con mucho acierto Tony. Cuando hubo digerido la idea, sintió que era una obsesión construir una especie de archivo donde pudiera relacionar casos antiguos y nuevos. De esa manera

siempre podría llevarle la delantera a Cato. Había colgado una lista en la nevera con papel celo. Allí decía que sería diligente y haría lo que tenía que hacer, *cuando* tuviera que hacerlo. Decía que trabajaría correctamente y ganaría tiempo. Y que tendría rutinas eficientes y no tendría miedo a pensar de forma innovadora y productiva. En realidad no necesitaba más que un escritorio y un ordenador. Pero quería hacerlo a la antigua, imprimir documentos, ponerles fecha y archivarlos en carpetas y archivadores. De pronto, se sintió emocionada. Empezaría con el nuevo caso. Le pediría a Irmelin Quist, de administración, que sacara documentos del archivo. Empezaría ya, al día siguiente. ¿Por qué no? Echó una mirada al reloj.

–Ven, Birka –le dijo a la perra que estaba tumbada en uno de los sillones–, nos vamos a Ikea a comprar una cajonera con cerradura.

Mientras conducía, pensó en el caso de la caída. Repasó los hechos en orden cronológico. Empezó con el lavadero, se imaginó lo que podía haber pasado allí abajo. Y luego, lo sucedido cuando el hombre se metió en su apartamento, y cuando la empujó. ¿Pero por qué había cerrado la puerta tras él? Se trataba sólo de un acto reflejo en una situación de estrés, ¿o era una señal?

Por el retrovisor vio que Birka se ponía de pie en el asiento trasero.

–¡Tumbate!

Aunque los documentos más importantes del caso Buberger estuvieran en sótanos de oficinas y hospitales de Suecia, podía dejarlo todo listo. Ya era bastante extraño que Buberger hubiera pasado más de cinco años en un hospital normal. Pero luego la habían trasladado a un lugar llamado Sahlgjårda, y parece ser que ése era un psiquiátrico. Todavía existía.

De pronto, la imagen de su madre en la silla de ruedas apareció ante ella. ¡Qué infeliz parecía, qué mayor! Las frases bien construidas, el idioma que ella no entendía, que al principio eran un medio que utilizaba para atarla a ella. Su madre, que la alababa cuando era capaz de imitar el sonido de un animal. Sólo entonces recibía elogios. Su madre se había convertido en una anciana. Tal vez sabía más de niña que ahora. El muro que había levantado a su alrededor no era tan sólido como creía.

Cuando su *coach*, al que en broma llamaba tío E., todavía trabajaba en Helsingborg, antes de que trasladaran la policía judicial a Bryn, ella en una ocasión echó a andar para llegar hasta él. Fue por el arcén de la carretera y por encima de los pasos elevados. Empezó a llover. Cuando llegó, estaba calada. Dos días más tarde sucedió lo espantoso. Fue él quien finalmente la ayudó a salir de allí. Después de eso, no había vuelto a ver a sus padres, no hasta ahora. Intentó respirar con normalidad, despacio, profunda y tranquilamente. Notaba cómo

subía su tensión con sólo pensar en ello. Birka volvió a ponerse de pie en el asiento trasero.

–¡Túmbate! –chilló, cerrando los ojos por un momento. Vio una gran superficie negra tras sus párpados. Y una cuerda delgada sobre una rotonda. Alguien caminaba por la cuerda. Era ella misma. Una persona, una persona minúscula.

Consiguió arrastrar la cajonera hasta el portal. Pero no sería capaz de subirla por las escaleras. Se quedó mirándola. Había visto una foto del lugar del crimen en la que aparecía el armario de las llaves del portero. También era de un gris metálico, como su cajonera. Se acercó a cambiar de sitio la maceta de una tomatera que estaba en medio de un charco producido por la lluvia del día anterior. Las familias jóvenes con niños decoraban y ponían un montón de fruslerías. Apartó un cochecito de niño con la funda rajada. Un hombre joven entró en el patio. Llevaba gafas con montura de acero, gorra con visera y pantalones caídos. Cuando le vio de cerca, le reconoció. Era el que alquilaba el piso del primero junto con otros dos hombres jóvenes. Hacía unos meses que se habían mudado.

—No querrás creer que tuve que alquilar un remolque —empezó—, era demasiado ancha para el maletero. Te doy 500 coronas del ala si lo devuelves por mí; y si me ayudas a subirla, también te llevarás una sonrisa.

Muy arriba, sobre los tejados, el cielo del anochecer estaba gris.

—¿El remolque? ¿Ahora, esta noche? ¿Dónde? —el joven la miraba sorprendido.

—Sí, 500. No tengo tiempo de llevarlo esta noche. Es del Ikea de Slependen.

—Si dices lo del dinero en serio..., pero lo quiero antes de irme.

—Te las daré en cuanto me ayudes a subirla. Aquí tienes las llaves del coche. Puedes dejarlas en el buzón cuando vuelvas. Pone Dahle.

Cuando terminaron de subir la cajonera, y el joven se marchó con el coche, el remolque y el billete de 500 coronas, Marian se sentó en el último escalón y respiró aliviada. Tenía el rostro congestionado y se pasó un pañuelo de papel por la frente y las mejillas. Se levantó y entró en casa. Dejó la puerta abierta. Birka husmeaba por el patio. La veía a través de la puerta abierta. Abrió la ventana. Observó el patio y oyó los coches que pasaban por la calle. Decidió esperar al día siguiente para empezar a montar los muebles. No era cosa de un momento, y ya temía descubrir todo lo que faltaba. Porque siempre faltaba algo.

Para empezar por alguna parte, pediría a la secretaria que retirara los documentos relativos al viejo caso de Rødvassa. Si es que era cierto lo que habían dicho las dos chicas. Que hacía muchos años habían violado y matado a una joven.

—A primera hora de la mañana —se dijo a sí misma y echó un vistazo a su

alrededor. Al pequeño salón le vendría bien una mano de pintura. El sofá estaba lleno de cortísimos pelos de perro, y había una gran mancha de café que no conseguía quitar. La habitación estaba abarrotada, alguna de las cosas viejas tendrían que desaparecer. A lo mejor las dos butacas que hacía años que tenía. No necesitaba dos sillas, nunca tenía visita. Compró las butacas años atrás en un ataque de optimismo exagerado. Pero Birka solía tumbarse en una de ellas. Ahora tenía una nueva tumbona para perros. Todavía estaba en el recibidor. Le quitaría el plástico inmediatamente. ¿Y si volvía a sobornar al imberbe del primero otra vez? Seguro que se llevaría con gusto todo aquello de lo que se quisiera deshacer y todo el embalaje de los muebles de oficina si le pasaba algo de dinero.

Estaba agazapado en el pequeño altillo de la minúscula habitación del lavadero. Era domingo, 29 de julio. No le gustaban los domingos. Eran largos y estaban vacíos. Incluso ahora, en pleno verano, los domingos se diferenciaban del resto de los días. Se tumbó en la postura habitual y puso los codos sobre la pequeña y áspera superficie de madera. Sus codos estaban rojos y rugosos a causa del espionaje. Su rostro aparecía serio y concentrado. Se acercó al respiradero, sopló con cuidado sobre las rendijas.

Escuchaba, medía los sonidos, los archivaba e interpretaba. Estaba dormida boca arriba. Respiraba silenciosa. La veía a la tenue luz de la farola de la puerta que se abría paso entre las cortinas y teñía su rostro de blanco. Su vestido colgaba de una percha en un gancho de la pared. Pronto todo habría terminado. Porque esta vez sí que lo llevaría a cabo. Lo había reconstruido todo en su cabeza, una y otra vez. Quedaban pocos días. La haría salir de la cabaña, bajar por el sendero, hacia el agua. Al mismo sitio. Tal vez mañana o pasado mañana. Pronto todo habría terminado. No debía llevarlo demasiado lejos, porque entonces él sería la víctima. Iba a vivir el resto de su vida en paz. Se desharía de la imagen de su madre, rompería el vaso, lo tiraría.

Escuchó, formó un embudo con los labios y silbó bajito. Como había silbado ese hombre a su madre. Deseaba que llegara el momento en que Lilly viera quién era. Unos segundos, sus ojos encontrándose antes de que todo acabara.

Qué tonta era pensando que estaba a salvo: que la policía había venido por su causa. El coche de la policía se alejó con las dos señoras que no se habían creído la historia. Pero si no había ninguna historia. No había pasado nada. Echó una mirada al respiradero. Su imagen era malvada y desagradable. Sabía que estaba allí. Alguien la contemplaba. Alguien que esperaba. Que la veía.

Esa tarde el hombre de la moto se había probado sus botas nuevas junto a la caseta de la recepción. Julie se había echado a reír. Los tres hombres la observaron. El hombre de la moto le preguntó de qué se reía. Lilly cerró los ojos con fuerza. Todo pasaba por su cerebro. La risa alterada de Julie y la voz agitada de Shira. La sombra del respiradero se dividió por la mitad y se transformó en dos. No debía dormirse. Cuando finalmente terminó por hacerlo, soñó que la arrastraban de espaldas por una escalera y por un largo pasillo. El suelo raspaba sus talones. La arrastró tras él, se abrió la chaqueta y la llevó en brazos hasta el bosque.

Irmelin Quist estaba orgullosa de haber sido administrativa en el departamento durante veintidós años. Funcionaria, se decía hoy en día. Tenía debilidad por Cato Isaksen y Roger Høibakk. Asle Tengs también era agradable. Y Randi Johansen. Tony Hansen era divertido. Pero, por el contrario, no sentía mucho aprecio por la recién contratada Marian Dahle. Tenía aires de superioridad. Así lo sentía Irmelin. No era algo que dijera o hiciera, era su manera de ser. Seguro que era una investigadora competente, y era la maldita obligación de Irmelin hacer lo que los investigadores le pidieran. Hoy, Marian Dahle se había presentado con dos recibos y le había pedido que sacara dos viejos dosieres del archivo principal. Caso: «Camping de Rødvassa». Llevaban el número 1026/72, informes 1 y 2.

Irmelin comentó que era mejor que lo autorizara Cato Isaksen, pero entonces Marian Dahle se había crecido como un urogallo. Dijo que era urgente, que iba al entierro de la víctima. Y al día siguiente se marchaba a Suecia con Cato Isaksen. Había rematado diciendo que no tenía tiempo para pijerías.

Pijerías, no te fastidia. Como si Irmelin se entretuviera con pijadas. Eso sí que era que te soltaran el rollo. ¿No querría insinuar que no era buena en informática? Irmelin se había pasado las manos por su conjunto de chaqueta y jersey gris con gesto nervioso. Eran tantas novedades... No quería de ninguna manera que Marian Dahle se quejara de ella. No es que tuviera nada en contra de buscar los dosieres u obedecer órdenes. No dejaba de ser su trabajo. Pero había algo en los modales de Marian Dahle. Y algo en su mirada. Había dicho que Irmelin debía entregarle directamente a ella los archivos retirados. Por supuesto que Irmelin lo entendía, que las copias no eran para Cato Isaksen, cuando era ella quien venía en persona a solicitarlas. Pero, aun así, ¿por qué estaba tan tensa? Irmelin tuvo la impresión de que estaba haciendo algo cuestionable. Pero por supuesto que no era el caso.

Para rematar, Marian Dahle había producido algo parecido a una sonrisa mientras decía:

–Sólo es que no quiero molestar a Cato Isaksen con esto.

Luego vio la vieja fotocopidora que había en el suelo. Preguntó si la iban a tirar. Irmelin se encogió de hombros.

–Tenemos una nueva. ¿La quieres?

Marian asintió con un gesto, se agachó y desapareció del despacho con la fotocopidora en brazos.

Irmelin ya había estado en el archivo central y retirado los dosieres. Marian

Dahle solicitó dos. Pero había más. Les había echado un disimulado vistazo. Las carpetas contenían información sobre un asesinato en un camping. Algo de una chica joven asesinada. En 1972. Hacía treinta y cinco años. ¿Qué quería hacer con eso?

Cato Isaksen le sonreía. Iba camino de la máquina de café que estaba al final del pasillo.

–¿Va todo bien, Irmelin?

–Va bien –respondió–. ¿Sigues de Rodríguez?

–Sí, y hablando de eso... Irmelin, ya que te tengo aquí. Petunias, ¿es demasiado tarde para plantarlas? Tengo que llenar dos jardineras bastante grandes.

–Huy, sí. Y tampoco creo que las consigas. ¿Vas a plantar flores nuevas ahora? En unos días estaremos en agosto.

–Bente volverá a casa pronto. Voy a arreglar las jardineras y la terraza que hay detrás de la casa. Unas jardineras bastante grandes que están en el suelo.

–Qué hábil eres, Cato. Sabes hacer de todo, tú.

–Qué va –él sonrió.

Ella se recolocó un poco la blusa blanca.

–¿Y qué te parecen unas dalias? Son preciosas, pero un poco difíciles de conseguir. ¿Por qué no te pasas esta tarde y te desenterraré unas cuantas? Tengo por lo menos cincuenta en mi jardín. Son muy coloridas y aguantan hermosas todo el otoño. Las tengo de todos los colores: amarillas, rojas y anaranjadas –le sonrió–. Bueno, si quieres.

–Sí, genial –Cato Isaksen se agachó y le dio un beso en la mejilla–. Gracias, Irmelin.

Marian Dahle vio a Cato Isaksen hablando con Irmelin Quist al fondo del pasillo. Pobre de ella como dijera algo de los documentos. Estaban sobre su escritorio. Echó un vistazo al reloj. Le daría tiempo a pasar por casa con los archivos antes del entierro, que era a la una, si se daba prisa. Esa mañana se había levantado a las seis y había empezado a montar la mesa. Ahora tenía dos horas hasta salir hacia la iglesia de Nordberg. Tiró las carpetas sobre el asiento del copiloto. Eran informes de la investigación y recortes de prensa relacionados con el asesinato en Rødvassa en 1972. Irmelin Quist le entregó las carpetas con gesto serio. Como si ella decidiera qué informes podía retirar Marian. Bruja, pensó. Claro que ese asunto no tenía nada que ver con el caso Buberger. Pero puesto que había proclamado a los cuatro vientos la importancia de archivar y

relacionar los casos unos con otros, bien podía empezar con éste. Cuando las dos chicas en bikini detuvieron el coche y les hablaron del antiguo asesinato, pensó inmediatamente que era una ocasión perfecta para iniciar su proyecto. Deseaba unificar los métodos, como había intentado explicarles a los demás unos días atrás. Randi estaba mentalizada para lo mismo. Cato Isaksen opinaba que no tenían tiempo. Y era verdad que no lo tenían. Cuando abrió la puerta de su apartamento y mandó a Birka al salón, ya eran cerca de las diez y media. Se abrió camino entre cartones y plásticos. Fue a la cocina y tiró los archivos sobre la mesa. Tenía que dejar montado el maldito escritorio esa misma tarde. Y el armario, las estanterías y la nueva silla de oficina. ¿Cuál era la razón para empaquetar las cosas tan jodidamente bien? La gente podía hablar de contaminación todo lo que quisiera, pero habría que empezar con los embalajes.

El tapiz dorado de Jesús y sus discípulos brillaba tras el altar, a la luz de la ventana. El aire de la vieja iglesia de cemento de Nordberg era denso, con un leve olor a moho.

Astrid Wismer estaba en la primera fila, con las mejillas húmedas, entre dos enfermeras. Sus manos estaban fuertemente unidas. Cato Isaksen tenía astillas de considerable tamaño clavadas en un dedo. Le dolía. Era esa maldita terraza. Marian tomó su mano y la observó.

–Tienes que sacarte eso –susurró.

Asintió y miró fijamente las nuca de los que estaban sentados en la fila de delante. Reconoció tanto a la enfermera bajita de pelo rubio como a la pelirroja con acento de Stavanger. Había hablado con la funeraria el día anterior. Le informaron de que Wismer insistía en pagar a tres cantantes para que entonaran los salmos. Ahora, mirando a su alrededor, pensó que estaba bien, porque había pocas personas que se hubieran acercado a la amplia iglesia. Sólo estaban dos vecinas. Una era la de abajo, la dueña del perrito. La del pelo negro con una mecha morada. Estaba sentada en el lado opuesto. Y la vecina de la puerta de al lado también se encontraba allí, con su hija. Parece ser que se llamaba Elianne. Un nombre bonito, pensó Cato. Se lo mencionaría a Roger y Ellen.

Marian Dahle miraba fijamente el féretro y el modesto adorno floral en naranja y amarillo. Pensó que en los entierros las flores deberían ser blancas. El órgano empezó a sonar. Entró el sacerdote. Se acercó y saludó levemente con la cabeza a Astrid Wismer. La ceremonia ya se había iniciado.

–El Señor esté con vosotros –empezó–. Estamos reunidos hoy aquí para decir adiós a Britt Else Buberger. Los caminos del señor son inescrutables...

Marian aguzó la mirada para ver qué ponía en la cinta de las flores. «Un último saludo a Britt Else Buberger del Centro Stovner», decía una. En la otra, con letra gótica, «Te echo de menos. Tuya, Astrid». Marian vio los dos pequeños ramos que había a cada lado del féretro. Uno era un ramo infantil de florecillas silvestres de verano. Seguro que de la pequeña que estaba sentada al otro lado del pasillo. La niña se agachó y asomó la cabeza. De pronto, Marian recordó una foto de ella misma cuando era pequeña. Era delgada y fibrosa, con el pelo liso y negro. Estaba tomada desde atrás, y parecía un chico con sus caderas rectas y estrechas, el culo casi plano y las piernas musculosas. Había encontrado la manera de desaparecer, un lugar imaginario donde la realidad se terminaba si miraba fijamente a algo, una silla, una mesa, los dibujos de una cortina. Era su manera de sobrevivir.

–Deberíamos haber traído un ramo, casi no hay flores –susurró a Cato Isaksen, manteniendo la vista fija en la cinta de seda que llevaba impreso el nombre de la víctima. Achinó los ojos y separó las letras. Volvió a cerrarlos y abrirlos. Britt Else Buberger. ¿No habría sido mejor poner las iniciales B.E.B. o B.E. Buberger? B Else Bub... Belsebub. Se quedó helada. El nombre de la fallecida podía leerse como el nombre del demonio. No podía pensar cosas así en una iglesia. Pero aun así no fue capaz de evitarlo. Ahora se había quedado enganchada a ese pensamiento. La maldad tenía tantos nombres. El Demonio, Satán, el Maligno, Belcebú. Cato Isaksen se volvió hacia ella cuando el sacerdote les pidió que se pusieran de pie para rezar:

–¿Qué pasa?

–Nada –respondió mientras se fijaba en que los dos empleados de la funeraria tomaban asiento en los bancos, seguramente para hacer bulto. El padrastro de Suecia no había aparecido. Asle Tengs había hablado con él. «Será ese padrastro quien la heredaré», pensó Marian Dahle. Al fin y al cabo era el único.

El sacerdote les pidió que volvieran a sentarse.

–«Pues no hay nada encubierto que no haya de ser descubierto, ni oculto que no haya de saberse. Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a la luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados. Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehena.»

Cato Isaksen susurró bajito, soplando levemente en su oreja:

–Como si fuera tan fácil... Astrid Wismer ha pagado para que alguien cante.

–Eso está bien. Aquí no hay casi nadie –observó las nuca de los que estaban delante de ella. El sacerdote hablaba y hablaba...

–«Caminaré por el valle de las sombras y no temeré mal alguno, pues el Señor está conmigo.» Y ahora cantaremos este bello salmo que os han repartido.

Marian Dahle bajó la vista hacia el pequeño folleto:

Desperté porque el sol me iluminaba,
por la ventana abierta entró la brisa.
La luz y los aromas de verano, todo me llegaba,
y sobre la almohada quedaba la huella de tu mejilla.

Y supe, en el momento en que desperté,
que me ha ocurrido aquello de lo que a veces hablábamos,
y deseo que tengas todo lo que echas de menos
si alguna vez llegas a Samarcanda.

«Gracias al cielo por los tres cantantes profesionales. Si no, habría resultado de lo más embarazoso», pensó Marian mientras cantaba lo mejor que podía. El

texto y la melodía le resultaban totalmente desconocidos. Cato Isaksen estaba a su lado callado como una momia, con el dedo tieso y enrojecido.

Los pájaros cantan, las abejas zumban junto a mí,
y en la hierba brilla el día aún fresco.
Aunque te echo de menos, nada me daña.
Aún llevo conmigo todo lo que me diste.
Está aquí conmigo, todo lo que alguna vez te tocó,
como una mariposa, como una flor en mi mano,
todo lo más bello te echa de menos.
Si alguna vez llegas a Samarcanda.

Tras el entierro, las dos enfermeras que la acompañaban se hicieron cargo de Astrid Wismer.

–No ha sido precisamente un acto festivo –dijo Cato Isaksen.

–Ni mucho menos –añadió Marian.

Los investigadores se quedaron un rato en las escaleras de la iglesia, antes de volver al coche civil de policía. Cato Isaksen abrió y tomó un folleto del asiento trasero. Se quedó de pie junto al coche. Había visto unas fotos de unas jardineras que eran exactamente las que quería poner junto a la terraza. Si no tuviera que hacerlas él, ahorraría mucho tiempo. Las había rojas, marrones o grises. El color gris iba perfectamente con los muebles de jardín nuevos. Si pudiera pasar por un invernadero esa tarde y comprar tierra, podría tenerlo todo listo en poco tiempo. Podía poner los clavos a las últimas tablas y pintar toda la terraza mañana por la noche. A la vuelta de Suecia.

–Pero estuvo bien lo de los cantantes. Que Wismer les pagara, quiero decir –comentó Cato Isaksen. Marian abrió la puerta del copiloto–, deben de haber tenido una relación muy especial –añadió.

–Sí, bueno. Pero no es seguro que Astrid Wismer lo supiera todo de su amiga más joven. Lo del niño, por ejemplo, o lo del hospital. Ven, te sacaré las astillas. Tengo una pinza –hurgó en su bolso, sacó una pequeña carterita y la abrió.

–No creí que llevaras esas cosas de chicas –dijo Cato Isaksen.

–Una pinza no es cosa de chicas. Dame tu mano –cogió su índice, apretó con sus uñas la punta enrojecida del dedo, consiguió agarrarla con la pinza y tiró.

–Mejor no puede hacerse –comentó Cato Isaksen satisfecho.

Marian Dahle volvió a dejar la pinza en el bolso y se puso el cinturón de seguridad. De pronto, recordó que Securitas iría a instalar una alarma en su piso esa misma noche. Pensó en la carpeta que había retirado del archivo. ¿Qué contendría realmente?

A la chica la habían violado y asesinado, metido en un barco y lanzado al agua. Marian miraba el recorte de prensa con la foto borrosa en blanco y negro de un rostro dulce. Un aire oscuro recorrió su cuerpo. Todo lo que las dos chicas en bikini del camping habían contado era cierto. No era tan raro que tuvieran miedo, pero estaba claro que un mirón de 2007 no tenía nada que ver con un asesino de 1972. El escritorio estaba en su sitio del rincón. El armario, al lado, y la fotocopidora que le había dado Irmelin Quist, encima de la mesa, pegada a la pared. Marian vació el contenido del otro archivador sobre la superficie de la mesa y pasó las páginas rápidamente. Eran artículos de prensa y documentación de los interrogatorios. Había diez grandes recortes de prensa del llamado «Caso Hanne Elisabeth». El asesinato había ocurrido en Rødvassa en 1972. La chica tenía 17 años. Leyó rápidamente una página y bostezó hasta hacer crujir sus mandíbulas. El asesino de la joven era Lennart Hoen. Sonó su móvil. Estaba debajo de los papeles. Echó un vistazo al reloj, lo desenterró y contestó:

–Sí, soy Marian.

Astrid Wismer se disculpó. Su voz sonaba débil. Dijo que estaba muy intranquila. Que si había surgido alguna novedad.

–Una de las enfermeras me ha prestado su teléfono. Estoy sentada en la cama. Siento llamar tan tarde.

–No pasa nada –dijo Marian–, son sólo las ocho. No hay ninguna novedad. Nos vamos a Suecia mañana.

–¿A Suecia?

Silencio al otro lado.

–¡Hola! ¿Sigues ahí?

–Siento haberte molestado –dijo Astrid Wismer–. Es sólo que quería tanto a Britt Else –cortó la comunicación.

Marian notó de pronto lo hambrienta que estaba. Su estómago rugía. Fue a la cocina. Echó un vistazo por la ventana. El cielo se contraía, había vuelto a llover. Puso agua en una cazuela, dejó caer medio paquete de espaguetis en el agua fría, encontró un tarro de salsa boloñesa en la nevera. Lo vació en un platito y lo introdujo en el microondas. Sacudió unas migas de la encimera al suelo. Ya pasaría la aspiradora cuando volviera de Suecia. En un momento Birka estaba allí lamiendo las migas. Se preguntaba si el viejo apartamento de sus padres en Stovner habría quedado vacío, o si su padre aún vivía allí. Se podría haber escapado a verle, pobre padre. Ya que estaba por allí. No era seguro que

el pelele siguiera viviendo allí, pero sabía que seguía vivo, si no, la habrían avisado.

–Ve a tumbarte Birka, a tu cama nueva –era molesto que la perra mimada no estuviera interesada en su cama nueva. El jovenzuelo del primero había recogido las dos butacas un par de horas antes. Estaba contento, dijo que les hacían falta, que necesitaban muebles. Birka estaba cabizbaja desde que se llevaron la butaca. Marian se llevó el plato de comida al salón y tomó asiento junto a la mesa baja. Apartó una tira de plástico y una caja llena de cartones y sacó su portátil. Lo encendió mientras comía los espaguetis con un tenedor. Entró en internet y buscó las direcciones de Asuntos Sociales, Asistencia y Tutela en Kristinehamn. Birka estaba a su lado.

–Birka, chica desagradecida. Échate en la tumbona –no tuvo más remedio que reír. La perra parecía completamente perdida. Su ira de esa mañana se había calmado. La desesperación la invadió de pronto. Roger no quería cuidar de Birka. Tuvo que recurrir al tío E.

Después de comer conectó el portátil a la impresora y sacó las direcciones. Los otros faxes que había recibido la esperaban ordenados en una carpeta en el trabajo. Iba a encontrarse con Cato Isaksen a las siete de la mañana del día siguiente. Volvió a bostezar. Salió al pasillo y se abrió paso entre cartones hasta el espejo. Examinó la mitad de su rostro. En una hora llegaría el hombre de Securitas. No podía venir antes. Miró las dos carpetas que estaban sobre el escritorio.

–No puedes limitarte a enredar –se dijo a sí misma– y hacer todo lo posible por irritar a Cato Isaksen –hizo una mueca en el espejo. Era tan importante ganar, ganar todo el tiempo. Que Randi y ella compartieran la misma oficina en realidad no quería decir nada. Sólo que quería transmitir su postura a Cato Isaksen, hacerle ver lo que creía que era importante. Que ella era tan importante como él. Notó el cuerpo de la perra que se apretaba contra ella, se dio la vuelta y miró hacia el armario. Tras la puerta corredera colgaba el abrigo rojo que se había puesto una única vez. Lo compró muchos años atrás. La razón por la que no lo utilizaba era, sencillamente, porque se sentía demasiado guapa con él. No se lo merecía. De pronto, recordó uno de los ejercicios que hacía en la consulta del psicólogo. «Imagínate que estás en una habitación con otros chicos y chicas de tu edad. Te parece que tienes buen aspecto, eres con diferencia la más guapa de la habitación. Habláis de muchos temas y tienes montones de cosas interesantes que decir. Todos te miran. Entonces entra otra persona en la habitación. Es más guapa que tú, va mejor vestida, dice cosas más divertidas. Los demás la miran. Ya no eres el centro de atención. De pronto, toda tu alegría se ha esfumado. Te quedas callada y malhumorada. ¿Por qué pasa esto? La

respuesta es: esto ocurre cuando tu autoestima es buena, pero tu voluntad no lo es.»

Marian dio una patada a un trozo de cartón y se miró en el espejo. Observó el vaquero y el jersey que llevaba puestos. Era una forma de ocultarse. Si tan sólo hubiera sido capaz de volver a utilizar un vestido... El dolor aumentaba. Sus ojos se humedecieron. En realidad no por pena, sino por ira. Tenía miedo. Se alejó un poco del espejo y se concentró en su rostro. La sensación de distanciamiento no la protegía. El tiempo no pasaba, venía.

–No fue culpa mía –susurró–, no pude evitarlo.

Morris Soma le sonrió. Hacía semanas que se fijaba en ella. Se inventó un recado junto a la tragaperras, notó el aroma suave y fresco de su colonia a través del olor a frito. Chupaba intensamente el polo que se había comprado. Llevaba el mismo vestido de verano de la última vez. El floreado. Zapatos rojos en los pies. Su rostro, el cuello y los brazos estaban bronceados. Creía que la amaba. De esa manera en que no debería amarse a una mujer a la que no se conoce, pensó.

Lilly se acercó a la mesa alta de bar que estaba junto a la ventana. Se encaramó a uno de los taburetes de piel negra. Descansó el trasero en el extremo del asiento. Dando la espalda al mostrador, contempló al hombre de color en el cristal de la ventana sin darse la vuelta. De pronto, vio que salía de la barra, hacia ella, y se detenía justo detrás.

Giró la cabeza. La ventana estaba manchada de huellas de dedos grasientos. Vio cómo el hombre de la autocaravana, el de las deportivas blancas, sacaba un bocadillo de uno de los cubos de basura de la puerta. Con el índice y el pulgar arrancaba trozos de pan que lanzaba a las gaviotas. Una criatura pequeña, una niña, fue hacia él con la mano extendida. El hombre le sonrió, le dio un trocito de pan y con un gesto le indicó que alimentara a las gaviotas. Le enseñó cómo debía hacerlo. La niña examinó el pan antes de tirarlo tan torpemente que cayó debajo de un banco. Las gaviotas se fueron volando.

Morris Soma notaba que los zapatos le apretaban mucho, y le dolían los dedos. Bajó el reloj un poco más, hacia su muñeca. Le hacía marcas en el brazo. Se acercó a las estanterías de las galletas y los bollos y empezó a colocar mejor los paquetes. Había trabajado en la gasolinera desde el pasado invierno, cuando se fugó del centro de internamiento de inmigrantes de Trandum. En la gasolinera no pusieron ningún problema para contratarle, aunque no tuviera permiso de trabajo. El dueño le dijo que estaba harto de noruegos vagos. No les daba la gana de trabajar más de ocho horas diarias. Morris Soma trabajaba por dos y no pagaba impuestos. Le daban el dinero en mano todas las semanas y el dueño se ahorra la seguridad social. Entendía que estaba prohibido vivir en las barracas construidas con contenedores detrás de la gasolinera. El contenedor no tenía ni aseos ni ventanas. Pero ¿para qué las quería? Sólo dormía allí. La gasolinera estaba abierta las 24 horas.

Cada noche iba al camping, con la esperanza de verla.

Entró una mujer joven con un niño en brazos. El hombre de la cruz al cuello, el que vivía en la tienda pequeña, iba con ella. El niño tenía una botella de batido de chocolate en la boca. La mujer compró una revista y un refresco.

–Me acabo de acordar de que necesito otra cosa –agarró un rollo de servilletas de papel y lo puso sobre el mostrador–. Por cierto, ¿tienes chupetes? –señaló la boca del bebé. Lilly vio en el cristal que Morris Soma cogía un paquete de una estantería con artículos de aseo.

El hombre de la cruz volvió a salir. Lilly le siguió con la mirada. Observó su pelo largo.

Se encogió. El hombre de tez oscura estaba repentinamente tras ella y se pasaba un pañuelo por la frente sudada.

–Hola –dijo. Lilly notó que le miraba el trasero–. Yo me llamo Morris Soma.

–Lilly –respondió y abrió los dedos sobre la mesa mientras tragaba el hielo del polo que tenía en la boca.

–¿Tú querer que yo...?

–¿Qué?

–Tú querer... –ella le miró interrogante–. Entonces tú Lilly polaca, ¿verdad? Yo conseguido trabajo de... tú tener hermano polaco trabaja en Oslo, ¿no?

Lilly Rudeck asintió brevemente. Su hermano había trabajado en esta gasolinera antes, porque fue él quien le avisó de que Ewald Hjertnes necesitaba ayuda en el camping. Ahora su hermano vivía en una caseta de un solar en construcción en Oslo. Su rostro se iluminó:

–¿Conoces a mi hermano?

–Él dijo que aquí hay trabajo –Morris Soma sonrió– y él dijo que tú, hermana, trabajar en camping. Tú hablar muy bien noruego.

Lilly bajó la vista hasta sus pies. Llevaba zapatos de charol negros. Parecían muy calurosos. Notó que le estaban muy estrechos. Él siguió su mirada y se avergonzó.

–¿Tú quieres comida?

–No –dijo ella, bajó rápidamente del alto taburete y se dirigió a la puerta. El hombre de color levantó los brazos.

–Yo te doy comida. No pagas.

Las puertas se abrieron automáticamente y salió deprisa. El aparcamiento que había frente a la gasolinera estaba desierto. Hacia el oeste tronaba. El sonido de la tormenta estallaba contra las copas de los árboles que franqueaban el camino de grava. Cruzó la carretera principal mientras mordía deprisa trocitos minúsculos del polo que llevaba en la mano. Pasó el hombre de la moto. Paró, puso los pies en el suelo y miró a la derecha antes de poner rumbo a Oslo.

Lilly se quedó mirándole. Empezó a llover y el aire se volvió frío y ventoso.

Del asfalto subía vapor. Los abetos se doblaban, se inclinaban sobre el camino. Estaban negros y mojados. Tiró el resto del polo entre unos helechos. El estrecho camino de grava ya estaba lleno de charcos. Estaba desierto. El olor de piedras mojadas llegaba hasta ella. Lilly se quitó los zapatos, los agarró con la mano y echó a correr.

–Kristinehamn, *here we come* –Marian Dahle abrió la puerta del conductor y tomó asiento. Llevaba en la cabeza el bello salmo del entierro. La melodía daba vueltas en sus pensamientos. *Aún llevo conmigo todo lo que me diste, si alguna vez llegas a Samarcanda*. Echó un vistazo a Cato Isaksen–. No te inmiscuyas en mi manera de conducir o coges tú el volante –Marian Dahle tiró por encima del reposacabezas, al asiento trasero del Opel Corsa civil, la pequeña carpeta de plástico que contenía los faxes, las hojas impresas con las direcciones del hospital, el padrastro y los otros organismos públicos. Estaba preparada para contestar con chulería y no pasarle ni una si empezaba a acosarla con su tono condescendiente.

–No tengo intención de decir ni pío –dijo Cato Isaksen abrochándose el cinturón de seguridad–. Las siete y media –comentó echando un vistazo al reloj–, si le pisas un poco, estaremos allí a la una y media. Encontramos las oficinas, nos dan las copias de los documentos y, si tenemos suerte, estamos de camino hacia las tres o las cuatro. Debería pintar la terraza trasera de la casa esta noche. Como ayer llovió a mares...

Marian Dahle salió del garaje y giró a la izquierda.

–Algo más tardaremos. Ya sabes cómo son los organismos públicos. Nosotros mismos trabajamos para uno. Llevo el fax de la policía de Estocolmo. En él dicen que las instituciones han de colaborar. Por cierto, a última hora de ayer me llegó otro fax, de Västerborre, el hospital en el que Buberger estuvo varios años. Les pedí que me lo mandaran a casa.

–¿Tienes fax en casa?

–Sí, ahora tengo uno. Pero también me han mandado un montón por correo electrónico y por fax al trabajo –añadió precipitadamente–, sólo dicen que no tienen ninguna información sobre la paciente. Son un montón de tonterías. Hablé con ellos hace unos días. Randi también ha hecho muchísimas comprobaciones. Está bien que vayamos, porque es todo un caos.

–Los inspectores de escenarios del crimen han encontrado un jodido montón de huellas dactilares –dijo Cato Isaksen–. Hablé con Ellen anoche. Ahora tendremos que ver si alguna coincide, por ejemplo las del portero. O si hay alguna coincidencia en el banco de huellas dactilares. Los resultados del ADN también estarán mañana o pasado.

Una fina capa de polen se había pegado a la ventana. Marian Dahle puso en marcha el limpiaparabrisas.

–Por cierto, le pregunté a Roger si podía quedarse con Birka las pocas horas

que estemos fuera, puesto que está acostumbrada a él. Pero dijo que no.

Cato Isaksen esbozó una sonrisa:

–Llevas una camiseta rojo chillón, nunca te había visto así antes –estaba ocupado mandando un sms a Bente. Se alegraba de que sólo faltaran unos pocos días para que volviera a casa–. Roger va a ser padre. Tiene otras cosas en las que pensar que en perros. De verdad que no entiendo que no pilles las indirectas de todo el departamento sobre ese animal –envió el sms.

–No hay ningún motivo para que sigas dando la lata. A los demás les parece que está bien. Eres sólo tú quien...

Cato Isaksen se dio la vuelta y la miró con dureza.

–Tranquilo. La tiene el tío E.

–El tío E. ¿Quién coño es ése?

Marian Dahle esbozó una sonrisa.

–Roger está imposible desde lo de Ellen. Pero si la criatura esa no llega hasta cerca de Navidades. Los perros no son peligrosos para las embarazadas. Son los gatos los que están llenos de bacterias perjudiciales y todo tipo de porquerías.

Marian Dahle redujo la velocidad y se incorporó al paso elevado de la Ópera. Giró a la derecha y siguió por la carretera de Moss.

–Por cierto, he olvidado contarte que unas chicas jóvenes que trabajan en Rødvassa nos pararon a Randi y a mí cuando nos íbamos del camping. Creían que una chica polaca, que también trabaja allí, está siendo espiada a través de un respiradero del techo –sonrió levemente.

–¿Y?

–Por la noche, cuando duerme, dijeron. Les dije que avisaran al dueño del camping. Pero claro, puede ser él quien está echando un vistazo. Pero, por supuesto, les expliqué que en todo caso no era un asunto para nosotros.

–Muchas cosas raras en los campings –comentó Cato Isaksen–. Oye, ¿estuviste en Ikea el otro día?

–¿Tú también estabas? –echó un vistazo por el retrovisor.

–Compré unos muebles nuevos para el jardín. Vi tu coche al marcharme.

Marian Dahle se inclinó sobre el volante y observó la matrícula del coche que tenían delante.

–Ése aún no ha pagado el impuesto de circulación. Todavía lleva la pegatina amarilla –estuvo a punto de contarle que era cierto, que realmente hubo un asesinato en Rødvassa en 1972, pero se tragó las palabras. No podía desvelar que se había llevado documentación clasificada a casa. En lugar de eso dijo–: Por cierto, me he documentado sobre Kristinehamn. Parece que es un pueblecito verdaderamente encantador. ¿Sabes que tienen una escultura de Picasso muy famosa?

–No.

–Junto a Vänern. *Les dames des Mougins*. Montones de veleros y una bonita isla cerca que se llama Vålön. Y tienen varios parques grandes. Parece ser que está genial en verano.

–Ahora es verano –dijo él.

Ella esbozó una sonrisa.

–También hay un museo de mariposas.

–Y un par de hospitales –añadió Cato Isaksen.

–Y un par de hospitales –repitió Marian Dahle–. Tal vez la Dirección General de Enfermería pueda darnos algunas respuestas. Puede que hayan reunido todas las historias clínicas. Esperemos que sea así.

Entró una respuesta al móvil de Cato Isaksen. *También echo de menos tu cuerpo*, decía. Sonrió y cerró la tapa.

–De Bente –dijo.

–Todavía no he conseguido hablar con su tutor. Se llama Oluf Carlsson, no nos queda más remedio que presentarnos allí y esperar que esté en la dirección que he encontrado. Parece ser que en Suecia es todo muy burocrático. Perdona, ¿te importa pasarme mis gafas de sol? Estarán en mi bolsa.

Cato Isaksen se giró hacia atrás y revolvió en busca de las gafas. Finalmente las encontró y se las pasó.

–Gracias.

–Tantas formalidades son típicas de los suecos –dijo mientras hacía un poco mayor la rendija de la ventana. Entró una ráfaga de aire que le revolvió el pelo.

Marian sonrió. Parecía un chaval.

–Dediqué varias horas ayer sólo para averiguar con quién tenemos que hablar y en qué estamento –dijo ella–. He hablado con Asuntos Sociales, Tutela de Menores y Sanidad.

–¿Por qué con Tutela de Menores?

–Porque había algo raro. No quisieron comentarlo por teléfono. Dijeron que teníamos que presentarnos en persona. También contacté con la policía local, pero nada. Miré en la red. El Ayuntamiento tiene más de dos mil empleados.

–¡Madre mía! –dijo Cato Isaksen.

El pueblo estaba bellamente situado junto al lago. Después de cuatro horas de coche, dos paradas para tomar café, y tramos interminables de carreteras rodeadas de abetos, amplios campos y granjas pintadas de rojo, el coche civil de policía hizo su entrada en el centro de Kristinehamn. Eran casi las doce y había una actividad frenética en las calles que presentaban una feliz mezcla de casas blancas de madera y nuevas construcciones.

–Varios de esos departamentos están en el 19 de Nya Kyrkogatan –dijo Marian apartándose el pelo de la frente. Se quitó las gafas de sol y las dejó sobre el salpicadero–. Joder, qué calor. Qué calles peatonales adoquinadas tan bonitas. Y tiendas de deportes y galerías de arte una junto a otra. Mira, allí hay un sitio para aparcar. Voy a aparcar. Tú bájate y que te indiquen dónde es.

Cato Isaksen preguntó a una señora con un cochecito de bebé. Señaló calle arriba y dijo que debían girar a la derecha. Abrió la puerta del coche, asomó la cabeza y dijo:

–Pasando la feria, ahí arriba, un edificio de ladrillo rojo lleno de instituciones públicas. Tal vez deberíamos dejar el coche aquí e ir andando.

–Vale. ¿Has visto?, ahí está la comisaría –hizo un breve gesto con la cabeza–. ¿Nos pasamos ahora un momento para que nos den una confirmación de que podemos retirar los documentos que necesitamos? ¿No podrías entrar y arreglarlo mientras echo monedas en el parquímetro?

–Yo me ocupo –replicó mientras se remetía la camisa en el pantalón.

Le esperó junto al coche hasta que regresó. No fueron más de cinco minutos.

–Unos bañistas han tenido un accidente en alguna parte –dijo–. Me ha dicho el de guardia, que estaba atendiendo tres teléfonos a la vez, que todo el personal disponible se encuentra allí. Pero iba a dar aviso y prepararnos las cosas. Ocupémonos de esos malditos departamentos primero. Lo intentaremos con el fax que ya tenemos, el de la policía de Estocolmo. Resulta que tienen un horario, ¿sabes?

–Lo tengo aquí. Marian apretó la carpeta de plástico contra su estómago. Colgado del hombro llevaba su bolso de piel. El cartel lucía frente a ellos: Nya Kyrkogatan, 19. Dirección General de Enfermería.

Cato Isaksen se subió las gafas de sol a la cabeza. Sobre el picaporte de la puerta de haya habían pegado un cartoncito con celo. *Horario de verano: abierto de 10:00 a 16:00. Almuerzo de 12:00 a 13:00.*

–Malditos servicios públicos. Una hora entera para comer. No tenemos todo el día. No nos va a dar tiempo, Marian. ¿Ahora qué hacemos?

–Hagamos las cosas de una en una. Tenemos que ir a Västerborre y a Sahlgjärda. Y necesitamos contactar con Oluf Carlsson. Preguntemos a alguien y empecemos por lo que esté más cerca. Aquí tienes las llaves del coche, ahora conduces tú.

Al principio no encontraban el hospital psiquiátrico del pueblo, pero pararon a un transeúnte que caminaba por la carretera.

–Sahlgjärda está un poco aislado –dijo inclinándose para señalar–. En esa dirección. Id a la derecha en el semáforo del cruce del centro comercial Coop Forum. Y luego, a la derecha otra vez. Un gran edificio de cemento amarillo dentro de un parque. No tiene pérdida.

Marian sonrió y dio las gracias. El hombre llevaba una minúscula bandera sueca prendida en la solapa.

Tenía los faxes y las direcciones en el regazo. Revisó rápidamente los papeles. Las dos líneas de escasa información sobre Britt Else Buberger. La información no está disponible, ponía en el encabezamiento de una de las hojas.

–También quiero ir luego a la calle Söder, 12. Donde vivía Buberger antes de mudarse a Noruega –una intuición se había abierto paso en su interior.

Después de equivocarse una vez, por fin tomaron una curva y vieron los grandes edificios en medio del frondoso paisaje, precedidos de césped y flores. Los edificios, que en la distancia parecían recién restaurados, podían recordar tres palacios.

–Es ahí –Marian Dahle se soltó el cinturón de seguridad–. Me voy bajando, tú puedes aparcar mientras tanto –observó los pequeños senderos de grava que cruzaban el parque en varias direcciones.

Antes de que le diera tiempo a decir nada, ella ya se había bajado del coche y cerrado de un portazo. Cato Isaksen entró en el aparcamiento y dio la vuelta al coche.

Marian Dahle se encaminó al edificio, subió por la ancha escalinata y atravesó la pesada puerta de roble. El umbral estaba gastado y astillado de tantos pies que habían entrado y salido. Y vuelto a entrar, pensó. El sudor corría por su cuello. Un paciente estaba de pie en el centro del suelo de baldosas grises de la recepción y miraba desconcertado a su alrededor. Éste era un lugar que reconocía. Aquí había largos pasillos y gruesos muros, llanto y silencio. Tenían comida suficiente y medicinas suficientes. El tiempo estaba detenido. Pensó en su madre, en que tenía plaza en la enfermería de una residencia de ancianos normal. Era insuficiente. De veras insuficiente. Echó un vistazo al reloj y se acercó al mostrador de recepción. ¿Cómo iban a poder hacer todo lo que tenían previsto en las pocas horas que les quedaban? Notó que aumentaba la ansiedad

por fumar. El estrés era como una cinta en torno a su frente. La mujer de la recepción le sonrió mientras miraba por encima de sus gafas y le preguntó con amabilidad a quién deseaba visitar.

–Tenemos una cita...

Marian Dahle no había acabado de explicarse cuando Cato Isaksen apareció tras ella. Hizo un gesto, puso la mano con camaradería sobre su brazo. Toda ella se estremeció, el gesto amistoso la atravesó como un rayo.

–Tenemos una cita con el gestor –dijo con autoridad enseñando su identificación a la recepcionista– y no disponemos de mucho tiempo.

La mujer se puso de pie y les pidió que esperaran un momento. Volvió al cabo de unos minutos y los guió a través de una puerta y por un largo pasillo.

–Así que aquí ha estado Britt Else Buberger –susurró Marian mirando a Cato Isaksen–. Está tan silencioso.

–Sí, afortunadamente. A ver qué encontramos aquí. Han pasado treinta y tantos años desde que Buberger estuvo aquí. Y no creo que tengan datos que puedan servirnos de algo.

–Pero sencillamente tenemos que saber...

–¡Os echo tanto de menos! –gritó de pronto un chico joven tras ellos. Empezó a correr en sentido contrario. El ruido de sus pasos golpeaba el suelo. Luego todo quedó en completo silencio.

La recepcionista les pidió que esperaran en una pequeña salita de muebles amarillos. El techo tenía molduras en forma de rosas y en la pared había una gran foto de una flor con un bebé en el cáliz. Cato Isaksen se sentó en el pequeño sofá de dos plazas que ocupaba una de las paredes laterales.

Olía fuerte. A soledad y angustia, pensó Marian Dahle acercándose a la ventana. El aire estaba plagado de susurros; hacía frío como en un congelador lleno de escarcha. Un lugar para la tranquilidad y el análisis, donde los familiares podían dejar a los individuos que clasificaban como locos o difíciles.

Bajó la vista hasta una pequeña fuente que tenía una estatua delante. ¿Por qué los lugares como éste siempre eran tan hermosos? ¿Por qué no podían limitarse a encerrar a la gente en edificios feos y cerrar la puerta? Una mujer de espalda encorvada y el cabello gris en desastrados mechones estaba sentada en un banco con la mirada perdida. Cuando se la llevaron, su madre era como una niña pequeña. Había lanzado escupitajos a Marian, gritado que era una niña miserable y desagradecida, que no merecía comer. Marian se había tapado los ojos y los oídos, intentando que sus dedos alcanzaran. La goma que llevaba en el pelo estaba torcida y enredada. El blusón se había rajado por un lado.

En la habitación había una mujer de pelo blanco. ¡Pam!, sonó de pronto.

Era un grueso archivador que había caído al suelo.

–Lo siento –dijo la mujer en un sueco cantarín, se agachó y volvió a cogerlo. Un par de folios salieron volando. Cato Isaksen se levantó deprisa. Marian recogió las hojas. Aún llevaba en el pecho el dolor del estallido contra el suelo del archivador que la mujer había dejado caer. Le alcanzó los papeles.

La mujer dio las gracias y las puso de nuevo en la carpeta. Llevaba un traje de lino beige, los saludó amablemente a los dos y fue directa al asunto.

–Britt Else Bubergrun nunca vivió aquí –dijo–. ¿Nos sentamos? –indicó con la cabeza el sofá de dos plazas y una silla. Se sentaron. La mujer en la silla. Marian y Cato en el sofá–. Tiene que tratarse de un malentendido. El caso es que no tenemos ninguna información sobre esa paciente. Nunca ha vivido en Sahlgjärda.

–¡Vaya! –Marian Dahle miró a Cato Isaksen.

–Este lugar se empezó a utilizar en la primavera de 1973 –la mujer se puso de pie y abrió una de las altas ventanas–. Es correcto que algunos de los pacientes vinieron del hospital –continuó–. También es correcto que Britt Else Bubergrun tenía que haber venido, pero entonces ocurrió algo que hizo que no viniera.

–¿Qué ocurrió? –Marian Dahle sintió cómo su pulso se aceleraba.

–Debéis poneros en contacto con el hospital de Västerborre –continuó– . Puede que sepan algo más.

–Pero el hospital no quiere darnos más información –dijo Cato Isaksen.

–Dijeron que no tenían información alguna –corrigió Marian Dahle–. Recibimos un fax de la policía sueca, diciendo que debíamos ponernos en contacto con vosotros o con no se qué organismo público. Qué extraño que esto sea tan caótico. Tiene que haber alguna información sobre ella –de pronto, se fijó en el cuadro de la pared. Un hombre y una mujer se abrazaban, enredados como dos serpientes. Tuvo esa rara sensación en la base de la espalda.

La mujer del pelo blanco la miró.

–Pero si hablé contigo por teléfono el otro día. Eras tú, ¿no?

–Sí. O mi colega. Puede haber sido Randi Johansen.

–Sí, ahora que lo dices, creo que ése era su nombre. Por lo que sé, os han enviado su historia del hospital, ¿no es así?

–No, no exactamente la historia –dijo Marian deprisa–. Sólo una breve descripción de unas pocas líneas de una especie de enfermedad de la sangre.

Cato Isaksen tomó la palabra.

–Había cosas que nos extrañaron. La describían como muy enferma y con un

grado de inadaptación tan acusado que tenemos que investigarlo más en profundidad. Y tenía un padre adoptivo.

–Se trata de un asesinato.

–Un asesinato –la mujer repitió sin emitir ningún sonido lo que Marian Dahle había dicho–. Pero en ese caso yo no soy la persona apropiada –apretó la carpeta contra su estómago con las dos manos.

Cato Isaksen cambió el cruce de sus piernas.

–¿Dices que Britt Else Buberger residió en el hospital de Västerbörre hasta enero de 1973?

–Sí, entonces fue clausurado y todos los pacientes dados de alta con causa común.

–Ya. Y eso, ¿qué quiere decir?

–Era temporal, de forma provisional. Hasta que abriera Sahlgärda. Sólo iba a clausurarse ese departamento del hospital.

–¿Por qué?

–Västerbörre no tenía suficiente nivel. Hubo un montón de artículos en la prensa sobre fallos en las rutinas, fallos en el cuidado de los pacientes y programas de rehabilitación insuficientes. Finalmente, fueron los políticos quienes cerraron la planta, casi de un día para otro.

–¿Así que se trataba de un departamento de psiquiatría? –Marian enderezó su reloj.

–Sí. En realidad, una sección cerrada para casos de urgencia.

–¿Y qué hicieron con los pacientes mientras tanto?

–Los que pudieron marcharon a sus casas y fueron atendidos por sus familias. Se dijo que serían sólo dos o tres semanas, pero desgraciadamente se transformaron en tres meses.

–¿Y los otros? ¿Los que estaban demasiado enfermos para irse a casa?

–La verdad es que no lo sé. Ha pasado mucho tiempo, no está documentado con detalle. La mujer hizo señal de que abandonaran la habitación. Volvieron a salir al pasillo.

Cato Isaksen continuó:

–Pero tienes que poder averiguar en los papeles que tienes si vino aquí, si Britt Else Buberger vino tras esos tres meses.

–Pero si ya les he dicho que no vino. Nunca llegó aquí.

–Pero si a mí me informaron de que Britt Else Buberger estuvo allí varios años, en esa sección del hospital –dijo Marian–. No puede ser cierto. ¿En una sección cerrada?

–Veo aquí en la documentación que no volvió –repitió la mujer abriendo el archivador. Se encogió de hombros–. Nunca vino aquí. Tenía un tutor, un tal Oluf Carlsson. Era psiquiatra del departamento en el hospital de Västerbörre.

–Su padrastro, Oluf Carlsson. ¿Era su médico? –Marian sintió que el corazón empezaba a latir bajo sus costillas.

–Si se lo dije a la policía que nos llamó. Le proporcioné el nombre.

–Bueno. Habrá sido un malentendido entre Randi y yo –dijo Marian Dahle mirando a Cato Isaksen–. Me informaron de que Oluf Carlsson era el padrastro de Britt Else Buberger, pero no de que también fuera su médico...

–Cuando clausuraron ese departamento en Västerbotten, fue nombrado Jefe de Psiquiatría aquí. Pero eso fue mucho antes de mi llegada. Se jubiló hace varios años –la mujer miraba a uno y a otro.

–¿Era su tutor, o su padrastro? –Marian dio la vuelta a su reloj una vez más.

–Creo que su tutor, pero no había sido incapacitada.

–¿Qué quiere decir eso? –Cato Isaksen se quitó las gafas de la cabeza y las dobló en su mano.

–Pues supongo que hasta cierto punto se valía por sí misma.

Marian Dahle se giró hacia Cato Isaksen.

–Hablé con Oluf Carlsson con motivo del entierro. No dijo nada de que también fuera su médico.

–Hoy tiene que tener más de 80 años –dijo la mujer–. Para ser exactos, 82. No es seguro que tenga todas sus facultades intactas.

–¡Seguro que el psiquiatra tiene todas sus facultades! –Marian Dahle apretó el acelerador–. ¿Por qué no coge el teléfono?

–Vas 15 kilómetros por encima del límite de velocidad, Marian –Cato Isaksen volvió a ponerse las gafas de sol–. Además, no es seguro que esta información sea tan importante. Seguramente no tiene nada que ver con el caso.

Marian Dahle dejó caer sus hombros y soltó el aire que tenía en los pulmones.

–Lo sé –frenó para dejar pasar a una mujer con un cochecito de niño que cruzaba la calle–, pero eso de que Carlsson fuera a la vez su tutor y su psiquiatra es un poco extraño. La policía de Estocolmo dijo que la había adoptado. Es raro. Cuando hablé con él por teléfono, primero lo negó, afirmó que no tenía ni idea de sobre quién le estaba hablando. Luego, cuando volví a llamarle, admitió que la había adoptado. Pero aseguró que no quería tener nada que ver con ella. Cuando le conté que había muerto, no mostró reacción alguna.

Estaban de vuelta en el centro de Kristinehamn.

–Es verdad que puede estar senil, Marian. Tiene 82 años.

Marian aparcó a la primera delante del edificio de ladrillo rojo, junto a un parterre de rosas en forma de media luna. Se agachó y miró por el cristal.

–Por lo menos ahora la puerta está abierta. Color sueco –señaló los muros pintados de verde claro en la escalera. El color le recordaba la rutina diaria en la cocina del piso de Stovner. La luz de la encimera era gélida. Las comidas, que les llevaban unos diez minutos, se ingerían siempre en silencio. Era probable que fuera idéntica a la cocina de Britt Else Bubergh.

–¿Cómo que color sueco?, es verde burocracia –sonrió Cato Isaksen–. Cuando terminemos aquí, tenemos que conseguir algo de comer.

–De acuerdo –dijo pasando el dedo por un cartel que había en el portal «Dirección General de Enfermería»–, es aquí, en la primera planta.

El joven de la recepción les explicó adónde debían ir, y los investigadores bajaron por un pasillo sin ventanas. La luz de neón del techo era blanca y fría.

–Ahí, sobre la puerta, pone «archivo» –dijo Marian Dahle.

Vieron a una mujer tras el mostrador, deformada por el cristal esmerilado. Entraron en una habitación con grandes y anticuados archivadores móviles en las paredes. Una puerta estaba abierta y dejaba ver las estanterías con hileras de carpetas de cartón por orden alfabético.

Había cinco sillas de madera marrón para los que esperaban. En una de ellas estaba sentado un hombre mayor.

–Turno –dijo Marian y cogió un papelito de un rollo verde claro de un dispensador en la pared.

Tomaron asiento cada uno en una silla. Poco después llamaron al hombre mayor. Se acercó al mostrador, se agachó sobre él y habló con voz baja y temblorosa con la mujer.

–¿Tienes el fax de la policía de Estocolmo? –Cato Isaksen se inclinó hacia ella.

–Lo tengo aquí –sacó la hoja del bolso y a la vez estornudó. Cato Isaksen se apartó irritado. La habitación parecía extrañamente luminosa tras su estornudo. En el techo silbaba la ventilación.

–¿Tienes un pañuelo de papel?

–Por supuesto que no –respondió él.

Llegó el turno de los investigadores. El hombre mayor había obtenido la información que necesitaba. La mujer del mostrador fijó sus ojos azules en Cato Isaksen, ignorando completamente a Marian. Por un momento, Marian se sintió decepcionada. Intolerancia, falsedad, egoísmo, pensó. Las palabras fluían por su cerebro. Se fijó en el gran anillo de artesanía que la mujer llevaba en la mano derecha.

–Somos de la policía –dijo en voz alta.

Cato Isaksen puso el fax sobre el mostrador.

–Estamos muy interesados en conocer la situación familiar de una tal Britt Else Buberger –continuó él–. Su fecha de nacimiento es el 7 de octubre de 1951. Y aquí está su número de identificación personal. Vivió en Noruega durante treinta y cuatro años, pero era original de aquí. Si pudieras averiguar los nombres de sus padres y darnos algo de información general sobre su vida..., eso es lo que buscamos.

–Venimos de Sahlgjärda y tenían muy poca información –dijo Marian Dahle y se inclinó sobre el mostrador.

La mujer asintió con la cabeza.

–Voy a ver –dijo con su agudo acento de Skåne. Leyó rápidamente el fax de la policía sueca y lo dejó sobre su escritorio. Luego se levantó y cogió un archivador de un estante bajo, lo abrió y pasó las hojas con rapidez. Los informes estaban bien ordenados. Cato Isaksen ladeó la cabeza para ver qué decían.

–Aquí está la incapacitación –dijo la mujer y sacó un impreso– y aquí hay una carta –la mujer desplegó un papel escrito a mano, leyó unas líneas y la volvió a doblar.

–Pero si en Sahlgjärda dijeron que no la habían incapacitado, que tenía un tutor de apoyo –dijo Marian impaciente.

–Puede haber sido en una fecha anterior. ¿Cuándo estaba fechado el informe de Sahlgjärda?

–Pues eso no lo sabemos.

–Procedía del campo –continuó la mujer–. Dice aquí que corría por allí descalza en invierno y cosas así, supongo que tuvieron que ingresarla.

Marian la observó.

–No puede negarse que suena un poco peculiar. ¿Qué quieres decir con que era de campo?

La mujer jugueteaba con un bote para bolígrafos.

–Aquí hay poca información sobre su familia.

–¿Qué decía la carta? –preguntó Marian Dahle–. ¿Se quedó con su familia? Y ¿puedes ver si ha tenido un hijo?

–Aquí no hay mucha información. No dice nada de un niño. Si ha vivido en Noruega durante treinta y cuatro años, puede haberlo tenido allí.

–Si fuera así, tendríamos información al respecto –dijo Marian Dahle.

–Si tuvo un hijo, figurará en el registro civil, ¿no? –la mujer clavó sus ojos en Cato Isaksen otra vez.

Él se encogió de hombros.

–¿Puedes buscar el nombre de algún familiar, por favor? No hemos conseguido localizar familia alguna.

–Sí, voy a ver. Un momento –la mujer se levantó y desapareció tras un alto mostrador. Abrió un cajón, buscó una llave y salió de la habitación. Después de unos minutos regresó–. Aquí hay algo –dijo.

Levantó los brazos y se quitó el vestido. Eran las cuatro menos cuarto. Se había acercado con mucho cuidado al área de descanso. Morris Soma le había mandado recado con Julie y Shira, que quería encontrarse con ella, que si podía encontrarse con él a las cuatro.

Ahora estaban el uno frente al otro. Estaba de pie frente a él con el bañador color turquesa. Él sonrió, se apartó un poco de ella.

—¿Quieres que me bañe para ti, Soma? —lo dijo deprisa y se echó a reír, tiró el vestido sobre la mesa de madera. Le miró seria y volvió a reír. Sus ojos eran tan oscuros.

—Sí —asintió él con la cabeza.

Bajó hasta la orilla alfombrada de piedrecitas. El primer contacto con el agua provocó que diera un gritito. Los dos últimos días había habido fuertes cambios de temperatura, sol y lluvia alternándose. Hacía frío a la sombra de los árboles, calor en el césped soleado.

Las piedras raspaban las plantas de sus pies. Echó a nadar, podía ver sus pies como pálidos y brillantes peces allá atrás, separados del cuerpo por los tobillos.

Morris Soma estaba sentado sobre la roca grande. Se había quitado los zapatos y movía los dedos de los pies. Le sonrió y miró el reloj. Ella no era la única que disponía sólo de media hora.

Se asustó al oír un ruido detrás de él. Observó un lugar que estaba a unos cuarenta metros, donde un sendero casi borrado desembocaba en unas zarzas y arbustos. Se acercó y subió por el sendero que terminaba en un pequeño claro entre las zarzas. En el centro había un árbol caído. Junto a él, una gran piedra rodeada de margaritas. Estaban marchitas y resacas.

Lilly le seguía con la mirada.

—¿Adónde vas? —gritó.

Él se dio la vuelta e hizo un pequeño gesto con la mano, como para que se callara.

Lilly vadeó el agua hasta la playa. Un poco más abajo observó algo que se movía con las olas. Estiró el cuello y vio que era una gaviota muerta con el ala rota. Miró hacia el bosque, contempló la espalda de Morris Soma que se perdía entre el verde. A la vez apareció un barco empujado por la corriente tras unos arbustos que se descolgaban sobre el agua un poco más allá. Y en el barco iban dos hombres.

La mujer leyó en voz alta con acento de Skåne.

–Ésta es una copia del registro de la iglesia. La madre de Britt Else Bubergr se llamaba Eva Louise Hannah Bubergr, nacida en 1932, fallecida en 1955.

–Fallecida en 1955. Entonces tenía 4 años cuando murió su madre –Marian Dahle miró a Cato Isaksen y pensó que el dialecto de Skåne era horrible. Se giró de nuevo hacia la mujer–. ¿Y el padre?

–No encuentro ningún padre, supongo que eso quiere decir que es de padre desconocido. Si miramos las fechas, la madre sólo tenía 19 años cuando nació. Así que uno puede imaginarse que...

–¿Podemos echar un vistazo al expediente? Tal vez podrías hacernos unas copias –Marian Dahle la miró expectante–. La adoptó un tal Oluf Carlsson. ¿Puedes averiguar algo más sobre él?

–Lo siento. Esta documentación es confidencial. Me acabo de dar cuenta. Ya he hablado demasiado. Sé que son de la policía, pero no quiero asumir la responsabilidad de entregar esto –cerró la carpeta de golpe–. Quiere decir que necesitan una autorización especial de la policía sueca. Me pondré en contacto con ellos, así podré enviárselo después.

–Pero si tenemos el fax –dijo Cato Isaksen extrañado–, no creo que sea necesario complicar tanto las cosas.

–Sí, pero es que aquí dice que es confidencial. Está sellado por la dirección. No puedo...

–Pero necesitamos esa información. Hace treinta años –dijo Marian Dahle–, ponga lo que ponga ya no puede ser peligroso.

–Pero es que no es nada excepcional –dijo la mujer–, no piensen eso. Sólo necesitan una autorización formal y lo tendrán todo.

–Pero... –dijo Cato Isaksen mientras se formaba una profunda arruga en su frente.

–No quiero perder mi trabajo. Por supuesto que tendrán los papeles. Pero le digo que no puedo dárselos sin más. Lo consultaré con las autoridades de Västerbotten y me volveré a poner en contacto con ustedes.

–Conducimos de vuelta a Oslo esta noche –dijo Marian Dahle con voz hastiada.

–Sí, lo entiendo, pero debo pedirles que contactéis con la dirección del servicio de psiquiatría mañana. Podéis llamarles por teléfono. Ahora estamos a punto de cerrar.

Marian Dahle frunció los labios.

–Quieres decir que te niegas a ayudarnos. ¿Por qué?

–No, pero es que tengo que cumplir las normas.

–Nosotros interpretamos que te niegas a colaborar con la policía, y eso es bastante grave.

La mujer parecía incómoda.

–Me pondré en contacto con Västerborre y con la policía y les pediré que os permitan obtener los documentos. Puedo tenerlo listo para mañana.

–Pero es que nos volvemos a Oslo esta noche –repitió Cato Isaksen–. ¿Cómo debemos interpretar esto? ¿Como mala voluntad o sólo como la típica lentitud burocrática sueca?

–Como eso último –dijo la mujer con decisión. Se puso de pie y metió la carpeta en una estantería con archivadores de plástico. Marian se fijó en dónde.

–¿Cuándo lo tendremos? –Cato Isaksen tamborileaba con los dedos sobre el mostrador.

–Puede llevar algo de tiempo. Unos días, o así.

–¿Unos días? –Marian suspiró desesperada–. Trabajamos en un caso de asesinato.

Por unos instantes, la mujer pareció insegura.

–Haré una llamada.

Marian volvió a sentarse en la silla y apoyó los codos sobre sus muslos. Miraba al vacío. Cato Isaksen aún estaba junto al mostrador. La mujer regresó.

–Lamentablemente, no pueden llevárselo ahora –dijo con decisión.

Las copas de los árboles dejaban caer agudos rayos de luz entre el follaje. Los dos hombres llevaban pantalón corto y el torso desnudo. A lo lejos se oía el zumbido de la carretera. Algo tiraba del sedal. El pez era pequeño y casi no ofreció resistencia. Tiró de él, la piel era escurridiza y estaba cubierta de una secreción fina y gris que se hacía transparente en contacto con sus manos. Le retorció el cuello con un crujido y echó el pez muerto al cubo.

–Por cierto, que ayer vi una víbora en el área de descanso –dijo–, junto a las malas hierbas, cerca de las fresas salvajes –notó que sus manos olían a podrido.

–¿Era grande? –dijo William Pettersen mirándole.

–Sí, la más grande que he visto –quería reírse pero no lo consiguió.

–Ten cuidado con la roca. Esa negra de ahí.

–Claro que sé dónde están las rocas –Lennart Hjertnes remó hasta la orilla. El agua desprendía un olor amargo a brea y algas. Un viento repentino desgarró de golpe la superficie del agua y formó mil corazones que danzaban–. Nos volvemos remando –dijo.

–¿Ewald necesita el bote esta noche?

–No lo sé –bajó la mirada hacia sus sandalias–. Pisé un charco de agua podrida. Mis deportivas están puestas a secar en la terraza de la caseta de recepción.

–Tienes que usar gusanos, Lennart –dijo William Pettersen mirándole–. Eso es lo que hace tu hermano. Ewald no utiliza esas moscas cursis. Así sólo pescarás pececillos.

–¿Cómo que moscas cursis? Los gusanos son cosa de perdedores. No intentes darme lecciones –los músculos se abultaban en sus antebrazos, pero la piel que los recubría se había hecho demasiado holgada.

–Contrólate Lennart. Tendrás que admitir que alguien te diga algo. No tienes por qué tomarte tan en serio aunque lleves ese negociete y tengas mejor coche que Ewald.

–Sí, sí, negociete...

–Ya sabes que Ewald es quien debería haber tenido... desde lo que, ya sabes, lo que ocurrió entonces.

Se limitó a enganchar otra mosca y lanzar el sedal.

–Me alegro de que te gustaran las botas. No pasó nada aquella vez. Ewald tiene de sobra con llevar este miserable camping unas semanas cada verano. Nunca hubiera podido con la tienda.

William Pettersen hurgó en su bolsillo en busca del paquete de tabaco.

–Son muy abrigadas las botas que me has conseguido, no es precisamente calzado de verano. Por cierto..., que Ewald me lo ha contado.

–¿Qué?

–Que te enfadaste cuando te contó lo del hombre en el ascensor. Sólo había pasado por casa para buscar...

–Ése es su problema –Lennart Hjertnes miró fijamente al agua.

William Pettersen le observaba.

–¿El hombre del ascensor tenía algo que ver con la señora del séptimo?

–Por aquí están picando.

–¿Tenía algo que ver?

–Eso deberías saberlo tú, William. ¿Estás pensando en algo en particular?

–No has respondido a mi pregunta –William Pettersen mantuvo su mirada y metió los dedos en el agua.

–He contestado a tu pregunta. Es Ewald quien le ha visto. No yo.

Oyó unos ruidos y se dio la vuelta bruscamente. Vio de pronto a Lilly Rudeck nadando agua adentro un poco más allá. El hombre de color estaba sentado en la roca y la miraba boquiabierto. Esto tiene que ser el juego perverso de las casualidades, pensó. La forma que Lilly tenía de caminar, el vestido, los zapatos y el cabello. Todo lo relativo a ella. Había sido un sobresalto, lo del hombre del ascensor. Un susto terrible. Todo había vuelto.

William Pettersen empezó a recoger sus útiles de pesca.

–¿Nos volvemos ya?

Se giró y no contestó a la pregunta.

–¿Le contaste a la policía lo del hombre del ascensor, que Ewald le vio?

–¿Quieres decir cuando me interrogaron?

–Sí.

–No, no dije nada de eso. ¿Tiene algo que ver con el caso, Lennart? ¿Lo tiene?

–No. Sólo me preguntaba qué opina Ewald.

–Puedes preguntárselo.

–No.

Lilly Rudeck nadaba de vuelta a la playa cercana al área de descanso. Los hombres del barco la miraban.

William Pettersen sonrió.

–¿Qué pasa?

–A Ewald no le gusta el negro –dijo Lennart Hjertnes indicando con la cabeza al hombre de la roca.

William Pettersen se encendió un cigarro.

–Cuando la veo nadar así, me acuerdo de vuestra madre. Recuerdo el olor tan agrio que había en vuestra cocina.

El barco se deslizaba hacia la orilla. Hasta la misma orilla, despacio. Giraba. Alargó la mano para agarrar unas malas hierbas florecidas en la tierra removida. Cerró los ojos notando la sensación de vértigo. Luego tiró con fuerza del sedal.

–¿Pescamos o no?

–Digo yo que ya lo dejaremos enseguida –dijo William Pettersen–. Es extraño...

–¿Qué es extraño?

–Se parece a vuestra madre. Por eso me acordé del olor de la cocina.

Lennart Hjertnes giró todo el cuerpo y le lanzó una mirada heladora. Lo que decía le hizo caer de una dimensión a otra.

–Fue peor para Ewald –dijo y cogió uno de los remos introduciéndolo en el agua como un ala. Lo hizo girar con cuidado, hasta cambiar la trayectoria del bote.

–No nos va a dar tiempo, Marian. También tenemos que localizar al tal Oluf Carlsson –Cato Isaksen notaba cómo el hambre hacía sonar sus tripas–. No tengo ninguna gana de hacer noche aquí.

–Vuelvo dentro –dijo mirando el borde del asfalto que se había resquebrajado junto al parterre reseco. Los coches pasaban zumbando por la carretera.

–¿Volver a entrar? ¿Ahora? ¿Por qué?

–Por supuesto que no vamos a pasar la noche aquí, Cato. Tú tienes que volver a tu terraza, y yo, con Birka.

–Pero, por qué...

–Sólo voy a conseguir ese documento.

–No Marian. Vuelvo a la comisaría otra vez. Y se Solucionará. No te lo vas a llevar sin permiso. No es forma de hacer las cosas.

–Es la manera. Fingiré que voy a buscar el fax. Se quedó con nuestro fax, el de la policía de Estocolmo.

–Marian...

–Vale, tú vete a la comisaría, pero en todo caso yo necesito entrar al baño. Luego nos encontramos en el coche.

Cato Isaksen bajó por la calle y volvió a subir las escaleras de la pequeña comisaría. Faltaban unos minutos para las cuatro. El sol le recalentaba la nuca. Abrió la puerta y entró en la sala. Las persianas estaban medio bajadas y dejaban rayas blancas y negras sobre el suelo de linóleo. El policía de guardia, el mismo de antes, levantó la mirada y le saludó con la cabeza.

–Hola otra vez –dijo Cato Isaksen. En la ventana había unas macetas con plantas secas. Le explicó la situación–. ¿Ya han vuelto del accidente de los ahogados? Necesito esa confirmación de que podemos tener acceso a los documentos relativos a Britt Else Buberger. Hemos venido de Oslo para eso.

–Han vuelto a salir –dijo el policía–, pero tengo el papel listo para ti. Lo voy a buscar.

Cato Isaksen relajó sus hombros y miró la hora.

–Me parece que no nos va a quedar más remedio que pasar la noche aquí.

–Puede ser difícil –dijo el hombre alcanzándole el documento–. Ahora en verano casi todo está lleno. Pero sé de un sitio. Puede que tengan una habitación libre. Se llama «Kronkärrens fårgård».

–Kronkerrs forgård –intentó pronunciar Cato Isaksen–. Bueno, queremos intentar irnos a casa hoy, pero ¿dónde está?

–Cerca de la ciudad. Coge el camino de la izquierda en el cruce que hay detrás del museo grande y conduce un par de kilómetros hacia el oeste. Allí veréis el cartel.

–Gracias. ¿Puedes indicarnos dónde vive un tal Oluf Carlsson? Aquí tengo su dirección –desdobló una cuartilla sobre el mostrador marrón oscuro–. Avenida de Lambert, 5.

–Ésa es la residencia de ancianos. A dos minutos en coche. A la izquierda, pasada la estatua de Picasso.

–Y la calle Söder, número 12, ¿también sabes dónde está?

Marian Dahle volvió a entrar por la puerta principal. Delante de ella iba una madre con su hijo adolescente lleno de granos. Se mantuvo tras ellos mientras bajaban por el pasillo. A través de la pared de cristal esmerilado vio la silueta de la mujer rubia inclinada sobre el teclado de su ordenador. La madre y el hijo entraron en la sala de espera y se sentaron en las sillas que había junto a la pared. Marian Dahle esperó en el pasillo. Notó lo seca que tenía la boca. Estaba mareada de hambre. Esperó a que la madre y el chico estuvieran junto al mostrador. En cuanto la mujer de ojos azules se levantó para buscar algo en la habitación de al lado, Marian Dahle apareció dando la vuelta a la pared de cristal, esbozó una sonrisa hacia los dos que esperaban y se coló decidida tras el mostrador a la velocidad del rayo.

–Hola, hola –dijo a la mujer y a su hijo. No contestaron. Recogió el fax y arrancó el archivador de la estantería–. Se me había olvidado esto –dijo sonriendo y asintiendo con la cabeza–. ¡Qué calor hace!

El chico de los granos la miró somnoliento.

–Buenas tardes –saludó, y desapareció de la habitación saliendo por el pasillo a toda velocidad.

Cuando los perdió de vista, se metió los papeles en la cintura del pantalón y los tapó con la camiseta. La virtud del descaro, pensó otra vez, nadie me acusará de no tenerla. Pasó por el pasillo sin ventanas y salió por la puerta principal de vidrio y madera de arce. El sol lucía como una lente de aumento en el cielo azul. Las puertas de arce oscilaban tras ella como dos alas.

Lilly Rudeck miró las zapatillas de deporte blancas que habían puesto a secar en la gastada terraza de la caseta de recepción. Su soledad acaba de terminarse.

—Soma —dijo con cuidado al aire. Le llamaría así. Era un nombre bonito. Los zapatos de charol que llevaba eran tan estrechos. Se notaba mucho que le dolían. Necesitaba otros zapatos. Él, que trabajaba en la gasolinera todo el día. Recogió su cabello mojado en una gruesa coleta y la sujetó con una goma azul. Julie y Shira se habían ido un poco antes hoy. Luego fregaría las duchas. Sonó la puerta de un coche. Se dio la vuelta de golpe. Respiró con fatiga. No se veía a Ewald Hjertnes. Volvió a observar los zapatos. Parecía que podían ser del número de Soma. Uno estaba manchado de barro. Volvió a echar una rápida mirada a su alrededor y dejó el cubo de fregar sobre la hierba. El bosque había estado mojado después del chaparrón, pero ya se había secado. Miró las zapatillas con precaución, cogió una, le dio la vuelta y la volvió a dejar en su sitio. Un 44. Las cifras saltaban a la vista. Eran Nike. Pertenecían al hermano del dueño del camping. El que nunca hablaba, pero se quedaba sentado en la silla plegable y la seguía con los ojos. El que vivía en la autocaravana de la playa. El que se adentraba en el bosque para ir al bote que tenía en el área de descanso y pescaba. Se lo había encontrado por el sendero varias veces. A Lilly no le gustaba. Tampoco le gustaba el hombre de la moto con el traje de cuero negro. Y hoy habían llegado deslizándose por el agua mientras nadaba. Lilly miró rápidamente a su alrededor, tiró el agua de lavar al suelo, se agachó y agarró los zapatos. Los metió a presión en el cubo. En el fondo quedaba una capa espesa y amarilla de jabón de fregar. Dos patos pasaron acompañando su huída hacia el bosque con el sonido de sus alas, aterrizaron junto al arce donde se había formado el gran charco. Notó el frío que de pronto traía el viento. Calmaba la piel ardiente de su rostro. Por un momento le pareció que se veía a sí misma deslizándose junto a la pared marrón con el cubo contra el cuerpo. Oyó un ruido. Se detuvo. Pensó en Morris Soma. Algo se partió entre los arbustos del principio del bosque. Una rama. ¿No se había vuelto a la gasolinera?

—¿Soma? —llamó insegura. Nadie contestó. Esperó unos segundos antes de entrar en el cuarto de las duchas. Llenó de agua el fregadero grande. Dejó el agua correr y metió las deportivas dentro. Las restregó con un cepillo. Esa noche iba a dormir bien. «Soma», pensó, «Soma». Qué contento se iba a poner por los zapatos. Luego metió la llave en la cerradura de su habitación y dejó caer del cubo las deportivas mojadas junto a la puerta. Hacía tanto calor que al día siguiente estarían secas. Se alegraba. Su estrecha cama estaba sin hacer; sobre

el respaldo de la silla estaba su camisón, y había un sujetador tirado de cualquier manera en el suelo. Era el sujetador azul claro. Iba a lavarlo. Su maleta estaba en la esquina, junto a la ventana. Estaba abierta, pero no la habían vaciado. Tenía todos los indicios de haber sido cerrada deprisa y corriendo, un trozo de leotardo colgaba por fuera. Sintió repentinas ganas de vomitar. Alguien había entrado en su habitación.

Cato Isaksen le dio un certificado con un sello de la policía.

–Ya puedes retirar el expediente. Faltan tres minutos para que cierren.

–No hace falta –dijo Marian Dahle mirando para otro lado–. Tengo la carpeta aquí –sacó los papeles de la cintura del pantalón y oyó de pronto el ruido atronador de la calle. Los sonidos la golpeaban.

–Marian. ¿Cómo conseguiste... lo cogiste? No trabajamos así.

–Es imposible complacer a todo el mundo, Cato. Así es como trabajo yo.

–No se trata de eso, Marian. Se trata de hacer nuestro trabajo de forma honrada.

Se dio la vuelta y la siguió por la acera. En un escaparate había un maniquí desnudo. Turistas y gente vestida de verano caminaban despacio por las aceras. Un niño, un chico de cabello negro azabache, dejó caer una pelota en la calle. Su madre salió corriendo para cogerla. Marian echó una mirada al maniquí desnudo.

–Lo que diferencia a una persona de éxito de una fracasada no son las veces que te rechazan, sino cómo reaccionas –dijo alterada–. Debes contar con rechazos y negativas.

–¿Te has vuelto loca? –preguntó irritado–. ¿Te ha dado una insolación? ¿Te refieres a lo del despacho? –le costaba seguirla.

Ella siguió con su sonrisa forzada y añadió:

–Algún sabio dijo que uno es lo que es porque habla como habla. Debo espabilarme, ¿verdad? Debo espabilarme.

–¿Por qué saltas de una conversación a otra? –Cato Isaksen se apresuraba tras ella–. Tenemos que buscar algo de comer.

–Si por lo menos a Britt Else Buberger la hubieran violado o algo –siguió farfullando–, entonces tendríamos algo en lo que basarnos. Con que alguien la hubiera seguido cuando abrió la puerta, por ejemplo, tal vez tendríamos un par de pistas.

–¡Marian!

Se detuvo de golpe.

–Lo siento. Tengo hambre y estoy estresada. ¿Nunca antes has tratado con mujeres hambrientas?

Cato Isaksen la miró y sonrió desesperado.

–Cuando me estreso me vuelvo loca –reconoció.

–Marian...

–Cada vez que se habla de un problema se vuelve a crear. Este asunto me está

volviendo loca de verdad.

Salió a la carretera mientras notaba como el asiento del coche le quemaba la espalda. El sol que entraba por la ventanilla irritaba su mejilla.

–¿Adónde vamos?

–O al hospital de Västerborre, o a la calle Söder, 12, o a la avenida de Lambert, 5.

–¿Qué crees que ocurrirá cuando lo descubran?

–Hay tantos trámites cansinos... No llegamos a ninguna parte si tenemos que estar esperándolo todo constantemente. Haré que Irmelin Quist la devuelva cuando regresemos a casa. Tenía que recuperar nuestro fax. Nos hace falta para el hospital.

–¿Irmelin Quist?

–Sí, así parecerá más profesional. Como es ella la que retira documentación del Archivo Central y cosas de ese estilo. Devolveremos todo cuando hayamos terminado. Tenemos que encontrar a Carlsson. Lo haremos ahora.

–Sabes que...

–Que sí, Cato, lo sé. No jugamos a policías y ladrones. Pero yo asumo la responsabilidad.

–Sí, no quiero que...

–Ve hacia la calle Söder. Para ahí delante y nos compramos un perrito caliente. Indicó con la cabeza un puesto grande, abrió la carpeta, pasó las hojas deprisa y sacó un informe al azar.

7 de enero de 1973

Britt Else Buberger, nacida el 7 de octubre de 1951. La dirección médico psiquiátrica ha recomendado que sea concedida su custodia a un particular. La decisión fue unánime puesto que Buberger es huérfana, no tiene familiares y está muy enferma. Según explicó su médico, Oluf Carlsson, ha mostrado una ostensible mejoría durante sus breves estancias en su casa con él y su mujer. Como no tienen hijos y a su mujer le gusta mucho tenerla en casa, solicitaron el 3 de noviembre de 1972 que se modificara la tutela psiquiátrica de la joven.

Pasó rápidamente varias páginas. Había un informe escrito a mano por un médico, firmado con las iniciales L. H. B. Estaba fechado en 1968. Parecía que se trataba de un ingreso por urgencias y que las iniciales eran del médico de guardia. Por la fecha pudo deducir que Britt Else Buberger tenía 16 años y medio cuando se produjo el ingreso.

–Aquí vivió Britt Else Buberger –dijo Cato Isaksen tragando el último trozo

del perrito caliente. Paró frente a una gran casa blanca en una calle silenciosa y desierta—. Söder, 12. Es aquí. ¿Qué decían los papeles?

—Son muchos detalles. Todavía no he visto nada que tenga importancia. Voy a llamar a la puerta —dobló los documentos, tiró el envoltorio del perrito caliente al suelo y se desabrochó el cinturón de seguridad—. Es un buen barrio, una buena casa. Tendremos que revisar los papeles luego. No he visto nada en especial, la verdad.

—Columnas junto a la puerta y todo —comentó Cato Isaksen—, pero necesita una mano de pintura.

—Venga, acerca el coche a la acera y echaré un vistazo —tiró la carpeta sobre el asiento trasero, abrió la puerta y bajó. Cato Isaksen se quedó en el coche contemplando su espalda roja. Marian Dahle miró a ambos lados de la calle y cruzó al trote. No se veía a nadie en la calle de asfalto gris y altos setos. En la escalera había un jarrón beige con una tuya. En la placa de bronce figuraba otro nombre, ni Buberger ni Carlsson. Claro que no ponía ni Buberger ni Carlsson, pensó. Britt Else Buberger se había mudado a Noruega hacía treinta y cuatro años. ¿Pero por qué no se apellidaba Carlsson si la habían adoptado? ¿Cuándo la adoptaron? ¿Era una niña cuando lo hicieron? O tal vez era tan mayor que ya no se plantearon la posibilidad de un cambio de nombre. Llamó a la puerta y se dio cuenta de que deseaba que no le abrieran, que no se oyeran pasos en el interior. Todavía tenía hambre. Sus pulmones pedían a gritos un cigarrillo. Se inclinó sobre la barandilla de madera e intentó mirar por la que debía ser la ventana de la cocina. Se puso de puntillas en la escalera, pero estaba demasiado alta. Un manzano se reflejaba en el cristal y dificultaba la visión. Volvió a bajar la escalera, dio la vuelta a la esquina y siguió un sendero de grava entre setos florecidos hasta la parte trasera de la casa. El jardín trasero era precioso. No muy grande, pero completamente protegido de los vecinos por un gran seto. Una terraza cubría la mitad del jardín.

Estaba claro que en la calle Söder, 12, vivía una familia con hijos. El césped estaba sembrado de juguetes de plástico y coches de juguete, y había una piscina hinchable roja y amarilla, medio llena de agua manchada de hierba. Sobre la mesa de jardín, un plato con trozos de fruta. Moscas y abejas se habían reunido sobre el plato produciendo un intenso zumbido.

–Karin y Oluf Carlsson tuvieron un hijo, por fin –la mujer delgada que llevaba un vestido de verano color turquesa acercó el bolso a su cuerpo–. He vivido en esta calle durante cincuenta años. Conozco a todo el mundo. Y Karin y Oluf tenían la mejor casa.

Marian Dahle estaba de espaldas al número 12 de la calle Söder. La mujer vivía en la casa de al lado. Cato Isaksen seguía sentado en el coche. Hablaba con Roger Høibakk por teléfono. Le explicaba que no habían tenido tiempo de hablar con Oluf Carlsson, que no les iba a quedar más remedio que pasar la noche.

–Se sintieron muy felices cuando por fin ocurrió –dijo la mujer observando los ojos rasgados de Marian Dahle–. ¿Eres japonesa? –preguntó mientras quitaba unas hebras de hierba de su vestido.

–No –respondió Marian Dahle echando un vistazo a Cato en el interior del coche. Estaba claro que le estaban dando alguna información importante. Se volvió de nuevo hacia la vecina sacando una pequeña fotografía del Britt Else Buberg del bolsillo–. Quieres decir que finalmente tuvieron una hija adoptiva, ¿verdad? Ésta de aquí, Britt Else Buberg.

La anciana achicó los ojos y se inclinó un poco hacia delante. No se dio cuenta de que la mujer de la foto estaba muerta. La mujer mantuvo la mirada sobre la foto un breve instante.

–Puede que sí, pero hace tanto tiempo. Y ésa no es joven.

–No, claro. Hace más de treinta años.

–Pero sí que me acuerdo de unas chicas jóvenes. Tuvieron a unas niñas viviendo aquí una temporada.

–¿Unas chicas?

–Sí, pero no me refería a ellas cuando dije lo del hijo. Tuvieron un niño, por fin. Quiero decir su hijo Tomas. Karin tendría unos 42 años cuando por fin llegó. Lo habían intentado durante tanto tiempo. Ahora tendrá unos 34. Karin murió hace diez años. A Oluf le veo en el pueblo muy a menudo.

–Hablares con él –dijo Marian lanzando una mirada a la calle vacía.

–Sí. Vive en Lamberts. Un buen sitio para la gente mayor. Yo misma quiero pedir plaza allí. Pero ahora me está esperando mi marido con el café –apareció en la puerta de la casa que había al otro lado de la calle, con una taza de café en cada mano.

–¿Pero sabes si los Carlsson adoptaron a Britt Else Buberg? ¿La has vuelto a ver?

–No, de eso no sé nada. No he vuelto a ver a esa joven desde que se fue. Pero puedo afirmar que sintieron alivio cuando se marchó. Era comprensible.

De vuelta al coche dijo:

–¿Nos ocupamos de Carlsson primero, y luego vamos al hospital? Quisiera evitar pasar la noche, supongo que tú también.

–Pero no vamos a tener tiempo de hacer todo hoy, Marian. Tendremos que pasar la noche –Cato Isaksen agarró el volante con fuerza–. Roger me ha contado que han descubierto que era Astrid Wismer quien pagaba el piso de Buberg.

–Eso sí que son noticias –Marian hizo la señal de la victoria con los dedos–. Pero ¿por qué demonios? Vamos, arranca.

–El piso fue vendido al contado hace seis años. ¿Qué te dijo la señora que llevaba ese horrible traje turquesa? –Cato Isaksen giró la llave.

Marian se puso el cinturón de seguridad.

–Necesito un cigarro inmediatamente, o algo de beber, vino, alcohol, tabaco de mascar, lo que sea.

–Iremos al hotel ese –aceleró con cuidado–. Las cosas se van acoplando. Cuéntame ya lo que te dijo la mujer.

–Oluf Carlsson no tenía sólo una hija adoptiva, sino también un hijo. Su mujer tuvo un hijo a los 42. Pero tenemos que beber algo ya. Esas salchichas estaban saladas.

–Sí.

–Voy a intentar llamar a Oluf Carlsson –marcó el número en su móvil y lo acercó a su oreja. Nadie contestó. Miró la hora–. Vayamos al hospital primero –dijo cansada notando que aún tenía hambre–. Luego iremos a ese hotel.

El hospital de Västerborre había sido restaurado y ampliado. Era un edificio de muro gris que rompía con el estilo del pueblo. Todas las ventanas de la elevada primera planta tenían cristales mates.

–No estoy seguro de que nos atiendan a esta hora. Son las seis.

Cato Isaksen se frotó las manos. Su gesto la irritó.

–Tendremos que intentar localizar al hijo de Carlsson también –abrió la puerta y bajó, estuvo a punto de pisar un montón de zarzas.

Cato Isaksen la siguió por la entrada cubierta de losetas. Oía sus pasos, su respiración. Un hombre joven con barba y bata de médico bajaba por la escalera que ellos subían. Marian se echó un poco a un lado y le dejó pasar. Bajo la bata abierta llevaba pantalones de pana y camisa de cuadros.

Tras la recepción de madera había una mujer pelirroja con el cabello cortado a lo paje y uniforme de enfermera. En una vitrina se exhibían pequeños tarros de cristal marrón como decoración. Toda una pared era una ventana que daba a un jardín trasero. La cubrían cortinas transparentes de un tono entre amarillo y gris. Cuando Cato Isaksen explicó el motivo de su visita, la mujer pareció desconcertada.

–Tenemos un departamento de psiquiatría para casos graves –dijo mientras seguía con la mirada a un médico que pasaba con la bata abierta–, pero claro, ya no queda nadie que trabajara aquí en aquella época.

–Pero tengo el nombre de la persona con la que debemos hablar –dijo Marian Dahle presionando una tecla de su móvil–. Gustav Thorn.

–Bien –respondió la mujer–. Es el director del hospital.

Pasó un enfermero. Empujaba una cama vacía. La mujer los miró.

–Tanto el doctor Thorn como el responsable de guardia se han ido ya a casa y no sé si alguien más les podría ser de ayuda. Pero entiendo que lo que les interesa es el archivo, ¿verdad? En ese caso no necesitan hablar con el médico, ¿no?

–Sólo necesitamos algo de información sobre un paciente.

Se levantó y llamó suavemente a una puerta que había tras la recepción y abrió sin esperar respuesta.

–Han venido unos policías de Noruega.

Cato Isaksen y Marian Dahle miraron a la vez hacia la puerta por la que había desaparecido la mujer. Volvió a salir y dijo:

–Tendrán que ocuparse de ese asunto mañana. Nos han informado de que vendrían, pero Gustav Thorn ya se ha ido por hoy.

Cato Isaksen suspiró desesperado.

–¿No tienen una copia de su historia clínica? Teníamos su palabra de que nos la darían, hemos hecho el viaje desde Noruega para esto.

Marian le relevó:

–Un tal Oluf Carlsson trabajó aquí en los años setenta. Fue director del departamento de psiquiatría. Tienen que tener algo sobre él, o sobre Britt Else Buberger, que al fin y al cabo estuvo aquí casi cinco años.

–¡Mierda! –gritó Cato Isaksen maniobrando para evitar un coche que llevaba una caravana y había parado en el arcén.

–¿Qué? ¿Qué pasa? –Marian Dahle levantó la vista de los documentos. El calor del asiento quemaba su espalda.

–¡Mira ese cartel!

Marian observó un gran cartel de madera pintado de azul.

–Konkärrens Fårgård –leyó.

–Pues eso es. Granja de ovejas, *fårr* quiere decir oveja en sueco.

Siguieron por la avenida de sauces empedrada. Un poco más adelante vieron la casa del guarda y otro cartel: Se aceptan perros y caballos. La risa de Marian Dahle era un estruendo. Nacía en su estómago y era imposible pararla. Se golpeaba los muslos. El edificio principal estaba un poco más adelante. Los árboles frutales se mezclaban con los abetos. Detrás había llanuras, kilómetros de paisajes. Era una granja dedicada a la ganadería, con varios cercados. Ovejas, cerdos, gallinas y caballos en feliz armonía. Y niños. Un grupo de unos ocho o diez jugaba en unos columpios.

–Hasta puedes traerte a los niños con su propio caballo –gritó Marian. Los documentos salían volando de la carpeta–. Y perros, podíamos habernos traído a Birka, Cato. Podíamos haberlo hecho. Necesito un cigarro ahora mismo, o saltaré sobre un caballo y me iré al galope.

Cato Isaksen se pasó una mano por la frente cansada. El también sonreía.

–Me metes en unos líos increíbles, Marian. Yo también quiero beber algo.

–Que yo te meto en líos... No será culpa mía que una señora procedente de Suecia se caiga de un séptimo piso. Y que no tenga ni un jodido familiar. Que todo lo que tiene que ver con ella haya desaparecido. Que sea imposible localizar al tal Oluf Carlsson y que la maldita burocracia sueca haga las cosas tan condenadamente difíciles.

–Gracias por la lección de filosofía –Cato Isaksen detuvo el coche en la entrada, junto a otros cinco–. Repito, ahora lo que quiero es algo de beber –dijo. Paró el motor y bajó del coche.

Una mujer morena de cuarenta y tantos salía para dar de comer a los animales. Llevaba un cubo rojo en cada mano y botas de agua verdes en los pies. Paró y les sonrió.

–Habéis tenido suerte, nos queda una única habitación libre. Todas las demás están alquiladas.

Cato Isaksen habló con voz grave:

–¿Las camas son individuales?

–Son individuales –dijo mirándole mientras esbozaba una sonrisa cómplice.

Marian apretó la carpeta de los documentos contra su pecho. Notó que la cara le ardía.

–¿Tenéis vino?

–Sí, claro, todo el que queráis. Pasad y mi marido os dará la llave. Está en la cocina.

–Bien –dijo Marian–. Entonces pediremos una botella ahora mismo. Vino blanco. ¿Tendríais uno italiano?

–No, por aquí no nos andamos con pijadas. Sólo tenemos una marca.

–¿Y es...?

–Uno de mesa francés –la mujer esbozó una sonrisa–. Hablad con mi marido. Cato Isaksen asintió con la cabeza.

–¿Y podremos comer algo también? Estamos famélicos.

–Tenemos albóndigas o arenques.

–Unas albóndigas suecas serían perfectas.

–Pues claro que os las serviremos. Podéis comer en la cocina. Es el corazón de la casa. Estaré de vuelta dentro de diez minutos y prepararé la comida. ¿Traéis equipaje?

–No, nada –dijo Marian Dahle.

Roger Høibakk miraba a Randi Johansen. El coche civil de color gris que conducían estaba parado frente a la calle Nordberg, 68.

–Era Cato, van a tener que pasar la noche en Kristinehamn –dijo echando un vistazo a su pelo oscuro en el retrovisor.

–Y esos dos juntos... Dios mío –Randi bajó del coche y Roger hizo lo mismo.

Observó la casa. Una casa cuadrada de madera roja. La pintura estaba reseca y los tablones horizontales cuarteados y separados de la pared en algunas zonas. Entre las losetas de la entrada asomaban hierba y musgo.

–Esperaremos a que Cato vuelva antes de ponernos en contacto con Wismer. Tiene buena sintonía con ella.

Roger asintió.

Unos chicos adolescentes jugaban al fútbol un poco más abajo. Oían sus voces y sus risas que subían y bajaban.

–Así que aquí vivía Astrid Wismer hasta hace seis años –dijo Randi–. Tiene aspecto de cerrado. Está claro que no hay nadie en casa. ¿Marian y Cato habían descubierto algo en Suecia?

–No estoy muy seguro. Me parece que ni ellos mismos lo tienen claro. Esto parece vacío.

Randi Johansen entró en el patio, subió los pocos escalones y llamó a la puerta. Nadie abrió. Dio la vuelta a la esquina y bajó una escalera de piedra en el lateral de la casa. Roger la seguía. El jardín tenía varias alturas. Debajo de la terraza parecía haber un estudio con entrada propia. Tras el seto del jardín vecino los contemplaba una mujer. Randi Johansen apartó unas ramas y le enseñó su placa. Vio algo que se alejaba saltando, tal vez un gato, y preguntó a la gruesa mujer si podía hacerle unas preguntas.

–¿Por qué estáis aquí? –preguntó la mujer.

–Se trata de un caso que estamos investigando. Astrid Wismer vivía aquí hace unos años. No está directamente involucrada, pero se trata de alguien a quien ella conocía. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

Roger Høibakk bajaba por la escalera. La mujer le observó.

–Doce años.

–Entonces conocías a Astrid Wismer, ¿verdad? –Randi Johansen sacudió la mano para apartar una mosca.

–Sí, claro. La conozco bien. Está ingresada en una residencia de ancianos.

–Sí, lo sabemos. ¿La visitas alguna vez?

–Sí, claro. En Navidades y fechas así. Hace seis años que vendió la casa.
 –Y antes de mudarse, ¿vivía sola en esta casa tan grande?
 –Sí, desde que murió su marido sí, claro. Pero alquilaba la planta baja.
 –Ah, ¿sí? Tal vez a una mujer de mediana edad... –dijo Roger Høibakk.
 –Sí, precisamente.
 –Recuerdas el nombre de esa señora, o qué aspecto tenía.
 –No, no lo sé... tenía un aspecto muy normal, la verdad. Rubia.
 Randi y Roger se miraron. Entonces Wismer y su inquilina se mudaron a la vez, pero Buberger no era rubia.
 Roger Høibakk tomó el relevo:
 –¿Sabes qué fue de la inquilina?
 –No, no tengo ni idea. Cuando se vendió la casa tuvo que mudarse, claro. Astrid nunca hablaba de ella.
 –¿Has oído alguna vez el nombre de Britt Else Buberger, sabes algo de ella?
 –No, nunca he oído ese nombre –dijo la mujer y se agachó para recoger un gato negro.
 –Más o menos qué edad tendría la inquilina rubia...
 –No sé qué decir. Tal vez 40 –el gato se agitaba. Se agachó y lo soltó.
 –Cuarenta...
 –Sí, algo así; hace seis años, así que ahora será más mayor.
 –¿Sabes si trabajaba?
 –No, creo que no. Pasaban mucho tiempo juntas en el jardín y eso. Al principio los tres, porque entonces Rolf Wismer vivía.

Cato Isaksen recibió una llamada. Se apartó un poco del coche y volvió a pasarse la mano por la parte inferior del rostro. Era una especie de mala costumbre que había adquirido.

–Hola Bente. No, no. Tengo tiempo, espera un momento –se alejó unos pasos.

Un cerdo gruñía y golpeaba la cerca de madera de una pequeña pocilga.

–¿Que dónde estoy? No te lo vas a creer –mientras lo contaba, empezó a reírse–. Por favor –dijo con cansancio–, esto no es ningún viaje de placer. Estoy deseando que vuelvas a casa. No, no voy a compartir habitación con Marian Dahle. Tengo una sorpresa para ti cuando vuelvas a casa. No, te lo aseguro; si puedes estar segura de algo, es de eso. Ahora vamos a comer albóndigas suecas y leer unos cuantos documentos.

Las paredes de madera estaban pintadas de rosa claro. Cato Isaksen estaba boca arriba mirando fijamente al techo. Sus pantalones colgaban de una silla, junto a la ventana.

–Las albóndigas y el vino blanco han sido lo mejor del día –bostezó mirando a Marian Dahle que estaba tumbada en una cama aún más estrecha que la suya. Llevaba puesta la camiseta roja y también los pantalones. No se había quitado nada. En la pared, sobre su cama, colgaba un dibujo a carboncillo de un oso de peluche.

–Entonces nos vamos derechos al hospital de Västerborre mañana. No consigo entender esto de Astrid Wismer y Buberg. Que le pague el piso. ¿Por qué iba a ocultar que la conocía?

–Puede ser tan sencillo como impuestos y tasas sobre la herencia –dijo Cato Isaksen–. Uno no puede regalar lo que quiera. No tendrá herederos. Oye, me parece que aquí huele a vaca.

Marian le sonrió en la penumbra.

–Seguro que soy yo, como no hay ducha... A mí me parece que nos apañamos bien, Cato.

La luz que asomaba por la rendija de las cortinas amarillo mostaza con dibujos azules era gris. Cato Isaksen se rascó la nariz.

–Sin comentarios. Tenemos que ir a hablar con Oluf Carlsson a primera hora. ¿Qué crees que pasó con Buberg?

–Tal vez tuvo un hijo y se lo dio a la madrastra. Se marchó a Noruega para

olvidar. Tal vez el padraastro...

–Quieres decir que su tutor psiquiátrico, Oluf Carlsson, que era el padre de...

–Sí, tal vez algo así. Tiene que haber ocurrido algo, no sé...

–Y el hijo, ¿cómo se llamaba?

–Tomas. Lo comprobaré todo sobre él cuando volvamos a casa. Alguien ha perdido la llave en el sótano. Luego alguien la ha tirado por el balcón y cerrado la puerta al marcharse. Creo que tiene algo que ver con ese hombre. Ese del que habló el vecino. Tal vez fuera Oluf Carlsson.

–Buberg ha podido tener un hijo después de llegar a Noruega.

–Si no fuera por la puerta de la terraza cerrada y los moratones de sus brazos habríamos llegado a otra conclusión. No le habríamos dado tanta prioridad al caso.

–Creeríamos que había saltado por su propia voluntad –Cato Isaksen cerró los ojos.

–Sí, pero la foto desenfocada nos lo dice todo.

–Vale, ahora tenemos que dormir.

Marian Dahle bostezó.

–Estoy muerta de sueño. ¿Te has fijado en el dibujo del osito de peluche sobre tu cama?

–Lo he visto. Tuve un osito parecido a ése cuando era niño.

–Yo también –su tono cambió–. Hurgas en mi vida. Si hablas con mi madre una sola vez más...

–No hurgo en tu vida –sus palabras quedaron colgando en el aire de la habitación.

Marian miró fijamente a la ventana. Estaba entreabierta. La cortina se movía suavemente adelante y atrás.

–Cuando tenía 4 años, mi madre dijo que era demasiado mayor para tener un osito. Dijo que era ella quien decidía. Lo tiró a la basura.

–Me gustaría saber por qué me mareas con todo tipo de historias sobre tu infancia constantemente, Marian. ¿Por qué no hablas mejor con un psicólogo?

–He bebido demasiado. No eres nada bueno escuchando. Está tan mayor... sobrepasaste un límite.

–Marian, estos cuelgues tuyos...

–No hay por qué tener tanta consideración con los niños. Pero tienes razón, Cato, por qué demonios hablo contigo de esto –Marian Dahle se tiró del pelo y se dejó caer hacia el otro lado, hasta darle la espalda. De pronto, la melodía del salmo sueco que cantaron en el entierro de Buberg cruzó por su mente. *Aún llevo conmigo todo lo que me diste. Si alguna vez llegas a Samarcanda.* Una estrofa muy muy extraña. Miró fijamente a la pared. Las ramas del árbol dibujaban distintos motivos bajo la pintura. Dos ramas parecieron de pronto

una mirada. Tal vez Samarcanda tuviera que ver con la secta del advenimiento u otros extraños ritos religiosos. Lo primero que haría al llegar a casa sería comprobarlo en la red.

Cato Isaksen se puso de lado rápidamente y le dio la espalda.

–Pues buenas noches y hasta mañana –su delgado edredón crujía.

–Buenas noches, Don Perfecto.

–Don Perfecto. ¿Por qué dices eso?

Oyó como levantaba la cabeza de la almohada y volvía a darse la vuelta.

–Porque das todo el tiempo la sensación de ser un padre perfecto. Buenas noches.

–¿Has hablado con Randi? –Cato Isaksen mantuvo la cabeza en la misma postura. Miraba su espalda.

–No, Randi no ha dicho nada. ¿Qué iba a decir?

–No soy para nada un padre perfecto, pero nunca hablo contigo de ellos –se maldijo por haber dejado caer confidencias a Randi a lo largo de los años.

–Por cierto, el piso de Britt Else Buberger es idéntico al de mis padres. El cuarto pequeño que hay junto a la cocina era mi habitación.

–Así que fue por eso...

–Por eso ¿qué? Se dio la vuelta hacia él otra vez. Se incorporó.

Él dejó que su cabeza cayera sobre la almohada.

–Pues que no querías entrar en el piso de Buberger.

–¿Que no quería entrar en el piso de Buberger? No había ninguna necesidad. Tú, Ellen y diez más estabais allí.

–Te estresas horriblemente, Marian. Sería mejor que fueras un poco más impersonal. Ahora quisiera dormir.

–Buenas noches, Don Perfecto. La zorra duerme.

–Buenas noches –dijo Cato Isaksen y miró al techo irritado por el repentino mugido de una vaca junto a la ventana.

Oluf Carlsson residía en una vivienda tutelada, con aspecto de adosado, de pequeños apartamentos pintados de amarillo en torno a un patio. Había senderos bordeando toda la fila y vistas al mar y al puerto deportivo. Encontraron la puerta que tenía el nombre de Oluf Carlsson en una gran placa de bronce. Seguramente estuvo colgada en la bonita puerta de la calle Söder, 12, pensó Marian. Nadie les abrió cuando llamaron.

Marian suspiró:

–No abre...

La puerta se abrió de pronto de un tirón y un hombre anciano con la espalda muy recta y un brazo en cabestrillo los miró interrogante desde el umbral. Era alto, de cabello espeso y gris y llevaba pantalones de sport.

–Buenos días –dijo rápidamente.

–Buenos días –respondió Marian, dándose cuenta de que tenía una fea marca, entre azul y roja, en la mejilla izquierda.

–Buscamos a Oluf Carlsson. Estamos aquí en relación con un asesinato en Noruega –Cato Isaksen sacó su identificación, Marian Dahle hizo lo mismo.

Los ojos de Oluf Carlsson, de un azul aguado, adquirieron un tinte helado.

–Sí, me llamaron. Soy Oluf Carlsson.

–Fui yo quien llamó –dijo Marian Dahle–. ¿Podemos entrar?

Oluf Carlsson miró por un momento a los policías con antipatía.

–Soy un hombre mayor. No soporto esto.

–¿Qué es lo que no soportas? –la experiencia de muchos años como investigador de Cato Isaksen hizo que agudizara la voz. Si encontraba dificultades, se limitaba a buscar otra manera, con la mente abierta, no con montones de entrevistas carentes de interés con personajes secundarios. Miró a Oluf Carlsson y sintió de forma intuitiva que era un pez gordo. La sensación se hizo aún más clara cuando el hombre intentó cerrar la puerta.

–Pero entonces tendremos que pedirte que vayas a Oslo para un interrogatorio formal –dijo Marian Dahle y puso el pie en la puerta.

–No he tenido nada que ver con Britt Else Buberger en muchos, muchos años. No tengo nada, repito, absolutamente nada que aportar. Britt Else nos dejó hace treinta y cinco años. No era una persona sana. Un momento, por favor, y salgo.

–Y el hijo...

Dio un portazo, pero la volvió a abrir al momento.

–Me encontraré con vosotros en el comedor, en ese edificio de allí –indicó

con la cabeza una construcción de muro redondeado que estaba en medio de la plaza–, dentro de media hora –dijo cerrando la puerta.

–Un tipo encantador –comentó Marian Dahle–; es viejo, pero no sé, parecía extraordinariamente en forma y excepcionalmente antipático. Y, joder, estaba herido.

–Vuelve a llamar. La testigo pensaba que el hombre que empujó a Buberg era bastante alto.

–Hemos venido aquí con una misión... –Cato Isaksen volvió a guardar su identificación en el bolsillo interior de la chaqueta.

–Dijo dentro de media hora. Nos da tiempo de ir a Västerborre mientras tanto. La testigo dijo que *creía* que era alto. También dijo que podía tener cualquier edad, entre 30 y 60 años. Ese hombre me produce vibraciones psicopáticas.

–Tiene 82 años –recalcó Cato Isaksen–, es demasiado viejo. Pero por supuesto que comprobaremos en tráfico si tiene coche.

–Mucho es psicológico –Marian Dahle se metió un caramelo en la boca–. Si tenía poder sobre ella, si *quería* que cayera, es posible que lo hiciera.

En el hospital de Västerborre el director Gustav Thorn, que parecía una curiosa mezcla de asistente social y abogado, les confirmó que Oluf Carlsson había sido un jefe del departamento de psiquiatría muy respetado.

–Veo en la documentación que estuvo aquí desde 1967 hasta enero de 1973, cuando se clausuró la sección de agudos. También entró en política, y trabajó durante mucho tiempo para mejorar las condiciones del hospital. Cuando por fin se decidió cerrar el departamento, hubo grandes titulares en la prensa sobre lo mal que estaba la psiquiatría en la región. Algunos pacientes pasaron años en el departamento, por falta de otras alternativas. Fue en gran parte gracias a Oluf Carlsson que Sahlgjärda empezó a funcionar tan pronto. El lugar era originalmente una antigua mansión, propiedad de una familia alemana.

–Estuvimos allí ayer. Tenía un aspecto impresionante –dijo Cato Isaksen.

–Fue construida en el siglo XIX –continuó Gustav Thorn–, pero lo adquirió el estado tras la resolución de 1972. Todo el departamento se trasladaría a Sahlgjärda, se abrió a finales de 1973 y Carlsson fue nombrado responsable médico de todo el nuevo hospital.

–Como has podido comprender, lo que buscamos es información sobre la paciente Britt Else Buberg –dijo Marian Dahle–. Se os ha informado de que fue asesinada en Oslo hace algo más de una semana. La razón por la que estamos aquí es que Oluf Carlsson, quien, por cierto, la adoptó en 1973...

–No la adoptó –dijo el director del hospital–, fue su tutor. Son dos cosas completamente diferentes.

Cato Isaksen se pasó la mano por la frente:

–Fue a vivir con él.

–Puede ser, no conozco el caso personalmente. Sólo puedo repetir lo que dicen los papeles.

–¿Tienes su historia clínica? ¿Hay alguna foto suya?

El director parecía forzado.

–No, eso es lo que no tenemos. El historial ha podido ir con ella a Sahlgjärda.

–No –explicó Cato Isaksen–, no ha sido así porque nunca llegó a Sahlgjärda. Nunca volvió a tener tratamiento psiquiátrico. ¿Es razonable pensar que Oluf Carlsson haya cogido su historia clínica?

–Oluf Carlsson era un médico muy respetado. Por supuesto que puede haberla sustraído de aquí, pero no entiendo por qué iba a hacer una cosa así.

–Sólo era una chica sola que llegó a una familia. Pero estaba más enferma de lo que creíamos. Tenía algo oscuro en su interior. Sencillamente, llegó a ser demasiado peligrosa –Oluf Carlsson hablaba con voz monótona.

Marian Dahle miró a su alrededor. Habría una treintena de ancianos en el recinto que o bien deambulaban sin descanso, jugaban a las cartas, tomaban café o hacían cola para comprar comida.

–¿Peligrosa? ¿De qué manera? –Cato Isaksen puso los codos en la mesa y le miró fijamente–. Había sido paciente tuya durante varios años, debías saber cómo era.

Marian Dahle pensó que Oluf Carlsson se parecía a un zorro. Tenía un rostro estrecho y la nariz bastante afilada. Notó que todo en él era de clase alta. Era muy refinado, pero parecía incómodo. Su mirada, las manos inquietas, la manera de observarlos.

Sobre la mesa había una jarra vacía, de diseño finlandés, con una capa amarilla adherida al fondo. También un periódico doblado.

–Entiendo que debo ponerme a su disposición –Oluf Carlsson pasó la mano por la venda que llevaba en cabestrillo–, pero se lo ruego, soy viejo y estoy enfermo. Han sido tantas cosas. De verdad que no creo disponer de información interesante.

Tras el mostrador sonaba el ruido de las tazas. Una camarera con una redecilla que le cubría el cabello soltó una carcajada por algo que decía una anciana.

–Pero, ¿por qué la adoptasteis tu mujer y tú? –Marian Dahle se metió otro caramelo en la boca.

–Todo el asunto fue un error. Yo era su tutor –suspiró y giró un poco la cabeza. El moratón de su mejilla invadía sus miradas–. Britt Else no tenía familia alguna –continuó–. Karin también trabajaba en el hospital. Fue ella quien... Karin era... no teníamos hijos. Empezó por llevarle cosas. Le dejaba heredar su ropa, y cosas así. Karin creía que podríamos hacer algo por ella, que ella haría algo por nosotros. Pero entonces Karin se quedó embarazada. Era un milagro. Tenía 42 años. Britt Else tuvo problemas con eso. Sencillamente, tuvo celos. Tenía 22, casi 23 años, se marchó a Oslo.

–¿Por qué precisamente a Oslo?

–¿Por qué no? También hablaba de Copenhague, pero eligió Oslo. Volaba en soledad. No tenía amigos. Era una persona oscura, sin más. A Karin le resultó duro, sentía que habíamos fracasado y todo lo demás... pero así quedaron las cosas. Karin murió diez años atrás.

–Tuvo contacto con Britt Else después de que...

–No –negó con la cabeza–, absolutamente ninguno.

–¿Y tuvisteis un hijo?

El gesto de Oluf Carlsson se hizo aún más rígido.

–Tampoco a él le ha ido muy bien. Supongo que lo sabéis.

–No, no sabemos nada de él.

–Está en la cárcel. Es una larga historia. Cuando Karin murió hace diez años, dejé de tener contacto con Tomas. Y Britt Else... supongo que puede decirse que soy un hombre fracasado. Un hombre muy fracasado.

Cato Isaksen levantó la cabeza cuando pasó una camarera llevando una bandeja con café. Dos señoras de cabello gris preguntaron si los asientos contiguos estaban libres. Cato Isaksen negó con la cabeza:

–Lo siento.

Marian Dahle tragó el resto del caramelo.

–Nos ha llegado un informe de que Britt Else tenía una enfermedad de la sangre...

Oluf Carlsson asintió despacio.

–Veo que han investigado a fondo. Era leucemia, pero en una variante leve. Era una enfermedad linfática, llamada LLC o CLL, si lo prefieres. Se curó del todo.

Marian Dahle observó al psiquiatra jubilado.

–Su historia clínica ha desaparecido. Sólo recibimos un breve fax del hospital con dos líneas al respecto. Era todo lo que tenían. Por lo visto estaba en un archivo específico para cánceres de clasificación Binet 1. Pero su historia había desaparecido.

–No es el único historial que se ha perdido, os lo puedo garantizar. Era todo un gran desastre. Un auténtico caos. El ala de psiquiatría de Västerborre estaba saturada, era totalmente caótico. No teníamos enfermeras suficientes. Era una auténtica locura. Todo aquello casi acaba con mi salud. Casi tuve que entrar en política para conseguir cambiarlo. Cuando me ofrecieron el puesto de director del nuevo hospital psiquiátrico, nos sentimos muy felices. Como ya les he dicho, Karin era enfermera en Västerborre, pero en la clínica. La tragedia de Britt Else fue que Karin y yo, por bondad, la tuvimos en casa algunos fines de semana. Fue Karin quien tuvo la idea de que podría venir a vivir con nosotros de forma definitiva. Una buena idea, creímos entonces. Karin deseaba tanto un hijo –repitió–. Luego se quedó embarazada. Seguro que habréis oído hablar de casos de mujeres que no pueden tener hijos, adoptan, y un buen día se quedan embarazadas a pesar de todo.

Marian Dahle asintió distraída y miró por la ventana. Una limpiadora con

delantal amarillo arrastraba un carrito con un cubo. Había abierto varias de las puertas de los pequeños apartamentos.

–Nos sentimos muy felices cuando Karin se quedó embarazada. Parecía un milagro. No puede negarse que Britt Else tuvo celos. Al principio parecía contenta, pero cuando llegó el bebé y pasó algo de tiempo, llegamos a tener miedo de que le hiciese daño.

Cato Isaksen le observaba.

–¿Entendéis lo que estoy diciendo? –dijo fríamente–. Era peligrosa.

Apareció una mujer de pelo castaño en la cafetería. A unos metros de la mesa. Estaba en la cincuentena, vestía deportivamente con pantalones y un anorak blanco, como si estuviera lista para dar un paseo. El gesto de Oluf Carlsson se iluminó por unos instantes, antes de reemplazarlo por otro de preocupación. Se excusó, se levantó con prisa y fue hacia la mujer, puso la mano sobre su brazo y la llevó hacia la puerta. Ella se dio la vuelta, miró por encima de su hombro hacia los investigadores, saludó con la cabeza a Oluf Carlsson y volvió a salir. Cato Isaksen echó una rápida mirada a Marian Dahle.

—¿Qué opinas?

—No lo sé, tenemos que comprobar en qué hospital nació Tomas Carlsson. Puede que el retrato que hace de Britt Else sea real. Al fin y al cabo los vecinos han dicho lo mismo, que era callada y retraída. De ánimo un poco oscuro. Son temas muy delicados, Cato. Imagínate la suerte que tuvo que ser para ella encontrar una madre, para luego perderla, por un bebé. Tal vez no estaba del todo sana y eligió marcharse muy lejos. Así seguía estando sola. Y tal vez...

—¿Tal vez qué? Habla rápido, Oluf Carlsson viene de vuelta.

—Tal vez la soledad se convirtió en algo seguro para ella, algo en lo que reconocerse. Siguió siendo una mujer solitaria que limpiaba y fregaba. Luego Astrid Wismer se hizo su amiga. Probablemente ocupó el lugar que Karin Carlsson... Voy a ocuparme de una cosa —Marian Dahle se puso de pie con prisa.

Cato Isaksen la miró marchar desconcertado. Oluf Carlsson volvió a tomar asiento.

—Lamento la interrupción. Sólo era una amiga mía. Solemos dar paseos juntos.

No se veía a la mujer de pelo castaño por ninguna parte. Marian lanzó una mirada hacia el piso de Oluf Carlsson. La limpiadora del delantal amarillo maniobraba una aspiradora y un carro con cubos por el sendero. La fregona se cayó de la pared contra la que estaba apoyada. La mujer estaba a punto de echar la llave. Marian Dahle cruzó el patio a toda prisa, subió un par de escalones y siguió por el pasillo. Se agachó rápidamente y recogió la fregona.

—Estoy de visita con Oluf Carlsson —sonrió a la limpiadora—, estamos en la cafetería. Sólo voy a buscarle las gafas, los ojos de cristal —explicó señalándose los ojos.

La mujer la miró. Tenía ojeras y apretaba la bayeta entre los dedos.

–Es que tenemos que llegar a una oficina del Ayuntamiento antes de que cierren, ¿sabes? –dijo Marian agitada–, le estoy ayudando con un asunto. Ahora en verano está todo muy tranquilo y puede ser buena idea que...

–Ah, sí, vale, pero... ¿eres abogada? –la limpiadora echó el trapo en el cubo y cogió la fregona que Marian le alcanzaba.

–Sí, soy una especie de abogado –Marian Dahle se paró frente a la puerta abierta que daba al piso de Oluf Carlsson.

–Vale. Acabo de terminar de limpiarlo. ¿Tienes llave para cerrar cuando salgas?

–La llevo en el bolsillo –Marian Dahle se dio un golpecito en el muslo–. Huele divinamente a limpio –añadió.

–Gracias, voy a mover la aspiradora.

–Gracias –dijo Marian Dahle, sonrió, entró en el pequeño recibidor y cerró la puerta tras ella. Se quedó escuchando con el corazón acelerado. ¿Y si la mujer de pelo castaño estaba en el apartamento?–. ¡Hola! –saludó. No contestó nadie, el silencio era atronador.

Echó un vistazo a la cocina amarilla, entró en el pequeño y bien cuidado salón, y dio una vuelta a la pulida mesa de comedor. Un sofá estilo rococó con cuatro sillas a juego tapizadas de terciopelo rosa se alineaban junto a la pared. No tenía ni idea de qué buscar, era más bien una vuelta de reconocimiento. La habitación era bonita y elegante, a pesar de que sobraban muebles. El suelo crujió. Se notaba mucho que Carlsson provenía de una casa muy grande. Pensó en el número 12 de la calle Söder.

Encima de una mesita situada junto a una butaca había un montón de libros sobre héroes nacionales y barcos de guerra. Una lámpara de lectura se doblaba desde el borde de la mesa sobre el sillón de descanso de piel negra. Las llaves del coche Fiat estaban en un pequeño platillo encima de la mesa ovalada del salón, brillaban bajo sus ojos.

Una antigua cruz de plata colgaba sobre el sofá. Y bajo ella un cuadro alargado de punto de cruz. *Si alguien adora a la bestia y a su imagen y usa su nombre. El humo de su padecimiento se eleva por toda la eternidad, no tienen paz ni de día ni de noche.* Marian se fijó en que el texto estaba en noruego, se dio la vuelta hacia la pared más larga, donde resaltaban unos cuadros demasiado grandes en pesados marcos dorados. Los retratos de familia estaban reunidos en la pared más corta, cerca de la cocina. Había una larga fila de fotos en blanco y negro que se alineaban sobre una repisa baja de caoba, llena de libros antiguos. Marian se acercó a la estantería, se inclinó hacia la pared y observó las fotos. La del centro era una foto de boda. La novia llevaba un vestido blanco corto, tenía gafas, velo y un imponente ramo de novia de los años cincuenta, con claveles en cascada. Sus ojos estaban prendidos del novio, que era una versión joven y morena de Oluf Carlsson. Otros retratos de familia colgaban muy juntos, uno debía ser de Carlsson, sus padres, su hermano y su bella hermana. Observó a la hermana, antes de apartar la mirada. La primera de las fotos de la repisa era una instantánea en color de la mujer que acababa de asomarse a la cafetería. Estaba tomada en una playa. Sonreía con el rostro medio cubierto por el cabello. Llevaba una sotana. Marian se fijó en una foto pequeña, bastante desenfocada, de dos mujeres jóvenes en un bosque de árboles sin hojas. Estaban cogidas del brazo en un sendero. Debían de haberse movido en el momento en que se la hicieron, porque la chaqueta de una de ellas daba la impresión de desaparecer por un extremo de la foto. Tenía un pequeño marco de metal repujado. Estaba junto a un largo jarrón de cristal. Aunque la imagen no era nítida, era fácil ver que una de las mujeres era una versión muy joven de Britt Else Bubergr. Sin pensárselo Marian agarró la foto, se la metió en el bolsillo y colocó el resto de los retratos un poco más juntos. Se dio la vuelta. Un diploma, que certificaba que Oluf Carlsson había sido nombrado alguna clase de caballero por su largo y fiel servicio a la psiquiatría, colgaba en solitario sobre una mesa redonda con un jarrón de flores frescas. Un hombre de orden, pensó Marian y tuvo un escalofrío. Observó por un momento la cruz de plata sobre el sofá. Los psiquiatras no eran sus personas favoritas. Miró la hora y se acercó a una gran alacena, sacó los dos cajones de arriba y rebuscó deprisa entre un montón de papeles, álbumes y colecciones de sellos. Pensó que aquello era absurdo, puesto que no buscaba nada en concreto, pero algo zumbaba en su inconsciente. Samarcanda, pensó. *Si alguna vez llegas a Samarcanda.* Oluf Carlsson tenía la culpa, se defendió mentalmente. Algunas veces las cosas eran así: había procesos

que se desencadenaban porque algo no cuadraba. La manera de ser, el comportamiento, cosas que percibía como señales negativas. El modo equivocado, pensó abriendo rápidamente la puerta del pequeño dormitorio. Entornó la puerta de un armario. Camisas y trajes colgaban ordenadamente alineados. Observó los cajones de la pequeña mesilla, pero prefirió agacharse y mirar debajo de la cama. Había una caja de cartón atada con una gruesa cuerda. La sacó. La cuerda tenía un gran nudo. Salió disparada hacia la cocina. Abrió un cajón y agarró un cuchillo de pan. Volvió rápidamente al dormitorio y se agachó para cortar la cuerda de un tajo.

Cato Isaksen puso los codos sobre la mesa y se inclinó hacia Oluf Carlsson.

–¿Dónde estabas el 23 de julio?

–¿El 23 de julio?, ¿la semana pasada? –rió fríamente–. No creerás que...

Cato Isaksen le interrumpió:

–El lunes de hace nueve días, sí.

–Estaba aquí. Mi amiga, Ann, la que acaba de entrar, lo puede confirmar.

–¿Puedes ir a buscarla?

–Se marchó.

–Me tienes que dar su nombre completo y su número de teléfono. ¿Por qué estás herido?

–Ann y yo dábamos un paseo. Me tropecé y caí rodando por una ladera hace unos días.

Cato Isaksen se incorporó en su silla, miró al anciano y dijo:

–Hay una cosa que me ha llamado la atención durante nuestra conversación y es que no me has hecho ni una sola pregunta sobre lo que le ha pasado a Britt Else Buberger. ¿No quieres saber cómo la mataron?

Oluf Carlsson levantó la vista en el momento en que Marian Dahle volvía a la mesa y se sentaba. Cambió el jarrón vacío de sitio.

–No –respondió fríamente–. Tengo entendido que se ha caído desde una terraza.

–¿Tienes alguna foto suya?

–No, lo siento.

–Britt Else Buberger dio a luz un hijo, ¿habéis hablado de eso? –preguntó Marian Dahle.

Cato Isaksen negó con la cabeza y de pronto Oluf Carlsson pareció desconcertado.

–¿Qué dices? ¿Que tuvo un hijo? ¿Cuándo?

–Eso es lo que te estamos preguntando a ti –dijo Cato Isaksen–. El informe de la autopsia indica que había dado a luz.

–Dios mío, no sabía nada de eso. ¿Sabéis... bueno... cuándo?

Marian Dahle volvió a tomar la palabra.

–No, no encontramos ninguna referencia a ese niño en ninguna parte. Hay algo que no concuerda –dijo mirándole el brazo–. ¿Está roto?

–Sí, está fracturado. Puede haberse quedado embarazada... bueno, al fin y al cabo llegó a Oslo sola. Pero ¿puede haber abortado?

–El forense dice que ha dado a luz, lo que no sabemos es si vive o no.

La expresión de Oluf Carlsson cambió. Se tornó triste.

–Es todo tan horrible. Lo lamento, pero siento que ya no puedo más –se puso de pie–. Será mejor que me llaméis si tenéis más preguntas –les tendió la mano derecha por turno–. Suerte con la investigación. Espero que se solucione. Todo esto es muy difícil para mí, aunque no haya visto a Britt Else en muchos, muchos años.

Salieron juntos. Cato Isaksen lanzaba rápidas miradas a Marian Dahle, pero ella evitaba establecer contacto. Fuera el silencio era total. No se movía ni una hoja de los árboles. La mujer de ropa deportiva esperaba a Oluf junto a un coche rojo.

–Ésa es Ann –dijo, saludándola con la cabeza.

Cato Isaksen anduvo hacia ella.

Oluf Carlsson y Marian Dahle se quedaron uno junto al otro.

–Una última cosa –dijo, mirando a una señora que venía hacia ellos apoyada en un andador–. Britt Else Buberger tenía contacto con una anciana llamada Astrid Wismer. ¿Sabes algo de eso?

–No –dijo Oluf Carlsson saludando a la mujer del andador–, no sé nada.

–Baja las ventanillas y así tendremos corriente –Marian volvió a sacar un montoncito de papeles de la cintura del pantalón, abrió la puerta del copiloto y se dejó caer. Cato Isaksen giró la llave.

–¿Qué te contestó la tal Ann cuando le preguntaste por la coartada de Oluf Carlsson?

–Se habían ido juntos de excursión. Y no creo que... –Cato Isaksen le echó una mirada–. ¿Qué tienes ahí? –indicó los papeles con la cabeza–. Otra vez no, maldita sea. Marian, ¿qué tienes ahí?

–Pues la verdad es que no lo sé, pero son papeles e historias clínicas del hospital de Västerborre. También tendremos que comprobar la coartada del hijo, Tomas Carlsson, verificar si es verdad que está en la cárcel. Y si es así, por qué.

–¿Has entrado en su casa? ¿Estás completamente loca de verdad? –golpeó irritado el volante con las dos manos y metió la marcha atrás.

–Aquí hay algo con fecha de 1979, es decir, de una etapa muy temprana. Por cierto, Carlsson tiene coche, un Fiat.

–Estás loca –repitió iracundo.

–Sólo parezco loca –repitió con tranquilidad–, es una forma de dominar el desconcierto. Lo que importa son los resultados, Cato.

–Eres arriesgada, pero de la manera equivocada, te lo puedo asegurar –miró por el retrovisor–. Si sigues así, estarás fuera del departamento en muy poco tiempo. Ya no aguanto más numeritos tuyos a lo James Bond. Es sencillamente patético.

–Mira, Carlsson se está metiendo en el coche con su amiga –Marian se dio la vuelta y se quedó mirándolos–, la puerta de su apartamento estaba abierta, de par en par. Estaban limpiando. No puede considerarse allanamiento cuando la puerta estaba abierta. A propósito, ¿tienes fotos de tus hijos en el salón?

–Por supuesto que tengo fotos de mis hijos en el salón. ¿Por qué me preguntas eso?

–Carlsson tenía montones de fotos de familia en las paredes y en la librería. Fotos de boda y fotos de sus padres y hermanos, entre otros. También de Britt Else Buberger, de joven, pero no de su hijo. ¿No es un poco extraño?

–¿Tenía una foto de Buberger? Pues dijo que no tenía ninguna.

Marian levantó el trasero unos centímetros del asiento. El marco de la pequeña foto que llevaba en el bolsillo le apretaba el muslo.

–¿Todavía llevas más cosas en el pantalón?

–No, Cato, no tengo nada más.

Marian miró fijamente uno de los documentos.

–Escucha lo que dice aquí: la paciente necesita una vivienda y alguna fuente de ingresos. Bla, bla, bla, y sigue. Conclusión: el departamento no puede ofrecer a la paciente los cuidados adecuados. Y aquí hay otra anotación de 1972. La paciente se ha adaptado a las rutinas del departamento... se encuentra totalmente aislada, en su propio mundo. Reacciona positivamente a la convivencia con otros, pero no se recomienda que tenga su propio apartamento, porque mantiene muy poca limpieza y no muestra ningún interés por su higiene personal.

Cato Isaksen apartó la mirada, antes de girar la cabeza y volver a mirar hacia la carretera.

Eran casi las siete cuando el coche civil de policía llegaba al centro de Oslo. Cato Isaksen y Marian Dahle se dieron las gracias por el viaje educadamente y se separaron en el garaje.

–Continuaremos mañana –dijo Cato Isaksen secamente y levantó la mano para saludar.

Marian se quedó observando su espalda cuando desapareció en el interior del ascensor.

Apretó el gran bolso contra su estómago, fue hasta su furgoneta blanca, tiró el bolso sobre el asiento del copiloto y salió a toda velocidad del garaje.

–Menudo viaje –murmuró para sí misma, acordándose en ese momento de que Securitas había instalado una alarma en su piso. Diez minutos más tarde estaba en casa. Abrió la puerta, entró e introdujo la fecha de nacimiento de Britt Else Buberger, 1951, en el código de la alarma. Un largo pitido y una luz verde le indicaron que la alarma se había desconectado. Cerró la puerta de golpe y le dio una patada a una caja de cartón.

–Voy a recoger esto a primera hora de la mañana –se dijo y tiró el bolso al suelo. Era un alivio estar en casa. Cato Isaksen había estado callado y de mal humor casi todo el camino de vuelta a casa. Sólo cuando ella leyó la frase sobre higiene personal, mostró un mínimo interés. Resopló y entró en el salón. Hacía calor y olía a cerrado. Vio todos los documentos que había sobre su escritorio nuevo, y la fotocopiadora que le había dado Irmelin Quist. Junto a ella estaban el archivador del entierro de Britt Else Buberger y los otros dos dossiers que la secretaria había retirado para ella. Buscó su bolso en el recibidor, sacó los

archivos del servicio de enfermería y del apartamento de Oluf Carlsson, y los tiró sobre los otros papeles. Se metió la mano en el bolsillo y sacó la pequeña foto enmarcada. Tenía la ingle dolorida tras llevarla casi cinco horas allí incrustada. Fue a abrir la ventana, se dio la vuelta y volvió a mirar el pequeño montón de documentos una vez más. En el patio jugaban dos chavales pegando patadas al balón contra la pared. Gimió bajito, por un momento sintió miedo. ¿Y si Cato se chivaba a Myklebust? Si Myklebust se enteraba, de una forma u otra, de cómo se las gastaba, la echarían inmediatamente. Sabía perfectamente que si se hacía público que copiaba documentos del archivo central para hacerse su propio pequeño archivo privado, se produciría una limpieza radical. Cerró los ojos para imaginar los titulares de la prensa. Y seguro que sería noticia principal de los informativos y de las noticias del telediario durante días. «Una investigadora de la policía se lleva documentos confidenciales a casa sin autorización. Llevaba su propia investigación al margen de la oficial.» Un escalofrío recorrió su espalda. ¿Cato Isaksen era amigo o enemigo? ¿Quería o no deshacerse de ella? Salió a la cocina y sacó un yogur de la nevera. Buscó una cucharilla y empezó a comer mientras volvía al cuarto de estar. Se quedó escuchando los ruidos del piso de abajo. Un niño que lloraba, las voces de un televisor con el volumen demasiado alto y alguien que le gritaba algo a otro. El humor de Cato había ido empeorando según se acercaban a Oslo. Aseguró que era por la estúpida terraza en la que estaba trabajando. Porque habían dicho por la radio del coche que volvería a llover. Pero no había ningún indicio de lluvia. Eran casi las siete y cinco. Era un atardecer gris. Sonó el teléfono. Marian lo miró, pero no contestó. El eco de su sonido reverberó en su cabeza mucho después de que dejara de sonar. Eran pocos los que tenían el teléfono de su casa. Suponía que sería el tío E., pero no tenía ánimos para ir a buscar a Birka ahora. Hacía tiempo que tenía intención de dar de baja el teléfono fijo. La pequeña tumbona resaltaba despreciativa junto a su escritorio. Tenía que recuperar una de sus butacas. Como si de verdad hubiera creído que Birka iba a dormir sobre ese pequeño trasto morado. Dejó el vaso de yogur sobre el escritorio, cogió el móvil y mandó un sms pidiendo al tío E. que llevara a Birka a la comisaría a las ocho de la mañana siguiente. No le vendría mal que la tuviese una noche más. Respondió enseguida. Decía que, de todas maneras, tenía una reunión con Myklebust por la mañana. De camino a la cocina con el envase vacío agarró el archivo del entierro de Britt Else Bubergr. Se dejó caer sobre una silla de la cocina, abrió el dossier y se quedó mirando la letra del salmo. Cada verso terminaba con la misma palabra, el mismo nombre. Samarcanda... *Si alguna vez llegas a Samarcanda. La luz y los aromas de verano, todo me llegaba, y sobre la almohada quedaba la huella de tu mejilla.*

Lilly Rudeck abrió los ojos. Llamaban con delicadeza a la puerta. Casi inaudible, unos leves crujidos. Al principio, el sonido la atravesó como un témpano de hielo. La sombra del árbol se agitaba tras las cortinas semitransparentes. Echó un vistazo al respiradero. No vio ninguna sombra, nada. Estaba casi desnuda, sólo llevaba la pequeña braguita blanca y el sujetador azul claro. Llamaron otra vez cuidadosamente a la puerta. Se incorporó rápidamente, sintió la sangre latir en su garganta. La intuición venía de su estómago. Lo sabía.

–¿Morris? –dijo con cuidado–. ¿Soma? –susurró.

Puso los pies sobre el suelo. Se acercó a la silla y se echó encima el vestido de verano floreado. Cuando salió del agua... se había secado bruscamente con una toalla que terminó por anudar a la altura de su pecho.

Cuando caminaba hacia el camping, él la siguió con la mirada. Ella no tenía intención de darse la vuelta, pero lo hizo de todas formas al cabo de diez pasos. Apartó su melena y se giró. Él era tan bueno, tenía tan buen corazón, era tan decente...

Volvieron a llamar. Anduvo arrastrando los pies hasta la puerta, puso el oído sobre el marco.

–Soma –susurró.

Tenía llave. La puerta se abrió con un estallido. Gritó. La hora había llegado. Intentó cogerla con los dos brazos, la agarró por las muñecas. Susurró que estuviera callada. La atrajo hacia él. Sintió el dolor en la columna vertebral. La verdad abrió camino al auténtico dolor. Recordó de pronto la habitación de cuando era pequeña, la que compartía con su madre y con su hermano. La habitación se deshizo y parecía agua. Ahora, lo único que le quedaba era ella misma. Iba a morir.

Sus movimientos eran rápidos como el rayo. Se había equivocado. Un cambio se hacía fuerte en su conciencia. Su visión estaba obstruida por la angustia, puntos rojos bailaban frente a sus ojos. La golpeó con sus puños. La arrastró hacia la cama. La ventana estaba cerrada. En todo caso era demasiado estrecha.

Empezó a hablar. No como antes, de otra manera. Sus palabras caían sobre ella como agua fría.

Lilly Rudeck sacó fuerzas de la oscuridad de su interior. Le dio una patada y

salió corriendo hacia la puerta. La atrapó de nuevo. La atrajo hacia sí. Las paredes se acercaban a ella.

Ella golpeó con todas sus fuerzas, una y otra vez. Acertó. Le dio. La soltó. Se lanzó hacia la puerta y salió. Cayó sobre la entrada y resbaló hacia abajo. Se puso de pie. Pisó una piedra afilada. Notó un dolor agudo en la planta del pie, apoyó las manos contra la pared de madera, dio la vuelta a la esquina. Siguió corriendo. La sombra tras el respiradero de pronto tenía nombre, ahora sabía quién era él.

Las palabras oscilaban bajo sus ojos en la pantalla del ordenador. «Samarcanda, ciudad de Uzbekistán. Producción de algodón, seda y maquinaria. Numerosos y bellos edificios. El mausoleo de Timur Lenk y la mezquita principal se construyeron en 1399. Samarcanda es una de las ciudades más antiguas de Asia Central. La ciudad fue conquistada por los árabes en el año 712, por los uzbekos en el 1500 y por los rusos en 1868.»

Marian Dahle se levantó irritada. Miró fijamente la tumbona vacía. Birka la odiaba. La intranquilidad hervía en su interior. Ahora mismo estaba bastante segura de que el salmo sobre Samarcanda no quería decir nada. Que tan sólo era una hermosa canción y nada más.

Subió las gafas de acero por su nariz.

–¡Hola! –dijo interrogante, mientras la observaba. Marian Dahle llevaba vaqueros y una camiseta azul gastada.

–Necesito que me devuelvas una de las butacas –dijo hurgando entre las baldosas con la punta del pie. El muchacho se rió.

–Son las doce –dijo–, llamas a las doce de la noche –echó un vistazo al patio–. ¿Vuelves a necesitar ayuda para algo?

–Llamo porque mi perra se niega a utilizar la nueva cama para perros –Marian le miró irritada–. Y además, es mi butaca.

–Me la has regalado. Nos hemos *adaptado* a ella. Y yo que te llevé el remolque a Ikea y todo...

Oyó risas en el interior de la vivienda.

–Te pagué por eso –dijo secamente–. Quiero que me devuelvas la butaca.

–Estamos disfrutando de la noche de verano con un vodka con lima. Yo, y los otros dos que viven aquí. Pasa.

Marian cambió el peso de una pierna a la otra.

–Lo siento, pero mi perra es una maldita *prima donna*. Me controla la vida. Es una jodida princesa. Puedo pasáros la cosa nueva que he comprado, una *chaise longue* para perros.

–¿Estás de coña? ¿Qué quieres decir?

–Sabes lo que es una *chaise longue*, una de esas que tenían en... Versalles.

–Sí, claro. Pero en realidad no. No la quiero.

Marian miró detrás de él hacia el interior del piso, vio que casi no había muebles, oyó voces.

–Nosotros no queremos una cama para perros. Entra, por supuesto que te la devolveremos.

Entró en el recibidor.

–¿Cuántos años tienes y a qué te dedicas? –el chaval la miraba con curiosidad. Marian esbozó una sonrisa y puso los brazos en cruz.

–¿Tú qué crees?

Se rascó la barbilla puntiaguda.

–A lo mejor 25, cuatro más que yo.

Marian sonrió.

–Tengo 32, y trabajo en la policía.

–¿Ah, sí? Mola. Ven a saludar a mis compañeros de piso. ¿Quieres beber algo?

Marian respiró profundamente y se dio cuenta de lo cansada que estaba. Estaba a punto de decir que no. Siempre decía que no. Cato Isaksen opinaba que estaba loca. Estaba de mal humor.

–Sí –dijo precipitadamente–, estupendo. Creo que me hace falta un vodka. ¿Pero luego me subes el sillón?

Oyó sus pies que golpeaban contra el suelo. La oscuridad teñía la hierba de negro. El rocío la volvía escurridiza. Lilly corría. Sus músculos se tensaban. Casi perdió pie, pero se rehízo. Notó cómo una raíz le golpeaba el tobillo y sintió dolor. El silencio cubría las tiendas de campaña. La gente dormía. Estaba justo detrás de ella. Gritó, pero no emitió sonido alguno. Podía haber despertado a alguien, haberse dirigido a un grupo de personas sentadas frente a una caravana, pero su sonido le hacía seguir corriendo.

Casi se tropezó con un carrito de muñecas volcado. Saltó sobre él. Oía el ritmo de los movimientos de su perseguidor. A fogonazos lo veía frente a ella unas horas antes. Era un animal. Estaba justo detrás de ella.

Salían senderos en todas las direcciones. Se dejó caer en el sendero que llevaba al agua. Se volvió a levantar, pasó sobre raíces rugosas que parecían dedos abultados que se agarraban al suelo reseco.

Unos adolescentes habían encendido una hoguera en la playa. El humo se arrastraba de lado con el viento. Se giró deprisa, no le vio. Debía seguir. Deprisa. Alejarse.

La espuma de las olas cubría la arena de la orilla como un encaje sucio. Saltó sobre el lugar donde el mar se había reunido formando un pequeño lago bajo el sendero, dio un salto sobre las rocas.

Sólo se dio la vuelta una vez más. Siguió corriendo, dio la vuelta a la isleta cubierta de hierba, por la orilla hasta la piedra resbaladiza. Corrió como si su cuerpo fuera una máquina sin freno. En su retina conservaba la imagen transparente de la unión entre el cielo y el mar. La roca estaba oscura y escurridiza. No veía los agujeros, sólo las flores secas que asomaban en racimos aquí y allí. Y las heces de las gaviotas, que cubrían la superficie como azúcar glaseada. El corazón latía hasta dejar sabor a sangre en su boca. Se sentó sobre la roca y se dejó caer hasta el borde cubierto de flores salvajes y hierba. Abajo del todo, donde empezaba el aparcamiento frente al embarcadero, el borde del asfalto había empezado a deshacerse.

Una ola, vidriosa, gris y cubierta de espuma que parecía de jabón, golpeó contra las rocas y dejó caer gotas frías sobre sus piernas. Se raspó el costado y gritó paralizada por el pánico contra el cielo negruzco. Pero el sonido se perdió entre las olas.

Entonces, repentinamente, le vio. La estaba esperando, debía haber tomado el atajo, pasando el cartel azul que decía «embarcadero». Esperaba. Estaba rodeado de un aura sucia y oscura. Se deslizó involuntariamente contra él sobre

las rocas escurridizas. Cuando abrió la boca para gritar, un aire marino desagradablemente denso y fuerte pasó sobre su rostro.

Marian Dahle tropezó en el último escalón y salió disparada de cabeza hacia la puerta. Cayó echa un ovillo sobre el felpudo y emitió una risita entrecortada. La borrachera de vodka cubría sus pensamientos como una manta brillante y ondulante. Tenía que concentrarse. Entrar en casa.

Creía recordar que el chico de las gafas de acero había subido la butaca por las escaleras un rato antes. Se habían reído tanto que casi dolía. Había dejado la butaca delante de su puerta. Pero entonces empezó a sobarla y ella le dio un puñetazo en la barbilla. Creía que eso era lo que había pasado.

Miró fijamente a la butaca. Sí, ahí estaba. Qué jodidamente fea era. Rió, pasó por encima, cerró la puerta tras ella y consiguió de alguna manera entrar en el salón. La superficie del escritorio nuevo se movía. La pequeña foto enmarcada de las dos chicas en el sendero estaba junto a la copiadora. Pero ¿no podrían estarse quietas! La imagen se deshizo y parecía agua. Se agarró al borde de la mesa con las dos manos, se inclinó y fijó la vista en los papeles que acababa de dejar caer del sobre gris de tamaño A4 que había en el expediente número 1026. Diez veintiséis, eso era seguro o, por lo menos, era lo que ponía. Recordaba eso, o algo parecido.

Cogió una carpeta con la mano y volvió a tirarla sobre la superficie de la mesa. Los papeles volaban de un lado a otro, y un montoncito cayó al suelo con un estallido. Una esquila salió volando y cayó a sus pies. Había estado sujeta a una hoja con papel celo. El adhesivo se había deshecho y casi desintegrado. Se puso de rodillas y lo levantó. Las letras nadaban de un lado a otro, se separaban y volvían a contraerse. Había una W, una uve doble, y una i y una s. Y al final del todo m, e y r. Wismer. El nombre intentó prenderse. Elisabeth Wimer. Wimer. Wismer, ponía. Hwismer. ¿Por qué ponía eso? Marian levantó el brazo y volvió a dejar el recorte de prensa amarillento sobre la mesa. ¿El chaval de las gafas de acero se había roto algo? ¿Llevaba el brazo en cabestrillo? No, era Carlsson quien se había roto el brazo. ¿Por qué se había roto el brazo? Hipó, fue andando a cuatro patas hasta la tumbona del perro y puso la mejilla sobre la tela resbaladiza. Madre de Dios, ¿se había roto algo?

Belcebú. Si alguien adora a la bestia y a su imagen y usa su nombre. El humo de su padecimiento se eleva por toda la eternidad, no tienen paz ni de día ni de noche. Samarcanda. Huella sobre la almohada. Las gaviotas en la barandilla. El brazo en cabestrillo. Poco higiénico. Aún llevo conmigo todo lo que me diste.

Su corazón se saltó un latido. Las náuseas subieron como una masa amarilla por su garganta. Se levantó, tropezó por el suelo, y consiguió salir por la puerta del salón. Dos pasos por el recibidor y entró al baño. Sus rodillas restallaron contra el suelo cuando se agachó frente a la taza. Se vació una y otra vez. Quedó tumbada en el suelo con un sudor frío, mientras se tapaba la frente con una mano todo el tiempo. ¿No podía la habitación estarse quieta? Se puso de pie y fijó la vista en el espejo del lavabo. Volvió tambaleándose al salón, pasó el marco de la puerta y cayó de rodillas. Se arrastró hacia la tumbona para perros. Puso la cabeza sobre ella. ¿Por qué era tan jodidamente pequeña?

Lilly estaba quieta como una muerta bajo las hojas. Su pecho subía y bajaba como un fuelle. La cubierta de hojas irradiaba verde. Verde oscuro y venenoso. Quedaba un resto de calor bajo las hojas. Contuvo la respiración, escuchó. Dejó escapar el aire. El vestido roto colgaba a su alrededor. Su cuerpo estaba cortado y dolorido. Un insecto se posó en su cara. Lo espantó, y pensó en la manera en que se había librado de sus garras, en espiral. Antes, cuando la había capturado en el invernadero y la había arrastrado con él hacia el bosque, consiguió darse la vuelta con un tirón repentino, y liberar su brazo de sus garras. Golpeó su pecho con los puños y se giró rápidamente. Oyó que él caía al suelo. Corrió, pequeños gemidos se arrastraban por su garganta, sobre su lengua y por su boca abierta. Arañó la tierra con las manos para salir al sendero, y de pronto reconoció la mesa del área de descanso. Y la barca de madera amarrada. Corrió por la orilla, hacia las hojas. El bosque era tupido. Primero cayó sobre su estómago, se arrastró por el suelo del bosque, pero se giró hasta quedar boca arriba. Ahora, con el corazón latiendo como el de una liebre, escuchaba. Y notaba el olor dulzón de la tierra. El hedor del musgo podrido que cubría la roca, junto a su oreja, le irritaba las fosas nasales. Su nuca se hundía en la tierra húmeda. Miró fijamente los puntos oscuros bajo las hojas. Parecían ojos, mil ojos.

Ella le esperaba, debía haberlo comprendido. Julie y Shira corrieron tras el coche de policía, pero no ocurrió nada. Había escapado. Lo había conseguido. No lo había conseguido. Aquí llegaba. Oyó sus pasos inciertos por el sendero. Su respiración, cerró los ojos. Él se detuvo:

—¡Lilly, Lilly, Lilly!

Se dio la vuelta despacio hasta quedar de lado. «Ya estoy muerta», pensó mientras veía las huellas de los pajarillos en la tierra blanda. Tenía los ojos completamente abiertos. Esperaba.

Las náuseas habían vuelto. Recorrió el salón a cuatro patas, se incorporó en la puerta y consiguió llegar a la cocina. El reloj del horno señalaba las 03:42. Abrió el grifo, se inclinó y llenó su boca de agua, consiguió detener el vacío de su estómago, abrió la ventana de la cocina, abrió el cajón y cogió el paquete de tabaco. Sacó un cigarro con manos temblorosas. Se lo metió en la boca y lo prendió con el encendedor de plástico. Inhaló profundamente y lanzó una columna de humo a la habitación. No había ocurrido nada en la maldita granja salchichera. Cato Isaksen se había limitado a quedarse tumbado debajo del estúpido cuadro del oso de peluche. Tenía que ser honesta con ella misma, algún tipo de decepción la perseguía permanentemente.

–No ocurrió nada –murmuró. Una risa cristalina emergió de pronto de su boca–. ¡Birka! –llamó, pero se dio cuenta inmediatamente de que la perra no estaba allí.

Sudaba, pero empezó a temblar de frío. En su memoria algo empezó a vibrar. Una esquila. ¿No había encontrado una esquila en algún sitio? Se levantó, cerró la ventana, entró en el salón y fue hacia el escritorio. Ahí estaba. Un pedazo de periódico amarillento. Miró fijamente la esquila. Agudizó la mirada.

Hanne Elisabeth Wismer. Nuestra querida hija, sobrina y nieta. Astrid y Rolf. ¿Astrid? Tenía que ser la hija de Astrid Wismer. Tuvo una hija. Siguió leyendo con prisa. Enero de 1956. Viernes 29 de septiembre de 1972, iglesia de Halden. *Aunque te echo de menos, nada me daña. Aún llevo conmigo todo lo que me diste.* Y el resto de los nombres: abuela, Ola y Kari.

Empezó a temblar. La sangre latía en sus sienes. Se acercó a abrir la ventana del salón, miró fijamente el patio vacío. Hanne Elisabeth... Wismer. ¿Qué era lo que acababa de descubrir? ¿Cuál era la conexión que no era capaz de encontrar? Y qué tenía que ver el caso de hacía treinta y cinco años en el camping... con todo. Con Britt Else Buberger...

Las náuseas aparecieron en su garganta. Sintió la inquietud que atravesaba su cuerpo, medio oculta por su consciencia. Arrugó la esquila en su mano sudada, salió corriendo al baño, tiró el cigarro al lavabo, y cayó de rodillas una vez más. Se inclinó sobre la taza del váter y vomitó una vez más, más y más. Cerró los puños en torno al inodoro. El pequeño recorte de periódico cayó dentro. En un momento, la esquila estaba bañada de agua y vómito.

–Oh, no –gritó, y volvió a vomitar.

Se incorporó temblorosa y tiró de la cadena hasta hacer que todo desapareciera, se inclinó sobre el lavabo y dejó que el agua corriera sobre sus

manos, su cara y la boca. Oyó a un niño gritar en el portal. Dio un salto cuando el niño, claramente, pateó la barandilla. Una certeza atravesó su cuerpo: un crío en medio de la noche. El ruido metálico se replicaba arriba y abajo. Luego oyó una voz de mujer enfurecida.

De vuelta al salón agarró el mando a distancia y encendió la televisión. En la pantalla aparecieron un montón de hombres embutidos en trajes de calidad. Eran de alguna reunión parlamentaria. El tipo de hombre que creía tener el monopolio sobre el mundo. ¿Habría una copia de esa esquila? O no. Claro que no, era por eso por lo que estaba prohibido llevarse los expedientes a casa, porque contenían originales.

Un golpe de viento entró de repente por la ventana abierta, haciendo que las cortinas y el cartón suelto sobre el suelo del salón se movieran. Consiguió llegar hasta ella y cerrarla, dejó las cortinas bien juntas. ¿Qué hora sería? Las manecillas y los números del reloj eran endemoniadamente canijos. ¿Debía llamar a Cato? ¿Y qué si estaba durmiendo? Por supuesto que estaría durmiendo. ¿Y si desvelaba que se había llevado todos los documentos a casa? Ya había visto cómo actuaba en Suecia. Pero Suecia era otro país, pensó esbozando una sonrisa.

—Totalmente otro país —dijo en voz alta e intentó rememorar los nombres de la esquila. Hanne Elisabeth, Astrid y Rolf, Ola y Kari, y la abuela. Sólo se trataba de ir desplazando los límites poco a poco. Se trataba de resolver un caso. Estar concentrado a tope. Utilizar todas las opciones. No es que hubiera pasado de ser honrada a ser deshonesto de la noche a la mañana. No era así. Antes, en algunos casos, había estado a favor de las dos partes de un conflicto, por si acaso. Ya no lo hacía. Ya se corregiría a sí misma más adelante. No podía presumir de tener baja la autoestima. Tendría que mentir y mentir hasta hacerlo verdad. Se iba a convencer a sí misma de ser quien quería ser.

Astrid Wismer miraba fijamente el techo blanco. Las cortinas dejaban una fina rendija. La luz de la noche de verano, que estaba a punto de transformarse en día, cruzaba el techo en tres grandes rayas. Revisó el techo en busca de irregularidades en la pintura. Las rayas del techo le recordaban las manecillas de un reloj. El techo era una pantalla de cine. La melodía daba vueltas en su cabeza. *Aún llevo conmigo todo lo que me diste. Si alguna vez llegas a Samarcanda.* Esperó a que apareciera el rótulo: «The End». No sobre la pared, sino sobre el techo. En todo caso, pensó, el tiempo no volvía.

Los dolores de los brazos y la cadera se repetían contra el colchón. Los enfermeros la obligaban a incorporarse durante dos horas, pero luego no podía más. Porque todo había vuelto. Todo lo de entonces.

Al final él vino, por supuesto. De pronto, sintió que tenía frío. Le llamó. Pidió a uno de los enfermeros que la ayudara. Pobre, pobrecito, ahora que todo se iba a arreglar.

El aire de la mañana empezaba a entrar por la rendija de la ventana, aunque todavía fuera de noche. En el techo veía el cuarto de niña de Hanne, veía las muñecas alineadas sobre la manta infantil de color rosa. Recordaba el estampado, paraguas amarillos y flores blancas, y el color rosa intenso que casi dominaba toda la habitación.

Se giró hacia la mesilla, levantó el brazo y encendió la luz. Pero, en ningún caso, la luz serviría de nada. La respiración de la mujer de la cama de al lado subía y bajaba, rítmica y triste, como un fuelle que nunca se pinchaba.

Hanne Elisabeth tenía un carácter difícil de adolescente. No con ella, sino con su padre. Porque era él quien decidía, quien establecía la norma de lo que había que hacer y lo que no en todo momento. Los maridos se iban a trabajar por la mañana y volvían por la noche. Pero todo se estropeó cuando sucedió lo espantoso en el camping. Fue el momento en que todo empezó y todo se acabó. Vio ante sí la casa de Halden. Las habitaciones vacías que se sucedían. Al principio, Rolf fue el fuerte, el que le hablaba con voz suave. Luego lloró como un niño pequeño, tumbado junto a ella mientras le consolaba. Astrid levantó la mirada al techo, veía la escena.

Cuando el policía apareció en su puerta aquella noche, nueve días antes, todo había vuelto: las imágenes, el horror.

Rolf había cambiado cuando Hanne se hizo mayor. En algún momento se hizo creyente, cristiano. Iba a la iglesia. Hablaba de odio, amor y perdón. Su fe

crecía en proporción a los pechos de Hanne, que caminaba erguida y se ponía bonitos vestidos.

–Dios mío –susurró Astrid Wismer y notó en ese instante cómo la pena dejaba paso a una ira intensa. Aquí estaba tumbada como un fósil, dejando marca en las sábanas. Llevaba mucho tiempo sintiéndose cansada, pero este cansancio era diferente. De pronto, la atravesó un dolor agudo. Venía de su nuca y se prendió como una puntada en su frente. Cerró los ojos. Intentó que el dolor desapareciera. Recitó despacio el evangelio según San Mateo–: «Pues no hay nada encubierto que no haya de ser descubierto, ni oculto que no haya de saberse. Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a la luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados. Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehena».

Empezó a cantar bajito: «La luz y los aromas de verano, todo me llegaba, y sobre la almohada quedaba la huella de tu mejilla. Y supe nada más despertar que aquello de lo que a veces hablábamos había sucedido».

Cuando iba a cantar la estrofa siguiente, hubo un punto, un pequeño cuadrado del techo, donde el color blanco desapareció. Y en ese cuadradito estaba la pena como un animal peludo. Con dientes terribles. La boca estaba abierta. Su mordida se abría hacia ella. El dolor en su cabeza era completo, como si alguien golpeará sus sienes con un martillo. Como si alguien destruyera sus estrellas. De cristal. Abrió la boca para gritar, pero sus palabras se mezclaron con la ropa de cama y se convirtieron en nubes a su alrededor.

–No tengo palabras. ¿Sabéis lo que ha ocurrido esta mañana? –la comisaria Ingeborg Myklebust apretó con fuerza su taza de café blanca y miró a los investigadores uno a uno. Ellen Grue sacó un documento de su bolsa.

–No, ¿qué ha pasado? –Cato Isaksen tenía pequeñas manchas de pintura en los dedos. Había estado trabajando en la terraza hasta las doce de la noche anterior.

–Martin Egge ha venido a traer la perra de Marian Dahle –Ingeborg Myklebust le miró fijamente y dejó la taza sobre la mesa con un golpe–. Que me maten si lo entiendo. Dijo que la había cuidado mientras ella estaba en Suecia.

Cato Isaksen sonrió. Tenía arrugas de risa alrededor de los ojos.

–¿Por qué me miras así? Yo no tengo nada...

Randi levantó las cejas. Roger Høibakk le miró y negó con la cabeza.

–Marian está loca –rió–. Ésa no es ninguna novedad.

–«El mismísimo» Martin Egge, el jefe de la policía judicial en persona –repitió Ingeborg Myklebust–. ¿Cómo demonios ha conseguido Marian Dahle que le cuide su perra ¿Te dijo algo de eso en el viaje?

Cato Isaksen negó con la cabeza.

–Es verdad que Egge venía a entregar unos papeles de la Dirección General de la Policía, pero el caso es que traía a la perra. Y Marian tendría que estar aquí, pero no ha llegado aún, así que la perra está en mi despacho. ¿Dónde está, Cato?

–Ingeborg, llegamos ayer a las seis y media de la tarde. Desde entonces no he visto a Marian. ¿Seguimos trabajando?

–¿Fueron bien las cosas en Suecia?

–Hemos reunido algunos informes y detalles, pero no sé la relevancia que pueden tener para el caso. Finalmente encontramos a Oluf Carlsson. Luego me pondré con el informe, y podremos seguir trabajando a partir de ahí. Hay cosas que no cuadran. Entre otras, parece que la mujer de Carlsson tuvo un hijo a los 42 años. Comprobaré dónde nació ese niño. Hace saltar algunas alarmas con respecto a Buberg.

Ingeborg Myklebust le miró:

–¿En qué sentido?

–No sé, pero eso de que Astrid Wismer pagara el piso de Buberg es verdaderamente extraño. ¿Qué puede significar?

–Eso, qué puede significar... –Ellen Grue apartó un poco su silla de la mesa–.

Os puedo confirmar que el ADN de Britt Else Buberg ha sido identificado en los cigarrillos de la terraza. Así que era ella quien fumaba la noche que la empujaron.

–Entonces la suposición de que estaba estresada puede ser correcta. Que estaba asustada por algo que había ocurrido, puesto que Wismer afirma tajantemente que no fumaba –Cato Isaksen cruzó sus manos manchadas de pintura tras la nuca y mantuvo la mirada un poco más de la cuenta sobre su barriga.

Roger Høibakk pintaba chorradas en su cuaderno.

–Randi y yo estuvimos en Nordberg ayer y hablamos con una antigua vecina de Astrid Wismer. Intentaremos verificar la dirección anterior de Buberg, antes de mudarse a Stovner. No tenemos ninguna dirección, tendremos que ponernos en contacto con la Seguridad Social en Suecia.

Randi tomó la palabra:

–Acabo de hablar con una auxiliar del centro de mayores de Stovner, dice que Wismer está muy mal, que ha podido ser demasiado para ella. Tuvo una hemiplejía leve anoche y la han llevado al hospital. Lo de la inquilina son sólo suposiciones, y no sé qué puede tener que ver con el asunto, pero el caso es que Wismer le alquilaba la planta baja a una mujer. Parece ser que era una mujer rubia, pero... el caso es que Wismer y Buberg se mudaron casi a la vez a Stovner hace seis años. Se fue a vivir a la residencia de ancianos y pagó el piso de Buberg. Puede haber una explicación lógica, por ejemplo que no declarara los ingresos del alquiler a Hacienda.

–Pero, en todo caso, creo que alquilar hasta el cincuenta por ciento de la primera vivienda no está gravado –dijo Roger–. Y no tiene herederos, así que...

–He averiguado que Wismer tenía una hija –dijo Randi Johansen–, pero murió en 1972. Puede que Buberg se convirtiera en una especie de reemplazo. Pero si es así, ¿por qué no ha dicho nada? ¿Tomasteis muestras de su pelo? –dijo mirando a Ellen Grue.

Ellen Grue pasó los dedos sobre el documento del informe de ADN.

–¿Del cabello de Britt Else Buberg?

–Sí.

–Claro.

Randi la miró expectante:

–¿Lo llevaba teñido?

–Creo que sí. Si no recuerdo mal, el catedrático Wangen dijo algo de eso.

–¿Puedes averiguar si en realidad era rubia, cuál era su color de pelo natural?

–Sí, llamaré a Wangen en cuanto terminemos la reunión.

Randi Johansen miró a Ellen Grue:

–¿Cuándo podría saberlo?

–Bastante rápido. Si Wangen está trabajando, lo sabrás dentro de una hora.
¿Te vale?

–Claro, no corre tanta prisa.

Ingeborg Myklebust las interrumpió.

–¿Quién coge a Birka? Estoy liada con las malditas modificaciones de las directivas. Uno de vosotros tendrá que ir a buscar al animal.

–Yo no –dijo Cato Isaksen.

Roger empujó su cuaderno hacia el centro de la mesa.

–Pero encuentra a Marian y pídele que venga. ¿Se puede saber qué está haciendo, Randi?

–La llamo inmediatamente –Cato Isaksen sacó su móvil y buscó su número–. Tiene el móvil apagado.

Myklebust ya estaba junto a la puerta. Apretó la cartera contra su tripa.

–Roger, vete a buscar a Birka a mi despacho. Ahora mismo –añadió.

Roger Høibakk cerró la boca. Todos se pusieron de pie. Las patas de las sillas rasparon contra el linóleo. Roger le dio a Ellen un golpecito en el antebrazo, antes de salir de la sala charlando con Randi. Ellen Grue se quedó allí de pie. Cato Isaksen quitó unas migas imaginarias de la mesa.

–¿Cómo estás en realidad, Ellen?

–Bien –dijo con un destello de humor en la mirada.

–No consigo imaginarme a Roger en el papel de padre.

–¡Tonterías!

–Es...

–Será un buen padre. Ayer fuimos a hacernos la ecografía.

–¿Ah, sí? Roger no me ha dicho nada. ¿Entonces ya sabéis el sexo?

–Sí.

–¿Y?

Ellen Grue negó con la cabeza:

–Es un secreto.

Un rayo de sol forzó su camino por una rendija de las cortinas. De pronto, lucía el sol en la habitación. La luz se reflejaba en el espejo y enviaba rombos y prismas de todos los colores del arcoíris sobre el papel pintado. Marian Dahle se despertó sobre el sofá. Su mejilla se pegaba a la tela resbaladiza. El sudor frío bajaba por su cuello hasta la espalda. Estaba completamente vestida. El cabello caía sobre los ojos. Parecía que tuviera una arandela de hierro en torno a la frente. Apoyó las palmas de las manos bajo su cuerpo y se incorporó. Miró desconcertada a su alrededor. Ni rastro de la perra. Sólo cartones, plástico y manchas de luz sobre las paredes. De repente, algo se hizo evidente: la esquila de Hanne Elisabeth Wismer. Nuestra querida hija, sobrina y nieta. Astrid y Rolf. *Aunque te echo de menos, nada me daña. Aún llevo conmigo todo lo que me diste.*

Santo Dios. ¿Qué era lo que había descubierto el día anterior y dónde estaba la esquila? Fue hacia el escritorio. Resbaló sobre un plástico pero recuperó el equilibrio. El dolor de cabeza golpeaba su frente, como si allí dentro hubiera un hombrecillo con un martillo. Consiguió llegar a la cocina. Sobre la mesa había unos documentos. Facturas, y las actas de una reunión de la comunidad de vecinos a la que no asistió. El reloj del horno lucía ante sus ojos. Las 10:47.

—¡Dios mío! —gritó y se tapó la boca con la mano—. ¡Birka!

Se pasó la mano por el cabello. El tío E. iba a dejar a Birka en la comisaría a las ocho. Ése era el trato, y de eso hacía casi tres horas. El móvil estaba apagado sobre la encimera. No podía conducir. Giró la cabeza un poco hacia la izquierda, para reducir los latidos de su frente.

En el baño abrió el grifo del agua fría y metió la cabeza en el lavabo. Se echó agua en la cara con las manos. Se incorporó y recordó de pronto que la esquila había estado en el inodoro, que se deshizo y parecía agua. Agarró una toalla y la acercó a su rostro. La hija de Astrid Wismer estaba muerta. Era ella la que fue violada y asesinada en el camping de Rødvassa en 1972. Y Astrid Wismer conocía a Britt Else Buberger, que también había sido asesinada. Y Ewald Hjertnes, que llevaba el camping de Rødvassa, vivía en el mismo portal que ella. Pero... ¿cómo? ¿Cuál era la conexión? Su cabeza daba vueltas. Intentó filtrar los pensamientos. La coartada de William Pettersen no era del todo segura. Podría haber tenido tiempo de empujar... pero por qué iba a...

Eran las dos chicas del camino de grava frente al camping las que habían hablado del asesinato ocurrido hacía treinta y cinco años. Se llamaban Julie y

Shira, y llevaban un bikini rosa y otro rojo. Recordó de pronto sus voces, claras y jóvenes. Como hilos de plata. Y su risa, cuando hablaron de Ewald Hjertnes.

Cerró el grifo y salió al recibidor, pensó en Birka. La sensación de impotencia crecía. De todas formas, ya era demasiado tarde. Seguro que Roger la había cogido. Agarró la butaca con las dos manos y la arrastró hasta el salón. La dejó junto a la ventana. Levantó la pequeña cama para perros y la llevó al recibidor. Se enderezó. Intentó centrarse. Volvió al salón y se acercó al escritorio. Revolvió entre los papeles, los sacó de las fundas de plástico y los extendió. Eran páginas y páginas de documentos judiciales. Maldita sea lo de la escuela. Agarró una página cualquiera. «El jurado del tribunal de Borgarting ha encontrado a Lennart Hoen, de 20 años, culpable de la violación y el asesinato de Hanne Elisabeth Wismer, de 17 años. Tanto el acusado como la fiscalía recurrieron la sentencia después de que el tribunal de Heggen y Frøland considerara apropiada el año pasado una condena de 13 años.»

¿Por qué demonios Astrid Wismer pagó el piso de Britt Else Buberger en Stovner? Volvió corriendo al baño, se arrancó la ropa y abrió la ducha al máximo. Se fijó en un moratón que tenía en el antebrazo, cerró mejor la cortina, echó la cabeza hacia atrás y dejó que el agua cayera sobre ella. Luego se frotó con una toalla gastada, se puso ropa interior, un pantalón y una camiseta limpios. Fue a la cocina y puso agua para el té. Mientras esperaba que hirviera, abrió la puerta de la nevera y sacó un trozo de pan seco. Tenía que hacer la compra. Preparó el té y se comió el pan con una rebanada de queso. Entonces encendió el móvil. Entraron tres sms. Los tres eran de Cato Isaksen. *Dónde demonios estás. Dónde te metes. Ven a trabajar de una vez.* Los borró uno tras otro. Envío un sms a información telefónica y recibió al momento el número de teléfono de la residencia de ancianos de Stovner. Llamó y pidió hablar con Astrid Wismer. La auxiliar dijo con frialdad que Astrid Wismer estaba en el hospital de Aker.

–Esto ha sido demasiado para ella –afirmó.

El taxista la observaba por el retrovisor. Llevaba la cama del perro en posición vertical en el asiento contiguo. Marian Dahle captó la mirada del conductor, aunque no le veía. ¿Qué le había ocurrido a Astrid Wismer?

–Lléveme a la comisaría.

Entró otro sms de Cato. Cogió el móvil y lo borró. ¿Cómo se había hecho ese moratón? Tecleó otro sms al servicio de información. Pidió el número de Margareth Jørp en Oslo. Recordó el nombre de pronto, Astrid Wismer había dicho que le quedaba una sola de sus antiguas amigas. Recibió el número de

Jørp. Lo guardó en el teléfono. El taxi tomó una curva y la tumbona cayó sobre ella. Entró un sms de Cato Isaksen. *¿Dónde estás? ¿Qué demonios estás haciendo? No puedes apagar el móvil constantemente cuando estamos en medio de un caso.* Miraba alternativamente por la ventana y al móvil mientras se esforzaba en sujetar la cama del perro. Escribió una respuesta: *No estoy del todo bien.*

La respuesta de Cato llegó al momento: *No era eso lo que te preguntaba.*

El taxi frenó frente a la comisaría mientras enviaba la respuesta: *Voy a buscar a Birka. Ahora voy a apagar el móvil.* Miró la tumbona y cayó en que podrían devolverle el dinero, pero descartó la idea al momento. No tenía fuerzas para hacer todo el camino de vuelta a Ikea con ella. Podía pedirle al vecino de las gafas de acero que lo hiciera en su lugar. Esbozó una sonrisa. Seguro que estaba harto de ella. ¿No le había pegado? ¿Y de dónde había salido ese moratón? Dios Santo, tenía que espabilarse. Cato la había desenmascarado. Se había dado cuenta de que no le importaba mucho dónde estaban los límites, que sólo pensaba en la meta. Sonó el móvil del taxista. Contestó rápidamente y habló bajito en un idioma desconocido. Eso le venía bien. Marian marcó el número de Margareth Jørp. Sonó tres veces antes de que contestara una señora mayor.

–Hola –dijo Marian Dahle y se presentó en voz baja–. No me queda más remedio que ser rápida porque voy en un taxi. Pero usted es amiga de Astrid Wismer, ¿verdad? –la mujer del teléfono lo confirmó.

–Somos viejas amigas.

–Bien, iré directa al asunto –Marian miró al conductor–. Estamos investigando un asesinato y en relación con el caso necesitamos información sobre la muerte de su hija. Astrid Wismer ha tenido una hemiplejia y no podemos interrogarla.

Se hizo un silencio en el otro extremo.

–¿Conocías a Wismer cuando su hija murió?

–Sí. ¿Es grave la hemiplejia?

–No lo sé. Está ingresada en el hospital de Aker. ¿Estuviste en el entierro de su hija?

–Por supuesto que estuve en el entierro –dijo Jørp–. Pero no puede decirse que fuera un entierro, fue un funeral.

–¿Un funeral? ¿Por qué? –Marian se pasó la mano por la barbilla.

–Bueno, pues... porque nunca la encontraron.

–¿Qué me estás diciendo? ¿Que nunca la encontraron?

El taxista había terminado su conversación y volvía a observarla por el retrovisor.

–Un momento, por favor, Margareth.

Marian se inclinó hacia delante y pidió al conductor que se echara a un lado y

parara. Luego le pidió que esperara, y saltó fuera. En la acera continuó:

–¿Cómo fue el funeral? ¿Recuerdas algo en especial?

–Sólo que fue muy bonito, y muy triste, claro y... que...

–¿Sí?

–No, sólo que Rolf Wismer se comportó de manera rara.

–Rolf Wismer, el padre... ¿De qué forma rara?

–Habló de odio. Fue un poco incómodo. Hace muchísimo, pero mucha gente se fijó en eso.

Marian Dahle imaginó de pronto el cuadro bordado del piso de Oluf Carlsson. *Si alguien adora a la bestia y a su imagen...*

–Pero había perdido a su hija. Tal vez no fuera extraño que estuviera enfadado.

–No, tal vez no, contestó Margareth Jørp.

Marian Dahle notó que el sol le quemaba la nuca. Dio la espalda a un grupo de jóvenes que pasaba. Sus voces la molestaban.

–Y a Astrid Wismer, ¿cuánto hace que la conoces?

Margaret Jørp reflexionó.

–Desde que vivía en Halden. Fuimos juntas al colegio.

–¿Cómo se tomó la muerte de su hija?

–Por supuesto que estaba fuera de sí –dijo la suave voz femenina al otro lado del teléfono–, era su única hija.

–Lo era. Astrid se mudó a la residencia de ancianos de Stovner hace unos seis años, ¿verdad? Antes de eso vivían en Nordberg, en la vivienda que compartía con su marido.

–Sí.

El taxista se inclinó y le echó una mirada irritada. Levantó la mano para indicar que iba camino del coche, y se acercó unos pasos.

–Y tú la visitas de vez en cuando en la residencia, ¿verdad? –continuó.

–Sí, de vez en cuando, pero yo también estoy un poco débil, así que ya no me es tan fácil salir.

–¿Sabías que conocía a Britt Else Buberger?

–¿Quién es Britt Else Buberger? –la mujer al otro lado de la línea parecía desconcertada.

–¿No sabes quién es?

–No, nunca he oído hablar de ella.

Irmelin Quist le dirigió una sonrisa insegura.

–No tienes buen aspecto –dijo colocando una relación de nóminas en su estantería perfectamente ordenada. En la pared, sobre su escritorio, había una foto suya junto a Cato Isaksen y Roger Høibakk. Iban vestidos de uniforme.

–No me encuentro del todo bien –Marian Dahle apretó los brazos en torno a la cama del perro y se concentró en las gafas rojas de la administrativa. Notó de pronto lo temblorosa que estaba.

–Vas a tener que sacarme más informes del archivo.

–Ya, vale, pero...

–¿Sabes qué vamos a hacer? –Marian dejó la cama del perro en el suelo y la sujetó contra su pierna–. Iremos juntas al archivo central, o ¿hay también documentos en el sótano de aquí?

–Si se trata del mismo caso que la última vez, no quedan más en el archivo central. Si hay más, están aquí en la casa.

–Qué bien. Es el mismo caso. Entonces tú firmas el recibo por mí. Tengo un esquema del caso que debo seguir. Tiene que haber dos bolsas: «Rødvassa» 1026/72 marcadas A y B.

Irmelin Quist sacó dos fichas de su archivo y vio la tumbona morada.

–¿Qué es eso, en realidad?

Marian Dahle la miró.

–Es una tumbona pequeña. Es para que se siente Cato Isaksen.

Irmelin Quist no pilló la ironía. Dejó una de las fichas en el borde de la mesa. Marian la agarró.

–Supongo que podré sacar esto yo sola. ¿Por qué no escribes un aviso ahora mismo y bajo a hablar con el rarito del archivo?

–No, no se puede –el tono de voz de Irmelin Quist se hizo duro–. En ese caso tendremos que retirarlos juntas. Ésas son las normas. Por favor, devuélveme la ficha.

–Vale. Aquí la tienes. Pero no dejes de retirar todo lo que haya del caso 1026, y si no estuviera en el sótano, lo puedes solicitar al archivo central, ¿verdad?

–Claro –dijo Irmelin Quist secamente–, pero no hay más dossiers que los dos que se encuentran en el archivo de aquí.

Marian Dahle intentó sonreír.

–De acuerdo, muy bien, recojo todo aquí dentro de un cuarto de hora. Sólo voy a dejar esta cama para perros en mi despacho. Y buscar a mi perra. Si la

encuentro –añadió–. Y, por cierto, no le cuentes a nadie nada de esto. Tienes obligación de guardar la confidencialidad, ¿verdad?

Después de esperar un taxi que estuviera dispuesto a llevar perros, Marian Dahle estaba de vuelta en la calle Hesselberg una hora más tarde. Pagó, entró en el patio y subió por la escalera con los documentos del archivo dentro de una bolsa de supermercado, en una mano, y Birka, en la otra.

Dejó las dos cosas en la entrada de su casa y cerró cuidadosamente la puerta. Roger le contó que Cato estaba de mal humor. Seguro que era porque le había tocado escribir el informe de Suecia entero a él, pensó. A nadie le gustaba escribir informes. Sacó el móvil, lo encendió y escribió un sms para Cato Isaksen: *He recogido a Birka. Sigo sin encontrarme bien. Te ayudaré con los informes. Tengo yo los documentos de Suecia. Luego te llamo.* Lo envió y volvió a apagarlo. Notó que estaba débil por el hambre. En la cocina abrió la puerta de la nevera y sacó un paquete de carne picada. Tenía que recoger los cacharros. Se acumulaban en el fregadero. Pero nunca invitaba a nadie a casa. Prefería estar sola, pero no podía dejar de darse cuenta de que su vida se desmoronaba. De pronto, el texto de la esquila estaba meridianamente claro. Era del salmo que Astrid Wismer había elegido para el entierro de Buberg. *Aunque te echo de menos, nada me daña.*

–Toma, Birka. Chica tragona. Tendremos que compartir esto. Te doy tu parte cruda. Toma. Come poco a poco. ¿Tienes que devorar la comida?

Sacó tres o cuatro comprimidos de vitamina C de un botecito y se las metió directamente en la boca. *Aún llevo conmigo todo lo que me diste. Todo lo que me diste lo llevo aún conmigo. Si alguna vez llegas a Samarcanda.* Tragó. ¿Era alguna forma religiosa de referirse al cielo? No podía tener nada que ver con ese país perdido. *Si alguien adora a la bestia...*

Sacó la sartén y puso el fuego al máximo. Echó un trozo de mantequilla y lo que quedaba de la carne encima. Margareth Jørp dijo que Rolf Wismer estaba lleno de odio. Frió la carne hasta que estuvo dorada y echó encima un poco de perejil deshidratado. Birka se sentó a su lado a pedir.

–No, Birka. Ya vale. Te he dado tu parte. Túmbate. Vete a tu butaca, la he vuelto a subir para ti, tirana.

Llevó el plato con la carne picada frita al salón. Se sentó en el sofá y comió la carne en la mesa del salón con un trozo de pan seco y un vaso de leche. Birka se deslizó en la butaca marrón claro y se tumbó con un profundo suspiro.

Se sentía mucho mejor después de haber comido algo. Era un alivio tener un día en paz. En cuanto se hubiera hecho una idea completa, por supuesto que

informaría a Cato Isaksen y a los otros de lo que había descubierto. Ni siquiera sabían que la hija de Astrid Wismer había muerto. Al día siguiente, en la reunión de la mañana informaría, o tal vez algo entrado el día, para que pareciera que acababa de descubrirlo. La perra bostezó, se estiró, puso las patas delanteras en el suelo y volvió a arrastrarse fuera de la silla.

–¿No puedes estarte quieta? –dijo irritada mientras llevaba el plato sucio a la cocina y lo dejaba encima del resto de los platos sucios en la encimera.

Lo raro era que la perra seguía su ritmo, su manera de ser. Daba un poco de miedo hasta qué punto se daba cuenta de las cosas.

Recogió algo del cartón que estaba tirado por el suelo del salón, agrupó en un montón los papeles del escritorio y los clasificó según el contenido.

–Madre de Dios, soy un desastre –dijo en voz alta. ¿Cómo iba a acordarse de dónde había estado cada cosa?

Leyó rápidamente la primera carpeta que Irmelin Quist había traído del archivo del sótano. Eran más de cincuenta páginas densamente escritas. Gran cantidad de detalles sobre el lugar donde se suponía que Hanne Elisabeth Wismer fue asesinada, del barco que habían utilizado para trasladarla. La hora estimada del crimen, página tras página. Y fotos de la muerte de niña y de joven. En una de ellas llevaba el cabello recogido en una cola de caballo tirante.

Marian Dahle se levantó y miró irritada a Birka, que se bajaba de la butaca por tercera vez. Una gran araña cruzó el suelo. Birka saltó a un lado y ladró.

–Déjala estar, una araña quiere decir felicidad –se agachó y frotó las manos contra los muslos del vaquero–. Por qué no puedo limitarme a trabajar tranquilamente –gritó a la habitación y vio de pronto su imagen en el fondo del televisor entre gris y marrón–. Estoy loca, como mi madre en la silla de ruedas, esa que no es mi madre –dijo para sí–. ¿Es herencia o ambiente? Ambiente, claro.

De repente, un pensamiento atravesó su cerebro. Las fotos de Hanne Elisabeth Wismer. En una de ellas llevaba el pelo recogido en un moño apretado. Era una foto de su confirmación. En otra llevaba el pelo castaño caído sobre los hombros. Marian Dahle se levantó y salió del salón. Cogió la foto. ¿Dónde había visto antes a Hanne Elisabeth Wismer? Le resultaba familiar de una manera extraña. Era algo que casi había conseguido relacionar, pero se le volvió a escapar.

–Maldito vodka –gritó, y cruzó el suelo deprisa para caer otra vez en el sofá. Encontró dos recortes de periódico y una carta anónima que habían recibido en el diario *Dagbladet*. En sus manos tenía el original: «Lennart Hoen mató a Hanne Elisabeth en el bosque, junto al área de descanso. Luego la llevó mar adentro en un barco y la hundió. Ató unas medias llenas de piedras alrededor de su cintura».

Aftenposten, 8 de agosto de 1972

Ayer la policía inició de nuevo la búsqueda en el mar de Hanne Elisabeth Wismer. Se puso en funcionamiento un minisubmarino y realizaron inmersiones los buzos del cuerpo de bomberos. El defensor del acusado Lennart Hoen confirma que estuvo en su barco pescando la misma noche en que la mujer desapareció.

En otro artículo se decía que el cuerpo nunca fue encontrado, pero que Lennart Hoen, tras una valoración total del caso, fue condenado en base a indicios. Tras varias vueltas en el sistema judicial, la fiscalía convenció a los jueces de que Hanne Elisabeth Wismer fue violada, asesinada y llevada en el barco para ser tirada al agua. El vestido ensangrentado de Wismer fue hallado bajo un gran tronco en un claro del bosque, no muy lejos del embarcadero donde Hoen tenía atado su barco, decía. En el barco, la policía encontró un botón del vestido. Y en el botón estaban las huellas de Hoen. Hoen nunca reconoció el asesinato. Marian pasó los papeles y encontró un formulario donde alguien había anotado con un bolígrafo el tipo sanguíneo de Hoen. PCR, ponía. En 1972 no había forma de comprobar el ADN. Lennart Hoen. Tipo sanguíneo 0, RH negativo. Luego seguía la fecha de nacimiento y su número de tarjeta de identidad. Por último, una nota remitía a los anexos A y B pertenecientes al 1026/72.

Anexos, ¿qué anexos? Marian Dahle cerró molesta la carpeta de un golpe. ¿Qué diría Irmelin Quist si volvía una vez más? ¿Daría aviso a la sección? ¿Llamaría a Cato Isaksen para preguntarle si podía saberse a qué se dedicaba su gente? Vio el recibo que tenía sobre la mesa. Necesitaba otro carnet de préstamo. Mierda. Irmelin pensaba que Cato Isaksen era la octava maravilla. Se puso de pie, fue al recibidor y miró en la bolsa del supermercado. Había algo. Eran los anexos. Sacó un sobre abultado y lo abrió. Metió la mano con cuidado y muy despacio sacó algo. Era el vestido de verano con estampado de flores de Elisabeth Wismer.

Karin Carlsson había dado a luz a su hijo Tomas en casa, en la calle Söder, 12. Cato Isaksen estaba en el despacho de la esquina, sentado tras el gran escritorio, y hablaba por teléfono con un colega de la policía de Estocolmo. Según el registro civil de Suecia Tomas Carlsson nació el 10 de marzo de 1973. El policía sueco le contó que Carlsson estaba encarcelado cerca de Estocolmo, por robo a mano armada. Le quedaba poco tiempo que cumplir y tenía frecuentes permisos, pero el 23 de julio estaba entre rejas. No cabía duda alguna. Sin embargo, la semana anterior, tuvo un permiso de tres días.

Cato Isaksen dio las gracias al investigador sueco, colgó y llamó a Oluf Carlsson. Sonó y sonó. Miró fijamente la superficie pulida de la mesa, cogió un bolígrafo y lo golpeó lentamente contra la superficie. Echó un vistazo al reloj. ¿Dónde se metía Marian? Una teoría había empezado a tomar forma en su cabeza. ¿Y si fuera Britt Else Bubergrud quien hubiera dado a luz a ese niño y no Karin Carlsson? ¿Y si Oluf Carlsson fuera el padre, que hubiera dejado embarazada a la paciente psiquiátrica que tenía bajo su tutela? Cato Isaksen sintió frío. Tal vez el psiquiatra la hubiera dejado embarazada cuando aún estaba en la clínica. Tal vez por eso tuvo que sacarla del sistema, hacerla desaparecer y borrar los archivos. Eso sería dinamita, y explicaría también por qué Bubergrud huyó o fue enviada a Oslo. Cato Isaksen salió de su despacho. Esto tenía que contárselo a alguien. Se apresuró medio corriendo hacia el despacho de Roger Høibakk y miró dentro. No estaba allí. Echó una mirada a Randi. Hablaba por teléfono. Cuando vio su expresión, interrumpió la conversación al momento.

—¿Qué pasa?

—Creo que he descubierto algo muy importante.

De pronto, contestaron al otro lado. Era una voz de mujer. Cato Isaksen se presentó y empezó a explicarse. La mujer le interrumpió.

—Eres el que estuvo por aquí, ¿verdad?

—Cierto. ¿Puedo hablar con...?

—Sí, un momento —contestó amablemente.

La voz de Oluf Carlsson sonaba oscura en el teléfono.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó irritado.

Cato Isaksen fijó la mirada sobre una mancha de la pared y se esforzó en

hablar con serenidad. Le enfrentó con la información que había obtenido. Por un momento se mantuvo el silencio.

–¿Y qué tiene eso que ver con el caso? –preguntó Oluf Carlsson molesto–. Si mi esposa dio a luz a nuestro hijo en casa, ¿qué importancia tiene? ¿Se puede saber a qué juegan? ¿Debo ponerme en contacto con mi abogado?

–¿Fue un parto en casa planificado? –preguntó Cato Isaksen con calma.

–No –respondió tajante–. Las contracciones simplemente se presentaron. Todo fue muy rápido.

–Yo creía que esos partos rápidos solían tenerlos mujeres jóvenes –dijo Cato Isaksen y el bolígrafo cayó al suelo. Rodó bajo el escritorio.

Oluf Carlsson estaba claramente enfadado al otro lado de la línea.

–¿Eres médico?

–¿A qué hospital llevaron a tu mujer tras el parto? ¿Fue a Västerborre?

–En realidad se quedó en casa. Un médico y una matrona la atendieron allí. No sé si recuerdas que te conté que Västerborre era un verdadero desastre. Falta de personal y caos.

–¿Eso no era en el departamento de psiquiatría?

–Desgraciadamente era así en todo el hospital –dijo fríamente Oluf Carlsson. Y ahora debo colgar.

Ellen Grue notó cómo el bebé de pronto se movía en su tripa, con un salto de pez. Como si alguien la pintara por dentro con un pincel suave. Siguió el movimiento con la mano.

–¿Qué es lo que tiene tanta gracia? –Randi Johansen dio un sorbo a su taza de café.

–Se ha movido.

–¿Quién?

–Él o ella –sonreía cuando el resto de los investigadores entraron en la sala.

Cato Isaksen se sentó deprisa.

–Sentaos –ordenó–. Empecemos ya.

Roger Høibakk se dejó caer al lado de Ellen.

–El bebé nada –sonrió ella.

–Claro, como que yo soy su padre.

Cato Isaksen sacó una silla para Asle Tengs.

–¿Dónde está Tony?

–Viene de camino –dijo Randi quitándose los zapatos debajo de la mesa.

–Como sabéis, hay movimiento –empezó Cato Isaksen. Leyó las anotaciones que tenía en un papel frente a él–. Randi, tú comprueba adónde fue a sus revisiones Karin Carlsson cuando supuestamente estaba embarazada. Es

importante. Creo que empiezo a intuir el contorno de algo. Buberg y Carlsson. Ahí hay mucho. Mi teoría es que el psiquiatra la dejó embarazada y que lo ocultó fingiendo que era su mujer quien daba a luz.

Tony Hansen entró en la sala.

–Pero ¿por qué no se ocupó de que abortara? –apartó una silla de la mesa y se sentó.

Cato Isaksen miró a sus colegas.

–Creo que Karin Carlsson no podía tener hijos. Fingieron que era suyo.

–Me pondré en marcha en cuanto terminemos la reunión –dijo Randi–. Intentaré averiguar lo de los controles de su embarazo. Pero hace treinta y cinco años. Por cierto, ¿alguien ha tenido noticias de Marian?

–Parece que Marian ha estado vomitando toda la noche –dijo Roger.

–Entonces, será mejor que se quede en casa. No tenemos tiempo para contagiarnos de algo así ahora –comentó Tony Hansen.

–Recogió a la perra y se volvió a marchar hacia la una y media –dijo Roger Høibakk–. En taxi, lo vi por la ventana.

–¿Por qué en taxi? –Cato Isaksen abrió una botella de agua–. Ha apagado el móvil –dijo molesto y pegó un trago.

–Tenía resaca, era fácil verlo. ¿La emborrachaste en Suecia, o qué?

Cato Isaksen se aclaró la voz.

–¿Os acordáis de la joya que Buberg llevaba puesta cuando la empujaron?

–No, ¿qué joya? –Randi Johansen se inclinó sobre la mesa.

–La verde. Ellen, tú la fotografiaste, junto con sus ropas.

–¿Sí? –Ellen rebuscó en una carpeta y sacó una foto del chándal de chenilla, la ropa interior y la joya que la fallecida llevaba puesta. Lo empujó sobre la mesa junto con la descripción. Cato Isaksen la cogió. *La fallecida llevaba un chándal de chenilla color rojo burdeos compuesto de parte superior y pantalón pirata (talla 38). Joya: con piedra de cristal verde. Reloj: marca Swatch (correa marrón). Anillo de diamante: quilates desconocidos. Ropa interior blanca. Se anota: sandalias abiertas, con tiras de piel marrón, reconocidas en la terraza.*

–Astrid Wismer tiene unos pendientes con piedras verdes idénticas a las de esta joya. Los llevaba puestos cuando Marian y yo la llevamos para que la identificara. Creo que es un juego de joyas, y que es bastante antiguo.

–¿Y qué? –Roger suspiró y apartó la silla de la mesa de golpe.

Cato Isaksen le miró un instante un poco demasiado largo antes de mover su mirada hacia Ellen Grue.

–¿Qué ha pasado con el color del cabello? No creo que sea muy importante el color del cabello, pero es algo...

–Britt Else Buberg tenía el pelo castaño natural –dijo Ellen Grue–, había empezado a encanecer ligeramente. Le daba un baño de brillo algo más oscuro.

Cato Isaksen anotaba en su papel.

–¿Así que era morena?

–Bastante.

–No es que sea muy interesante –dijo Asle Tengs.

Randi Johansen le miró.

–No necesariamente. Pero he descubierto que antes de que Buserg se mudara a Stovner tenía una dirección ficticia. Un apartado de correos en Tåsensenteret.

Cato Isaksen la miró fijamente.

–¿En Tåsensenteret?

–Sí. Sencillamente había alquilado allí un apartado de correos, pero no le correspondía ninguna dirección. Y Tåsensenteret no está lejos de la calle Nordberg.

–Astrid Wismer tuvo una hija que murió, pero había nacido en 1956, Buserg en 1951 –dijo Cato Isaksen–. Wismer debe de haber tenido una relación especial con Buserg. Hay algo que no nos cuenta. Tenemos que llamar al hospital de Aker.

–Astrid Wismer todavía tiene prohibidas las visitas –dijo Randi Johansen.

Ellen Grue se apartó unos cabellos de la mejilla.

–En todo caso Buserg tenía el pelo castaño.

–Pero, Ellen –dijo Cato Isaksen–, ¿no has pensado que puede haber sido al contrario?

–¿Lo contrario?

–Que la inquilina de Wismer en Nordberg en realidad era morena, pero se teñía de rubio. No deja de ser una posibilidad. ¿Pero qué demonios tiene que ver con el caso?

Cato Isaksen sacudió la cabeza desesperado.

–Nunca antes había tenido un caso en el que una persona prácticamente no existe. No conseguimos averiguar nada, salvo del tiempo anterior a su llegada a Noruega. Hay algo improbable en todo esto. Estamos acostumbrados a hacer un mapa de la vida de la gente.

–Solemos tardar poco en identificar la vida de una persona –dijo Ellen Grue–. Mi cometido es recoger huellas dactilares, cabellos, indicios del escenario del crimen. La interpretación y el seguimiento de las vidas es cosa vuestra.

–Mañana entregaré un informe actualizado –dijo Cato Isaksen irritado–. Estoy trabajando en esto de Suecia, pero Marian copió los documentos de todos los organismos públicos. ¿Dónde coño se mete?

–¿Quieres que vaya a buscarlos, jefe? –Roger Høibakk le miraba.

Cato Isaksen miró la hora. Eran las dos y cinco.

–Lo haré yo mismo –dijo levantándose–. También pasaré por la calle Nordberg, donde vivía Astrid Wismer. Sólo para hacerme una imagen de todo

—miró a Randi—. Infórmame cuando sepas algo más de esos controles del embarazo.

Irmelin Quist vivía en Grefsen. Había dejado las dalias que iba a regalarle en dos cajas detrás del garaje. Iba al trabajo en bicicleta y no se las podía llevar. Pasaría un momento para buscar las cajas ahora. A la vuelta podía acercarse a casa de Marian. Algo le hacía intuir que estaba haciendo alguna componenda. Irmelin había nombrado varios archivos en una frase, pero luego pasó a hablar de las dalias.

El vestido era de una tela muy ligera con flores rojas. Marian lo desdobló con cuidado y lo dejó sobre los documentos del escritorio. En una de las dos pequeñas bolsas independientes estaba la braguita con semen seco y, en la otra, los grandes botones rojos. Las pruebas estaban numeradas como 1, 2 y 3. La sangre latía en su garganta. Éste era el vestido de una persona violada y asesinada. De un cadáver que nunca fue encontrado. Una desagradable sensación la atravesó. Tocó la tela con cuidado. Se agachó y la olió. Parecía oler un poco a disolvente. El vestido tenía nido de abeja en la parte del pecho. Estaba rasgado por un lado y la sangre marrón coagulada se deshizo sobre los documentos cuando lo desdobló cuidadosamente. Hanne Elisabeth Wismer llevaba puesto este vestido cuando fue violada y asesinada.

Pasó la mano sobre la tela fina que parecía de chifón, sacó un cigarrillo del paquete que había sobre el escritorio y se lo metió en la boca. Se sintió mareada de pronto, como si toda la sangre hubiera abandonado su cabeza. Una imagen de ella misma con un vestido de verano estampado en cuadraditos se instaló en su subconsciente en contra de su voluntad. Tenía 5 años e iba a un cumpleaños. Su madre se había enfadado y le arrancó el vestido. No le quedaban bien los vestidos. Su madre dijo que no le quedaban bien los vestidos.

¿Cómo era posible que la policía encontrara el vestido y no el cadáver? En otra bolsita de plástico aparte estaban las anotaciones de los análisis de sangre. Estaba escrito con pluma: *Análisis PCR. Tipo sanguíneo 0, RH negativo. Se destaca que el violador y la víctima tenían el mismo tipo sanguíneo.*

Miró la foto desenfocada en el marco de metal repujado, la que cogió en el apartamento de Oluf Carlsson. Echó el vestido a un lado y miró la otra foto. La de Hanne Elisabeth Wismer con coleta. La foto pequeña del marco estaba borrosa. Había sido tomada en un bosque. Se inclinó sobre las fotos. El cigarro apagado subía y bajaba entre sus labios. Cogió la foto del bosque. Podía parecerse a las dos, Britt Else Buberger y Hanne Elisabeth Wismer.

–Pero es Buberger –se dijo en voz alta.

No tenía ninguna foto del cadáver en casa. Del rostro muerto de Buberger. Las máscaras mortuorias siempre cambiaban la expresión, hacían que los rasgos se igualaran, que parecieran otra cosa.

Miró la hora y se sacó el cigarrillo sin encender de la boca. Eran las dos y media. Tenía que limpiar el baño y no tenía comida en casa. Tenía que ir al trabajo. Fue hacia el dormitorio. Era pequeño y alargado, con la cama contra una de las paredes y la ventana tapada por una tupida manta de lana. Era lo

único que bloqueaba el paso de la luz. Le daba angustia dormir: una angustia tonta e irracional que la mantenía alejada de la cama el mayor tiempo posible. A veces dormía en el sofá del salón. Se quitó los pantalones y la camiseta, se tumbó boca arriba sobre el edredón. Luego volvió a levantarse y fue medio corriendo al suelo helado de la cocina. Sus pies descalzos sonaban contra el linóleo. Abrió el grifo y bebió directamente. Por la puerta veía a Birka que la miraba desde la butaca.

–Sí, ya sé que no hemos dado tu paseo –entró en el salón en ropa interior–, dame un minuto y saldremos.

Agarró la foto de Hanne Elisabeth Wismer y la puso junto al portátil. Un pensamiento pasó por su mente: «descubrir qué hace ahora el asesino de Hanne Elisabeth Wismer».

Cato Isaksen agarró su teléfono y miró la hora. Estaba frente al garaje de Irmelin Quist. Era Randi. Dijo que sería problemático localizar el historial del embarazo. Su médico de cabecera llevaba mucho tiempo muerto y nadie sabía dónde estaban los viejos informes.

–¡Mierda! –exclamó Cato Isaksen, mirando las dalias que estaban tan bien colocadas en cajas detrás del garaje, como había dicho Irmelin Quist–. Tenemos que hacer un análisis de ADN de Carlsson y Tomas. Me pondré en contacto con las instancias necesarias cuando regrese –dijo dando la conversación por terminada.

Llevó las cajas con las grandes dalias hasta el coche civil de policía. Puso una delante y otra en el asiento trasero. Las plantas tenían casi un metro de alto y tenían grandes hojas de un verde intenso. Los capullos eran de distintos colores: rojo, naranja y amarillo. Irmelin Quist dijo que había que desenterrarlas y guardarlas en el sótano durante el invierno. Cato Isaksen se sintió un poco tonto al meterse en el coche. Tenía una selva montada allí dentro. Una selva salvaje que le impedía la visión lateral. Condujo rápido hasta la calle Nordberg y echó un vistazo. Luego bajó hasta la calle Hesselberg, donde vivía Marian. Bajó del coche. Lo cerró y miró acera abajo. El bloque en el que vivía Marian estaba junto a un pequeño parque. Entró en el patio, subió la mirada por la fachada, se preguntaba qué ventana sería la suya.

Miró fijamente al espejo mientras se metía el vestido por la cabeza con mucho cuidado. «¿Qué hace ahora el asesino?» Después de todo, el vestido no olía a disolvente. No olía a nada y tenía nido de abeja en el pecho. «¿Dónde se encuentra ahora el asesino?» Lo bajó con cuidado por sus caderas. Miró la superficie vacía que era su rostro. Oyó el sonido blando y oscuro de su corazón, su zumbido en sus oídos. El silencio caía del techo. Miró al interior del espejo. En algunas zonas el plateado de la superficie reflectante tenía manchas marrones. Por el tiempo, por viejo. Su imagen se diseminó por su conciencia como un pesado veneno. Las manos, el pecho, la boca y los ojos. El vestido. Pasó las manos por la fina tela del vestido. Estaba rasgado por un lado, desde el dobladillo hasta la cintura. Restos de la sangre marrón, coagulada, se deshicieron hasta caer sobre sus pies descalzos. De todas las cosas enfermas que había hecho, ésta era la más demente, vestirse con el material de prueba de una persona muerta. No sentía vergüenza, sino tristeza. El recuerdo se volvió gris y sucio en sus pensamientos. Los músculos de su espalda se tensaron. De nuevo fue consciente del zumbido de su propia sangre, el pulso que latía en su cuello. Su pecho ardía. Una frase pasó por su conciencia: cuando las cosas son tan sencillas que la gente no las ve, entonces eres genial.

De pronto, sonó el móvil que estaba en la cocina. El ruido la atravesó hasta dolerle. Se tapó la cara con las manos, las apretó contra sus mejillas, echó una mirada oscura a sus ojos abiertos de par en par en el espejo, antes de darse la vuelta y correr. Golpeó los dedos del pie contra la puerta de la cocina y cayó hacia delante. Se agarró al borde de la mesa y consiguió coger el móvil. Cuando por fin se lo llevó a la oreja, dejó de sonar. El sonido persistía y persistía en su cabeza. Era inconcebible. Que se hubiera puesto el vestido, que estuviera allí de pie destruyendo pruebas. Que sus impulsos fueran tan enfermos, su alma tan putrefacta. Necesitaba protección. Simplemente sabía que era Cato quien había intentado ponerse en contacto con ella. Miró la pantalla. *Era* él quien había llamado. Se tranquilizó unos instantes, tragó y marcó su número. Se llevó la mano a la garganta. Cuando contestó, dijo:

–No me dio tiempo de cogerlo –notó lo extraña y alterada que sonaba su voz, como si él pudiera ver su imagen espantosa a través del teléfono.

–Marian –dijo con dureza–, ¿se puede saber qué es lo que estás haciendo en realidad?

–Nada –sintió que el cuello del vestido se clavaba en la piel de su garganta–.

No estoy bien. *La hija de Astrid Wismer fue asesinada* –su piel hormigueaba, tenía las palmas de las manos mojadas–. Yo...

La interrumpió.

–Creo que hay cosas que Astrid Wismer no nos cuenta, pero ha tenido un ictus y no podemos interrogarla. Ella...

–Lo sé.

–¿Lo sabes? ¿Cómo lo sabes? Pero si hoy no has ido a trabajar.

–Llamé...

–¿Te dedicas a trabajar desde casa? ¿Estás enredando con algo? –Cato Isaksen levantó la mirada por la fachada–. ¿En qué piso vives?

–No lo hago –dijo alterada–. No trabajo... *El cuerpo nunca fue encontrado*.

–Han surgido muchas novedades, Marian. Te lo contaré cuando suba.

Marian tenía que concentrarse para conseguir que su voz sonara como siempre.

–Yo también he descubierto... ¿Cómo que en qué piso...? ¿Subes? ¿Qué quieres decir? Levantó la cabeza y observó el reflejo apagado de sí misma en la jarra de acero que tenía sobre la mesa.

–No –gritó–. Segundo piso, pero no subas.

–¿Te encuentras mal?

Bajó la mirada hacia la falda del vestido, la alisó con la punta helada de los dedos. *La hija de Astrid Wismer fue asesinada. El cuerpo nunca apareció*. Una profunda oscuridad la cubrió.

–No estoy enferma, pero...

–Bien –dijo él–. De hecho, estoy en el patio de tu casa. Subo.

–Quisiéramos hablar con la policía morena –dijo la joven rubia y le miró nerviosa. Asle Tengs se detuvo. Iba por el pasillo, al despacho de Irmelin Quist para recoger unos papeles que necesitaría después en el juzgado. Miró a las dos chicas jóvenes, que iban en vaqueros y con tops de colores claros, y llevaban un bolso de Chanel al hombro; copias, pensó.

–¿Cómo habéis llegado hasta aquí? En realidad, esta sección está cerrada al público.

–Me llamo Julie Thyvik –dijo la rubia–. Le explicamos a la recepcionista que tenía algo que ver con un asesinato, y que queríamos hablar con la morena de los ojos rasgados –dijo Julie Thyvik.

No contestó al teléfono cuando intentó llamarla.

–Debe tratarse de Marian Dahle –dijo Asle Tengs esbozando una sonrisa. Se fijó en que llevaban los ojos demasiado maquillados y que sus labios brillaban por el *gloss* rosa.

–¿De qué asesinato habláis?

No contestaron. La morena levantó la mano.

–Me llamo Shira Skah. Las dos policías estuvieron en el camping de Rødvassa hace unos días. Paramos el coche de policía cuando se marchaban.

–Entonces serían Randi Johansen y Marian Dahle –Asle Tengs saludó con la cabeza a un guardia que pasaba.

–Se trata de Lilly, una chica polaca que trabajaba en el camping –la rubia se subió el tirante del bolso sobre el hombro.

–Nosotras también trabajamos allí –dijo la morena.

–¿En qué asesinato estáis pensando? –repitió él–. ¿Os referís a la mujer de Stovner?

Julie Thyvik y Shira Skah le miraron.

–Había una sombra detrás de un respiradero –continuó la rubia.

–Y ahora ha desaparecido –completó la morena–. Y luego pensamos en ese caso de Hanne Elisabeth de hace mucho. Es que ella ocupaba la misma habitación que Lilly. Y eso nos parece un poco misterioso.

–¿Una sombra tras un respiradero? El caso Hanne Elisabeth. Lo siento, pero no sé de qué habláis –dijo Asle Tengs–. No penséis que ese caso de Stovner tiene algo que ver con Rødvassa. Es sólo que el portero de ese edificio...

Las chicas le miraron interrogantes.

–El portero vive en Rødvassa durante el verano, en una caravana –Asle Tengs se pasó la mano por el cabello gris.

–¿Eso es todo? –la rubia le miraba fijamente, con la mirada inexpresiva.

–Sí. Y ¿cómo se apellida esta tal Lilly?

–Lilly Aniela Rudeck –dijo Julie Thyvik–. Aniela es un segundo nombre tan bonito... Tiene que haber pasado algo, porque Lilly ha desaparecido y tenía mucho miedo.

–¿Habéis intentado llamarla?

–Asle Tengs miraba a la una y a la otra.

La rubia se encogió de hombros.

–No creo que tenga móvil. Nunca hemos visto ningún móvil. Es un poco anticuada. No quería comer con nosotras, y cosas así. Nosotras nos sentamos en un banco junto a la orilla. Ella se esconde en el baño.

–¿Se escondía en el baño? Decís que era polaca. Puede haberse marchado.

–¿Marchado? –la morena miró a la rubia.

–Sí, de vuelta a casa –dijo Asle Tengs.

–Pero su ropa todavía está en la cabaña –la rubia le miró como si fuera idiota.

–Ni siquiera había cobrado –dijo Shira Skah–, nunca se hubiera ido sin cobrar. Iba a comprarse ropa. Y estamos en agosto, el camping está a punto de cerrar. Sólo faltan unos días.

Tony Hansen venía por el pasillo. Asle Tengs se volvió hacia él.

–Han venido dos chicas de Rødvassa –dijo.

Tony se paró.

–¿Venís de allí ahora?

–Sí, hemos venido en autobús –dijo la rubia.

–Quieren hablar con Marian o con Randi –Asle Tengs miró impaciente el reloj–. Me tengo que ir. Tengo que ir al juzgado con un preso mañana por la mañana. Debo prepararme.

Tony Hansen hizo una mueca y se llevó la mano al pendiente.

–Es que es Ewald Hjertnes quien lleva el camping –le daba vueltas al pendiente–. Supongo que habéis hablado con él.

–Sólo dice que no te puedes fiar de los polacos –dijo la rubia–. ¿Nos puedes dar el número de móvil de Marian Dahle?

–Sí, os lo puedo dar –dijo Tony Hansen–. Hoy está enferma, pero mañana estará de vuelta.

Entreabrió la puerta un poco y miró por la rendija.

–Joder, lo que has tardado en abrir –dijo Cato Isaksen–. ¿Cómo te va?

Marian Dahle le miró enfadada y abrió la puerta un poco más. El corazón latía en su pecho.

–¿Qué haces aquí?

Cato Isaksen la miraba.

–Tienes el pelo de punta. Está electrificado. Vengo de camino de Grefsen. He ido a buscar unas plantas a casa de Irmelin Quist. Pareces destrozada. ¿Tienes fiebre?

–No es exactamente eso –tragó y se pasó la mano por el cabello. De repente, se dio cuenta de que llevaba la camiseta al revés.

–¿Puedo entrar?

Le miró fijamente.

–No –de pronto, Birka estaba resoplando y moviendo el rabo en la puerta. La mantenía cerrada con la rodilla. Pensaba deprisa. Si no le dejaba entrar, empezaría a preguntarse por qué–. Es que lo tengo todo desordenado, hay un montón de cartones por el suelo y trastos en el recibidor.

–No tiene importancia. Estoy acostumbrado al desorden. Por lo menos la perra se alegra de verme.

–Se alegra de ver a cualquiera. Recibiría haciendo fiesta hasta a un ladrón. ¿No tienes que ir a casa a plantar esas chifladas flores tuyas?

–Lo haré esta noche.

Abrió la puerta del todo. Cato Isaksen pasó el umbral. El pequeño recibidor estaba pintado de un color oscuro. El suelo estaba cubierto de plásticos y cartones. Birka metió el morro en su mano y saltó a su cadera.

–Karin Carlsson dio a luz a su hijo en la casa de la calle Söder, 12, el 10 de marzo de 1973 –dijo mirando la pintura marrón descascarillada de la cómoda que había junto a la pared. La miró, se fijó en que parecía distante–. Tenemos que hacerle las pruebas de ADN a Tomas Carlsson en la cárcel. Y también pediré que se las hagan a Oluf Carlsson. Si dio a luz a su hijo en casa... Puede que ahí tengamos algo. Randi ha intentado sin éxito encontrar la historia del embarazo de Karin Carlsson.

–Tal vez *él* fuera el niño al que dio a luz Britt Else Buberger –dijo Marian relajando los hombros. Se había arrancado el vestido y lo había lanzado dentro del armario–. Puede que Carlsson fuera el padre, ¿es eso lo que quieres decir?

–Tomas Carlsson está cumpliendo condena –dijo Cato Isaksen–. En cierta

manera es el hermanastro de Buberg o, quiero decir, tal vez, su hijo. Pronto saldrá en libertad. Pero el 23 de julio estaba encarcelado, así que podemos descartarle como asesino. No hemos hecho un informe tras nuestro viaje a Kristinehamn.

—¿Por qué está encarcelado? —Marian se inclinó y recogió una de las tiras de plástico.

—Robo a mano armada. No asesinato. Sólo robo a mano armada —Cato Isaksen empujó al perro con un movimiento decidido e intentó posar los pies en los huecos que encontraba entre el plástico y los cartones—. ¿Se puede saber qué estás haciendo? —a través de la puerta vio en el espejo que en la pared del otro extremo había un escritorio con un ordenador portátil. Resplandecían en la luz azulada. Varios montones de papeles estaban esparcidos sobre la mesa—. ¿Estás trabajando en casa? —preguntó él.

—No —dijo ella rápidamente y se acercó a cerrar la puerta del salón. Su corazón dio un salto mortal cuando vio un extremo del vestido de Hanne Elisabeth Wismer asomar bajo una de las puertas correderas del armario empotrado—. Será mejor que me acompañes a la cocina —dijo dejando la tira de plástico sobre el aparador.

La siguió.

—Acogedor —dijo, arrepintiéndose al momento. Los muebles de la cocina eran de los años sesenta. El linóleo estampado de color amarillo mostaza estaba suelto junto a la pared. La ventana estaba manchada de gotas de lluvia secas.

—Bueno, siéntate —sacó una silla de cocina y empujó una pila de platos sucios de la encimera al fregadero. Todo lo que sabía la atravesaba a ráfagas—. Estabas cabreadísimo en el viaje de vuelta de Suecia —dijo en tono de reproche.

—Estaba cansado. Buberg tenía un apartado postal en Tåsen. Y puede que la inquilina de Wismer se tiñera el cabello.

—¿Te apetece algo de beber? *La hija de Astrid Wismer fue asesinada.*

Asintió.

—Sí, gracias.

—Tendrá que ser agua —Marian abrió una despensa, agarró un vaso, abrió el grifo, lo llenó y lo puso de golpe frente a él sobre la superficie gastada de la mesa. *El cuerpo nunca fue hallado.*

Miró el vaso. El agua estaba blanca y parecía templada.

—Gracias —dijo. Dejó el agua sin tocar—. Es sólo que descubrí que Astrid Wismer y Britt Else Buberg llevaban puestas las mismas joyas.

—¿Sí? ¿Y qué pasa por eso? —sacó el último cigarrillo del paquete y se lo metió en la boca.

—Buberg llevaba el collar y Wismer los pendientes.

—Wismer y Buberg eran buenas amigas. Puede que le haya regalado esa joya —

encendió el cigarrillo. *La esquila se había perdido en el inodoro.*

Cato Isaksen apartó el humo con un gesto elocuente.

–Pasé por la calle Nordberg, donde vivió Astrid Wismer antes de mudarse a Stovner, sólo por echar un vistazo.

–¿Sí? ¿*Dónde estaba ahora el asesino, dónde estaba Hoen?*

–Randi y Roger creen que Buberger vivía en el apartamento de la planta baja de la casa de Wismer. La vecina dice que allí ha vivido una mujer, pero que tenía el pelo claro. Además, la hija de Astrid Wismer falleció a los 17 años.

–¿Ah, sí? –sentía una zarpa en su estómago. Pegó una calada intensa al cigarro y dejó caer un poco de ceniza sobre un platillo blanco–. ¿Cómo habéis descubierto eso?

–Randi lo descubrió a raíz de comprobar a Astrid Wismer y eso del dinero.

–Lo sé. Yo también lo he descubierto.

–Me lo imagino –sonrió–. Tal vez deberíamos revisar los archivos después de todo. Revisar casos antiguos, como tú dijiste.

–¿Por qué? ¿Qué tienen los archivos que ver con esto? –Marian Dahle se levantó, dejó el cigarrillo en el borde del fregadero de acero, abrió la nevera y sacó una Coca-Cola. En cuanto Cato se hubiera marchado, introduciría el documento de identidad de Lennart Hoen en el portátil. Desenroscó el tapón de la botella y se la llevó a la boca–. Pero tengo intención de hacer cambiar esa norma interna sobre la retirada de archivos –se secó con el dorso de la mano–. Es inoportuno. Ingeborg Myklebust no entiende nada. He hablado de eso con Martin Egge. ¿Por qué tenemos que pasar por los administrativos para sacar documentos?

–¿Que has hecho qué? ¿Hablar con el tito policía? ¿Cómo conseguiste que el jefe de la policía judicial te cuidara el perro?

Marian Dahle se rió un instante.

Cato Isaksen se llevó el vaso a los labios y tomó un sorbo del agua templada.

–Por supuesto que no has hablado de esto con el director de la policía judicial.

–Por supuesto que sí.

–Myklebust va a estallar.

–Pero para entonces estaré en otra jugada, tendré algo concreto que enseñar. Ya verás. Ven aquí, Birka, chica guapa. Por cierto, ¿has escrito el informe de Suecia?

–¿Es por eso por lo que te haces la enferma, para no tener que escribirlo? –de pronto, se dio cuenta de que ella llevaba la camiseta al revés.

–No me hago la enferma, Cato. He estado vomitando toda la noche. Si quieres pruebas, puedes ir al baño y echar un vistazo.

–No, muchas gracias. Tengo que volver –se levantó y salió al pasillo–.

¿Cuándo vendrás?

–Luego. ¿Has terminado el informe?

–Es que tú tienes los documentos –puso la mano sobre el picaporte y se volvió hacia ella–. Tal vez sea hora de que...

Marian notó cómo el sudor brotaba en el nacimiento de su cabello.

–Sí, sí, te daré los de... Suecia. Espera aquí un momento, los voy a buscar.

Marian Dahle miraba fijamente la pantalla del ordenador, la visión del nombre del asesino la atravesó con una certeza inconcebible. Dios mío, era absurdo. Tenía que haber una relación. Ese nombre. ¿En 1972... y ahora? Las señales llegaban de varias partes. Su cerebro intentaba atar los hilos, unificar la información. ¿Cuál podía ser la relación?

Agarró el móvil y marcó el número de Cato Isaksen. Echó a un lado el sobre vacío del vestido. Dio la espalda al escritorio y se sentó a medias sobre él. Sonó una vez, y otra, luego contestó. Notó un dolor que bajaba por su mejilla derecha.

—Sé que sólo hace un cuarto de hora que te marchaste —empezó agobiada mientras bajaba la vista hasta el sobre vacío que había contenido el vestido—. ¿Ya estás en la oficina?

—Sí. ¿Ha pasado algo? ¿Qué ocurre?

Oyó que Cato Isaksen sujetaba unos papeles. Crujían.

—¿Estás con los papeles de Suecia?

—Sí. Acabo de sentarme. ¿Pasa algo?

—Sí —Marian sintió cómo los músculos de su cara se tensaban. Se llevó la mano a la garganta. A la vez, otra cosa pasó por su mente, algo que decía la esquila que había dejado caer en el inodoro. *Astrid y Rolf, Ola y Kari. Y la abuela.*

—¿Qué?

Tragó saliva rápidamente.

—He vuelto a comprobar los nombres de los vecinos de Buberger en Stovner con las listas de penales —se impulsó para levantarse, se dio la vuelta y se agachó para coger la relación que había impreso. Oía a Cato respirar—. La respuesta no está en Suecia, Cato —bajó la mirada hacia el papel.

—¿Qué quieres decir?

—Ewald Hjertnes, el vecino de Buberger del segundo no está en la lista de penales...

—No, qué... ¿el encargado del camping?

—Sí.

—¿Qué? ¿Qué pasa con él?

—Él no está en la lista, pero su hermano sí, Cato —Marian cerró los ojos y lo vio frente a ella.

—¿Su hermano?

—Sí, su hermano. He hablado con él en Rødvasa.

Cato Isaksen se levantó despacio. El aire vibraba bajo el techo. La ventana sucia estaba cubierta de sol. Observó el árbol que había enfrente, sus ramas se movían despacio arriba y abajo. Muy lejos, oyó la voz de Marian que continuaba.

–Esto de la hija de Wismer que murió. Ya sabes, a los 17...

–Sí, Randi dijo... ¿Y qué?

–La hija de Astrid Wismer no murió de muerte natural. Fue asesinada, Cato. En el camping de Rødvassa. Un tal Lennart Hoen la violó y la mató en 1972. A Hoen le cayeron trece años. Ahora tiene 55. Y no se llama como entonces.

–¿Y cómo se llama ahora y cómo se llamaba antes? ¿Cómo has descubierto todo eso?

–Lennart Hoen ahora se llama Hjertnes. Lennart es el hermano de Ewald Hjertnes, quien vive en el mismo bloque en el que residía Buberger en Stovner. ¿Entiendes? Lennart tiene la caravana aparcada abajo, casi en la playa.

Cato Isaksen sintió cómo la información atravesaba su cerebro y se fijaba en su pecho como una garra helada.

–No, no entiendo...

–En realidad yo tampoco –dijo Marian–, pero el asesinato de Buberger...

–¿Hjertnes? –Cato Isaksen sacudió la cabeza. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por unos golpes en la puerta–. Ahora no –gritó en voz alta.

–Le cayeron trece años, Cato, le condenaron en enero del 74 –siguió Marian alterada–. Ese mismo año Ewald Hoen cambió su nombre y pasó a ser Ewald Hjertnes. Es el nombre de soltera de su madre. Cumplió diez años. Cuando Lennart Hoen salió de prisión en el 84, también cambió de nombre. Es fácil imaginar que el apellido Hoen estaba marcado, después de todo lo que publicó la prensa en relación con el caso Hanne Elisabeth. Supongo que ya no podrían llevar ese nombre.

La puerta de la oficina se abrió de golpe, y apareció Sigrid con su hijo Georg.

–Hola Cato. Pasábamos con el coche y hemos visto que tu ventana estaba abierta, así que pensamos...

Cato Isaksen levantó la mano para hacerla callar. Marian seguía hablando.

–Ewald Hjertnes está ahora en Rødvassa y su hermano también.

Georg echó a correr, rodeó el escritorio y se lanzó sobre su padre. Cato Isaksen esbozó una sonrisa y rodeó a su hijo con el brazo libre.

–Tendremos que ir al camping inmediatamente –dijo.

–Será mejor que citemos a Ewald Hjertnes para un interrogatorio –dijo Marian Dahle–. No salgamos con esto de forma inmediata. Vayamos con cuidado para averiguar si Lennart Hjertnes de verdad está involucrado en el

asesinato de Buberger, si estaba en Stovner a la hora relevante y cosas así. Y hay algo más, Cato.

–¿Qué más? –levantó la cabeza y miró a Sigrid.

–No quiero hablar de ello por teléfono. Oigo que tienes visita. Luego iré por allí.

–Nunca encontraron a la hija de Astrid Wismer –dijo Marian Dahle–. Aquí tenemos una foto suya. Hanne Elisabeth. Seguro que es de su confirmación.

Cato Isaksen estaba sentado frente a ella, al otro lado de la mesa de superficie brillante. Cogió la foto.

–Pero ¡joder, Marian! Astrid Wismer. ¿Qué coño? ¿Por qué no viniste ayer? Te estuve esperando. No puede ser casualidad que el hermano de Ewald Hjertnes...

Sostuvo su mirada:

–Ahora estoy aquí.

Cato Isaksen se incorporó para apretar el interruptor de la persiana que descendió con un suave zumbido. Se volvió hacia ella otra vez.

–Marian...

–Por favor, Cato. Me entró jaqueca. No soporto tener que dar explicaciones.

–Pero...

–Ahora no. Continuemos con el caso. Escucha.

Le pasó un folio.

–Fíjate especialmente bien en esta copia de la esquela. Porque, el caso es que no hubo entierro ni velatorio, sólo un funeral.

–¿No encontraron el cadáver? ¿No encontraron a Hanne Elisabeth Wismer?

–No. ¿Recuerdas el precioso salmo que el coro cantó en el entierro de Buberg? He encontrado la esquela en el archivo del *Aftenposten*. Llamé esta mañana y pedí que me lo buscaran. Me lo mandaron por fax. He comparado la esquela de Hanne Elisabeth Wismer con el librito que nos dieron en el entierro de Britt Else Buberg. Mira, ¿recuerdas el bonito salmo del entierro?

–Sí... ¿nunca encontraron el cadáver? –repitió pasándose la mano por la barbilla.

–No. El mismo salmo, en la esquela. Tan sólo dos líneas. Samarcanda es un lugar, pero seguro que no tiene nada que ver con el asunto. Es una especie de salmo. El fax es bastante malo. No es fácil imprimir un recorte de periódico. Pero se ve el nombre de Hanne Elisabeth Wismer y se pueden más o menos distinguir las dos frases.

–Así que quieres decir... –cogió el fax, entrecerró los ojos y leyó en voz alta–. *Aunque te echo de menos, nada me daña. Aún llevo conmigo todo lo que me diste*. Cuesta un poco verlo, pero es del salmo ese, sí. Pero eso no quiere necesariamente decir nada en especial. Sólo deja claro que a Wismer le gusta esa canción.

–Hanne Elisabeth Wismer hubiera tenido 51 años hoy, Cato. Y no es un salmo frecuente. No en Noruega.

–Nunca lo había oído antes –dijo bajando la vista para mirar la foto–, pero tengo la impresión de que ya había visto a Hanne Elisabeth Wismer.

–Sí. Hay algo más, algo que no captamos –frunció las cejas–. ¿Sabes lo que dicen en el FBI?

–¿En el FBI?

–Dicen: «No sabes exactamente qué estás buscando, pero cuando lo encuentras, lo reconoces». Pero la información no parece cuadrar.

Le sostuvo la mirada.

–Esa mujer que estaba con Oluf Carlsson...

–Ann, ¿la que iba vestida con ropa deportiva? –Cato Isaksen pasó el dedo índice por la superficie de la mesa.

–Sí.

–¿No había algo raro en ella? Se escabullía como una sombra. Sentí que quería esconderse.

–Oluf Carlsson tenía una foto suya en su casa. Llevaba una sotana morada.

–¿Una sotana? Pero si eran una pareja, ¿no? ¿No era su novia?

Marian pensaba intensamente.

–Tengo que esforzarme por pensar estratégicamente. Puede que la hija de Astrid Wismer esté viva, Cato. Puede que Astrid Wismer compartiera su secreto con Britt Else Buberg, que se enterara de algo, algo que era secreto. ¿Lo entiendes?

–Sí, pero olvidas algo importante. ¿Cómo conocía Astrid Wismer a Oluf Carlsson? Y esto de Suecia... ¿Qué conexión hay? Y el hermano de Ewald Hjertnes...

–Tenemos que averiguarlo. Y no te lo vas a creer, porque hay todavía más.

–¿Qué?

Marian Dahle dejó un recorte de periódico sobre la mesa ovalada. Se inclinó hacia delante y plantó los codos sobre los muslos con un gesto masculino.

–¿Has estado dándole en casa? –Cato Isaksen bajó la vista hacia el recorte–. ¿Qué coño has estado haciendo?

Marian Dahle se incorporó de nuevo.

–Deja eso ahora. Según parece asesinaron a Hanne Elisabeth Wismer en el camping de Rødvassa.

–Sí.

–Sus padres denunciaron su desaparición en julio, y uno de los hijos del que entonces era el dueño del camping, Lennart Hoen, fue condenado por el asesinato. Hoy vive en Moss. En la calle Verks, que es una antigua zona obrera con viviendas de madera.

–Salimos inmediatamente, ¿o esperamos? –Cato Isaksen se cruzó de brazos.
Marian suspiró.

–Creo que debemos tener una estrategia. Dar un paso tras otro. En VG recibieron un anónimo. Tengo una copia aquí. Está escrita a máquina. Sacó del bolsillo un papel doblado.

–Pero cómo has...

–Tú lee –Marian Dahle empujó hacia él una copia de la carta. Cato Isaksen la miró fijamente.

«Lennart Hoen mató a Hanne Elisabeth en el bosque, junto al área de descanso. Luego la llevó mar adentro en un barco y la hundió. Ató unas medias llenas de piedras alrededor de su cintura.»

Se echó incómodo hacia delante en la silla.

–¿Quién puede haber escrito esto?

Marian le miró.

–Se me ocurrió la posibilidad de que fuera Ewald Hjertnes, entonces Ewald Hoen. Tal vez había adivinado lo que hacía su hermano. Parece que William Pettersen también ha estado en Rødvassa todos los años desde que era un niño. Pero...

–Ya es mucho que Astrid Wismer sea la madre de esta chica asesinada –Cato Isaksen sacudió la cabeza–. Lo raro es que Astrid Wismer no lo contara. ¿Recuerdas lo que dijo durante el reconocimiento?

Marian Dahle le miró seria.

–¿En qué piensas?

–No lo sé. Sólo estoy pensando en voz alta. Pero dijo que sólo había visto a una persona muerta en una ocasión anterior.

La investigación había dado un giro brusco. Cato Isaksen iba medio corriendo por los pasillos y convocó una reunión urgente en su despacho de la esquina.

–En mi oficina, inmediatamente –gritó mirando a Randi que se levantó de golpe.

–¿Dónde están Asle y Tony? –Randi le miró asustada.

–Asle está en el juzgado, y Tony iba a buscar a su hija en la guardería. Parece que se ha puesto enferma. ¿Le llamo?

Cato Isaksen negó con la cabeza.

–Ya veremos, primero hacemos la reunión, seguramente irán llegando. Será mejor que nos pongamos en marcha. Avisa a Roger.

–¿Qué? Eso sí que es algo –Roger Høibakk levantó el pulgar–. Y lo de la hija de Astrid Wismer... que la violaran y asesinaran.

–¿Algo?, yo diría que es *muchísimo* –Randi distribuyó rápidamente las tazas de café por la mesa y puso una fuente de cristal con bollos en el centro–. Me da vueltas la cabeza. ¿Qué clase de relación puede haber?

–El hermano de Ewald Hjertnes fue condenado –Roger Høibakk cogió un bollo, se lo llevó a la boca y anotó en su cuaderno.

–Tenemos que determinar dónde estaba el 23 de julio por la tarde –Randi sirvió café en las tazas.

–Claro que tenemos que hacerlo –dijo Cato Isaksen–. Pero no quiero que llamemos y alertemos a alguien de que vamos a ir. Iremos a Rødvassa en cuanto terminemos la reunión. Randi y Roger, vosotros iréis para allá en cuanto demos un breve repaso a la situación. Traed a Ewald Hjertnes con vosotros e intentad averiguar si su hermano aún está allí. Pero, por Dios, no le asustéis. Y nosotros iremos al hospital de Aker, a ver a Astrid Wismer al mismo tiempo. Marian, tú vendrás conmigo. Podemos tener la esperanza de que esté mejor. Pero, primero un breve repaso.

Marian Dahle tomó el relevo.

–Tengo aquí el expediente del caso. Hanne Elisabeth Wismer fue asesinada por Hoen, alias Lennart Hjertnes.

Roger Høibakk se quedó callado un rato.

–Ewald Hjertnes debería habernos contado esto. Y, por supuesto, William

Pettersen también. ¿Cómo es el hermano de Hjertnes? ¿Alguien le ha visto? ¿Es mayor, o más joven?

–Es más joven –dijo Marian mordiendo un bollo.

–Hablamos con él cuando estuvimos en Rødvassa –dijo Randi Johansen–. Le dio a Pettersen una especie de coartada.

–Tiene 55 años, dos menos que el hermano –Marian Dahle apretó las palmas de la mano contra la mesa.

–No le miré con mucho detenimiento –dijo Randi.

–Tenía un lunar en la mejilla. Hay muchas fotos tuyas en el archivo. Todas de hace treinta y cinco años, pero ninguna reciente. Ha llevado una vida discreta. Tiene una zapatería en Moss.

Roger Høibakk tomaba notas.

–Un hombre de mediana edad, en otras palabras. Estoy pensando en lo que dijo la testigo a cerca del hombre que prácticamente levantó en vilo a Buberg desde la terraza.

–Seguid –dijo Cato Isaksen–. ¿Qué creéis? ¿Qué estamos buscando?

–Pienso a toda máquina –dijo Roger Høibakk–. ¿Qué clase de relación puede haber? No veo ninguna conexión lógica. Lennart Hjertnes salió en 1984, y que sepamos se ha mantenido dentro de la legalidad desde entonces. O eso parece. La vecina de Buberg la vio en el banco que hay frente al supermercado con un hombre de pelo cano. ¿Puede haber sido Lennart Hjertnes?

–Puede ser, sí –dijo Marian y miró a Roger.

–Tiene cinco años más que yo –dijo Cato Isaksen.

–Un viejo –Roger Høibakk esbozó una sonrisa y tragó el último trozo de bollo.

–Al menos, lo bastante mayor para encajar con la descripción de la testigo –dijo Randi Johansen–. Marian, ¿recuerdas que Ewald Hjertnes dijo algo de que iba a visitar a su hermano en Moss? Cuando estuvimos en Rødvassa. Se habló de una hora y de coartadas y cosas así.

Marian Dahle miró a Randi Johansen y se puso de pie.

–Ahora que lo dices, ¿no comentó también que su hermano no estaba en casa?

–Lo dijo –Marian Dahle se levantó rápidamente, se acercó a la pared y cogió una foto de la fallecida Britt Else Buberg. Era un primer plano de su rostro con la vacía máscara mortuoria. Los ojos estaban cerrados, líneas de sangre se dibujaban sobre su frente–. Un hombre con gorra –dijo.

La comisaria Ingeborg Myklebust asomó de pronto la cabeza por la puerta.

–¿Va todo bien?

–Va de maravilla –dijo Cato Isaksen. Todos se pusieron de pie–. Acabamos de descubrir algo. Estamos bien encaminados.

Ingeborg Myklebust entró del todo en la habitación.
–¿Qué? ¿Qué habéis descubierto? –preguntó curiosa.

Ahora había que tener cuidado con lo que se decía. Ewald Hjertnes estaba en la estrecha sala de interrogatorios. Sobre la mesa había una foto de su hermano de 1972. Y junto a ella un antiguo titular de prensa. Eran las once y cuarto. ¿Qué sabían? Nadie había nombrado a Lilly Rudeck.

–Tengo que estar de vuelta cuanto antes –dijo levantando la vista hacia el policía moreno–. El camping no funciona solo.

La puerta de la sala de interrogatorios se abrió y entró Cato Isaksen. Saludó brevemente con la cabeza a Ewald Hjertnes y miró a Roger Høibakk.

–Marian y yo nos ocupamos del interrogatorio. No nos dejaron entrar en el hospital de Aker. Tú puedes reunirte con Asle y Tony, ponerlos al día –indicó la puerta con la cabeza–. Marian llegará enseguida.

Cato Isaksen contempló al hombre que tenía delante. Ewald Hjertnes tenía las manos en el regazo, en las mejillas se dibujaba una red de venillas. Parecía cansado. Tenía un profundo arañazo en una mano. Había algo antipático en él, algo indefinible, como si estuviera listo para atacar.

–¿Qué te ha pasado en la mano? –empezó Cato Isaksen.

Marian Dahle entró en la habitación. Llevaba una botella de agua en la mano.

–Hola otra vez.

–Buenas –respondió Ewald Hjertnes.

–Tu mano –repitió Cato de forma tajante.

–Sólo ha sido la hoz. La hierba de detrás del lavadero es tan condenadamente alta. Tuve que darle con la hoz. Son tantas cosas todo el tiempo... Hierba, grava, ratones y gente que exige y exige. Se pasó la mano por la cara.

Cato Isaksen le miraba. Tenía que contenerse para no angustiarse demasiado al interrogado.

–Los campings están muy bien –sonrió y adoptó una postura más cómoda sobre la silla–. Por cierto, ¿mantienes el contacto con tu hermano?

–Claro que tengo contacto con mi hermano. Lennart es mi hermano. No sé por qué me preguntáis por él. Pero supongo que es por lo que pasó hace mucho. ¿Por qué habéis dejado aquí este recorte de periódico?

–Tu hermano Lennart Hoen, como se llamaba entonces, fue condenado por violación y asesinato.

–Basándose en indicios, sí, pero no en verdaderas pruebas.

–Cuando hay semen del agresor y sangre de la víctima son pruebas fehacientes. Y huellas dactilares en los botones del vestido, uno de los cuales apareció en su barco.

Ewald Hjertnes adquirió una expresión sombría.

–La policía nunca encontró el cadáver –objetó y se pasó nervioso la lengua por los labios–. Además entonces no había pruebas de ADN, así que fue una suposición.

Cato Isaksen no contestó. Marian Dahle bebió un trago de la botella de agua, apartó una silla y se sentó a su lado.

–Ha cumplido su sentencia. Hace mucho de eso –repitió Ewald Hjertnes bajito–. No podéis mezclar lo que ha pasado ahora con...

–¿Cuándo le viste por última vez?

Ewald Hjertnes suspiró profundamente.

–¿Pero por qué os interesa tanto este asunto ahora, tanto tiempo después? Si la pobre chica lleva muerta casi treinta y cinco años.

–Lo sabemos –dijo Marian–. ¿Pero dónde está ahora? No se encuentra ni en el camping ni en la zapatería.

–Hace unos cuantos días que no le veo. No contesta al móvil. ¿Ha surgido algo nuevo? ¿Habéis encontrado los restos de entonces? Lennart suele darse algunas vueltas con el coche de vez en cuando. No tiene nada de raro.

–No hemos encontrado el cadáver de Hanne Elisabeth Wismer –dijo Cato Isaksen con dureza.

–Jesús –gruñó Hjertnes–. Pero si Lennart no tiene nada que ver con la Buberg esa. Nunca ha confesado el asesinato de la chica Wismer. ¿Y por qué iba a matar a la señora esa del séptimo? Nunca había tenido nada que ver con ella. ¿Cómo iba a haber entrado en su piso? Si dice el periódico que un testigo vio a un hombre salir a la terraza cuando ella estaba allí sentada. Eso es que tenía que ser alguien que la conociera. Esa teoría vuestra es sólo una chorrada, cocinada por policías sobreexcitados.

–No todos los datos del caso aparecen en la prensa –dijo Marian Dahle–. Puede haber conseguido la llave maestra en casa de William Pettersen. Conocía a William Pettersen, ¿verdad?

–Nunca se queda a solas en el piso de William.

–¿Pero ha estado allí?

–No tiene la llave del piso de William.

–Y ¿tiene la llave de tu piso? –Marian Dahle pensaba en el armario para llaves que había visto en una foto del lugar de los hechos.

–Claro que la tiene. Salió en el 84. No deja de hacer una eternidad. Ha llevado la zapatería desde que murió nuestro padre. A Lennart no le destruyó su estancia en prisión. Y ¿sabéis por qué? Porque fue injustamente condenado.

–Un testigo vio a Britt Else Buberg con un hombre de pelo cano. En el banco que hay frente al supermercado, una semana antes de ser asesinada.

Una sombra pasó por el rostro de Ewald Hjertnes. Miró a Cato Isaksen.

–¿Un hombre de pelo cano?

–Sí.

–¿Una semana antes de morir asesinada?

–Sí.

–Bueno, se sentaba allí de vez en cuando con una señora, una anciana.

Cato Isaksen entrecerró los ojos.

–Estaba allí sentada, sí. Junto a un hombre de cabello cano. Alguien que no vivía allí, un desconocido.

Ewald Hjertnes les lanzó a los dos una mirada aviesa.

Marian Dahle tomó la palabra.

–Cuando yo y mi colega estuvimos en Rødvassa dijiste que habías ido a Moss a visitar a tu hermano el día 23, por la tarde.

–Puede ser –Ewald Hjertnes se pasó la mano por la frente y miró fijamente a Marian Dahle.

–Dijiste que no estaba en casa. Lennart no tiene coartada para el 23.

–Pero anda pescando. Seguro que sólo anduvo pescando. Pescamos los dos. ¿Por qué iba a empujar a esa señora? Estuvo en Rødvassa esa noche. Estuve enderezando la caravana de William Pettersen. Vi a mi hermano más tarde. Su coche caravana está al lado.

–¿Cuándo?

–Serían las once.

–¿Estuvo allí también los días anteriores al 23?

–No, creo que no. Trabajó. Lennart está un poco como a la espera –dijo de pronto. No sólo había desafío en su mirada. También una especie de pena.

–A la espera. ¿Qué quieres decir? –Marian puso las palmas de las manos sobre la mesa y se inclinó hacia él.

–Puede parecer escurridizo y superficial. Pero no lo es. Cometió un error. Quiero pensar que no fue culpa suya. Hizo un lío de su vida –Ewald Hjertnes lanzó un profundo suspiro.

–Parece sencillo. Dices que no la mató. ¿Recuerdas a Hanne Elisabeth Wismer?

–No, era mi padre quien llevaba el negocio entonces. La policía encontró razones para creer que Lennart la había violado. Lennart siempre ha dicho que ella... –Ewald Hjertnes se interrumpió-. Violación y asesinato no dejan de ser dos cosas completamente diferentes.

–Buenas tardes –Irmelin Quist pasó por delante de su puerta con un archivador en la mano. Cato Isaksen la saludó con la mano. Se detuvo y retrocedió. Se quedó en la puerta mientras jugueteaba con su collar.

–Marian Dahle me ha pedido que le retire otro archivo más, pero está en un interrogatorio.

Cato Isaksen observó su traje de chaqueta rojo.

–Sí, con el portero de Stovner, William Pettersen –se levantó–. Qué guapa estás hoy. Por cierto, ¿te ha devuelto todos esos expedientes? Necesitaría el que tiene las huellas dactilares del 84. El que tiene las huellas de Lennart Hoen.

–No tengo ni idea de dónde está. Últimamente Marian me ha encargado que retire un montón. Aún no los ha devuelto. Los tendrá en su despacho. Oye, ¿plantaste las dalias?

–Sí, quedaron preciosas. Bente vuelve dentro de dos días. Muchas gracias, Irmelin. Puedes darme a mí ese archivador. Luego se lo entregaré a Marian.

–De acuerdo, toma. Y ¿qué te parece la cama para perro morada?

–¿Qué cama para perro morada?

–La que tiene en su despacho –Irmelin Quist se subió mejor las gafas por la nariz.

Cato Isaksen esbozó una sonrisa.

–Gracias de nuevo por las flores, Irmelin.

–Me alegro de saber que te gustan las dalias.

Puso el archivador delante de él en el escritorio y lo abrió. Sacó el contenido y lo esparció sobre la mesa. Un titular de VG con fecha de agosto de 1972 estaba junto con la documentación acerca de que Lennart Hoen había vuelto a ser condenado, tras haber recurrido la primera sentencia. Cato Isaksen sacó la página suelta del periódico.

EL HALLAZGO DEL CADÁVER NO ES DETERMINANTE

El jefe de la policía local, Eldar Moen, declara a VG que este caso es especialmente complicado porque la policía no ha encontrado ningún cadáver, pero resalta que, aunque no es irrelevante, tampoco es imprescindible.

–Hemos encontrado su vestido y su ropa interior en el bosque, cerca del camping. Se han encontrado huellas dactilares en los botones y rastros de semen en la ropa interior. Creemos y esperamos que una nueva búsqueda

en el agua dé resultados. Está comprobado que el acusado salía en barco constantemente, incluso a altas horas de la noche. La policía judicial nos asiste en el caso y varios buzos están buscando a Hanne Elisabeth Wismer a tiempo completo.

Los padres de la mujer desaparecida no tienen dudas de que ha sido violada y asesinada. La madre, Astrid Wismer, ha declarado a VG que su hija, en una ocasión, llamó a casa y contó que la vigilaban a través de un respiradero del techo de la cabaña en la que vivía. Su cuarto estaba en la misma construcción que las duchas y el lavadero del camping de Rødvassa donde trabajaba. Su hija contó que tenía miedo de quedarse dormida. Contó esto un par de días antes de desaparecer. «Mi marido iba a ir a verla el fin de semana», dice la madre, «pero ya era demasiado tarde».

¿No había dicho Marian algo de pasada, en el coche, cuando iban camino de Kristinehamn? *Por cierto, he olvidado contarte que unas chicas jóvenes que trabajan en Rødvassa nos pararon a Randi y a mí cuando nos íbamos del camping. Creían que una chica polaca, que también trabaja allí, era observada a través de un respiradero del techo.* Se llevó la mano a la frente y pasó el índice con cuidado por su piel. El dibujo de un coche de policía que le había hecho su hijo estaba otra vez medio caído. Debería hacerlo enmarcar. ¿Qué podía significar lo que había leído en el recorte de prensa? En su infancia había pasado varias veces las vacaciones de verano en diferentes campings. Una vez, él y varios amigos habían espiado a unas mujeres que se duchaban. Se puso de pie, salió rápidamente de su despacho y bajó por el pasillo.

—Ni idea de dónde está Lennart —dijo William Pettersen—. Supongo que está un poco paranoico cuando se trata de la policía, digo yo. El día que aparecisteis tú y la otra poli rubia, salió huyendo como una liebre. Estaba allí cuando llegasteis. ¿No le visteis?

—Me di cuenta de que estaba allí —dijo Marian comprobando que la grabadora funcionaba—. ¿Cuándo le viste por última vez?

—Hace dos o tres días, más o menos. Pero va y viene. Cuando caes en un agujero, caes en un agujero. ¿Se puede abrir la ventana? —William Pettersen pasaba un cigarrillo entre las puntas de sus dedos amarillentos.

—Aquí dentro las ventanas no se pueden abrir. ¿Qué quieres decir con caer en un agujero?

—Dar un mal paso, como hizo Lennart. Así son las cosas, eso es todo.

Asle Tengs anotó algo en un papel.

William Pettersen miraba a la investigadora de aspecto asiático.

—No lo voy a encender. Es sólo que me pongo un poco menos nervioso si noto el cigarrillo entre los dedos —echó una mirada al policía que estaba sentado junto a la ventana—. Las cosas van mal muy a menudo, con las casas y con las personas. Y es mi trabajo asegurarme de que eso no suceda.

—¿Cuándo fue la última vez que Ewald Hjertnes estuvo en Stovner?

–No me acuerdo –dijo precipitadamente–, no estoy seguro.

Demasiado rápido, pensó Marian Dahle.

–¿No estás seguro?

Negó con la cabeza.

–Tú no tienes nada que ver con la residencia de ancianos, ¿verdad?

–No, sólo me faltaba eso. Ya tengo suficiente.

–¿Puedes contarnos algo de Lennart?

–Crecimos en Moss. Nuestros padres trabajaban en la fábrica de vidrio, sí, en Cristalerías Moss. Fabricaban botellas. Lennart aún vive en el apartamento. Su padre llevaba el camping en verano. Era nuestro lugar de descanso. El paraíso. Eran veranos felices. Mis padres también bajaban, todos estábamos juntos.

–¿Y aún vive en el piso en el que pasó su infancia?

–Sí, sí. Un pisito oscuro como un trastero.

–¿Tiene la llave del piso de Ewald Hjertnes en Stovner?

–No lo sé.

–¿Del tuyo?

–No.

–Pero tú y Ewald tenéis las llaves el uno del otro. Lo dijiste cuando estuvimos en Rødvassa. Lennart puede haber conseguido tu llave en casa de Ewald.

Cato Isaksen llamó brevemente a la puerta de la sala de interrogatorios y asomó la cabeza. Asle Tengs estaba sentado en una silla de madera cerca de la ventana. William Pettersen le daba la espalda. Marian Dahle, que interrogaba, levantó irritada la vista. Cato Isaksen sostenía el recorte detrás de su espalda.

–Marian, ¿puedes salir un momento?

–Estoy ocupada. Luego voy –se aclaró la garganta.

–Es importante –dijo tajante.

Asle Tengs, Tony Hansen y Marian Dahle miraban fijamente a Cato Isaksen. Estaban en su despacho.

–¿Puedes repetir eso?

Marian Dahle sintió que se le aceleraba el pulso al mismo ritmo que la certeza arraigaba en su cerebro. Eran demasiados indicios en todos los sentidos. Se esforzó para recordar qué era exactamente lo que habían dicho las dos chicas. Cuando lo pensaba, con un poco de perspectiva, sus palabras resultaban frías como el hielo.

William Pettersen se había montado en su moto y vuelto en dirección a Rødvassa, después de prometerles que se pondría en contacto con ellos si Lennart Hjertnes aparecía.

–Lo dice aquí, en este artículo –Cato Isaksen lo mostró–. Hanne Elisabeth Wismer le contó a su madre que la espiaban a través de un respiradero del techo. Luego desapareció. Tú dijiste lo mismo... algo de dos chicas jóvenes en el camping...

–Estuvieron aquí ayer –Asle Tengs se llevó la mano al pecho–. Tony y yo hablamos con ellas. Dos chicas, Julie no se qué y una con un nombre extranjero.

–¿Estuvieron aquí? ¿Qué pasaba con la chica polaca? –preguntó Cato.

–Creían que había desaparecido. Faltaba...

–Julie y Shira –dijo Marian Dahle.

–Exactamente –dijo Cato Isaksen–. Que una chica tenía miedo. Que creía que un hombre la observaba a través de un respiradero.

–Les dimos tu número de móvil –dijo Tony Hansen mirando a Marian–. Dijeron algo de una chica polaca que... creo que la llamaban Lilly.

–Julie y Shira –repitió. La conversación con las dos chicas a la salida del camping se fijó helada en su columna vertebral–. Pero, Asle, ¿cómo no dijiste nada de esto? Y ahora que hemos dejado que Pettersen se marchara y todo. Él tiene que haber sabido lo de la chica polaca, si ha desaparecido.

–Mira esto –Cato Isaksen golpeó su mano contra el recorte que estaba sobre la mesa–. Por cierto, Marian, Irmelin me ha dicho que ha retirado un montón de informes para ti. ¿Es correcto?

–Sí –afirmó tajante bajando la vista hacia el texto–. ¿Cómo crees si no que hubiera sido capaz de tirar de tantos hilos? Estoy trabajando con ellos. Los pienso devolver enseguida, claro.

–Sí, porque doy por sentado que no te los habrás llevado a casa. Hablo de los

originales.

–Por supuesto que no. Si no, ¿cómo habríamos avanzado? Si yo no hubiera llamado al *Aftenposten* y sacado la esquila de Hanne Elisabeth Wismer, entonces...

Cato Isaksen se pasó agobiado la mano por la boca y la barbilla.

–¿Y cuántos años tiene esta Lilly?

Asle Tengs le miró:

–Dijeron que tenía 19.

–Está claro que es Lennart Hjertnes –dijo Cato Isaksen.

–Por supuesto que es Lennart Hjertnes –dijo Marian Dahle–. Tenemos que ir a Rødvassa inmediatamente –respiró hondo. Una imagen apareció en su memoria. Vio las cosas a cámara lenta, una película que iba hacia atrás. De pronto, recordó dónde había visto antes a alguien parecido a Hanne Elisabeth Wismer. La chica polaca del camping. Tenía que tratarse de esta Lilly. La chica de pelo castaño y vestido de verano floreado que apareció de pronto. Se parecía muchísimo a Hanne Elisabeth Wismer. El cabello del mismo color, mismo estilo y mismo largo. La misma constitución. La que las había mirado fijamente con ojos desamparados y parecía tener algo de frío a pesar del calor.

Margaritas, largas cañas y flores silvestres llenaban la cuneta y ocultaban su fondo oscuro. Cato Isaksen condujo despacio por el estrecho camino de grava. Estaba desierto, bosque cerrado y ninguna casa. A la izquierda había un merendero con una mesa de madera y dos bancos. El polvo seguía como una cola al coche civil de policía. Había pedido ir solo. En el coche que le seguía iban Marian y Asle Tengs. Los pensamientos daban vueltas en su cabeza. Al día siguiente volverían Bente y Vetle. Tenía que cortar la hierba, guardar los materiales de la terraza y pasar la aspiradora por el salón y la cocina. El estrés le estaba produciendo otra vez esa sensación, la que a veces le asaltaba cuando estaba esperando en el coche patrulla. De pronto, algo podía asomar desde las profundidades de su subconsciente. Detalles que repentinamente se convertían en piezas. Vuelto del revés por el espejo, desconocido y familiar a la vez. «Rødvassa», decía el cartel que tenía delante. Aparcó frente a la gastada construcción de madera que hacía la función de recepción y bajó del coche. Era el 7 de agosto. El olor a mar salada le inundó. Dos niños jugaban a pelearse por un tebeo del Pato Donald. Una familia estaba recogiendo su tienda de campaña. El sonido de los palos de la tienda al caer en un montón resonó en él. Se acercaba una tormenta, las nubes pasaban presurosas sobre las copas de los árboles. Los otros aparcaron justo tras él y bajaron. Cato Isaksen se agarró de la cinturilla del pantalón y se lo subió. Miró la caseta de recepción con la plataforma marrón delante. Una hoz, con un mango de madera medio podrido, estaba apoyada contra la pared. Más abajo había una moto grande aparcada. En la pintura negra vio su cara extenderse hasta ser una raya extraña y alargada. Tenía que ser de William Pettersen, pensó.

Marian y Asle se acercaron a él.

–Veo que muchos ya han recogido y se han marchado –dijo Asle Tengs.

Cato Isaksen se volvió hacia ellos.

–Marian, tú busca a las dos chicas, Julie y Shira. Trabajan en el quiosco, ¿no es así? Asle, nosotros nos ocupamos de Ewald Hjertnes y William Pettersen.

Ewald Hjertnes venía por el sendero, entre las tiendas de campaña. Sus hombros cayeron un poco cuando vio a los policías. Un rojo intenso se extendió por su rostro. Bajó un momento la mirada al ralo césped, se secó las manos en los pantalones y fue hacia ellos.

–Se trata de la chica polaca –Cato Isaksen fue directo al asunto. Asle Tengs

estaba de pie tras él.

–¿Por qué no dijiste nada de ella antes, que había desaparecido?

Ewald Hjertnes miró al suelo. Tenía la voz seca.

–Entiendo –dijo, levantó la cabeza y echó una mirada al quiosco donde Marian Dahle estaba a punto de entrar–. Es que no puede decirse que Lilly haya desaparecido. Es verdad que hace unos días que no está –metió las manos en los bolsillos del pantalón y las volvió a sacar–. Muy trabajadora –añadió.

–¿Y dónde está? –las chicas habían salido del quiosco. Una de ellas lloraba, tenía un chorretón de rímel negro en la mejilla.

Ewald Hjertnes adquirió una expresión precavida.

–¿Cómo voy a saberlo?

–¿Dónde está William Pettersen?

–Ha ido a Oslo. Ibais a interrogarle, ¿no?

Cato Isaksen intercambió una mirada con Asle Tengs.

–Pero si su moto está aquí aparcada... Tiene que haber vuelto.

Ewald Hjertnes miró tras él, hacia el quiosco.

–Sí, tienes razón. Entonces estará en alguna parte –echó una mirada a la hoz–. Tengo que quitar eso de ahí –dijo mirando a los niños que reían mientras peleaban por el tebeo del Pato Donald.

Cuando regresó, Cato Isaksen le pidió:

–Enséñanos dónde vivía.

–En el cuarto de esa cabaña alargada de allí, al final de la instalación para las duchas. Mi padre la construyó en 1968.

–Nos gustaría verla –dijo Cato Isaksen e indicó el lugar con la cabeza. Ewald Hjertnes empezó a caminar delante de ellos.

–El tiempo ha pasado deprisa –se dio media vuelta hacia atrás, por un momento pareció orgulloso–. He reemplazado unas cuantas maderas y eso. Pinto los edificios con frecuencia.

Cato Isaksen miró la fila de pequeñas cabañas de camping que había en la linde del bosque.

–¿Te ocupas del mantenimiento tú mismo?

–Sí, de casi todo. Se ha dejado la ropa. No he tocado nada. Seguro que vuelve.

–¿Hablabas bien el noruego?

–Perfectamente. Ha trabajado en Noruega muchas temporadas. Todos los veranos, recogiendo fresas.

–Y Hanne Elisabeth Wismer vivió aquí hace treinta y cinco años...

–En el mismo sitio –respondió bajito.

Hacía calor en la habitación y un florero que había sobre la mesilla olía mal.

Estaba todo desordenado y lleno de ropa tirada por todas partes. Por la pequeña ventana se veía el bosque. Cato Isaksen se quedó en el umbral, se inclinó hacia la pequeña habitación y miró hacia el techo. Vio el respiradero. Un gran respiradero tapado por una rejilla.

–No entre. Vamos a precintar. Ellen y compañía tendrán que venir aquí mañana. ¿Cómo se apellida esta Lilly?

–Rudeck –dijo Ewald Hjertnes a su espalda.

Cato Isaksen cerró la puerta sin tocar el picaporte.

–Por favor, ve a buscar las cosas al coche y precinta esto –le dijo a Asle Tengs. Éste asintió con la cabeza y desapareció tras la esquina.

Cato Isaksen volvió a girarse hacia Ewald Hjertnes.

–¿Tenía permiso de residencia y de trabajo?

No contestó a la pregunta. Se pasó la mano por la frente y dijo:

–Seguro que sólo ha hecho una escapada a Oslo. Parece que tenía un hermano... No es verdad que tuviera miedo. Lilly no tenía miedo de nada.

–¿Cómo lo puedes saber? –Marian Dahle apareció de pronto tras él.

–Lennart no tiene nada que ver con esto. No conocía a esa de Stovner.

–Indirectamente sí –dijo Cato Isaksen e intercambió una mirada con Marian Dahle–. Hanne Elisabeth Wismer ocupó esta habitación hace treinta y cinco años.

Ella miró fijamente a Ewald Hjertnes.

–¿Indirectamente?, ¿qué quieres decir?

–Britt Else Buberger era amiga de la madre de Hanne Elisabeth Wismer –dijo Cato Isaksen.

William Pettersen pasó una pierna sobre el asiento de la moto. Marian Dahle fue medio corriendo hacia él.

–¡Anda! –exclamó el portero mirándola–. ¿Estáis aquí también?

Sí, ahora estamos aquí –contestó ella cruzándose de brazos–. ¿Adónde vas? ¿Por qué no nos dijiste que Lilly Rudeck ha desaparecido?

–Sólo voy un momento a la gasolinera. Y no es seguro que haya desaparecido, ¿no?

–¿Cuándo la viste por última vez? –Marian cambió el peso de su cuerpo para apoyarlo sobre su otra pierna.

–¿Sabes qué?, yo no llevo la cuenta de esas cosas. Unos días. Lennart estaba alterado porque alguien le había robado los zapatos –dijo William Pettersen–. Sólo fue eso. Creo que se fue para buscar un par de deportivas nuevas. Para algo lleva una zapatería.

–Sabes que no le localizamos. ¿No es una coincidencia demasiado extraña

que Hanne Elisabeth Wismer viviera exactamente en la misma habitación que Lilly, en la misma cabaña?

—No, no creo que eso sea tan raro. En ese cuarto habrán vivido más de veinte chicas estos años. Lennart nunca confesó nada y el cadáver nunca apareció. No es un asunto del que hablemos. No creo que tenga ningún sentido que yo escupa lo que pienso. Me parece mal.

—¿Por qué?

—Como si cotilleara. No tengo nada que contar —puso la mano sobre el asiento y miró fijamente al frente y dijo claro y despacio—: sólo creo que esto no lleva a nada. Él no hace nada chungo. Condenaron a un inocente. Está amargado. Tengo que reconocer que no le creí entonces, hace treinta y cinco años. Pero ahora sí le creo. Hay algo firme y muy cabreado en la manera en que habla de eso. No podría haber mantenido viva esa indignación si no hubiera una verdad detrás. Si creéis que le ha pasado algo a la chica polaca, hay una cosa que quiero contar.

—Vale. ¿Qué es?

—En la gasolinera trabaja un negrata. Estaba fascinado con Lilly. Paseó por aquí varias veces por la noche. Andaba y andaba, un tío bastante sospechoso.

Cato Isaksen vino hacia ellos.

—Asle está precintando la habitación de Lilly Rudeck y el cuarto de los contadores de al lado. No hay duda de que Lilly Rudeck ha dejado la habitación precipitadamente. Y tampoco hay ninguna duda de que el pequeño altillo ha sido utilizado por un mirón. Vamos a poner en búsqueda tanto a Lennart Hjertnes como a ella, pero parece que no hay ninguna foto suya, así que tendremos que hacer un retrato robot. Nos tendrán que ayudar las dos chicas. Y pondremos una patrulla con perros a buscarla en la zona.

La zapatería ocupaba la esquina de un viejo edificio de madera. Marian Dahle y Cato Isaksen bajaron del coche. Asle Tengs comprobaría lo del hombre de tez oscura de la gasolinera, antes de volver a Oslo. El edificio de la zapatería estaba pintado de color ocre, y estaba flanqueado por dos casas de madera antiguas. En el piso de arriba estaba la vivienda de Lennart Hjertnes. Marian siguió con la mirada a un perro suelto que cruzaba la calle. Las dos empleadas de la zapatería no pudieron dar a los investigadores información sobre dónde estaba su jefe.

–Lennart está de vacaciones –dijo una de ellas–. ¿Podemos darle un recado?

–No –respondió Cato Isaksen.

–Nos pueden llamar si aparece –dijo Marian y les dio su tarjeta.

El móvil de Cato Isaksen sonó cuando salían por la puerta. Era el periódico VG, reconocía el número. El periodista preguntaba si era correcto que había desaparecido una chica de un camping de Son.

–No, no es correcto. En ese caso sabes más que yo.

Marian anduvo hasta la entrada del patio trasero del edificio. Cato Isaksen la siguió despacio. El periodista no se daba por vencido.

–Pero nos han dado un soplo –insistía.

–Tú lo has dicho –Cato Isaksen lanzó una mirada a la fachada. Había mucha gente paseando por las aceras: ancianos, madres jóvenes con carritos de bebé y jóvenes en monopatín–. No es cierto –repitió y cortó la conversación. Luego cerró la tapa del móvil y lo guardó en su bolsillo.

Marian Dahle sostuvo abierta la anticuada puerta de madera para que pasara. En el patio había un manzano renegrido.

–Ésta es una vieja vivienda obrera de verdad –comentó ella.

Subieron por las gastadas escaleras. En una puerta pintada de verde del primer piso había una placa que decía Hjertnes. Marian Dahle llamó al timbre. Esperaron. Volvió a llamar. Nadie abrió.

–Voy a abrir la puerta –Cato Isaksen se sacó del bolsillo un juego de ganzúas. Marian Dahle le miró.

–¿Puedes enseñarme a abrir puertas con una ganzúa?

–Limitate a prestar atención. No creo que esto sea lo tuyo.

–Puedo hacerlo perfectamente –dijo notando el intenso olor de la madera vieja–. A lo mejor lo que dije es un poco rebuscado, eso de que Hanne Elisabeth Wismer no está muerta. Cuando se tira un cadáver al mar, se lo lleva la corriente. Ahora todo se ve bajo otra luz. Seguro que Lilly Rudeck también ha

sido asesinada. No soporto pensar en esa rejilla, que de verdad... Está claro que Hanne Elisabeth Wismer no está viva, pero en todo caso tenemos que seguir con el razonamiento, quiero decir, ahora que lo hemos empezado.

—¿Quieres estar callada? Necesito concentrarme —Cato Isaksen entrecerró los ojos y movió una de las ganzúas con cuidado hacia la izquierda.

No consiguió callarse:

—Sólo hace un par de semanas de las vacaciones y ya estás echado a perder.

—¡Marian!

La puerta cedió con un pequeño crujido. La empujó hasta abrirla y entraron en el pequeño recibidor.

—A la gente popular nunca la rechazan —dijo mirando a su alrededor—. Un día de estos lo voy a aprender.

Él se rió.

—¿Sigues enfadada por lo del despacho?

—¿Lo del despacho? Una vulgaridad, Cato. Una vulgaridad. ¡Qué oscuro está esto! Huele mal —echó una mirada al salón—. Ha corrido todas las cortinas, como si pensara estar fuera mucho tiempo.

El suelo de madera pintada crujía bajo sus pies.

—Así que aquí vivían de niños. Ewald y Lennart Hoen. No puede decirse que el piso sea gran cosa. Huele a cerrado, el suelo está inclinado.

Eran tan sólo dos habitaciones. Una pequeña encimera de cocina en una esquina. El tablero de formica estaba lleno de platos sucios.

—No está precisamente obsesionado por la limpieza —Cato Isaksen se inclinó sobre el gastado sofá de los años sesenta y observó una foto enmarcada de la fábrica de vidrio de Moss que colgaba de la pared—. Entonces es ahí donde trabajaba su padre.

—Y aquí hay colgada una foto de cuando los chicos eran pequeños —dijo Marian—, en bombachos de terciopelo y leotardos blancos.

Cato Isaksen se acercó a ella.

—Yo también tuve un pantalón así —esbozó una sonrisa—, de tirantes, azul claro.

—Eran monos, también el asesino —dijo Marian señalando la mejilla del más pequeño—. Un lunar muy feo.

En el sofá había un montón de ropa sucia. Levantó una prenda y la olió. La tiró otra vez y se acercó a la ventana para abrir las cortinas, daba a un patio con un gran árbol. Las sombras habían cambiado. El verano casi había pasado. Pronto sería otoño.

Cato Isaksen estaba junto a un gran escritorio.

—¡Joder! —gritó de pronto—. Aquí hay fotos. Dos fotos casi iguales de chicas caminando por la playa —las cogió.

Marian sintió que su pulso se aceleraba. Se acercó rápidamente y le arrancó de la mano una de las fotos.

–Es la playa de Rødvassa, Cato. Reconozco las rocas. ¿Las ves?

–Claro que las veo, coño –Cato Isaksen contuvo la respiración.

–Dos chicas casi iguales –continuó mientras miraba la foto fijamente.

–Pero... ¡Mira eso!

–¿Qué? ¿A qué te refieres?

–Fíjate en las caravanas –dijo Cato Isaksen–. Mira la diferencia. En una son anticuadas, pequeñas y redondeadas. De los años setenta.

–Es Hanne Elisabeth Wismer –dijo Marian apoderándose de la otra foto. Reconocía el vestido. Verlo hizo que el sonrojo invadiera sus mejillas. Era la misma prenda que había pasado con cuidado sobre su cabeza frente al viejo espejo. La foto era anterior al desgarró y la sangre. De pronto, sintió la necesidad de vomitar. Su propia identidad se diluía y flotaba. Las flores eran rojas con un núcleo verde y amarillo. Ella se acababa y el vestido ocupaba su lugar–. Reconozco la media melena castaña –dijo con llanto en la voz–. Aunque lo lleve recogido en una coleta en la foto que hay en el archivo, la reconozco –repitió y supo lo que sucedería, que los sentimientos la invadirían–. Y ésta –dijo cogiendo la otra foto de la mano de Cato Isaksen–, ésta es Lilly Aniela Rudeck. Estoy completamente segura. Se la enseñaremos a Julie y a Shira. Lleva un vestido de estampado floreado. El mismo que vestía la primera vez que Randi y yo estuvimos en Rødvassa.

Cato Isaksen la miraba.

–¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal?

–No –dijo, y cerró los ojos un par de segundos. Algo rozó sus pensamientos. De forma tangencial, otra imagen, en blanco y negro. Tres personas.

–Tal vez le haya hecho varias fotos –dijo Cato Isaksen–. Alguna de frente que podamos utilizar en la orden de búsqueda. Luego llamaré a los técnicos. Tendrán que precintar esto y dar un repaso a fondo al piso.

Marian dejó la foto sobre la mesa baja de centro. Cambió de sitio un cenicero sucio y levantó una figurita de porcelana que representaba la figura de una mujer esbelta. Se partió en dos. Se quedó con una mitad en cada mano. Cato Isaksen dio por terminada la conversación telefónica. Ella tiró los restos de porcelana sobre el sofá y se tapó el rostro con las manos. Su mente estaba en carne viva, sentía cada pensamiento como un roce doloroso. Cato Isaksen estaba junto a ella:

–Relájate. No lo hiciste a propósito. Está permitido cometer errores. No pasa nada.

Puso sus brazos en torno a ella y la atrajo hacia él. Ella sintió el olor de su cuerpo, dejó su mejilla descansar un instante contra su hombro antes de zafarse.

–Sólo estoy hambrienta –dijo precipitadamente y se secó los ojos. Tragaba y tragaba.

–Marian.

–Cállate, Cato. No has oído decir que en la guerra la mayor habilidad

consiste en someter al enemigo sin pelear. Ésa es mi estrategia. Toma nota: cuanto más débil parezco más peligrosa soy. Ahora volvamos al punto de partida: rompí una figurita de porcelana y estoy muerta de hambre. ¿Vale?

Cato Isaksen la miraba fijamente.

–Vale –dijo lentamente–. Ahora pasa de la cosa esa de porcelana. Tómatelo con calma.

–Lo hago Cato. Paso de la mierda esa –se dio la vuelta para apartarse de él.

–Te enseñaré a abrir puertas con una ganzúa.

–Vale –dio unos pasos por la habitación hacia una cómoda y se inclinó sobre ella. Cogió una pequeña polvera y la miró forzosamente.

Cato Isaksen suspiró y se acercó a abrir la que debía de ser la puerta del dormitorio. Echó un rápido vistazo, vio una cama y una silla de madera. Entró en el cuarto. Sobre la cama colgaba la foto de una mujer que bajaba por una calle. Era en blanco y negro. El cabello le llegaba por los hombros, llevaba un vestido de verano de flores, zapatos de tacón y una maleta en la mano.

Descolgó la foto de la pared.

–Demonios, Marian, mira esto –volvió al salón y dio la vuelta a la foto. Leyó–: «Madre Agnes Hjertnes Hoen se va. Nos deja. Es domingo» –la letra era infantil–. Ésta es la madre de Lennart Hjertnes, Marian. La madre de Lennart y Ewald.

Marian bajó la mirada hacia la foto. Se llevó la mano a la garganta.

–Los abandonó. La madre lleva una maleta. Las otras dos chicas se parecen a ella –una certeza presionaba contra su frente–. A Lennart Hjertnes de alguna manera le ponen las chicas de pelo castaño con vestidos de verano.

–Parece que se ha contenido durante años –dijo Cato Isaksen. Ella notó que hablaba con voz normal, como si no hubiera sucedido nada.

–Hasta que apareció Lilly Rudeck –completó Marian Dahle–. Ha debido de reavivar en él un viejo recuerdo. El dolor se ha hecho demasiado intenso –volvió a girar la foto y contempló la espalda de la mujer–. Agnes Hoen se parece tanto a Hanne Elisabeth Wismer como a Lilly Rudeck.

–Qué lista, qué increíblemente lista –Cato Isaksen se echó a reír.

–No hay ninguna razón para reírse, Cato.

–Y no me río. Este caso es uno de los más complicados... Hemos hablado de fichas de dominó antes, en otros casos. Pero éste...

Marian le dio la espalda. Echó una mirada al árbol que había frente a la ventana. Pronto sería otoño. Un sentimiento desagradable se hizo fuerte en ella. Las estrellas serían blancas en el cielo. Las hojas se marchitarían, y el aire de la noche volvería a ser frío y cortante.

Estaba junto a la ventana de la cocina contemplando su propio patio. Eran las seis y media. No había ningún árbol, sólo un techo. Se acercó a la mesa de la cocina, tocó las cosas que había sobre ella. Facturas sin pagar, un cenicero, un mantelito. Las fotos habían resultado tan terribles. Como si todo terminara allí, en esos vestidos. En un lugar recóndito de su interior recordó de pronto cómo había llovido aquel otoño, cuando se llevaron a su madre. Llovió semana tras semana. Tenía una foto suya con sus padres. Tenía 4 años, ningún hermano, ningún peluche. Sólo un lazo demasiado grande en el pelo. Tenía frío en la foto. Birka rozó sus rodillas.

—Échate en la butaca. Voy a recoger el plástico y los cartones. No sé por dónde empezar.

Salió al recibidor, se agachó y agarró dos grandes trozos de cartón. Los dejó caer otra vez. La inquietud la llevó de vuelta a la mesa de la cocina donde había un catálogo de viajes a las playas del sur. Miró la foto de la portada. Dos niños que se abrazaban, una niña y un niño. El encabezamiento decía: «Amor de hermanos». Veía con claridad la foto de infancia de Ewald y Lennart Hjertnes. Su madre los había abandonado. Fue al cuarto de estar, se tumbó en el sofá en postura fetal y dijo en voz alta:

—Imagínate que tu madre te amenaza con un cuchillo. Visualiza a una chica de 16 años que tiene que protegerse con un cojín. Imagínate que tu padre se sienta a llorar impotente en una silla. Oyes tu propia respiración como una tormenta. Tienes tanto miedo, no del cuchillo, sino de tu madre, que quisieras tirar la toalla y dejar que acabara contigo.

Un hermano, pensó, eso es lo que tendría que haber tenido. Se levantó otra vez, observó las zonas donde el papel pintado era más claro. Que la hubiera atraído hacia él, con fuerza, como si... como si le gustara. El corazón latía bajo sus costillas. Tuvo una sensación repentina, una nueva relación entre los hechos aparecía en sus pensamientos. Se agachó y recogió más trozos de cartón. Lo hacía automáticamente, los echaba en una bolsa grande de basura que había encontrado bajo la encimera de la cocina. Tiró los plásticos y las abrazaderas metálicas que había por todas partes.

Cuando la bolsa estuvo llena, bajó corriendo con ella al contenedor del patio, echó una rápida mirada a la puerta de los chicos del primero, pero no vio a nadie. Volvió a subir corriendo la escalera. Birka estaba en el descansillo esperándola. ¿Y si se acercaba al *delicatessen* a comprar algo bueno para comer? Tal vez un curry, y abrir una botella de vino. Birka movía el rabo.

—Sí, sí, mi pequeño accesorio de piel vuelta —se puso en cuclillas, suspiró y puso el rostro sobre su nuca. Aspiró su olor—. Mi motita de polvo, te quiero. Luego daremos un paseo.

Tiró de su collar para meterla en casa, cerró la puerta y sacó la aspiradora del armario. Allí estaba el vestido. Se puso en cuclillas, lo cogió. En una zona estaba tan desgastado que el estampado de flores casi había desaparecido. Los tensos hilos de la zona del pecho lo mantenían entero. Nunca más se usaría. Lo dobló cuidadosamente, fue al cuarto de estar, lo metió en el grueso sobre de plástico y lo cerró.

En el momento en que enchufaba la aspiradora, tuvo una imagen sobre la retina, pero se le escapó. Era una imagen fina como el velo para un entierro. Cuando terminó de pasar la aspiradora, limpió el baño y el inodoro, y fregó todos los suelos. Luego cogió una bayeta y volvió a la ventana de la cocina. Miró de nuevo el tejado de abajo. Limpió rápidamente la repisa de la ventana, dejó el trapo y volvió al catálogo de la mesa de la cocina. Eran las cosas pequeñas. Las cosas más insignificantes. ¿Qué era lo que había dicho Astrid Wismer? Un hilo helado recorrió su cuerpo: «Mi marido no tenía hermanos. Yo no tenía primos ni primas».

La funda de los edredones era de damasco blanco con un estampado geométrico. Marian echó un vistazo a la habitación y entornó la puerta tras ella. Vio las dos camas vacías, como si esa escena fuera un recuerdo. Sobre cada lecho colgaba una alargadera del timbre. Comprendió inmediatamente cuál era la cama de Astrid Wismer. Los pendientes verdes estaban sobre su mesilla y la cama estaba bien hecha. Junto a ella tenía una mesa, una especie de tocador anticuado con un espejo ovalado. Estaba lleno de perfumes, tubos y un montón de revistas. En la pared colgaban algunas fotos familiares. Una de ellas mostraba a un bebé regordete con un lazo de seda blanca en el pelo. También había dos fotos de boda de los años cincuenta. En otro retrato reconoció a una joven y morena Astrid Wismer junto a los que debían de ser sus padres y hermanos. En fila, abajo del todo, colgaban tres cuadros pequeños de punto de cruz, rosas en un marco marrón. De pronto, oyó voces fuera. Las voces sonaron más fuertes, luego se hicieron más débiles antes de desaparecer del todo y dejar que el silencio volviera.

Una idea siniestra la asaltó. Tal vez Astrid Wismer había comprendido que la policía sabía algo y fingía estar enferma, simulaba haber tenido un ictus. ¿Se podía hacer trampa con eso?

Sus ojos repasaron las fotos familiares de la pared otra vez. Aguzó la mirada. Era como sintonizar una frecuencia de radio con una antena. ¿Qué era lo que Astrid Wismer ocultaba en realidad? Se apartó de sus pensamientos para poder recordar. Un punto en el que desaparecer y reunir todas sus impresiones. Guardaba pequeños detalles en su conciencia. Siempre lo había hecho. El estampado de una tela, el número de cristales de una ventana. Cuántas barras tenía una barandilla. Cosas así. Reconoció dos de las fotos. La foto de boda y la de los padres con los hijos adolescentes. Una madre, un padre y tres hijos. Toda la dinastía reducida a los dos rostros de la esquina inferior derecha. Una mujer morena y un hombre atractivo. Tenían los mismos rasgos, pero eran diferentes. Él, alto y guapo; ella, morena y bastante bajita. Era la manera de sostener la cabeza y manifestar sus identidades: rasgos, gestos, costumbres; la forma de abrir la boca. Nada era suyo en exclusiva. La esquila que desapareció en el inodoro. Muy en el fondo de su mente algo se había almacenado. Hanne Elisabeth Wismer, Astrid y Rolf... Ola y Kari, y la abuela. *Aún llevo conmigo todo lo que me diste.* ¿Ola y Kari? Astrid y Rolf... Astrid y Rolf. Oluf y Karin. ¿Oluf y Karin! Decía Oluf y Karin, no Ola y Kari. Observó la foto otra vez, la de los adolescentes. Había visto la misma foto en el salón de Oluf Carlsson.

Se acercó a abrir el cajón del tocador. Miró las cositas que había dentro. Movi6 una caja pequeña y un paquete de sobres rodeados por una goma. Una vieja polvera esmaltada estaba al fondo del todo. Justo cuando iba a coger el paquete de cartas, la puerta se abri6 despacio. Cerr6 el caj6n de golpe y se qued6 frente al tocador con el coraz6n acelerado. La puerta se volvi6 a cerrar r6pidamente. Se acerc6 a abrirla y vio un hombre de cabello gris desaparecer por el pasillo. Llevaba sandalias y calcetines y parecía algo descuidado. Una enfermera le detuvo. Marian s6lo oy6 retazos de la breve conversaci6n.

–Hospital de Aker... ictus... s6, un viejo amigo...

La enfermera se dio la vuelta repentinamente y vio a Marian en la puerta. Fue hacia ella a toda velocidad.

–La se1ora Wismer est6 en el hospital.

–¡Cato! –medio susurró, medio gritó Marian en el teléfono–. ¿Habías apagado el móvil?

–No. Estoy cortando el césped. No lo oía. Bente vuelve mañana.

–Estoy en el *delicatessen*, tengo que hablar bajito. Cato, escúchame, el psiquiatra Oluf Carlsson era uno de tres hermanos. Tenía un hermano y una hermana. Adivina cómo se llama su hermana pequeña –Cato Isaksen no tuvo tiempo de contestar antes de que Marian Dahle gritara en su teléfono–: ¡Astrid!, ¿lo entiendes? Astrid Wismer.

Cato Isaksen se esforzaba al máximo para que su cerebro relacionara los datos.

–¿Astrid Wismer? No entiendo muy bien lo que dices.

–Fui a la residencia de ancianos. Revisé su cuarto. Dos fotos de familia idénticas, Cato. Reconocí la foto de Astrid Wismer. Oluf Carlsson tenía la misma foto. Tres hermanos en los años cincuenta. El nombre de soltera de Astrid Wismer ha tenido que ser Carlsson. Voy a salir a la acera, tengo a Birka atada fuera. Espera un momento.

Los coches que había aparcados en la calle estaban brillantes como espejos. Se agachó y dio unas palmadas a Birka. El olor del pelo del animal la envolvió.

–¿No recuerdas lo que dijo Astrid Wismer?

–¿A qué te refieres?

–Lo que dijo de hijos únicos. Toda la familia ha estado siempre llena de hijos únicos, dijo. Mi marido no tenía hermanos. Yo no tenía ni primas ni primos.

–¿Dijo eso exactamente así?

–Sí, lo hizo. Pero no es verdad. No es hija única, tiene dos hermanos. Uno de ellos se llama Oluf Carlsson. ¿Por qué no lo dijo?

–No entiendo cómo puedes recordar lo que la gente ha dicho en un comentario, hasta el último detalle.

Le interrumpió: su nombre incluso figura en la esquila. Oluf y Karin, están los dos.

–¿Sí?

–Sí, pero en ese fax no se ve muy bien. Otra cosa. ¿Por qué Astrid no tiene puesta la foto de la confirmación de su propia hija?

–No lo sé. ¿No la tiene?

–No.

–Por otra parte, su hija fue asesinada...

–No creo que la mataran, Cato. Métete en el coche ahora mismo. Ven a mi

casa.

Escondió el sobre con el vestido y los archivadores con la documentación en el dormitorio. Lo dejó todo sobre el edredón y cerró la puerta cuidadosamente. Luego puso la mesa de la cocina, echó la ensalada lista para consumir en un bol azul, cortó la baguette y echó el arroz en el agua hirviendo. Cuando Cato Isaksen por fin llamó a la puerta, abrió de golpe.

–No nos queda más remedio que ir al hospital de Aker –dijo apartando a la perra con la rodilla.

–¿No podría entrar antes de que empieces?

Abrió la puerta del todo.

–Seguro que consigo entrar en su habitación de alguna manera. Iré mañana temprano.

Pasó al recibidor.

–En realidad es más importante que descubramos qué ha pasado con Lilly Rudeck. Y tenemos que encontrar a Lennart Hjertnes. Asle opina que también debemos hacer más comprobaciones sobre el hombre de la gasolinera.

–¿Cómo se llama?

–Morris Soma. No tiene permiso de trabajo ni de residencia y parece que vive en un contenedor que hay en la parcela de la gasolinera. Niega haber tenido algo que ver con Lilly, pero varias personas aseguran haberlos visto juntos. Y también debemos conseguir una foto de Lennart Hjertnes. Sólo tenemos unas viejas fotos de archivo. Mañana habrá acción. Tendrán que acompañarnos a Rødvassa los del departamento técnico y los de la patrulla de perros.

–Yo voy a ir al hospital de Aker. A primera hora de la mañana. No intentes impedírmelo.

Cato Isaksen se pasó la mano por el cabello.

–Todavía está demasiado mal, aunque parece que ha despertado. Pero no podemos... creo que no puede hablar. Primero tendremos que hacer algunas averiguaciones.

–¿Qué clase de averiguaciones? –dijo Marian cerrando la puerta tras él.

–Qué clase...

–Sí, ¿qué clase?

–¿Viste a tu madre cuando fuiste a la residencia de ancianos?

–No, no la vi. Y si la hubiera visto, habría pasado de largo.

–Y ¿dónde estarías si no te hubiera adoptado? ¿Has pensado en eso? Pareces una investigadora de éxito, así que no todo puede haber estado tan mal.

Marian levantó la mano y la apretó contra su pecho. Notaba un olor a

cerrado que se desprendía de su cuerpo. Había pasado demasiado tiempo metida en la misma ropa.

Fue a la cocina. Él la siguió. Sobre el fuego cocía el curri.

–Veo que has recogido. Y puesto la mesa con servilletas y todo. La verdad es que estoy muerto de hambre. Huele muy bien.

Birka saltó sobre él.

–¿No puedes pedirle a Birka que se vaya a dormir? –empujó a la perra hacia el suelo.

–Sí, he recogido un poco. Tienes hierba en los hombros –quitó con la mano un par de hebras de césped de su chaqueta.

–Pues venga, siéntate. ¿Te vas a dejar la chaqueta puesta?

Tomó asiento.

–Es una chaqueta de verano. Tienes que enseñarme esas fotos. Joder qué lío. En este caso andamos sobrados de fotos. No es normal.

Marian removiò el contenido de la cacerola y apartó cuidadosamente a la perra con el pie.

–Las fotos están colgadas en la pared, una en Suecia y la otra en la residencia de ancianos de Stovner. Tendremos que comprobarlo mañana en el registro civil, pero son hermanos, seguro. Eso quiere decir que Buberger de alguna manera era la sobrina de Wismer, puesto que su hermano era el tutor... eso explicaría el que haya pagado el piso de Stovner y...

–Es sólo que no puede ser así, Marian.

Apagó el fuego. Levantó la cazuela, se dio la vuelta y la puso sobre un salvamanteles en la mesa.

–¿Qué quieres decir?

–Oluf Carlsson es sueco, mientras que Astrid Wismer es noruega. Él habla sueco, ella habla noruego.

Le miró fijamente, asimiló sus palabras y resopló decepcionada.

–Joder, tienes razón, demonios. Hay tantos malditos detalles. Pero tienen que ser familia –se inclinó, arrastró el perro tras ella al salón y cerró la puerta.

–Sírrete arroz. Lo del idioma es una putada.

–No lo entiendo. Tienen que ser ellos dos los que aparecen en la foto. Aquí tienes ensalada, pan y mantequilla.

–Qué bien. Acabé en el jardín trasero. Todo está perfecto para cuando llegue Bente.

–Me alegro por ella. Tengo cerveza sin alcohol. Compré doble de todo. Así que hay comida para cuatro, come. Abrió la nevera y sacó dos cervezas. Una con y otra sin alcohol. Llenó los vasos. Él la miró sonriendo.

–¿Lo has notado?

–¿Qué?

–Lo bien que trabajamos juntos.

Sintió una flecha de felicidad que subió desde su estómago, levantó el vaso y dio un gran sorbo, se secó la espuma del labio superior.

–Come y calla.

–Aún hay más fotos –dijo Marian poniéndose de pie. Volvió con la foto pequeña del marco de cuadros–. Vayamos al salón.

Birka dormía en la butaca. Cato Isaksen fue a sentarse en el sofá.

–Gracias por invitarme a cenar –dijo cogiendo la foto–. En un sendero de un bosque. ¿Es Britt Else Buberger de joven?

–Sí. Me la llevé del piso de Oluf Carlsson. Mira los árboles sin hojas. Tienen que haberla hecho en el otoño o en la primavera.

–¿Pueden las dos mujeres haberse intercambiado su identidad? –una profunda arruga apareció entre sus ojos–. ¿Se quedó Hanne Elisabeth Wismer a vivir en Suecia, mientras que Britt Else Buberger se mudaba aquí? ¿Es eso lo que quieres decir? Fue una especie de trueque. Puedo ver que una es Britt Else Buberger.

–Sí, o la otra –Marian Dahle se dejó caer a su lado. Señaló a Britt Else Buberger–. Puede que ella sea Hanne Elisabeth Wismer y que la otra sea Buberger. Pero Buberger tenía rizos, y ninguna de éstas los tiene.

–¿Te has llevado más cosas del piso de Carlsson?

–Es importante para un investigador resolver los casos.

–Mucho. Eres buena, Marian. Eficaz, pero irritante –esbozó una sonrisa.

–Tenemos que pedirle a Ellen que entregue su vestido a Wangen, para que pueda comparar la sangre con la de Buberger.

–¿Vestido? ¿Qué vestido? ¿Qué sangre? ¿Tienes aquí el vestido de Wismer?

Se levantó y fue a la cocina. Regresó con dos tazas de cerámica y volvió a sentarse a su lado en el sofá.

–Imaginemos un posible desarrollo de los hechos...

–¿Tienes su vestido? –repitió él–. ¿También tienes en casa sus documentos, verdad? ¿Estás completamente loca? Son los hallazgos originales. Cuando vine, vi en el espejo que tenías aquí un jodido montón de papeles. Irmelin me dijo que habías retirado muchísimos...

–Es que no avanzábamos. Y por supuesto que voy a devolverlo todo –quitó un pelo de la perra de la superficie de la mesa y se llevó la taza de café a la boca.

Cato Isaksen hizo una pausa antes de continuar.

–¿Los has copiado? Tienes esa vieja fotocopidora.

–¿Copiarlos? ¿Crees que soy idiota? Pero los casos antiguos tienen que entrar en el sistema informático. Tienen que archivarse. Los archivos antiguos, el Central y el del sótano de la comisaría son tan poco accesibles... Sólo eso de que

no podamos retirarlos nosotros mismos... La Dirección General tiene que encontrar medios para... tienen que entrar en los sistemas.

–No es cuestión de dinero. Se trata de proteger pruebas valiosas. No es tu cometido. Les concierne a los políticos. El ministro de Justicia, el jefe del departamento, el jefe de la policía judicial...

–Martin Egge está de acuerdo conmigo.

Cato Isaksen negó con la cabeza.

–Tú ocúpate de devolverle esa mierda a Irmelin antes de que se queje a instancias superiores. Yo soy responsable...

–Irmelin Quist es boba. Es una bruja de archivo de alto nivel.

Cato Isaksen dio con la uña a una avispa medio muerta.

Marian dio otro trago al café caliente.

–De vuelta al caso. Ahora me limito a pensar en alto, simplemente a lanzar teorías. Supongamos que Hanne Elisabeth Wismer no muriera en aquella ocasión de 1972.

Cato Isaksen la miraba fijamente.

–Eso...

–Sí, pero espera, Cato. Digamos que fue enviada a escondidas a casa del hermano y la cuñada de Astrid Wismer en Kristinehamn.

–Es decir, a su tío y su tía –Cato Isaksen notó que todo en él protestaba–. Es demasiado... si no son hermanos.

–Cállate un rato. El querido tío Oluf es médico, los psiquiatras tienen formación de médicos. Puede haberse ocupado de sacarle sangre con la que manchó el vestido. Luego, todo es enviado de vuelta a Noruega y colocado en el bosque, cerca del camping. Había huellas dactilares en los botones, pero eso puede haber sido pura suerte. Y sus bragas también aparecieron escondidas bajo el gran tronco podrido. Sinceramente, ¿qué asesino dejaría todo eso tirado en el bosque? Y en el barco encontraron un botón. Lennart Hoen, alias Lennart Hjertnes, fue condenado.

–Puede que fuera su objetivo. Puede haberla violado y que ése fuera su castigo.

Marian Dahle volvió a abrir la puerta del dormitorio. Volvió con la foto de la confirmación de Hanne Elisabeth Wismer.

–Mira, sé que parece rebuscado, pero creo que puede haber sido una desaparición planificada y escenificada por el hermano y la hermana, tienen que ser hermanos Carlsson y Wismer. Ella habla un poco raro, con las úes un poco largas. ¿No te parece? Mira esta foto –se la entregó a Cato Isaksen. Él la cogió–. ¿A quién se parece, Cato?

–¿Que a quién se parece?

–Sí, ¿a quién se parece?

–No, yo...

De pronto, se oyeron pasos en el piso de arriba. Marian levantó automáticamente la cara hacia el techo antes de volver a mirar la foto.

–Se parece a la mujer que esperaba a Oluf Carlsson. Sabes a quién me refiero.

Cato dejó que sus palabras se posaran, luego negó con la cabeza.

–No, es demasiado retorcido, Marian. He comprobado a la tal Ann. Es una catequista de la parroquia de Carlsson. Llamé a la cafetería y expliqué... me dijeron cómo se llama. Son una pareja. Están... juntos.

–Puede ser Hanne Elisabeth Wismer –dijo Marian tozuda y le miró–. Mira bien la foto de la confirmación.

Cato Isaksen aguzó la mirada y se concentró.

–Que esta Ann llevara sotana en la foto que viste... quiere decir que es catequista.

–¿Y desde cuándo los catequistas llevan sotana? –Marian Dahle negó con la cabeza–. En todo caso, no tiene nada que ver. Ese peinado... Hanne Elisabeth Wismer llevaba el pelo recogido en una coleta. Mírala. Tiene un aspecto de lo más cristiano y recto.

Cato Isaksen sacudió la cabeza.

–No podemos estar aquí fantaseando. Además, ¿sabes a quién me recuerda de verdad esa foto de confirmación?

–Se parece a Britt Else Buberger –dijo Marian–. ¿Pero es ella? No, tenía el cabello rizado. Si hay alguna otra foto de Buberger, en ese caso...

–Sólo muerta. No hay ninguna foto suya con vida. Sólo la pequeña y borrosa que robaste en el piso de Carlsson.

–¿Y si Lennart Hjertnes es el padre de Tomas?, ¿si Astrid Wismer se quedó embarazada tras la violación? ¿Entiendes lo que quiero decir?

–Escúchame, estás mezclando estas teorías tuyas hasta hacer una auténtica sopa.

Marian le interrumpió.

–Imaginemos que esta Ann es Hanne Elisabeth Wismer... que haya vivido oculta durante treinta y cinco años.

–No, Marian –Cato Isaksen se levantó y tiró la foto sobre la mesa–. No aguanto más teorías locas por todas partes. Lo que dices es que Ann es Hanne Elisabeth Wismer, y que lo ha mantenido oculto para castigar a Lennart Hoen, alias Hjertnes.

Marian presionó las manos contra sus sienes.

–O que... –suspiró bajando de nuevo las manos– tal vez Carlsson tuvo una relación con su tutelada, Britt Else Buberger, y ha tenido que ocultarlo todos estos años. Imagínate que dejara embarazada a una paciente psiquiátrica. Aquella con la que fue tan bueno al sacarla del hospital. ¿Y si lo tenía

planificado? Hay que estar lo bastante enfermo como para tener éxito, pero lo bastante sano como para no fracasar. ¿Y si Búberg dio a luz a Tomas y luego fue enviada a Oslo?

–Pero ahora estás mezclando todas las cartas en un batiburrillo, Marian. Son dos casos. Dos asesinatos. Wismer y Búberg. Dos mujeres fallecidas con treinta y cinco años de diferencia. No tienen por qué...

–Sólo estaba pensando. O... no sé... Lennart Hjertnes... tal vez Hanne Elisabeth se quedó embarazada tras la violación. Todo me da vueltas en la cabeza.

Cato Isaksen bebió un trago de café y dejó la taza sobre la mesa con un pequeño golpe.

–La hija de Astrid Wismer fue violada a mediados de julio. Tomas Carlsson nació el 10 de marzo.

–Un mes antes de tiempo –dijo Marian Dahle–, las fechas no cuadran.

–Nació en casa de la mujer de Carlsson. Probablemente fuera así. Somos nosotros los que estamos forzando historias, Marian, los que... Mi cerebro no es capaz de asociar todo este teatro absurdo. Hanne Elisabeth Wismer fue asesinada ese día. Está muerta. Creo que hay algo más que no vemos. Recibiremos la respuesta de las pruebas de ADN de Suecia uno de estos días. Entonces veremos si Carlsson es el padre de Tomas, como él dice. Yo creo que sí.

Sí –dijo Marian–. Pero la señora delgada de la calle Söder contó que habían vivido varias chicas jóvenes allí, así que ¿quién es la madre?

Paredes blancas, techo blanco. Dos rostros sobre la almohada. El sonido que zumbaba. La gran máquina de coser metalizada de malvado pedal. Una cosa grande, sin brazos ni cabeza. Con la forma de un ingenio de guerra. Cosía, cosía vestidos. Costuras que se abrían. No ajustaban. No eran bonitos. *Tu culpa que no me salgan*. Flores, rojas y azules. Dos rostros vueltos hacia el techo. Bri... E... Bub. Cinco años, bajo el techo blanco. Västerborre, sangre, enferma. *La luz y los aromas de verano, todo me llegaba, y sobre la almohada quedaba la huella de tu mejilla*. Tictac, tictac. Alguien que la miraba, que observaba a través de la rejilla de un respiradero. Wismer... en la profundidad. Vivió un día entero, en el hospital de Aker. *Y supe, en el momento en que desperté, que me había ocurrido aquello de lo que a veces hablábamos*.

Marian se dio la vuelta y despertó de golpe. Miró el reloj de la mesilla. Eran las cinco y veinte. Echó a un lado el edredón de verano y fue corriendo a la cocina. Los platos del curri y los vasos de cerveza todavía estaban sobre la encimera. El sobre con el vestido seguía allí, junto con el montón de documentos y carpetas. Lo llevó todo al salón.

Tiró al suelo el sobre con el vestido. La sangre, la sangre, la sangre, golpeaba a través de su cuerpo. Tiró los papeles sobre el escritorio. Cómo iba a ser capaz de ordenarlo todo otra vez, recordar qué iba en cada carpeta. Esa leve certeza oscilaba tras su frente, no debía perderla. No debía escabullirse, escurridiza como un sueño. No quería fijarse. Pasó deprisa varios archivadores antes de dar con lo que buscaba. Levantó el papel y lo miró fijamente. Lo había mirado sin verlo varias veces. Era uno de los que se había llevado de la caja que encontró debajo de la cama de Oluf Carlsson. Era un historial clínico. El nombre de Britt Else Buberger y su fecha de nacimiento figuraban en el encabezamiento. Decía que padecía una leucemia aguda de alto índice de mortalidad llamada LLA, clasificada bajo el epígrafe L2, agresiva. El informe estaba firmado con las iniciales L.H.B. Las mismas iniciales que habían figurado en otro informe. Marian Dahle levantó la vista. Se mareaba. Oía en su cabeza la voz de Oluf Carlsson. *Era una enfermedad linfática, llamada LLC o CLL, si lo prefieres. Se curó del todo*.

Siguió pasando páginas. Encontró el nombre del médico, Lars Hansson Broch. Carlsson había mentido. A pesar de que se sabía cada palabra de memoria, volvió a leerlo todo.

–Idiota –murmuró y golpeó la superficie de la mesa con el puño. Buscó en un cajón de la cocina una cajetilla de cigarrillos sin empezar y se acercó a abrir la

ventana. Tarareó una estrofa. *Aunque te echo de menos, nada me daña.* Sacó su móvil. Lo encendió y marcó el número del catedrático Wangen. Volvió a mirar la hora, presionó el interruptor y lo apagó. Lo encendió de nuevo y le envió un largo sms sobre análisis sanguíneos y enfermedades de la sangre. Pasó medio minuto y llegó la respuesta: *Por supuesto que comprobaremos la sangre del vestido, pero llevará unos días. Envíalo aquí cuanto antes. El grupo sanguíneo de las dos mujeres se compara en un momento. También la leucemia. W.*

Marian contestó: *¿Estás en el trabajo tan temprano? Voy de camino.*

Morris Soma rellenaba la máquina de café cuando el hombre de cabello gris entró en la gasolinera. Eran las seis y media. Tenía un aspecto sucio y descuidado, como si hubiera dormido en el bosque, pensó Morris. Su jefe le había dicho que le diera al hombre lo que quisiera. No hacía falta que pagara. Había venido algunas veces, una de ellas con el tipo del traje de motorista.

–Tú levantas temprano –dijo sonriendo.

El hombre no contestó, se limitó a asentir brevemente con la cabeza, observó sus dientes blancos, se dio la vuelta y fue rápido a la nevera de puerta transparente para sacar cuatro cartones de zumo de manzana. Los puso sobre el mostrador, cogió un periódico y le echó un rápido vistazo antes de volverlo a dejar en el expositor. Luego estuvo rebuscando en la estantería de los sándwiches y pidió una bolsa de plástico.

–Quiero ocho –dijo–. Espero que aguanten unos días.

Morris Soma puso los artículos en una bolsa. El tufo del aceite de las patatas fritas ya flotaba pesado en el aire del local. Todavía no había tenido tiempo de fregar el suelo. Estaba lleno de arena.

El hombre lanzaba breves miradas por la ventana. Morris Soma le miró inseguro. La policía había pasado unos días antes para preguntar si había visto a Lilly. Dijo que no, que no la había visto. Preguntaron dónde vivía. Eso no le gustó. Vivía en un contenedor en la misma parcela de la gasolinera. Era de ocho metros cuadrados y no tenía una ventana de verdad, sólo un respiradero encima de la puerta. No tenía permiso de trabajo e iba a volver a los Países Bajos, donde vivían sus hermanos, dentro de unas semanas.

–También necesito cigarrillos y un par de encendedores –dijo el hombre fijando la mirada en algún lugar por encima de él–. Y papel de cocina, y maquinillas y espuma.

Morris salió de detrás del mostrador y se acercó a la estantería de los productos de aseo. Estaba orgulloso de entender tan bien el noruego. El hombre le seguía con la mirada. Morris cogió un envase con dos rollos de papel, espuma de afeitar y maquinillas y se dio la vuelta otra vez. El hombre le miraba fijamente: a la cara, a los pies. Morris Soma bajó la vista. Llevaba puestas las deportivas blancas, las que le dio Lilly. Nike. Número 44. No había nadie más en la tienda. Un coche paró frente a uno de los surtidores. Morris metió las últimas cosas en la bolsa.

–¡Devuélveme mis zapatos, maldito ladrón! –gritó el hombre de pronto y

levantó el puño—. ¿Crees que no he visto cómo andabas por el camping por las tardes y las noches?

Eran algo más de las ocho. Cato Isaksen pulsó el botón del ascensor. Estaba en el trabajo desde las siete. Lo primero que hizo fue consultar el registro civil. Fue un pequeño shock. Marian tenía razón. Astrid Wismer y Oluf Carlsson eran hermanos. Cato Isaksen y Randi Johansen habían tenido tiempo para redactar las órdenes de búsqueda de Lilly Rudeck y Lennart Hjertnes, pero no habían conseguido ninguna foto de él. Ewald Hjertnes afirmaba no tener ninguna. Tendrían que presionarle más, por supuesto que tendría fotos de su hermano. Julie Thyvik estaba de camino para ayudar al dibujante de la policía a hacer un retrato de Lilly Rudeck. Les había contado que Ewald Hjertnes mostraba mucho interés por Lilly y le pagaba de menos. Lilly le había dicho que no tenía pasaporte y que nadie sabía que estaba en Noruega. El estrés presionaba su frente. Tenía que hacer la compra antes de que llegara Bente por la tarde. Tomarían arenques con cebolla cruda y patatas. Tenía ganas de verla, besarla y tocarla. Enseñarle la terraza, las jardineras y los muebles de jardín.

Ellen Grue iba en el ascensor y se miraba en el espejo, medio vuelta de espaldas a la puerta. Vestía un pantalón azul marino y una camisa azul claro. Su barriga era una suave esfera que subía desde las ingles. El ascensor dio un salto al parar y abrir las puertas. Entró Cato Isaksen.

–Hola –dijo ella poniendo los brazos en cruz–, voy camino de Rødvassa con los de la patrulla canina.

–Tony y Roger irán con vosotros, mirad con mucho cuidado en el respiradero y en el cuartito de los contadores. Hay que localizar huellas dactilares y otras pistas. Las compararemos con las huellas archivadas de Lennart Hoen del caso antiguo. Y los perros deben reconocer toda la zona. ¿No habrás visto a Marian? Tiene el teléfono apagado. Acaban de avisarme de que podemos hablar con Astrid Wismer en el hospital.

–Creo que está en medicina legal, con Wangen.

–¿Con Wangen, con ese vestido? –el ascensor zumbaba.

–No sólo eso. Hay algo de un antiguo informe médico de Kristinehamn, algo de la enfermedad de la sangre. Todavía estoy esperando esas muestras de sangre que iban a enviar desde Suecia, del tal Tomas Carlsson y el psiquiatra... Están tardando un poco más de la cuenta.

Él echó un vistazo al espejo, se fijó en cómo su espalda se curvaba hacia su nuca.

–Les voy a meter prisa.

En la cafetería llevó la bandeja a la mesa con una mano, flexionó las rodillas y la dejó encima. Sonó su móvil. A su alrededor zumbaban voces y se entrechocaban platos. Presionó una tecla y se llevó el teléfono al oído. Era Marian. Tuvo que esforzarse para oír lo que decía.

–¿Sabes eso que dijo Oluf Carlsson de que Buberg se curó de la enfermedad de la sangre?

–¿Sí? –se veía a sí mismo en la plancha metálica de una columna.

–Dice Wangen que es imposible. Una enfermedad así es crónica. Se puede vivir con ella, pero nunca te deshaces de ella. Oluf Carlsson dijo que Buberg tenía leucemia linfática, una llamada LLC o CLL, si lo prefieres, y que se curó.

¿Recuerdas?

–Bueno, sí –apartó la silla para sentarse.

–¿Estás en la cafetería?

–Sí.

–Así que para eso tienes tiempo.

–Estoy trabajando desde las siete. Tenías razón, Wismer y Carlsson son hermanos. Nos han dado autorización para hablar con Astrid Wismer.

–Bien. Entonces nos encontramos en el hospital de Aker, ¿dentro de media hora? ¿O te vas a Rødvassa?

–Mando a Roger y a Tony a Rødvassa.

–Bueno. Wangen está comprobando la sangre del vestido ahora. Y averiguará si Buberg de verdad tenía leucemia. Tendremos la respuesta esta tarde. Si lo he entendido bien, si tuvo CLL a los 19 años, en todo caso sería una leucemia linfática crónica. Nunca se desharía de ella. Pero si era una leucemia aguda LLA, tiene una altísima tasa de mortalidad... encontré un informe médico en el piso de Carlsson. Había escondido varios de sus historiales. En uno de ellos se afirmaba que padecía la variante aguda, la mortal. ¿Entiendes lo que significa eso?

Los párpados de Astrid Wismer vibraban ligeramente. Giró la cabeza y suspiró bajito, como si fuera el último aliento que le quedara. Estaba conectada a una máquina que medía su ritmo cardíaco. Cato Isaksen se situó junto a la barra a los pies de la cama. Una enfermera se ocupaba de ella. Cato Isaksen se fijó en que los zapatos de la enfermera estaban torcidos por el uso. Se abrió la puerta y entró un médico.

–¿Qué está pasando aquí? –dijo cortante.

–Hemos obtenido autorización –dijo Cato Isaksen mirándole–. Es importante. Seremos breves.

El médico se acercó a la cama. Comprobó las conexiones del aparato y miró con preocupación a Astrid Wismer.

–Bueno, entiendo que tiene que ver con un asesinato.

Astrid Wismer abrió la boca y dijo:

–Estoy aquí tumbada como un frágil huevo. Mis paredes son tan débiles.

El médico hizo un breve gesto con la cabeza a la enfermera. Ella recogió unos papeles de la mesilla y juntos salieron de la habitación.

–Los secretos de los vivos –murmuró Astrid Wismer y miró a los investigadores–, repartimos veneno y creemos que es amor. ¿Por qué no visitas a tu madre? –clavó los ojos en Marian Dahle.

–¿Perdón? ¿Cómo sabes que mi madre...?

–Me lo dijo él –Astrid Wismer levantó la mano del edredón. Llevaba una cánula sujeta con esparadrapo. La mano volvió a caer–. Tú eres la hija adoptiva.

Marian se dio la vuelta hacia Cato.

–¿Por qué...?, es poco profesional.

Cato Isaksen sacudió la cabeza y levantó la mano en un gesto apaciguador.

Astrid Wismer continuó:

–La señora Dahle no es la más comunicativa, pero conmigo habló. Un día lo hizo, después de esa identificación... –puso la mano delgada sobre sus ojos–. No *a mí*, sino *conmigo*. ¿Quieres saber lo que dijo?

–No –dijo Marian Dahle tajante–, no es por eso por lo que hemos venido. Tenías una hija, Hanne Elisabeth.

Un Sollozo escapó de la boca de Astrid Wismer. Miró fijamente al techo, toqueteó el edredón, intentó acercar el recuerdo de su hija hacia ella.

–Sí, pero está muerta.

Un camillero abrió la puerta y asomó la cabeza. Hacía sonar un carrito. Cato

Isaksen le indicó con un gesto que desapareciera. Marian dio la vuelta a la cama y se sentó en una silla junto al cabecero. Cogió la mano de la anciana.

–¿Por qué no nos lo has contado?

–No me lo habéis preguntado –Astrid Wismer se volvió hacia ella, su boca se transformó en una delgada línea temblorosa–. Toda nuestra familia ha estado llena de hijos únicos. Mi marido no tenía hermanos, yo no tuve ni primos ni primas.

–Así que Britt Else Buberger... ¿fue una especie de sucedáneo para ti después de que...?

–Sí, así fue. Si se ha pasado una pena tan grande como la de perder un hijo, lo intentas todo para procurar seguir viviendo. A mi marido, Rolf, le destrozó. Todo fue bien hasta que el asesino salió de la cárcel.

–¿Qué pasó entonces?

–Entonces no pasó nada. Eso fue en 1984. No es fácil estar enfermo. Britt Else también estaba enferma... pero nosotros vivíamos de prestado, nosotros... la venganza es un motor muy potente.

–Puede que no tuvieras primos ni primas, pero hemos averiguado que Oluf Carlsson era tu hermano y que, siendo así, Britt Else Buberger era en cierta manera tu sobrina. ¿Por qué no podías contarnos eso?

–No, yo... no lo recuerdo muy bien. Simplemente no tenía fuerzas. Han sido tantas cosas. Mi hermano es creyente. Le odio. Es tan ambicioso. Me quitó algo. Algo, hace mucho tiempo.

–¿Qué te quito?

–Él y Rolf me lo quitaron. Mi corazón. El ángel oscuro –el silencio llegó como una sombra.

–El ángel oscuro, ¿qué quieres decir con eso?

–El ángel oscuro tiene las alas un poco manchadas. El ángel caído le cogió.

Marian Dahle lanzó una mirada a Cato Isaksen que todavía estaba al pie de la cama. Astrid Wismer empezó a girar la cabeza de un lado a otro sobre la almohada.

–No soporto... empezar la vida otra vez, vuelta del revés.

Cato Isaksen cerró las manos en torno a la barandilla de la cama de hierro.

–¿Por qué hablas tan buen noruego?

Dejó de sacudir la cabeza. Cerró los ojos. Una sonrisa pasó por sus labios pálidos.

–Soy profesora de idiomas, además nuestra madre era noruega. Hablo las dos lenguas igual de bien –volvió a abrir los ojos.

–Así que ese salmo del entierro... –Marian le acarició la mano.

–Es sueco. Lo he adorado desde que era pequeña. La melodía es tan

hermosa... mi padre era sacerdote. Samarcanda es un lugar pequeño... como si estuviera en el cielo.

Marian Dahle sintió una oleada de frustración, soltó su mano y sacó del bolsillo la foto borrosa de las dos chicas en el sendero. Le mostró la foto.

Astrid Wismer levantó la cabeza y entrecerró los ojos.

–En el sendero del bosque... yo nunca estuve allí.

–¿No estuviste nunca allí? ¿Dónde no estuviste nunca?

–Hanne y Britt Else se conocieron. En verano estaban juntas en casa de Oluf y Karin. Por eso fue tan bueno que, a pesar de todo, ellas... Rolf quería que Hanne llevara el pelo recogido –Astrid Wismer peroraba con la voz frágil y monótona–, decía que lo que pasó en ese camping fue por llevar el pelo suelto.

–¿Y qué era lo que estaba bien, a pesar de todo?

–Nada era bueno –susurró–, fue en la dirección equivocada...

–¿Qué?

–Todo...

Marian continuó:

–Pero no entendemos del todo cuál era la relación. ¿Cuándo se hizo esa foto?

–Me casé con Rolf en el 53. Tuve a Hanne. Vivía en Halden. Trabajaba como profesora. Tal vez en septiembre... a Hanne... murió y no fuimos capaces de seguir viviendo en Halden. Fuimos a Nordberg... luego a la residencia. Rolf también está muerto... La casa tan grande y solitaria, no era capaz de seguir...

–Sabemos que tenías una inquilina.

–¿Qué?, no... puede que muy poco tiempo... Hanne exageraba. Algunas veces, al menos. Cuando era pequeña se inventaba toda clase de cosas. Pero luego, esa noche, entendimos que decía la verdad. La policía encontró ese cuarto... con los contadores...

–¿Cómo se llamaba tu inquilina?

–Tenía miedo de que alguien viniera de visita. Cortamos con los amigos. Sólo quedaba Margareth. No recuerdo. No quiero...

–No hemos conseguido averiguar dónde vivía Britt Else Buberger antes de mudarse a Stovner. Sólo un apartado de correos... ¿para que pudiera cobrar la pensión?

–No –dijo Astrid Wismer con claridad–, no, el cajón, en el cajón...

–¿Qué cajón?

–Decepcionada, tan decepcionada.

–Hay algo que debes saber –dijo Marian–. Un dato. El asesino de Hanne Elisabeth tiene un hermano que vive en el mismo portal en el que vivía Britt Else Buberger.

–¿Qué? ¿El hermano de Lennart Hoen? –Astrid Wismer esperaba, la boca

medio abierta. Como si quisiera poder borrar las palabras que había pronunciado.

–Pero ahora se llama de otra manera –dijo Marian Dahle.

–¿De otra manera, cómo?

–Lennart Hoen ahora se llama Lennart Hjertnes. Su hermano se llama Ewald Hjertnes y vive en el segundo.

Astrid Wismer empezó a temblar. Levantó la delgada mano y empezó a moverla, como señal de que se marcharan. Cerró los ojos, apretó los labios.

–No –murmuró–, no.

–¿Puedes contarnos...? –Cato Isaksen soltó la barra al pie de la cama y se pegó a Marian Dahle.

–No –Astrid Wismer movió la cabeza y abrió los ojos–. Mañana. Mañana lo contaré todo. Todo, mañana.

El pastor alemán tiraba del policía hacia los grandes helechos y la hierba alta. Intentó retenerlo para no caerse. El perro ladraba y gemía.

–Por aquí –gritó el policía–. Hay algo aquí, entre los helechos.

Tiró de la correa del perro, la acertó e hizo las hojas a un lado con sumo cuidado. Entonces las vio. Era una prenda de vestir. Eran dos. Un vestido con un estampado floreado y una braga.

–Aquí hay un vestido –gritó.

Su colega corrió hacia él.

–Ahora veo que en la tierra hay huellas muy claras –se dio la vuelta hacia la investigadora de escenarios del crimen.

–Bien –dijo Ellen Grue–. Voy a coger el vestido. Échate hacia atrás para que no estropees ninguna pista –bajó la vista hacia las huellas que había en la tierra suelta. El dibujo de una suela estriada–. Vamos a acordonar la zona –dijo poniéndose los guantes en las manos. Luego se agachó entre las hojas, recogió con cuidado el vestido y lo puso en una bolsa.

–Shira Skah acaba de identificar el vestido de Lilly Rudeck.

Roger Høibakk miraba a Ewald Hjertnes que estaba en el quiosco. Ninguna de las chicas quería seguir trabajando allí.

–En el mismo lugar también había unas bragas, entre unos helechos –continuó–, si sabes algo, lo que sea, acerca de dónde puede estar tu hermano, debes decirlo ahora. Si no, puedes ser considerado cómplice.

Ewald Hjertnes le lanzó una mirada sombría.

–¿Junto al área de descanso? ¿Tendré que cerrar el camping? Hoy viene gente a recoger un barco que se ha soltado. Yo no tengo nada nada que ver con esto –dijo inclinando la cabeza.

–Algo sabrás –objetó Roger Høibakk, severo.

–No, nada. Me he dicho todo el tiempo que no era verdad. Durmió aquí la primera noche después de que Lilly desapareciera.

–¿Quién?

–Aquí, en la caseta. Lennart. Siempre ha dicho que no mató a la chica Wismer esa.

–Quieres decir que has participado en la ocultación de un nuevo delito porque crees que hace treinta años le condenaron por un asesinato siendo inocente. ¿Es eso lo que estás intentando decir?

–No, o... William y yo, nosotros... –Ewald Hjertnes volvió a bajar la cabeza.

–Pagabas a Lilly... en efectivo. No tenía tarjeta de crédito, no utilizaba su pasaporte. No tenía un apartado de correos. Era, sencillamente, una persona *inexistente*. Y tú contribuías a que lo fuera.

–¡No! –gritó–. ¡No!

–La historia se repite –dijo Roger Høibakk levantando la vista hacia dos gaviotas que se peleaban en el cielo–. ¿Acaso crees que tampoco lo ha hecho esta vez?

Ewald Hjertnes juntó las manos en un nudo prieto. Roger Høibakk indicó con la cabeza dos sillas de la terraza.

–Sal, vamos a sentarnos.

Ewald Hjertnes abrió la puerta y bajó los dos escalones metálicos del quiosco. Hizo un gesto de negación con la cabeza hacia dos niños que llegaban corriendo. Roger Høibakk arrastró una silla de plástico por la terraza.

–Toma –dijo.

Ewald Hjertnes se dejó caer sobre ella. Roger Høibakk se sentó en la otra.

–Déjame que empiece preguntándote por tu madre.

–¿Mi madre? –la mirada de Ewald Hjertnes se oscureció–. ¿Qué coño tiene ella que ver con esto?

–Lo sabes. Tanto Hanne Elisabeth Wismer como Lilly Rudeck se parecen a tu madre. Hemos encontrado algo en el piso de Lennart. Una foto.

El rostro de Ewald Hjertnes se descompuso.

Roger Høibakk ahuyentó a un hombre que venía a preguntar algo.

–Vestido de flores, zapatos de tacón...

Ewald Hjertnes lanzó un profundo suspiro.

–Un día, simplemente se marchó –dijo con voz temblorosa– con otro hombre, que vino a buscarla en un coche de los buenos. Hacía un calor infernal en la calle. Simplemente se marchó. Lennart tenía 14 años. Yo, 16. Corrió detrás de ella con la cámara de fotos.

Tony Hansen abrió la puerta del contenedor azul que había detrás de la gasolinera. Estaba vacío. Sólo un colchón, un par de mantas de lana y una toalla sucia en el suelo. El hombre que era dueño de la gasolinera le miraba angustiado, se pasaba la mano por el pelo engominado.

–Morris Soma simplemente se marchó. No lo entiendo. Era muy cumplidor.

–¿Tenía permiso de residencia y trabajo? –preguntó Tony Hansen.

El propietario apartó los ojos, antes de mirar fijamente su pendiente y encontrarse con su mirada.

–No, supongo que tengo que reconocer que no lo tenía.

–Así que le pagabas de menos e imagino que trabajaba por dos.

Tony Hansen avanzó y apartó la toalla con el pie. Algo asomó por debajo. Se agachó rápidamente y recogió un sujetador azul claro de encaje rasgado.

Astrid Wismer levantó la cabeza y miró hacia la luz. Estaba helada bajo el edredón. Oía el zumbido del gran aparato. Hacía tictac, como si el tiempo fuera hacia ella marcha atrás. La funda del edredón era un sudario. Le dolía tanto. Los muslos, los pies, los brazos, la garganta. Las imágenes que volvían. La luz de su rostro. A pesar de todo, la luz de su rostro. Estaban juntos, los tres. Astrid Wismer cerró los ojos, los cerró como dos sobres, pensó en ellos dos. En ellos tres, sentados en el banco frente al supermercado, al sol. Una enfermera susurró bruscamente contra su mejilla. Una leve brisa de palabras. Dijo «no, gracias». No entendía lo que esa persona quería de ella.

–Voy a cantar un poco –dijo, y el uniforme blanco desapareció por la puerta–. *Sí, eso. La, la, la, ha ocurrido aquello de lo que a veces hablábamos, y deseo que tengas todo lo que echas de menos.*

La puerta se abrió y un hombre de cabello gris entró en la habitación. Sus andares eran silenciosos. Llevaba deportivas blancas en los pies. Producían sonidos agudos contra el linóleo. Astrid Wismer abrió los ojos. Era como si estuvieran cubiertos por una membrana.

–Abre la ventana –le dijo al hombre–. ¿Está abierta?

El hombre no contestó. Volvió a cerrar los ojos:

–*Por la ventana abierta entró la brisa. Hay algo que quiero decir. Quiero contarlo todo. Por la ventana abierta entró la brisa. Y sobre la almohada quedaba la huella de tu mejilla.*

Abrió los ojos, vio la luz aséptica y fría del tubo fluorescente.

–Mi ángel oscuro –susurró–. *Y supe, en el momento en que desperté, si alguna vez llegas a Samarcanda.*

–Cierra el pico –dijo él.

–Como tú. Exactamente igual que tú dentro de unos años.

–Britt Else Buberger no tenía leucemia. Wangen llamó hace diez minutos, justo cuando iba a aparcar –Ellen Grue se había cambiado y llevaba un vestido color ciruela. Tenía un fax en la mano. Estaba agotada después de las horas de trabajo en Rødvassa. Sentía al niño como un nudo apretado.

Eran las tres y media. Apoyó las manos sobre la mesa. Miró a Cato Isaksen y a Marian Dahle.

–Ha sido un día cansado –continuó–. No sólo hemos encontrado el vestido de Lilly Rudeck, nos hemos asegurado huellas de pisadas allí mismo y recogido material biológico y huellas dactilares de la cabaña en la que Lilly Rudeck vivía. Las huellas, probablemente, son de las deportivas de Lennart Hjertnes. Número 44-45, diría yo. Pero también hemos obtenido una respuesta contundente de los análisis de sangre.

Marian Dahle apretó las manos contra las sienes.

–Ve al grano, vamos –dijo estresada y se inclinó sobre la mesa para evitar el sol de la tarde que caía directamente en sus ojos–. Cato, ¿bajas el toldo?

–Hazlo tú –dijo, alargando el brazo para coger un vaso de agua que Marian le daba y alcanzar una bandeja de magdalenas. La bandeja produjo un sonido estridente. La miró irritado–. Así que esa enfermedad que tuvo de joven...

–Es una chorrada –continuó Elle Grue–. Nuestro querido cadáver no tuvo ninguna enfermedad de joven, no había ni rastro de leucemia linfática LLC-crónica ni leucemia LLA-aguda en las muestras de sangre que recogimos.

Marian levantó la cabeza.

–Ahí lo tenemos. ¿Qué fue lo que dije? –se levantó rápidamente y apretó el interruptor. El toldo se desplegó lentamente, y su sombra cruzó el suelo hasta alcanzar la mesa. Cato Isaksen inhaló profundamente. Se encontró con la mirada de Marian cuando volvía a sentarse.

–Así que el tipo de leucemia moderada que Oluf Carlsson dijo que Buberger tenía...

–No tenía ninguna de las dos –confirmó Ellen Grue con tranquilidad y se dejó caer pesadamente–. Nunca te curas de una leucemia linfática crónica. Se puede vivir con ella, pero nunca te libras. Del tipo agresivo se muere rápidamente. Bueno, Marian, tú le diste a Wangen las historias clínicas, de Suecia...

–Que Oluf Carlsson tenía escondidas –dijo Marian rápidamente.

Ellen Grue la miró sorprendida.

–¿Ah, sí? ¿Dónde las encontraste?

Marian no contestó, se limitó a quitar unas migas de bollo de la mesa. Una mosca de alas brillantes paseaba por el informe del forense.

–En todo caso, Wangen nos ha pasado por fax un breve informe. Ellen Grue empujó el documento hacia Cato Isaksen.

Él le echó un rápido vistazo y levantó la mirada:

–Así que esto quiere decir...

–Sí. Eso es lo que quiere decir –dijo Ellen Grue.

–La prueba definitiva –dijo Marian Dahle–. Britt Else Buberger no era Britt Else Buberger. Britt Else Buberger era Hanne Elisabeth Wismer.

Los investigadores se miraron. Cato Isaksen se encontró con la mirada de Ellen Grue.

–¿No dijo nada Wangen de la edad física de Buberger? Quiero decir, de ser el caso, en realidad tendría cinco años menos.

–Tendremos que desenterrar el féretro con el cadáver –contestó ella–, pero Wangen dijo que parecía joven para sus 57 años, creo que ya lo mencionó cuando llegué con el cadáver el 23 de julio. Me parece que es muy desagradable. Nunca antes hemos tenido un caso así, ¿verdad? Esto prueba que no hay razones para incinerar un cuerpo hasta que el caso esté aclarado.

–Buberger en realidad era Wismer –dijo Cato Isaksen en voz baja levantándose. Dio un leve golpe con el puño en la mesa en el momento en que se abrió la puerta y entró Roger Høibakk. Traía una expresión de agobio.

–Ha sucedido algo.

–¿Qué? –Cato Isaksen sintió cómo el sudor le caía desde el nacimiento del cabello sobre la frente.

–Acabamos de volver de Rødvasså –Roger se quedó de pie en mitad de la habitación.

Ellen Grue, Cato Isaksen y Marian Dahle le miraban fijamente.

–¿Qué sucede? –Cato Isaksen sintió un latigazo en la frente.

–Astrid Wismer ha muerto –dijo.

El dolor de cabeza apareció de pronto. Como un rayo que fuera marcha atrás en su conciencia. Marian Dahle sintió cómo una película a cámara lenta empezaba a pasar por su mente. Iba en el sentido equivocado. Empezaba por el final, para llegar luego hasta el principio. La certeza se diseminaba como un veneno.

–El montón de sobres de color rosa –gritó.

Los demás aún tenían la mirada fija sobre Roger Høibakk.

–¿Está muerta? –Cato Isaksen se sentó en el extremo de la silla–. Iba a contarnos algo.

–Murió hará una media hora. Se durmió –Roger Høibakk miró a Ellen–. ¿Estás cansada? –dijo preocupado acercándose a ella–. No debes esforzarte demasiado. Todo esto es demasiado de golpe.

Marian Dahle se levantó y salió del despacho. Fue con pasos decididos hacia el ascensor. *En el cajón del tocador de la habitación de Astrid Wismer en la residencia de ancianos.* Las cartas que estaba a punto de coger cuando se abrió la puerta y entró el hombre del cabello gris. Tenía que ir a buscarlas.

Ya eran las nueve y media cuando Cato Isaksen aparcó el coche civil junto al garaje y fue hacia el adosado de Frydendal en Asker. Sabía que Bente había llegado. Estaba en el jardín de atrás, sentada en una de las nuevas sillas grises esperándole. Tenía una copa de vino blanco en la mano. Se quedó parado un momento en la puerta del jardín mirándola. Las cortinas se habían cerrado con la corriente. Las echó a un lado y salió a la terraza. Sonrió sintiendo cómo, por un momento, se liberaba de todo.

Le vio y se puso de pie. Se acercó a ella y la empujó contra él, levantó su cabello corto y rubio. Olió su nuca.

–Eres tan dulce –dijo. El nacimiento de su cabello tenía algo infantil e inocente–. Íbamos a cenar arenques con patatas y cerveza.

Ella sonrió:

–No importa. Una pista de baile. Menuda sorpresa, qué increíblemente agradable está la terraza.

–Sí, pero no hay cena de bienvenida. Qué morena y guapa estás.

–Sí, lo estoy –apretó su mano–. Pero, oye –dijo apartándole–, qué bonito está todo, con las flores en las jardineras y el césped recién cortado. Unas dalias

grandes como éstas teníamos en casa cuando yo era niña. Hacía años que no las veía.

Él sonrió.

–¿Tienes vestido nuevo? –la besó en la oreja. Su cuerpo latía con fuerza y dulzura.

–Sí. ¿A que es mono? Rayas en todas las direcciones –agarró la falda y se puso a dar vueltas–. Parezco una cebra.

–Tienes buen aspecto, de verdad. ¿Dónde está Vetle?

–Calle abajo, en casa de un amigo.

Cato Isaksen vio de pronto el ejemplar de VG que había sobre la mesa del jardín. MUJER POLACA DESAPARECIDA, proclamaba en portada y a toda página con la foto de una mujer que caminaba por una playa.

Bente siguió su mirada.

–¿Es esto lo que... tu nuevo caso?

Asintió.

–Entre otras cosas. Mañana se publicará un retrato robot. No conseguimos localizar a su madre en Polonia. No tenemos ninguna foto de ella en condiciones.

–Pero tampoco habéis acabado con lo otro... lo de la señora de Stovner.

–Ni te lo imaginas. Marian encontró un montón de cartas esta tarde. En la residencia de ancianos de Stovner. Ahí estaba toda la explicación –le contó rápidamente que Karin Carlsson había fingido estar embarazada. Las palabras manaban de él–. Oluf Carlsson es médico, los psiquiatras tienen estudios de medicina. Él y Karin recibieron al niño que Hanne Elisabeth Wismer dio a luz tras la violación. El niño nació un mes antes de tiempo en la casa blanca de la calle Söder, 12.

–Es horrible. Me lo puedo imaginar. Pobre chica. Menuda historia. ¿Y no tenéis ni idea de dónde está ese Lennart Hjertnes?

–No, pero le encontraremos. Lo haremos. Y encontraremos a Lilly. Me temo que estará sumergida en aguas profundas.

–¿Eso quiere decir que habéis cerrado el caso?

Esbozó una sonrisa.

–Me preocupa más cerrar un caso con una señora de Asker. ¿Subimos al dormitorio?

Bente le miró, asustada de pronto.

–Hay algo que tengo que preguntarte. Yo... esa Marian Dahle...

–¿Qué pasa con ella? –la miró repentinamente enfadado–. ¿Qué quieres decir?

–¿Has estado en su casa mientras yo estaba fuera?

–Claro que he estado. Pero no es lo que piensas. Me temo que tendré que volver al trabajo luego.

Las cartas de color rosa estaban frente al él, sobre el escritorio. Las había anhelado, como correo extraviado. Con manchas y sucias por el borde. Eran huellas de Astrid Wismer, pensó. Huellas de lágrimas y dedos intranquilos. Leídas una y otra vez. Línea a línea, letra a letra, pena por pena. Un insecto se arrastraba por la superficie de la mesa, pasó sobre las cartas. Con un ala rota. Cato Isaksen se levantó, cogió la carta y se aproximó a la ventana con ella. Tiró el insecto por la pequeña rendija, se acercó a la silla y se sentó de nuevo. La locura que destilaba este caso absurdo surgía con una claridad terrible.

Kristinehamn, 5 de septiembre de 1972

Querida mamá:

¿Recuerdas cuando era pequeña que me despertaba por las noches y me iba con vosotros y decía que tenía miedo del ángel oscuro? ¿Sabes mamá?, ahora mismo siento que el tío Oluf es el ángel oscuro. ¿Por qué no puedo sencillamente regresar a casa? La tía Karin es buena, pero quiero volver a casa. ¿Por qué tienen que decidir el tío Oluf y papá que tengo que quedarme aquí? Vamos a la iglesia todos los domingos. Le rezo a Dios. ¿Pero para qué sirve? ¿No puedes sencillamente venir a buscarme? No fue culpa mía que me violaran. No estoy tan preocupada por desearle la muerte y una condena eterna a Lennart Hoen. Sólo quiero recuperar mi vida de antes. ¿Qué más da que le condenen por violación o por asesinato? Papá necesita ayuda para sus problemas mentales. ¿Puede ser digno de castigo el equivocarse? ¿O es que, si nos arrepentimos ahora y vuelvo a casa, si la policía llega a saber que he vivido en Suecia en casa de mis tíos, papá irá a la cárcel? ¿Es así mamá? ¿O iríamos a la cárcel los tres? El tío Oluf me ha conseguido una amiga. Pero es muy rara. Fuimos de paseo al bosque y el tío nos hizo una foto. Se llama Britt Else. Pero tengo miedo, mamá. Hay algo que no te he contado por teléfono porque el tío Oluf y la tía Karin oyen todo lo que digo. Estoy embarazada. El niño es de Lennart Hoen. Cuando me despierto por la noche, lloro. Tú eres la única que puede salvarme ahora. La única. ¿Qué podemos hacer mamá?

Hanne

Kristinehamn, 15 de febrero de 1973

Querida mamá:

He sentido mucho saber que la abuela ha muerto. Pobre abuela, ella que me quería tanto. Britt Else ha venido a vivir aquí. Es rara. Está siempre tumbada en el sofá. Está muy pálida. Dicen que está enferma. La tía duerme a su lado, en un colchón en el suelo, para que no se pasee por la casa de noche. Le pregunté al tío Oluf si Britt Else no va a volver pronto al hospital. Dijo que el departamento ha sido clausurado y que Dios le ha encargado ocuparse de ella. La tía Karin es buena. Hoy puso su mano sobre mi tripa y sonrió. Se sonrojó, y de pronto parecía joven. Pero es todo tan triste aquí, mamá.

Hanne

Kristinehamn, 4 de marzo de 1973

Querida mamá:

Tengo miedo. Ayer, un poco después de las cinco, murió Britt Else tumbada en el sofá. Huele raro en la casa,

dulce. No sabía que se podía oler la muerte. Sé que la tía Karin te ha llamado y te lo ha contado. No teníamos mucho en común, Britt Else y yo. Era muy callada y rara, y no quería lavarse ni cortarse el pelo ni nada de eso. Pero creo que nos hicimos amigas, de un modo silencioso y raro. Porque estábamos mucho tiempo dentro de casa. Britt Else se quedó tumbada en el sofá varias horas después de su muerte. El tío Oluf me pidió que me fuera a mi habitación, dijo que vendría un coche fúnebre a recogerla. Pero me quedé junto a la ventana durante horas. No vino ningún coche negro. Y sabes, mamá, esta noche el tío Oluf cavó un gran agujero en el jardín de atrás, pegado a la ventana del salón. También tuvo que apartar algo de nieve podrida. Miré por el ventanuco del cuarto de baño. Creo que la ha puesto allí, mamá. Que ha enterrado a Britt Else. Dijo que ahora, por fin, van a poner una terraza. Yo nunca antes había oído hablar de una terraza. ¿Cuándo vas a venir? ¿Cuánto tiempo tengo que estar aquí? Ayer el tío Oluf dijo que Dios no odia a este niño, sólo lo odia papá, pero no es culpa mía. ¿Por qué está papá enfadado conmigo? Me he decidido por un nombre, será Anita o Alexander.

Hanne

9 de marzo de 1973

Querida mamá:

Parecías tan triste por teléfono. Pero yo sólo me alegro de volver a casa. La tía Karin es maja, mamá. Hoy ella y yo hemos lavado a fondo el cuarto de baño. Fregado y fregado los azulejos. Y plancho para ella manteles y toallas, y las camisas y las batas de médico del tío Oluf. Dice que me ha arreglado una pensión para mí, que podré conservarla aunque me mude a Noruega, promete. Es una especie de pensión de invalidez. Entiendo que ahora me llamo Britt Else Buberger. La pensión me la darán porque tengo una enfermedad mental y no puedo trabajar. No me importa teñirme el pelo. Haré lo que sea, con tal de poder volver a casa. Y con tal de que papá no esté triste y enfadado.

Hanne

2 de abril de 1973

Para mamá:

La tía Karin dice que vosotros habéis decidido que ellos cuiden de Alexander una temporada. Pero no quiero. Le estoy dando el pecho. Es que tú no le has visto, pero es tan dulce. La tía Karin adora cuidarle. Ayer le cogió el tío Oluf. Le miró y sonrió. Sonrió de verdad, mamá. Pero dijo que pronto tendré que dejar de darle el pecho. Me asustó tanto. ¿Cuándo vendrás a buscarnos?

Hanne

Los dos casos estallaron en los medios. Los diarios publicaban columna tras columna sobre el asunto, tanto en los tabloides como en la prensa nacional. Había fotos de las torres de Stovner, la casa blanca de la calle Söder, 12, en Kristinehamn. El hospital de Västerborre y la clínica psiquiátrica de Sahlgjärda aparecían una y otra vez. También los periódicos suecos le dedicaban mucha atención.

¡ERROR JUDICIAL! CONDENADO POR EL ASESINATO DE UNA MUJER QUE ESTABA VIVA. MATÓ A LA MISMA MUJER DOS VECES.

UN PSIQUIATRA ENTERRÓ A SU TUTELADA EN EL JARDÍN. MUJER POLACA DESAPARECIDA. Cambió de identidad. MUJER FALLECIDA VIVÍA. Un médico jubilado es arrestado y dejado en libertad. ASTRID WISMER SOPORTABA UN TERRIBLE SECRETO. MURIÓ DE PENA EN EL HOSPITAL. ¡LA VÍCTIMA DIO A LUZ AL HIJO DEL VIOLADOR! ¡LENNART HJERTNES ES PELIGROSO! Lennart Hjertnes, de 55 años, es considerado peligroso. La policía pide a los ciudadanos que llamen inmediatamente si lo ven.

También en la televisión y en las radios el caso aparecía a todas horas. Vecinos y amigos concedían entrevistas y hablaban de un Oluf Carlsson cordial pero cristiano y severo. Él mismo declaró que sólo quiso ayudar a su sobrina Hanne Elisabeth y a sus padres. Había fotos de la vieja casa de madera de Moss y varias páginas sobre Lennart Hjertnes. Además de grandes titulares sobre la mujer polaca desaparecida. **MUJER JOVEN DESAPARECIDA EN UN CAMPING.** Se teme que Lilly Aniela Rudeck, de 19 años, haya sido violada y asesinada. Publicaban fotos del camping de Rødvassa cerrado. Fotos y entrevistas a Julie Thyvik y Shira Skah, que declaraban: **LA ESPIABA POR EL RESPIRADERO.**

Ingeborg Myklebust estaba extraordinariamente satisfecha con su equipo. En la primera reunión para revisar el caso que celebraron en el nuevo despacho de Cato Isaksen, apareció con una tarta de mazapán y café. El quipo estaba sentado en torno a la pulida mesa ovalada. Eran ocho, cansados, felices y emocionados. Habían llegado los resultados de las pruebas de ADN de Suecia. Probaban que Oluf Carlsson no era el padre de Tomas Carlsson.

–Astrid Wismer perdió a su hija dos veces –dijo Ingeborg Myklebust–. Dos

veces. Y las dos veces fue asesinada por el mismo hombre –añadió–. Es sencillamente absurdo.

–Sí, todo el caso es absurdo –añadió Cato Isaksen–. Todo ha estado hibernando durante treinta y cinco años.

–Pero entonces –continuó Marian Dahle–, ocurrió algo que en realidad no debería haber sido posible. Lennart Hjertnes descubrió de pronto que Hanne Elisabeth Wismer vivía en el séptimo piso del mismo bloque que su hermano. Entonces entendió las conexiones.

–Hizo como en el relato breve de Roald Dahl sobre el cordero asado –dijo Cato Isaksen, pasándose un bolígrafo entre los dedos.

Marian Dahle frunció la nariz.

–No, no era el del cordero asado. Estás pensando en el que fue sospechoso de haber enterrado a su mujer en el jardín.

–Sí, quiero decir ése. La policía cava en toda la zona sin encontrar el cadáver de la esposa desaparecida. Luego, ella aparece de improviso y él la mata y la entierra en el jardín. La policía no vuelve a cavar y nunca la encuentran.

–Un imitador –dijo Roger Høibakk y se metió un gran trozo de tarta en la boca–. De sí mismo. Sencillamente copió su propio caso. Dos chicas, con muchos años de diferencia.

–Los pensamientos se enredan –dijo Asle Tengs–. Todavía tengo problemas para ordenar los acontecimientos en el tiempo.

–Yo también –dijo Ellen Grue.

–No olvidéis que aún no hemos encontrado a Lilly Rudeck –dijo con objetividad Marian Dahle y se quedó distraída por unos momentos, luego añadió–: empieza con una madre que abandona a sus hijos en un día de verano de los años sesenta. Llevaba un vestido de verano de flores y se marchó con un hombre en un coche. Lennart hizo una foto de ese instante. El dolor que sintió salió a la superficie por primera vez cuando vio a Hanne Elisabeth en el camping en 1972. La violó, y fue acusado de un asesinato que no había cometido. Y cuando, treinta y cinco años después, entendió lo que había pasado, apareció Lilly Rudeck y volvió a desencadenar el horror. La foto de su madre aquel día provoca algo en él. Liberó ese dolor insoportable...

–Tenemos que encontrar a Lennart Hjertnes –dijo Randi Johansen.

–Probablemente Lennart Hjertnes estaba de visita en casa de su hermano Ewald en Stovner y reconoció a Hanne Elisabeth Wismer, alias Buberg, a pesar de que se hubiera rizado el cabello. Y...

–Tenía acceso al piso de su hermano –dijo Marian Dahle–, y allí estaba la llave del apartamento del portero.

–Y, a su vez, allí estaba la llave maestra que abría todas las puertas –dijo Asle Tengs.

–Es evidente que la odiaba por haber cumplido condena por un crimen que no había cometido. En realidad es comprensible –Randi Johansen le dio un trago al café.

–Las huellas de los zapatos que hemos encontrado en su caravana y en su piso de Moss son las mismas que hemos asegurado en el recibidor de Buberg, alias Wismer –añadió Roger Høibakk.

–Y son las mismas que había entre los helechos junto al área de descanso. Había quitado la alfombrilla, si no, no tendríamos esta prueba. Las huellas de las deportivas Nike son claras. Y los hallazgos en el vestido de Lilly Rudeck coinciden con el perfil del vestido de Wismer –dijo Ellen Grue.

–Así que apareció Lilly y ha vuelto a hacer lo mismo, violar... y matar –dijo Tony Hansen haciendo girar su pendiente.

–Los investigadores de escenarios del crimen han registrado el contenedor que hay detrás de la gasolinera y el sujetador azul ha sido enviado a analizar junto con el vestido y las bragas de Lilly Rudeck –dijo Ellen Grue–. Al tal Morris Soma se lo ha tragado la tierra.

–He estado comprobando los archivos de antecedentes penales –Marian miró un fax que tenía delante–, hace cuatro años el dueño de la gasolinera fue condenado en primera instancia por haber tenido dos empleados polacos sin papeles. Le pusieron una multa de 20.000 coronas. Apeló y se la redujeron a 10.000 coronas. El dueño alegó desconocer la normativa, al parecer los polacos le dijeron que habían solicitado a Trabajo permisos individuales y que estaban esperando la concesión, que era una mera formalidad.

–¿Y? ¿Qué crees que tiene que ver con el caso? –dijo Cato Isaksen mirándola.

–No lo sé. ¿Por qué estaba el sujetador desgarrado de Lilly Rudeck en la vivienda del contenedor?

–Aún no sabemos si es suyo –puntualizó Cato–. Éste es un caso extremo... sencillamente ya esto de la leucemia, que Britt Else Buberg muriera en el sofá de la calle Söder, 12... Hemos retenido a Oluf Carlsson. El cambio de identidad fue escenificado por él y su cuñado Rolf Wismer –Cato Isaksen se puso de pie–. Britt Else Buberg murió de muerte natural en 1973.

–Cuando preguntamos a Astrid Wismer si podía identificar a Buberg estaba sorprendentemente tranquila –dijo Marian–. Era su última oportunidad de ver a Hanne. Tal vez sentía que había tenido a su hija de prestado. Todos creían que llevaba treinta y cinco años muerta.

–En realidad es genial. Hjertnes se lleva a Lilly en el barco y la tira. Rema mar adentro, muy lejos. No es fácil rastrear todo el fondo. Hay corrientes en el agua –dijo Ingeborg Myklebust.

–No debía haberlas fotografiado, paseando por la playa, de espaldas –Randi Johansen miró a Marian Dahle.

–Los asesinos cometen errores –apostilló Ingeborg Myklebust– antes o después.

–Volveremos a buscar a Lilly a través de los periódicos de distribución nacional –dijo Cato Isaksen volviendo a sentarse–. Pero creo que es mejor que esperemos a que los buzos terminen su trabajo.

Marian Dahle parecía repentinamente pensativa:

–Pero ¿y el hombre del banco? Ese del que nos habló la vecina... tenemos que averiguar quién es.

Ewald Hjertnes oía el tictac del reloj de pared. Dejaba claro que el tiempo seguía pasando, a pesar de todo. Escuchó. El silencio crecía amenazador a su alrededor. La policía le había devuelto las llaves. Encontraron el plato roto. Lennart había estado allí. *Ésta* era la pesadilla que tenía desde aquel día de verano en que su madre se marchó. Tuvo la intuición de que las cosas podían ser aún peores. Cuando le habló a Lennart del hombre del ascensor, vio que se transformaba. Fue una semana antes de que tiraran a Buberg por la terraza. Ewald dijo que estaban hechos en el mismo molde. *Tiene que ser tu hijo*. El hombre era exactamente igual que él. Tenía el pelo cano, estaría en la treintena y el ascensor se detuvo en el séptimo. No debía haberle dado esa información a Lennart, era peligroso hurgar en el alma turbia de su hermano. Al momento vio los indicios en su rostro. Ewald Hjertnes oyó el ruido del motor de un coche que arrancaba. Se acercó para abrir la puerta de la terraza. Vio el vehículo desconocido que se alejaba y pensó en ese mismo instante, en la calle, hacía mucho tiempo. Cuando el coche se fue, llevándose a su madre. Un corte, como si alguien hubiera seccionado un rollo de película. Tenía miedo, la temporada había terminado, el camping estaba cerrado. Oyó voces infantiles fuera, en el césped. Vio que William estaba agachado plantando bulbos de tulipán en la gran jardinera junto al aparcamiento. Flores para la primavera, pensó. Volverá a ser primavera. Verano en Rødvassa. *La hoz, hierba, arbustos, grava, los ratones que mordisquean. Las gaviotas*.

Las voces infantiles bajo su ventana le molestaban. Sintió cómo la oscuridad recorría su cuerpo cuando se acercó a la barandilla y gritó:

—¡Id a otro sitio a jugar!

La rubia llevaba un anorak rojo. Levantó el rostro hacia él. Era la niña del séptimo. La morena llevaba un anorak rosa que tenía sucias las gomas que remataban las mangas.

—Ahora Barbie se muere, Elianne —dijo, y metió en la tierra una pequeña pala rosa de plástico.

La rubia volvió a bajar la mirada.

—La enterraremos entre los rosales. Le quitaré el vestido.

—Sí, porque se ha caído de la terraza y entonces no sirve de nada tener un avión de papel o un coche de plástico. Cuando te mueres, te has muerto. Es una tontería que sea para siempre. Te conviertes en una luz y tienes que vivir con Dios en el cielo. Y no te hace falta llevar un vestido.

—¡Podéis ir a otro sitio! —Ewald Hjertnes sentía como todo se estaba

deshaciendo. Se inclinó sobre la barandilla y estalló en Sollozos.

Llamaron al timbre de forma insistente y ronca. Fue apático hacia la puerta y la abrió. Estaban sobre el felpudo. Las dos niñas. La rubia le alcanzó un avión de papel.

–Puedes quedarte con esto.

–Porque lloras –le dijo la morena.

Ewald Hjertnes cerró la puerta de golpe. El estallido del impacto subió como un eco por la escalera. Miró fijamente el avión de papel. Lo deshizo, iba hacia la cocina, hacia los armarios y el cubo de basura. Estaba a punto de echarlo en el cubo de plástico azul cuando lo vio. Las letras bailaban hacia él en una bonita letra redonda: *Lennart Hoen*.

Con una velocidad media de noventa kilómetros por hora Tomas Carlsson consiguió llegar a Oslo en tres horas y cuarenta y cinco minutos. Era el 12 de septiembre. Apretó las manos alrededor del volante mientras masticaba un chicle de sabor mentolado. Los pensamientos daban vueltas en su cabeza. Sólo había hecho una pausa, en una vieja cafetería junto a la frontera. Comió una hamburguesa y vació una Coca-Cola. De camino a la puerta agarró un periódico que decía: «Suspendida la búsqueda de Lilly Rudeck».

El reloj del salpicadero marcaba las 15:43 cuando giró frente al Hotel Ópera. Estaba en medio de un gran paso elevado a la entrada de Oslo. Que no le contaran que Oslo era una ciudad bonita. Era un jodido caos de ciudad. Al otro lado de la carretera, junto al agua, se elevaba un gran edificio nuevo, blanco y escurridizo. Plano y raro, pensó, dejó el viejo Volvo en el parking del sótano del hotel, cogió el ascensor hasta la recepción y se registró como Tomas Hoen. El recepcionista, un hombre engominado de treinta y tantos, tomó sus datos como si no hubiera ocurrido nada ni fuera a suceder.

Subió en el ascensor, abrió la puerta de la habitación 601 y tiró las llaves sobre la brillante superficie de la mesa. Dejó la bolsa. Sólo tenía una bolsa pequeña, ningún otro equipaje. Cogió una uva de la fuente y apagó la tele, donde ponía: *Bienvenido, Thomas Hoen*. Estaba mal escrito. Él escribía su nombre sin h. Se lavó las manos y abrió el minibar. Sacó una cerveza y se dejó caer en la butaca de franjas amarillas y azules. Escupió el chicle en la mano y lo pegó debajo de la mesa. Abrió la cerveza y bebió unos tragos largos. Hacía una semana que había salido de prisión. La presión de los medios había sido enfermiza. *La víctima dio a luz al hijo del violador*, decía. Y ese niño, era él. También hubo un reportaje en televisión, un emotivo programa sobre el bebé Tomas, que nació en la casa de la calle Söder, 12, de una chica noruega violada a los 18 años. Y su «padre» había obtenido para ella una nueva identidad acogiendo a una paciente psiquiátrica con una enfermedad terminal. La chica había vuelto a Noruega bajo el nombre de la paciente muerta y desde entonces había llevado una vida discreta en Oslo. El hombre que la violó fue condenado por asesinato en 1974. Había cumplido la condena de trece años. Cuando descubrió que la víctima de la violación en realidad estaba viva y en perfecto estado de salud, el odio se apoderó de él y le quitó la vida por segunda vez, como decían los medios, empujándola al vacío desde una torre de pisos.

La policía encontró el cadáver de la paciente psiquiátrica Britt Else Buberger debajo de la terraza que el «padre» había construido en 1973. Debajo de esa

terrazza en la que Tomas había estado sentado cada verano, bebiendo un refresco, con una barbacoa y su «madre» vestida con ropa veraniega al otro lado de la mesa. Como una falsa plataforma. La paciente estaba incrustada en el cemento de la base y el padre había declarado a los medios que murió de muerte natural en el sofá del salón. Su ira inicial aún no se había atemperado. Los pensamientos habían dado vueltas como un hierro frío en su cabeza desde que el asunto saltó a la prensa. Todo era absurdo, caótico y malvado.

Su padre biológico había violado y asesinado a otra chica. Su foto había cubierto toda la portada de *Expressen*. Era hermosa, tenía una media melena castaña, se llamaba Lilly Aniela Rudeck y era polaca.

Y antes de ayer Lennart Hjertnes le llamó y le preguntó si quería encontrarse con él. Tomas se quedó mudo. Lennart Hjertnes llamaba desde una gasolinera. Pensó en la Glock cuando oyó su voz al teléfono, esa que le dieron como compensación por no haber delatado a su compañero cuando le detuvieron. Sí, tenía muchas ganas de conocer al padre violador, dijo. Muchas ganas. Se había reído en voz alta él solo cuando apretó la tecla del móvil para terminar la conversación, luego robó el coche y recogió la pistola. Y ahora sentía la corriente. El periódico decía que en algunas personas la maldad estaba latente. Podían ser muy conscientes de cuál era su manera de ser. Se había reconocido. Genes, pensó, auténticos genes violentos y malvados. Hacía dos meses de su visita a Hanne Elisabeth Wismer en Stovner. Y a Astrid. Fue ella quien le llamó. Y fue para allá cuando tuvo un permiso. Y conoció toda la historia. Cuando regresó a Suecia el sábado por la noche, fue directamente a casa de Oluf y le dio una paliza, hasta romperle el brazo. Le había golpeado en el rostro con el bate que tenía en el coche. Ese gélido cerdo cristiano que no era su padre. La vida había sido un otoño sin fin desde que murió su madre Karin.

Sonó el móvil. Contestó:

—¿Sí?

Los árboles del parque que veían desde la comisaría amarilleaban. Las puntas de las hojas se arrugaban reseca. Los investigadores mantenían la reunión de la tarde en el despacho de Cato Isaksen. La resignación parecía ganarles la partida. Aún no habían encontrado ni a Lilly Rudeck ni a Lennart Hjertnes.

–Se ha fugado –dijo Marian Dahle–, estará en Argentina con una copa en la mano, observando a chicas con floreados vestidos de verano.

–Sea como sea, tenemos que organizar el aspecto formal –dijo Cato Isaksen–; tarde o temprano le cogeremos, ahora tenemos el ADN, ése no era el caso en 1972. Los restos de semen de entonces han sido investigados y analizados. Hjertnes está pillado en los dos casos se mire como se mire. Espero, de verdad, que consigamos que vuelvan a condenarle, pero depende de varias cosas. Éste es un caso muy complicado. Tenemos que encontrar a Lilly Rudeck. Su cuerpo tiene que estar en alguna parte.

–Vamos a seguir a tope y vamos a encontrar a Hjertnes. Sólo hay un minúsculo detalle que interfiere en el caso tal y como lo vemos ahora –dijo Marian.

–El sujetador –dijo Randi Johansen.

–Exacto –dijo Cato Isaksen–. El sujetador azul claro que estaba en el contenedor vivienda detrás de la gasolinera. Los análisis se hicieron contrastándolo con el vestido y las bragas. Era de Rudeck.

Marian Dahle se levantó y se sentó en el borde de la mesa.

–Un error judicial no es lo que queremos, y lo de ese sujetador es extraño. Varios testigos dicen que Morris Soma rondaba a Lilly Rudeck como un lobo. Que andaba por el camping a todas horas.

–Y también ha desaparecido sin dejar rastro –dijo Randi Johansen tosiendo–. Ewald Hjertnes tenía la llave del piso del portero. Es evidente que Lennart Hjertnes ha entrado en el piso del portero y ha cogido la llave maestra. En todo caso, tenemos pruebas.

Ellen Grue, que hasta ese momento había estado callada, se pasó la mano por la tripa que había crecido significativamente en los últimos días. Llevaba el vestido color cereza.

–Las huellas del recibidor de Buberger, alias Wismer, son de los zapatos de Lennart Hjertnes –confirmó–; las alfombrillas estaban en la lavadora del sótano, si no, no hubiéramos tenido esa prueba. Las huellas de las zapatillas Nike son muy nítidas.

Randi Johansen sacó un pintalabios y lo pasó rápidamente por su boca.

Ingeborg Myklebust abrió la puerta y entró en la oficina.

–Ha llegado una denuncia de Suecia, sobre unos papeles de no sé qué organismo oficial en Kristinehamn –dijo mirando alternativamente a Cato Isaksen y a Marian Dahle–. Dice que intentasteis retirar una documentación sin seguir las normas, y que luego desaparecieron.

Había una conexión entre los dos universos. Una historia fantástica y deslumbrante originada por un hombre que pronto moriría. Tomas Carlsson superó la cima de una colina con el viejo Volvo. Notaba la dirección demasiado floja y faltaba presión en las ruedas. El cuentakilómetros no funcionaba y el reposacabezas estaba suelto. Pero era el coche que tenía. El violador quería encontrarse con su hijo en un camping desierto. Tomas había leído sobre el camping en los periódicos. Era allí donde su madre adolescente había trabajado treinta y cinco años antes. Y era allí donde la chica polaca había desaparecido a principios de agosto.

–Ja, ja –Tomas rió en voz alta y se metió dos comprimidos de Valium en la boca, tragándolos con agua de una botella–. Biología. Allí donde fui concebido pronto va a suceder algo espantoso. En la tierra, entre el brezo. Exactamente en el mismo sitio.

Pensó en su abuela. La que se fue de casa un día cuando Lennart tenía 14 años. Bien por ella, pensó Tomas, se libró del hijo del demonio. Toda la historia hervía en su cabeza desde que la policía encontró el cadáver debajo de la terraza del hogar de su infancia. Astrid Wismer era la hermana de Oluf. Esa hermana de la que no quería hablar. Lo que contaban en casa es que había sido difícil e incontrolable, que no era buena con Karin. Que tuvieron que interrumpir el contacto. Que no era temerosa de Dios. Tomas aceleró. El aire frío entraba gimiendo por la puerta mal cerrada. Apoyó la cabeza sobre el respaldo y se preguntó por qué querría Lennart Hjertnes encontrarse con él en realidad. ¿Quería ver su propia maldad fracasada con sus propios ojos? ¿O había algo más? ¿También él llevaría un arma? ¿Iban a estar allí como en una vieja película del oeste viendo quién desenfundaba más rápido?

Randi Johansen sacó un pañuelo estampado del bolsillo y se sonó enérgicamente.

–¿Es hoy el día que vas a ese cursillo para perros, Marian?

–Sí, en Fredrikstad –dijo levantándose–. Es un entrenador muy especial, se concentra en las posibilidades de los perros bien entrenados para que se desarrollen. Birka necesita algunos estímulos. Al fin y al cabo trabaja a jornada completa en la sección criminal.

Los demás se rieron, pero Cato Isaksen no.

–Creo que ya es hora de que se reeduce. Y esa tumbona para perros que

hay en tu despacho...

–No se va a reeducar, Cato, sólo va a seguir con su formación –Marian echó un vistazo al reloj–. Tengo que irme.

–Sí, se hace de noche pronto –dijo Randi–. En septiembre es como si sólo quedaran retazos de luz.

–Tengo que revisar dieciocho montones de papeles esta noche –dijo Cato Isaksen–. Me va a tocar quedarme aquí hasta bien entrada la noche.

Marian Dahle abrió el portón trasero y Birka saltó al interior. Ella se acomodó en el asiento del conductor, giró la llave y puso el coche en marcha. La perra daba vueltas en el maletero.

–¡Tumbate! –gritó Marian molesta–. ¿Qué pasa?

Salió del parking, giró a la izquierda en la rotonda junto a la ópera y siguió por la carretera de Moss. Una fina capa de humedad cubría el asfalto. Podía estar escurridizo. En una curva abierta cambió de marcha y aceleró. Birka tosió.

–¿Te encuentras mal? –miró por el retrovisor–. Ahora, cálmate.

Lennart Hjertnes esperaba en la oscuridad. Estaba oculto tras un cúmulo de cedros y plátanos junto al área de descanso y vio llegar el coche. La grava crujió cuando el coche pasó a toda velocidad. Se quedó mirando las dos luces traseras, que parecían dos brasas. Estaba en un sitio desnivelado e invadido por la vegetación, con piedras y matojos de hierba seca. Salió al camino. Grandes pinos teñidos de negro por la oscuridad lo flanqueaban a ambos lados. Una nube baja ocultaba la luna. Las estrellas parecían huellas de dedos sobre sus copas. El viejo Volvo giró a la derecha y aparcó. En el asiento del conductor intuyó la silueta de una cabeza. Difusa, parecía rodeada de un halo. Luego apagaron el motor y quedaron a oscuras. La puerta se abrió y bajó Tomas Carlsson.

Tomas Carlsson notó un movimiento en la oscuridad. Era la silueta de un hombre que venía despacio hacia él por el pequeño camino de grava. Sus ojos aún no se habían acostumbrado a la oscuridad. Su ángulo de visión estaba muy reducido. Cuanto más se acercaba el hombre más se le parecía a un insecto, con la espalda un poco encorvada, con las alas negras recogidas sobre la espalda. *Pronto estarás muerto.*

Lennart Hjertnes miró fijamente a Tomas Carlsson. Vestía vaqueros gastados y una cazadora de cuero. Sintió un momento de alegría desconocida, envuelta en una fría angustia.

–Dios mío –dijo–, eres exactamente igual... igual que yo a tu edad. Exactamente igual, sólo que sin el lunar. Entiendo que Ewald se llevara un susto cuando te vio en el ascensor.

–¿Me vio en el ascensor? ¿Quién me vio en qué ascensor?

–Fue así como empezó. Mi hermano te vio en el ascensor en Stovner.

La grava crujió cuando Tomas adelantó un pie.

–¿Qué es lo que quieres de mí en realidad? –a lo lejos ladró un perro.

Indicó con la cabeza el espacio abierto.

–Aquí está cerrado, vayamos a la recepción. Tengo la llave.

–¿Qué quieres de mí? Repitió Tomas Carlsson.

–Nada, no quiero nada de ti. Ven.

Camaron el uno junto al otro. La oscuridad embestía sus rostros, el aire

marino era transparente y afilado, el bosque dejaba escapar pequeños sonidos.

Tomas notaba cómo el Valium cubría sus sentimientos como un sudario.

–Me llamó esa noche, hacia las ocho y media, mi madre. Mi madre de verdad, a la que había visitado hacía poco, en mi anterior permiso. Me llamó a la cárcel y tenía miedo. Me dijo que silbaste. Te reconoció. Le diste miedo –Tomas levantó la mano y sintió que la pistola estaba en el profundo bolsillo interior de la chaqueta. *Pronto estarás muerto*. Lennart Hjertnes se dio la vuelta y empezó a caminar hacia el camping desierto. Tomas le siguió despacio. Levantaron las piernas para pasar sobre la cadena que impedía el paso.

Muy lejos sonaban las olas que golpeaban la playa. Tomas esperó a que el violador hubiera entrado. Miró a su alrededor y subió los dos breves escalones hasta la terraza. Cerró la puerta.

–Voy a encender la luz –dijo Lennart Hjertnes–. Las cortinas están echadas.

Tomas Carlsson miró a su alrededor cuando la bombilla solitaria del techo derramó una luz fría y escasa por la habitación y el pobre mobiliario. Había un pequeño mostrador y un cuarto para dormir al fondo del todo. Y una mesita marrón con dos sillas plegables. Sobre la mesa había una pequeña figurita blanca. Representaba a una mujer y estaba pegada con cola por la mitad. La madera de las paredes olía a frío y humedad. Tomas Carlsson contempló a Ewald Hjertnes.

–¿Dónde has estado desde agosto? ¿Has vivido aquí?

–He vivido en el cuartito del lavadero –hizo un gesto con la cabeza–, a nadie se le ocurre buscar donde ya ha buscado antes.

–¿Y la comida?

–En la gasolinera. El dueño tiene antecedentes, explota a gente sin permiso de trabajo. Sabe que si se chiva, yo también lo haré. Sentémonos. Apretó el puño en torno a algo que guardaba en su interior.

El móvil sonó cuando pasaba junto al parque de atracciones Tusenfryd. Marian Dahle se ajustó el auricular a la oreja, dijo hola y echó un vistazo al parque cerrado. Veía la silueta de la noria contra el cielo gris oscuro. Era Julie Thyvik.

–¿Te acuerdas de mí? –empezó–, soy yo la que... el retrato robot y...

–Claro que me acuerdo de ti, Julie –dijo Marian mirando por el retrovisor–. ¿Todo bien?

–Sí, me dieron tu número de móvil cuando yo y Shira fuimos a la comisaría.

–¿Ah, sí? –Marian notó que su pecho se contraía–, cuando hablaste con Asle y Tony...

–No es seguro que esto sea importante –siguió la clara voz de la chica–, pero acabo de pasar por Rødvassa dando un paseo con mi perro y... Seguro que es una tontería, pero la luz estaba encendida en la recepción. Casi no se veía porque las cortinas estaban echadas. Lo digo porque como todavía no le habéis encontrado y sigue en búsqueda... Quiero decir, el hermano de Ewald Hjertnes.

Cato Isaksen veía su rostro reflejado en el cristal oscuro. Escribió una respuesta a la reclamación de los archivos de la oficina de Kristinehamn, diciendo que todavía estaban trabajando en el caso, que los devolverían cuando el caso estuviera cerrado y que habían sido retirados de forma reglamentaria. Entró un sms en su móvil. Era de Marian. *¿Dónde estás? ¿Estás aún en la oficina? M.*

Tecleó una respuesta: *Ya te dije que me iba a quedar trabajando.* Tras medio minuto entró otro. El pitido se alojó en su oreja. *Voy de camino a Fredrikstad, al cursillo para perros de Birka. Me ha llegado un aviso de Julie Thyvik. No será nada, pero luz en recepción de Rødvassa.* Cato Isaksen lo leyó rápidamente, se incorporó cogió la chaqueta que colgaba del respaldo, y salió del despacho mientras tecleaba la respuesta. *Voy para allá, espera junto a la gasolinera.* En el pasillo tropezó con Irmelin Quist. Ella sonrió.

–Estoy trabajando unas horas extra. Tengo que ordenar un poco todos los expedientes que Marian Dahle... Tienes prisa, por lo que veo.

Cato Isaksen asintió distraído con la cabeza. Intentó sonreír. Se apresuró hacia el ascensor.

–No te olvides de recoger las dalias antes de que lleguen las heladas –gritó tras

él.

–Durante toda mi infancia fue un bloque de hielo. Sólo importaban Dios y la iglesia. Quería darme forma, dejarme incrustado en su frialdad. Le pegué una paliza de muerte al condenado Oluf cuando supe que todo era puro fingimiento –Tomas Carlsson bajó la mirada hacia la figurita de porcelana antes de mirar fijamente a Lennart Hjertnes que aún cerraba el puño en torno a algo–. Fue Astrid Wismer quien me llamó, me contó que era mi abuela. Me llamó a principios de julio. Me dieron un permiso y fui allí... Era el 14 de julio... la conocí. A mi madre. Íbamos a empezar de cero. Me dijo que iba a haberme llamado Alexander.

–Empecé a vigilar –dijo Lennart Hjertnes– después de que estuvieras allí. Las vi en el banco. Reconocí a Astrid Wismer por lo que publicaron los periódicos y... a propósito, que lo del pelo gris es genético. Yo ya estaba canoso a los 29.

Tomas Carlsson notaba cómo el Valium engrasaba sus nervios. Cubría su alma como un bálsamo. *Pronto morirás*. Continuó hablando. Miró más allá del violador, a la pared de madera.

–Oluf estaba en Oslo, en un congreso médico ese fin de semana que tú... Iba a comer en casa de su hermana y su cuñado pero ellos, naturalmente, lo habían olvidado. Oluf llegó a una mesa sin poner, por decirlo así. Estuvieron juntos toda la noche, él y Rolf. Bebieron whisky y hablaron. Astrid lloraba en la cocina. En el dormitorio estaba Hanne. A Oluf se le ocurrió lo de esa paciente a las cuatro de la mañana. Astrid me contó que se puso eufórico. Dijo que tenía una paciente... Karin era enfermera, y la paciente iba a morir. Metieron el vestido y las bragas de Hanne en una bolsa de plástico. La braga estaba llena de... Oluf se la llevó en el coche. No opuso resistencia. Y luego ya fue demasiado tarde. Oluf le sacó sangre, empapó el vestido y lo dejó en el área de descanso de aquí al lado. Creó un escenario del crimen.

Lennart Hjertnes tenía una extraña luz en la mirada.

–Y luego Rolf envió una carta anónima a la policía –dijo Tomas Carlsson–, y, por si fuera poco, se quedó embarazada.

Marian Dahle se desvió de la carretera principal, pasó la gasolinera y entró en el camino de grava. No se veía ninguna farola, todo estaba oscuro. Sólo iba a echar un vistazo, luego volvería a la gasolinera y esperaría allí. Llegó hasta el cartel que decía Rødvassa, lo intuyó apenas cuando las luces del coche pasaron

sobre él. Frenó y se detuvo detrás de un Volvo blanco, miró por la ventanilla, pero no vio a nadie. Birka dormía en el asiento trasero.

–Tú espera aquí. Quédate tumbadita, sólo voy a echar un vistazo –abrió la puerta y bajó. El frío húmedo vino hacia ella. Metió las manos en los bolsillos. Vio que escapaba una luz tenue de la caseta que había junto a la entrada. ¿Estaba Ewald Hjertnes aquí en esta época? ¿No tenía un Lada? ¿Podía haberlo cambiado por un Volvo viejo? Se detuvo y sacó las manos de los bolsillos.

–Lo has estropeado todo –dijo Tomas Carlsson–. *Pronto estarás muerto.* Todo. Estás completamente loco. Pero no pareces un asesino.

–Nos parecemos tú y yo –Lennart Hjertnes jugueteaba con lo que tenía oculto en la mano–, creí que podríamos...

Tomas Carlsson se levantó tan rápido que golpeó la mesa con la cadera.

–Así que es por eso... Ésa es la razón por la que quieres conocerme. Crees que tenemos algo en común. Que tú y yo somos iguales. ¿Que por fin has encontrado a alguien tan perverso como tú? –Tomas Carlsson le miraba fijamente–. ¿Y la chica polaca?

Lennart Hjertnes estaba mudo.

Marian pasó por encima de la cadena que cruzaba el camino. Vio la débil luz en la ventana de la recepción. Se abrochó la chaqueta, metió las manos en los bolsillos y bajó hacia la playa por el estrecho sendero. Aunque el cielo estaba estrellado la delgada neblina de septiembre cubría la hierba amarilla a retazos. Todo estaba oscuro y silencioso. Oyó las olas, que rompían muy lejos. Ni una luz en el resto de las pequeñas construcciones de madera. Sería Ewald Hjertnes. ¿Tal vez también William Pettersen? Era una tontería avisar a Cato Isaksen. Caminó deprisa. El mar se lanzaba iracundo contra la playa. La espuma de las olas lucía como blondas blancas en la oscuridad. Las caravanas vacías estaban cubiertas por algunos plásticos y tenían tablas de madera clavadas por fuera de las ventanas. Así parecían gastadas y miserables.

—Esta historia interminable necesita un final de verdad —dijo Tomas Carlsson—. *Pronto estarás muerto*. Me llamó el 23, justo antes de que llegaras. Me dijo que tenía miedo, que estaba sentada en la terraza. Yo no soy como tú. No destruyo mujeres. Robo dinero y armas. Y coches —añadió—. ¿Sabes por qué no destruyo mujeres?

Lennart Hjertnes le miró.

—Porque tuve una madre, Karin. Mi madre Karin era bella y buena. Ella...

—Yo también la tuve —dijo Lennart Hjertnes.

—No, no la tuviste. Lo leí en el periódico. Ella...

—¡No es verdad! —Lennart Hjertnes golpeó la mesa con la mano haciendo que la figurita de cristal cayera al suelo y se rompiera.

Tomas Carlsson sintió el peso de la Glock en el bolsillo interior.

—Pero si era una puta.

—No era una puta —Lennart Hjertnes volvió a golpear la mesa con el puño. El silencio que siguió fue atronador. Agachó la cabeza y la volvió a levantar—. Sólo quería darte esto —abrió la mano y dejó un pequeño corazón de plata sobre la mesa frente a Tomas Carlsson—. Era de Agnes, tu abuela.

Tomas lo recogió y lo miró.

—Astrid Wismer era mi abuela, me llamaba su ángel oscuro... ella era...

—¡Era un demonio! —gritó Lennart Hjertnes—. Me cayeron trece años, cumplí diez.

—No era ningún demonio.

—Está muerta —dijo Lennart Hjertnes—, una almohada sobre el rostro.

Sonó el móvil de Marian Dahle. Era Cato Isaksen.

–Estoy en camino. Espérame en la gasolinera, ¿vale? No hagas ninguna tontería.

–Ya estoy aquí. En la playa. Hay luz en la caseta y un Volvo aparcado. Tiene matrícula sueca. ¿Qué puede significar? –se agachó, recogió una concha de la arena y dio la espalda al mar.

–Joder, Marian. Te dije que esperaras. Te dije que no hicieras ninguna tontería.

–Claro que no –respondió notando el viento helado en la cara–. Pero a lo mejor sólo es Ewald Hjertnes.

–No, Marian, le llamé. Está en casa, en Stovner.

Marian se dio la vuelta hacia el mar.

–¡Vaya! –dijo, y empezó a caminar despacio de vuelta por el sendero. Ewald Hjertnes estaba en su casa. Pensó en William Pettersen. El topo del sótano. ¿Dónde estaba?–. Voy a apagar el móvil, por si suena cuando...

–Espera a que yo llegue... –ordenó Cato Isaksen decidido.

Marian miró las pequeñas cabañas de camping marrones que estaban junto al bosque, al lado izquierdo. Más arriba vio el lavadero y la caseta de la recepción.

–Ven tan rápido como puedas –dijo dando la conversación por acabada. Luego apagó el móvil y se lo metió en el bolsillo. De pronto, sintió una angustia helada. La oscuridad la rodeaba como una pared. El rugido de las olas se mezclaba con los latidos de su corazón. Miró asustada a su alrededor. Tal vez fuera la oscuridad. Seguro que era por la época del año.

Paró, cerró aún más la chaqueta. Escuchó. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad. Las estrellas estaban diseminadas por el cielo como huellas de dedos. Lo mejor sería averiguar cuanto antes quién estaba en la cabaña. Tal vez todo tuviera una explicación lógica y pudiera llamar a Cato y pedirle que diera la vuelta. Siguió andando sigilosa. Paró y escuchó. Anduvo los últimos veinte metros hasta la plataforma frente al lavadero. Estiró el cuello. No podía ver nada, subió en silencio a la plataforma. Había una pequeña abertura en las cortinas. Oyó voces. Eran dos. Se deslizó despacio junto a la pared, estaba a punto de mirar por la rendija cuando la puerta se abrió de pronto con un estallido. Marian se dejó caer tras ella. Salieron dos hombres.

–Me ha parecido oír a alguien –dijo una voz en sueco–, o tal vez no. Volvamos a entrar.

Marian sintió la angustia diseminarse por su cuerpo como un veneno. Estaba quieta, con la espalda contra la pared. Detrás de la puerta. Sentía el olor cortante de la brisa marina contra el rostro. Esperó.

–Si has oído algo, es que lo has oído –dijo el mayor–. Hay alguien aquí, sencillamente sé que hay alguien y no tiene que haber nadie...

Marian levantó la cara. La puerta empezó a deslizarse. Alguien la cerró, la quitó de en medio. Pronto la verían. Gimió. La miraron. Ella los miró. Dos hombres iguales. Uno de ellos tenía que ser Lennart Hjertnes, el otro era... sueco.

Marian miró a los dos hombres y sintió que se convertían en todos los hombres del mundo. De pronto, el más joven sacó una pistola del bolsillo interior. Marian Dahle se inclinó hacia delante y se dejó caer rodando deprisa. El hombre más joven estaba como paralizado.

–Es de la pasma –gritó Lennart Hjertnes–, es policía, joder, la reconozco. ¡Dispara! ¡Dispárale ya!

Lennart Hjertnes agarró la pistola. Marian se incorporó a medias, corrió encogida unos pocos pasos, pero pisó el borde de la plataforma y se cayó de la pequeña elevación. Su frente dio con una piedra en el mismo momento que una bala pasaba sobre su cabeza. Otro disparo más atronó la oscuridad. La repentina flor de sangre que cubría su rostro la cegó. Esperó a que el eco del disparo desapareciera. Muy lejos oyó a Birka ladrando en el coche.

Oyó al hombre sueco gritar algo y volvió a ponerse de pie. Como un deportista sobre la pista puso las manos en el suelo y se impulsó. Corrió hacia el coche. Alguien disparó sobre su cabeza y le dio al cristal haciéndolo explotar. Birka ladraba como poseída desde el interior del coche. Su campo de visión estaba muy reducido por la sangre que manaba. Oyó la voz de Lennart Hjertnes:

–¡Mujer idiota! –otro disparo atravesó la oscuridad y los ladridos cesaron. Se hizo el silencio. Lennart Hjertnes gritó–: Ahí está.

Corrió hacia la carretera. Saltó la cadena y se lanzó por el camino de grava. Venían tras ella. Los oía. Tropezó y cayó. Se protegió con las manos y notó cómo las piedrecitas perforaban su piel. Volvió a levantarse y siguió corriendo.

Un poco más adelante se tiró a la cuneta y siguió por un sendero. Había una salida, hacia el mar. De pronto, casi se tropezó con una mesa de madera con bancos sujetos a ella. El corazón latía en sus oídos. ¿Venían tras ella? ¿Aún estaban ahí? Se tiró boca abajo. Con la nariz pegada al suelo en el claro del bosque podía ver huellas sobre un grueso tapiz de hojas de otoño y agujas de pino, nítidas, como si estuvieran marcadas en la tierra. De repente, se dio cuenta de que estaba junto a una zona poblada por helechos. Se arrastró a cuatro patas.

—Tomas —oyó que alguien gritaba. Sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Lennart Hjertnes y Tomas Carlsson, padre e hijo. Conexiones peligrosas. Mortalmente peligrosas.

Se hizo el silencio. Se quedó tumbada escuchando. Giró hasta quedar boca arriba, no se movió. Respiraba. Cerró los ojos. Entonces oyó las pisadas. Se dirigían hacia ella, despacio. Pararon. Una voz dijo en sueco:

—Sé que estás aquí... lo sé.

Un repentino haz de luz pasó sobre ella y penetró entre las hojas. Una linterna. Gotas de rocío brillaban en la oscuridad verde. Podía ver cada nervio de las hojas. Las oscuras esporas de su reverso. Era el final, pensó. Así que así iba a terminar. Levantó la cabeza despacio y liberó su rostro de las hojas. Sentía una aterradora sensación de vacío. El haz de luz de la linterna se alejaba de ella. Volvió a dejarse caer. Notó la tierra contra la nuca. Entonces percibió otro sonido, un silbido. Y otro más, el crujir sobre la grava de las ruedas de un coche que se acercaba por el camino.

Cato Isaksen conducía despacio por el pequeño camino de grava. La oscuridad era total. La luz de los faros abría dos túneles en la negrura, pasaba sobre la hierba amarilla de la cuneta. El verano se había acabado. La vegetación se estaba marchitando. Iba despacio, no sabía qué le esperaba. Marian no contestaba al teléfono. Tal vez debería parar aquí, aparcar y caminar el resto del camino. Observó la oscuridad. Tal vez debería apagar los faros, llamar y pedir ayuda. Pero quizá no fuera nada. Los pensamientos pasaban veloces por su cabeza. Lennart Hjertnes era un hombre peligroso. ¿Estaría aquí ahora?

Un destello repentino le hizo girar la cabeza hacia la izquierda. Estaba junto al área de descanso, recordaba la mesa de madera y los bancos. Frenó, miró por la ventanilla, apagó los faros, pero todo estaba oscuro. Paró el coche, bajó la ventanilla y escuchó. El rumor apagado del bosque se mezclaba con el agua que golpeaba las rocas. Estaba silencioso, completamente silencioso. Muy a lo lejos se oía el zumbido de la carretera principal.

–Marian –gritó–. ¡Marian!

Nadie contestó. Volvió a subir la ventanilla. Giró el rostro hacia la superficie oscura. Oyó su propia respiración. El destello de luz debía haber sido la luna reflejada en la cubierta de un barco. Recordaba que había algunos anclados allí.

Seguía con el motor encendido. Se dio la vuelta y miró por el parabrisas, pisó el embrague, metió primera y avanzó muy despacio.

Vio un canto en la oscuridad. Era una piedra, estaba a su lado. Se dio la vuelta silenciosa para cogerla. El silbido de la canción infantil empezó otra vez. El coche había pasado de largo. Oyó el agua que se movía en la distancia. Entonces habló el hombre joven en sueco.

–Quiero que salgas. Sé que estás ahí.

Marian notó cómo el corazón golpeaba sus costillas con pequeños arranques irregulares. La angustia hacía que el sudor subiera por su columna. Se levantó despacio, dejó que la piedra cayera de su mano. Era demasiado pequeña, con ella poco se podía hacer...

Se levantó torpe y temblorosa. Las hojas recorrieron sus mejillas cuando se incorporó entre ellas. Tomas Carlsson sujetaba la pistola en una mano y la linterna en la otra. Le apuntó con la linterna. Tras él estaba Lennart Hjertnes.

–Bien, Tomas, bien.

Osciló un poco hasta conseguir estabilidad en los pies. Tomas Carlsson avanzaba despacio hacia ella. Su respiración era pesada. Bajó la linterna y levantó la pistola.

Lennart Hjertnes se quedó donde estaba. Tomas Carlsson tiró la linterna. Salió rodando y la luz se hizo cada vez más débil, hasta casi apagarse. Le apuntó con la pistola. Vio que su mano temblaba. Metió la otra mano en el bolsillo. Sacó algo. Levantó la mano hacia ella, la abrió.

–Coge esto –dijo.

Automáticamente estiró su mano hacia él. Dejó que la pequeña joya se deslizara en su mano.

–Pronto morirás.

Marian cerró los ojos, vio puntos rojos bailar tras sus párpados. Esperaba el estallido, el dolor, el silencio. Tomas Carlsson miró hacia la oscuridad. Tembló.

–¿Estás ahí, Lennart Hjertnes? ¿Estás ahí?

–Sí –contestaron desde la oscuridad.

Tomas Carlsson giró el brazo hacia la izquierda, hacia el lugar del que venía la voz. La mantuvo así unos segundos. Luego volvió el arma contra sí mismo.

–Tomas, pronto estarás muerto –se dijo a sí mismo en voz alta–. ¡Estás muerto! –gritó apretando el gatillo. Sonó un estruendo. Cayó. El eco duraba y duraba.

Marian se echó de rodillas a su lado. Tocó su cuello. Sangre, había sangre por

todas partes. De pronto, se dio cuenta de que se había quitado la vida en el mismo lugar en el que fue concebido. Tomas Carlsson estaba muerto. En el área de descanso, junto a los helechos. Junto a las matas de fresas. El sonido del disparo aún estaba en sus oídos. El agua saltaba contra las piedras de la orilla. Una ráfaga de viento llegó del mar. Lennart Hjertnes se retiró en silencio. Desapareció en el bosque. Marian se dio la vuelta orientándose hacia su sonido. El bosque estaba cada vez más negro. Una rama que se partía, una chaqueta que se cerraba. Tenía sangre en las manos. Las levantó, las sostuvo frente a ella. El corazón golpeaba en su garganta. Las nubes se arrastraban hacia las estrellas y las cubrían. La linterna tenía un extremo clavado en la tierra, la bombilla apuntaba hacia el suelo negro.

El ruido sordo de algo que iba hacia ella en la oscuridad. Golpeaba y golpeaba su conciencia. Pasos rítmicos. A través del bosque, corriendo. Un hombre. Un hombre corriendo. Hacia ella. Directo hacia ella, la levantó bruscamente. La cogió por debajo de los brazos, desde atrás. La levantó de un tirón. La sujetaba, ponía sus brazos a su alrededor. Una voz enfadada en su oído.

–Podrías haber muerto. Te lo dije... maldita sea.

Marian temblaba contra él. Giró la cabeza despacio. Miró fijamente a Cato Isaksen. Sintió el calor llegar por detrás. Respiraba, respiraba. Bajó la mirada hacia Tomas Carlsson que estaba en el suelo, con la pistola en la mano. Muerto, con la pistola en la mano.

De pronto, llegó la policía de la zona. Aparecieron de repente. Era como el lugar de un accidente. Rostros inexpresivos. Miradas fijas. Pies que corrían, luces y voces bajas. Se pusieron a horcadas junto al muerto. Buscaban instrumental en los coches aparcados en el pequeño sendero. Llegaban más coches, más gente. Marian estaba sentada en el extremo del banco de madera, junto a la mesa, con una manta sobre los hombros. Cato Isaksen permanecía a su lado. Lennart Hjertnes estaba en el camino, junto a uno de los coches de policía, con las manos atadas a la espalda.

–Tienes un aspecto horrible –hablaba rápido y bajito–, te dije que...

–Que sí.

–Cubierta de barro, calada y llena de heridas. Un montón de sangre en la cara –continuó con voz monótona.

–Estoy... bien del todo –tartamudeó castañeteando los dientes–. Tierra... barro. Agua y sangre.

Tiró de la manta, intentando arroparse mejor con ella.

–No –dijo poniéndose de pie–. Tomas Carlsson, él...

–Vamos a subir hasta el coche, Marian –Cato Isaksen la condujo con decisión por el pequeño sendero. La sujetaba con fuerza por el brazo, como si fuera una niña que hubiera hecho algo prohibido. Cuando llegaron al camino de grava, la empujó hacia el coche, abrió la puerta y la sentó en el asiento del copiloto–. Vas a ir a urgencias –dijo con rudeza y desapareció por el camino del bosque. Volvió poco después–. Tenía que orinar –dijo ocupando el asiento del conductor–, ha sido ese maldito café.

–Cato –dijo bajito y volvió el rostro ensangrentado hacia él–. Mi perra,

Birka... en el coche. Explotó el cristal. Un disparo por la ventana.

La miró y tragó saliva.

–¿Por la ventanilla? –repitió él. Vio su expresión cuando un haz de luz atravesó su rostro. Los ojos, preocupados. La boca rodeada de surcos, profundos, a cada lado.

–Sí...

Durante unos segundos se limitó a quedarse allí sentado. No se movió.

–Marian, tal vez...

–Corre, no hay tal vez.

Miró fijamente al frente durante unos segundos antes de empujar la puerta y conseguir bajarse. Se inclinó hacia el interior del coche y dijo con voz firme.

–Voy corriendo. Quédate aquí mientras tanto.

Le siguió con la mirada mientras desaparecía por el camino de grava. Vio la espalda de su gastada cazadora de cuero marrón y los pies que corrían, las suelas de los zapatos que se levantaban antes de caer contra el suelo y ser devoradas por la oscuridad. La cubierta de nubes se retiró de la alfombra de estrellas. De pronto, parpadearon como cien ojos sobre las puntas de lanza de las copas de los abetos. Había policías y linternas por todas partes. Los flashes de las cámaras de fotos en el lugar de los hechos rasgaban en dos la oscuridad una y otra vez. Esperó, tocaba el pequeño corazón de plata que tenía en la mano. Intentó ponérselo, colgarlo alrededor de su cuello. Los policías conversaban en voz baja junto al coche. Caminaban, corrían, hablaban por el móvil. Cambiaban los coches de sitio. Veía las siluetas de los abetos y la grava gris del camino cada vez que pasaba un haz de luz. Una ambulancia llegó despacio. Paró, retrocedió un poco y volvió a avanzar.

Tras unos minutos, que le parecieron horas, volvió Cato Isaksen. Abrió la puerta, entró, puso las manos sobre el volante y miró al frente.

–¿Y Birka? –dijo, notando cómo las lágrimas caían de sus ojos–. ¿Birka?

Cato Isaksen levantó las manos del volante y las puso sobre sus hombros.

–La puerta del coche estaba cerrada, Marian. Birka vive. Tiene miedo, gime. Pero está viva. Vamos hasta allí. ¿Tienes las llaves del coche? –puso en marcha el motor.

–En el bolsillo –suspiró.

El coche civil bajó despacio por el oscuro camino de grava. Un policía uniformado les indicó que siguieran. Marian se dio la vuelta hacia el asiento trasero. Miró fijamente a la perra. Sintió el alivio que prendía como un haz de luz en su pecho. El dolor de la frente era insoportable.

–Tumbate bien, Birka –dijo cansada–, ya está todo bien. Buena chica.

Se giró hacia Cato Isaksen y dijo bajito:

–Birka está ilesa, imagínate, ilesa.

–Sí, Birka está ilesa –sacudió la cabeza–, pero tú estás sin domesticar, Marian –dijo severo–. Sabes que no...

–No, no soy dócil.

Se detuvo y miró a la derecha, salió a la carretera principal. Pasaron la gasolinera abierta 24 horas.

–Tenían armas, maldita sea. Podían haberte pegado un tiro. ¿Sabías que tenían armas? Tomas Carlsson y Lennart Hjertnes...

–No lo sabía –tragó saliva–, pero intento apañármelas sin armas, Cato –se enderezó en el asiento, tomó aire–. Qué bien que también me trajeras el bolso –y oyó que su voz ya sonaba normal–. Esta noche voy a ir a la celda de Hjertnes. No voy a trabajar con tanta mierda para no llevarme nada a cambio.

Cato Isaksen apretó las manos en torno al volante.

–Claro que no, tú ya sabes todo sobre eso...

–Voy a ir –de pronto, los nervios soltaron sus cuerdas vocales, despertaron su ira–. Mi madre me amenazó con un cuchillo. Tú no sabías eso. Fui a un psicólogo que me dijo que me imaginara un armario lleno de armas: pistolas, lanzallamas, bombas, granadas, cuchillos y espadas. Me preguntó con qué me defendería. ¿Sabes lo que contesté?

–Relájate Marian –Cato Isaksen se pasó nervioso la mano por el cabello–. Luego hablaremos. Primero urgencias, luego haremos balance. Echa la cabeza hacia atrás y respira.

–Con un lanzallamas –dijo con los dientes apretados–. Siempre me ha gustado la idea de eliminar cosas con fuego. Pero era la respuesta equivocada.

–Cállate, Marian –pegó en el volante con el puño.

–Martin Egge me llamaba la reina de la oscuridad –rió bajito y se pasó los dedos por la herida de la sien.

Él suspiró profundamente y dijo:

–Marian, tal vez deberías buscar ayuda.

–Ayuda, ¿qué clase de ayuda?

–Está claro que lo pasas mal en la vida diaria.

–Casi me pegan un tiro. Contrólate, eres tú el que sufre en el día a día, no yo –la sangre de su mano se había secado.

Cato Isaksen frenó para dejar paso a un coche que tenía puesto el intermitente a la derecha.

–Ir a terapia es sólo macerarte en tu propia mierda, zambullirte en un protagonismo negativo.

–Marian...

–Sólo he dicho que ir a terapia no es ningún chollo. Acelera. Ese maldito

coche salió de la carretera hace mucho.

Cato Isaksen levantó la mano del volante y la puso sobre su brazo otra vez.

–Cálmate. Y, ¿cómo es que conoces a Egge?

Marian apartó su mano y sacó un cigarrillo de su bolso. Lo encendió e inhaló el humo hasta lo más profundo de sus pulmones.

–Dijo que yo debería ser policía porque lo sabía todo sobre cómo era ser un fracasado.

–No fumes en el coche.

–No fumo. Imagínate que tu madre te quiere matar –echó el humo por la pequeña rendija de la ventana–, tienes tanto miedo, no del cuchillo sino de tu madre, que quisieras tirar el cojín y dejar que acabe contigo. Imagínate que la chica de 16 años consigue darle una patada en la tripa a su madre y la hace caer. Corre al teléfono y llama a la policía. Luego se pone a horcajadas sobre su madre y espera. La policía llega. Llega Martin Egge. Claro que falta mucho, muchísimo, para que sea el jefe de la policía judicial.

Cato Isaksen adelantó al coche que tenía delante y metió el coche detrás de un camión articulado. Las luces traseras rojas eran como las luces de un faro.

Marian Dahle continuó:

–El policía ve a la chica de 16 años, se la lleva en el coche. La lleva a casa con su mujer, le pide que cuide de la adolescente, antes de volver a Stovner y hacer que encierren a la madre loca –dio otra calada al cigarrillo–. La chica de 16 años tiene la culpa de que su padre se desmorone. Todo se derrumba. Ha ocurrido muchas veces antes, pero ella no se acuerda.

–O te callas, o aparco en la cuneta.

–Es poco profesional por parte del policía llevarse a la chica a casa. Recibe una amonestación por no haber seguido las normas. Pero no siempre se pueden respetar las reglas, Cato. Algunas veces sencillamente hay que llegar lejos –dijo jugueteando con el pequeño corazón de plata que llevaba alrededor del cuello.

–Cálmate, Marian –gritó él golpeando el volante.

–La respuesta correcta no era lanzallamas –gritó ella–, era autoestima.

La abogada policial Marie Sagen se arrebujo en el delgado abrigo de moda con cuello de piel y pasó su tarjeta de identificación por el lector. Pasó rápidamente frente al cuarto de guardia. Los tacones de sus botines negros resonaban contra el suelo. Saludó brevemente con la cabeza a un par de inspectores y pasó una mano por su pelo claro. Levantó el maletín y lo apretó contra su vientre, llamó al ascensor y subió a la quinta planta.

Cato Isaksen la recibió.

—Roger está hablando con Hjertnes.

—¿Y Marian Dahle?

—Hemos estado en urgencias. Va bien. Hemos hecho un pequeño resumen. Luego seguiremos hablando.

—¿Dónde está ahora? —Marie Sagen dejó el maletín en el suelo y se quitó el abrigo.

—Con Roger. Insistió. Tomas Carlsson podía haberla matado. Quería matarla, pero se pegó un tiro. Por supuesto que pondremos en marcha una investigación.

—Perfecto. Si llega a saberse que Marian Dahle interroga a uno que ha intentado pegarle un tiro, la echarán al momento. Supongo que Hjertnes tiene con él a su abogado, ¿no? —tiró el abrigo sobre una silla.

—Marian se lanzó a su celda —dijo Cato Isaksen—. Yo encantado de que la saques de allí si te atreves. Oficialmente, no está allí.

Marie Sagen sacó un archivador, lo puso sobre la mesa y lo abrió.

—Acaba de publicarse un informe que dice que las mujeres policía son presionadas. La policía es una organización conservadora. Yo también lo he sufrido. Me han criticado porque llevo zapatos de tacón y las uñas pintadas. No has contestado a mi pregunta. ¿Está su abogado con él?

—Aún no ha llegado. He leído ese informe sobre las mujeres en la policía. Dice que la policía ha sido creada *por* hombres, *para* hombres. Marian arregla esa estadística. He intentado presionarla todo lo que he podido, pero vuelve a saltar como un resorte, una y otra vez.

VG, martes 2 de octubre de 2007

LENNART HJERTNES NO PUEDE, EN NINGÚN CASO, SER CONDENADO DOS VECES. Ha cumplido ya condena por un asesinato que no había cometido, le condenaron por asesinar a Hanne Elisabeth Wismer en 1974.

Lennart Hjertnes, antes Hoen, de 55 años, está detenido y la fiscalía ha conseguido ocho semanas de prisión sin fianza, con prohibición de visitas y correspondencia. Pero en ningún caso puede ser condenado dos veces por el mismo delito. Lo dejó claro ayer la abogada policial Marie Sagen, de la fiscalía, en una reunión celebrada en el ministerio de Justicia. En la reunión estuvieron también presentes el ministro de Justicia Knut Lilledrange, el director de la policía judicial Martin Egge, la comisaria Ingeborg Myklebust de la brigada de homicidios de la policía de Oslo y el inspector Cato Isaksen.

–En ningún caso se puede condenar al alguien dos veces por el asesinato de la misma persona. Hjertnes cumplió una condena de trece años por el asesinato de Hanne Elisabeth Wismer (17) en los años setenta. Salió tras cumplir la condena en 1984. Se han encontrado huellas de sus zapatillas de deporte en el apartamento de la mujer asesinada Hanne Elisabeth Wismer (52) en Stovner. La mujer se ocultaba bajo el nombre de Britt Else Bubergh. Las pisadas son las mismas que la policía ha reconocido en el bosque cercano al camping de Rødvassa, donde apareció el vestido de la desaparecida Lilly Rudeck en agosto. El hermano del acusado, Ewald Hjertnes, confirma que su hermano tiene unas Nike blancas del número 44, del mismo tipo que la policía ha identificado. Por ello, está demostrado que Lennart Hjertnes es el asesino en el caso de la caída en Stovner el 23 de julio. Un conductor de autobús que trabajó por la zona esa misma noche ha reconocido al hombre en una foto. La fiscalía trabaja ahora para que sea condenado por el asesinato de la desaparecida Lilly Rudeck. ¿Pero podrá el sistema judicial soportar un nuevo caso basado únicamente en indicios?

Randi Johansen tiró el periódico.

–Es que no entiendo por qué mató a Wismer cuando descubrió que después de todo estaba viva. Le podían haber dado una indemnización astronómica –se cerró la chaqueta–, le condenaron siendo inocente. Le podían haber dado millones. Podía haberse convertido en una especie de héroe. Si conozco bien a la prensa, lo hubiera sido –añadió.

–A lo mejor el dinero no es nada comparado con una vida destrozada –dijo Marian Dahle–, y en todo caso cometió esa violación, con lo que inocente no era. Seguro que es el odio. El odio es un fuego imposible de apagar. Tienen que encerrarle.

Cato Isaksen entró en la sala.

–Marie Sagen cree que hay indicios suficientes. Los zapatos con tierra del lugar donde apareció el vestido. El vestido y las bragas de Lilly Rudeck con restos de semen. El barco que apareció a la deriva.

–¡No debe salir en libertad! –Randi Johansen se puso de pie–, pero ¿se atreverá la justicia a condenarle basándose en indicios una vez más? No soportarían otro error.

Hacía un frío que pelaba en el despacho de la esquina. Era el 15 de noviembre. El tiempo se había esfumado. Entraban nuevos asuntos. Dos nuevos asesinatos. Dos hombres. Uno acuchillado en el parque de Sofienberg y otro estrangulado en un local nocturno. El equipo estaba agotado. Las grandes superficies acristaladas atraían el frío a la habitación. La oscuridad se pegaba a la ventana. Eran las ocho y diez. Marian Dahle temblaba de frío, dobló el periódico que estaba leyendo y lo tiró sobre la brillante superficie de la mesa. Se levantó y miró a Cato Isaksen mientras estiraba las mangas de la chaqueta de punto color rojo vivo.

–Jo, que frío hace en este despacho. Me alegro de no ser yo quien tiene que trabajar aquí dentro.

Cato Isaksen levantó la vista de sus papeles. Los radiadores eléctricos crujían. Ocultó un bostezo con la mano.

–Ya le tenemos, Marian, por fin. Lennart Hjertnes será condenado por el asesinato de Lilly Rudeck. Es horrible cuando los asesinos se libran, es como si te hicieran burla.

–Estoy de acuerdo –dijo y se inclinó para acariciar la cabeza de Birka. Por un momento vio ante sí a Tomas Carlsson muerto en el suelo.

De pronto, Irmelin Quist asomó la cabeza por la puerta. Vio a Marian y su sonrisa se marchitó. Movié su mirada hacia Cato Isaksen.

–Te habrás acordado de desenterrar las dalias, ¿verdad?

–Claro –mintió Cato Isaksen sonriendo–, están perfectamente alineadas en el sótano.

–¿Y has cortado las flores y las hojas?

–Sí, sí –dijo rápidamente y notó lo hambriento que estaba–, recuerdos de Bente.

–Salúdala de mi parte –dijo y desapareció.

Marian le miró.

–Mientes. ¡Qué coño! Has matado las flores de la bruja del archivo.

Cato Isaksen suspiró, se puso de pie y cogió la chaqueta del respaldo de su silla.

–Buenas noches –dijo–, me llevo el periódico a casa. Aún no he podido leer todo el artículo. ¿No pensarás quedarte en mi oficina?

–Yo también me voy –Birka se levantó, la miró esperanzada y movió el rabo–. Por cierto, ha empezado a nevar ahí fuera. ¿Lo has visto?

–No, no lo he visto. He tenido la nariz metida en documentos y he escrito

informes durante horas.

Los dos recibieron un sms en su móvil a la vez.

–Voy a ver –dijo Marian abriendo el mensaje. Sonrió, se echó hacia atrás y rió muy alto.

–Qué fantástico, ¡qué genial!

–¿Qué?

–Ellen y Roger han tenido un hijo muy pequeñito. Casi un mes antes de tiempo, pero todo ha ido bien. Roger dice que...

–Una buena noticia –dijo Cato Isaksen, sonriendo–, ahora Roger va a ponerse a prueba. Los asesinos no son nada comparados con un bebé llorón. Pregúntame a mí, sé de lo que hablo.

–Me alegro de sólo tener un perro. Roger dice que nunca se ha sentido tan fuerte, como un oso.

–Seguro que serías una madre estupenda, Marian –dijo Cato Isaksen poniéndose la chaqueta–, no todas las madres son como...

Marian Dahle abrió la boca asombrada. El dicho de que el mayor arte en la guerra es aplastar al enemigo sin luchar apareció de pronto en su conciencia. Eran sus palabras, pero se había convertido en la técnica de Cato.

Cato Isaksen se dio cuenta de que era una frase poco apropiada. No debería haber mencionado a su madre en estas circunstancias.

–Tienes unos genes de cuidadora tremendos, por lo menos cuando se trata de animales –añadió.

–Idiota –dijo ella–, no hagas bromas con eso. Siento mucho haber dicho que odio a mi madre. Porque no la odio, simplemente no me importa.

–Así no se le habla al jefe, Marian.

–Pero es verdad, eres un idiota. Si sólo hubiéramos sido capaces de pasar los pocos centímetros del umbral que nos separa, podríamos ser muy buenos amigos, Cato. Yo creo que somos los mejores amigos. Pero si es que yo te venero. Pero...

La miró serio. Cogió el *Aftenposten*, lo dobló y apuntó hacia ella.

–Eres un asesino de dalias –dijo ella–, idiota.

Su rostro se abrió en una repentina sonrisa.

–Marian –dijo–, te prometo una cosa. Te juro que te voy a enseñar a abrir puertas con una ganzúa.

Aftenposten, jueves 15 de noviembre

La fiscalía acusará a Lennart Hjertnes del asesinato de la joven de 19 años Lilly Aniela Rudeck. A pesar de que se ha comprobado que la sentencia de 1974 del caso Hanne Elisabeth Wismer fue un error judicial, la acusación opina que precisamente esto ha hecho que Hjertnes se sintiera impune en el caso Rudeck. Que posteriormente haya cometido el crimen por el que fue condenado injustamente en 1974 prueba que el hombre se comporta de forma calculadora. En este caso los indicios son tan fuertes que hay poca o ninguna duda de que el acusado ha cometido los crímenes por lo que será encausado. A diferencia del caso de 1972, ahora se tienen pruebas biológicas y de ADN de que se ha cometido una violación. En 1972 sólo se disponía de análisis PCR, con los que no podía probarse nada.

Las zapatillas de deporte que llevaba cuando fue arrestado son idénticas a las que habían dejado huellas en la tierra del lugar del hallazgo, donde apareció el vestido de Lilly Rudeck.

La fiscalía está preparada para dar los pasos necesarios en el sistema judicial. El fiscal opina que es más que probable que Lilly Aniela Rudeck fuera violada y asesinada; y que, posteriormente, su cadáver fuera trasladado en barco y tirado al agua. Lennart Hjertnes ha llevado a cabo una copia exacta del delito por el que fue condenado en 1974.

Si no aparecen nuevas pruebas, el caso tendrá que ser probado en el sistema judicial. La fiscalía y la acusación están preparadas para hacer un trabajo concienzudo.

«Yo no he matado a Lilly Rudeck», ha declarado Lennart Hjertnes a este periódico. A pesar de la gran cantidad de pruebas en su contra, Lennart Hjertnes insiste en que es inocente.

Epílogo

16 de noviembre

Salieron de la mano de Zuider Kerk y bajaron por el canal de Nieuwmarkt. Hacía frío y marea alta de invierno. Miró la superficie del agua, flotaban maderas, latas y mendrugos de pan hinchado. El agua estaba turbia por los restos químicos de las fábricas. Un aroma a café quemado salía por el respiradero de uno de los barcos cubiertos de escarcha. Llevaba un vestido satinado gris azulado debajo del abrigo y un ramo de lilas. Lo apretaba con la mano fría. Él caminaba canturreando a su lado, vestido con un traje que le quedaba estrecho. En los pies llevaba los zapatos negros de charol.

–Imagínate que se pueda vivir en los barcos del canal todo el año, y que estemos casados –hacía diez minutos que era Lilly Aniela Soma. Era un nombre bonito. Y Morris había dicho que se ocuparía del bebé que llevaba en la tripa como si fuera suyo. Pero el niño no tendría su color de piel. El niño sería blanco como ella.

–Canta algo –dijo ella. Pasaron por una cristalería con estrellas de cristal en la ventana. Un camión pequeño dejaba caer bloques de hielo sucio en el canal.

Él rió mirando los fríos rayos de sol que caían como dedos sobre el asfalto.

–¿Por qué no, Morris? Se te da bien cantar –apretó su mano grande–. ¡Y pensar que vamos a vivir en un barco!

–Tú no pasar frío –dijo mirando su cabello que tenía hebras de escarcha en las puntas.

–No tengo frío. Nunca volveremos.

–No –dijo él–. No nos gustar nieve, invierno no nuestro tiempo.

Lilly pensó en la playa, en la arena y las conchas. Pensó en las cagadas de ratón, el agua con jabón y los trapos sucios. Y en las gaviotas que se tiraban de cabeza. Pensó en Morris que había ido al área de descanso y dejado el vestido y las bragas en el lugar donde ocurrió todo, debajo de los helechos, cerca de las matas de fresas, mientras ella se escondía en la vivienda del contenedor. Tomó algo de ropa prestada y cogió el autobús a la obra en la que trabajaba su hermano. Morris vino detrás. Luego se fueron a los Países Bajos. La vida seguía. Los minutos, las horas y los días. La cronología del año era primavera, verano, otoño e invierno. Había llegado el invierno.

–Tal vez el invierno sea nuestra época, Soma. Tal vez sea justo eso –dijo

Lilly, tirando al agua el ramo de novia de las flores blancas. Las flores se quedaron flotando un poco, antes de que la corriente las llevara hacia el vaho que surgía de uno de los barcos.

En un par de lugares se reproducen unas líneas con ejercicios psicológicos. Han sido tomados del libro *Självkänsla nu!* [¡Autoanálisis ahora!] de Mia Törnblom, editorial Forum, Estocolmo 2005.

La traducción de este libro ha recibido una subvención de NORLA

Título original: *Mørkemannen*

Edición en formato digital: febrero de 2012

© Unni Lindell, 2008

First published by Aschehoug, Norway.

Published by arrangement with Nordin Agency AB, Sweden

© De la traducción, Lotte K. Tollefsen, 2012

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-870-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
El ángel oscuro	4
Epílogo	320
Créditos	323